

BIBLIOTECA MÁGICA DEL PEREGRINO / 2

«Viaje a poniente»

Prólogo, traducción y notas:

Clemente Crespo Caamaño

Ilustración de cubierta:

«A praia» / Urbano Lugrís, 1960

I.S.B.N.: 84 - 604 - 0084 - 0

Dep. Legal: C - 285 - 1992

Editorial Sildavia

Rúa do Penedo, 1, B-F
15706 Santiago de Compostela

Directores de la colección

José Luís Mínguez Goyanes
Clemente Crespo Caamaño

Diseño

Ricardo Lázaro

Maquetación

DINATEX

Impresión

Gráfico Galaico S.A.

Viaje a Poniente

DOMENICO LAFFI BOLOÑÉS



Biblioteca Mágica del peregrino 2 / Editorial

SANTIAGO DE COMPOSTELA 1991

Sildavia

PRÓLOGO



El género de viajes es un tipo de literatura que se viene haciendo desde muy antiguo. Lo encontramos ya en obras de tan sobresaliente importancia como el Exodo bíblico y la Odisea, siendo ésta última una de las periegesis griegas que desde el siglo VI antes de

Cristo venían describiendo países y pueblos extranjeros. De estas periegesis surgirán luego dos modalidades, la geográfica y la odepórica. Posteriormente los latinos crearán el itinerarium que era una descripción de los caminos, con una relación de las poblaciones por las que pasaban, con algunas indicaciones que se consideraban de interés para los viajeros (distancias entre poblaciones, albergues, etc.).

De la conjunción de éstos saldrán los relatos cristianos de peregrinación. Alguien ha dicho que los relatos del Camino de Santiago se diferencian notablemente de los que se refieren a Palestina o Roma pues, mientras que en éstos últimos lo que predomina es la referencia a las cosas más destacadas, descubiertas al final del viaje, en los jacobeos tiene relieve el viaje en sí, así como los lugares visitados a lo largo del mismo. El modelo de este tipo de narración lo encontramos en el Libro V del Códice Calixtino, en el que destacan las noticias referentes a los posibles caminos, las principales

etapas en las que se pueden encontrar los hospitales, hospederías u otras formas de ayuda, relación de los cuerpos santos que se han de venerar en la peregrinación, y como remate los juicios de valor que el autor hace de lugares, gentes y otras realidades de este itinerario.

A través de la historia de la humanidad nos encontramos, como hecho palpable, con la peregrinación, en todo tiempo, cultura y religión. Es el acercarse al misterio, el ponerse en contacto con él, con un mundo de presencias espirituales, que pueden ofrecer cierta satisfacción al alma. Los grandes santuarios de Egipto y Mesopotamia fueron objeto de peregrinación. Delfos y Olimpia atraían con sus oráculos a ingentes cantidades de griegos y foráneos. Los hebreos lo hacían al Templo de Jerusalén, por citar algunos casos.

Para los cristianos las tumbas y las reliquias de los mártires se convierten en lugares de expiación. La más importante es la de Jesús en Jerusalén, a la que sigue el sepulcro de Pedro en Roma y la de Santiago de Compostela. Estos visitantes se denominaron de formas diferentes según los distintivos que usaron: los de Jerusalén palmeros por las palmas que exhibían, los de Roma romeros llevaban las llaves de Pedro como insignia, y los de Santiago peregrinos lucían la vieira.

Dentro del mundo cristiano peregrinar suponía un sacrificio, libremente aceptado, como expiación de culpas, cumplimiento de condena o redención de pena. Imponer esta penitencia era corriente, incluso en los Tribunales civiles. Junto a los peregrinos de fe viajaban otros movidos por causas caballerescas, comerciales o rufianescas. Pero también motivados por la visita a una ciudad santa, o por el propio atractivo del camino y la aventura.

El descubrimiento del Sepulcro de Santiago el Mayor se sitúa a principios del S. IX de nuestra era (sobre el 813) siendo obispo de Iria Teodomiro, bajo el reinado de Alfonso II el Casto. Éste manda construir una pequeña iglesia sobre el sepulcro y Teodomiro se traslada a Compostela. De inmediato la tumba comienza a ser imán de peregrinaciones lo que obliga a Alfonso III el Magno a levantar una iglesia de mayores proporciones. Las peregrinaciones van en aumento y en el S. XI el obispo Diego de Peláez se empeña en la construcción del actual templo que concluye Gelmírez que dota a la ciudad con la edificación de un palacio arzobispal, un acueducto, calles como la Rúa Nueva, un hospital de peregrinos y varias iglesias. Este es el siglo de las grandes peregrinaciones a Compostela, fruto en parte del auge que Gelmírez le dio al santuario jacobeo. En esta época se escribe el Códice Calixtino, falsamente atribuido al papa Calixto II, quizá con objeto de una mayor difusión y propaganda del mismo.

Todo tipo de gentes acudían a Santiago, reyes, obispos, soldados, mendigos y negociantes. Pero también sabios monjes, arquitectos y escultores ilustres, poetas, pintores y músicos que enriquecieron el camino. Venían de los países nórdicos y del mediterráneo oriental, armados de bordón y esclavina, con escalceta o mochila, sin olvidar la concha de vieira, a pie o a caballo, durmiendo al raso o en cabañas, en hospitales o albergues donde se contaban leyendas, milagros, hechos guerreros y lances de amor. Vestían traje talar y sombrero de ala, plegada hacia arriba sobre la frente. (Los sombrereros de Saint-Maixet y Avignon nombraron como patrón a Santiago). Luego esclavina, derivación de anterior capa, borceguís o sandalias, alforja (denominada pera en los manuscritos como el Sacramentario de

Laon del S. XII) para las provisiones, pasaportes y certificados de peregrinación, bordón de madera con regatón de hierro, para apoyarse o defenderse y en la gaya de éste la calabaza para el agua o el vino. En la esclavina, la alforja y el sombrero llevaban la vieira como prueba de peregrinación. La vieira, símbolo de vida, fecundidad y resurrección al principio sólo se vendía en Santiago, natural, de oro o plata, pero luego se podía adquirir a lo largo del camino. Según el Libro de las Horas de la Duquesa de Borgoña el tiempo en que se realizaba la peregrinación era abril o septiembre, pero de hecho los peregrinos goteaban a lo largo de todo el año. Había lugares prefijados de reunión y salida de peregrinos en Francia e Inglaterra (isla de Wight en Pontsmouth) mientras que nórdicos y alemanes utilizaban la Jacobstrassen hasta Vezelay. La Hansa nombró a Santiago como patrono y Alemania aun cuenta con 500 iglesias dedicadas a Santiago. Este momento álgido de peregrinación se extiende hasta el siglo XV en que debido a la Guerra de los Hirmandiños comienza a decaer lo que influirá en la propia población de la ciudad que descenderá ostensiblemente y no se recuperará hasta el S. XVIII. Otro de los motivos de la cada vez menor afluencia de peregrinos europeos será la difusión del protestantismo, situación en que se encuentra cuando Laffi acomete su viaje.

No cabe duda de que cuando alguien realiza un viaje lo hace movido por alguna finalidad concreta, ya sea por gusto o por fuerza, y ésta va a influir decisivamente en la forma posterior de describir todo aquello que viva o vea.

En el caso de Doménico Laffi, clérigo boloñés, que vivió a lo largo del siglo XVII, la finalidad del viaje no es otra que visitar la tumba del Apóstol, en la lejana

ciudad de Santiago de Compostela. Como tantos otros peregrinos Laffi narra las vicisitudes de su viaje, y toma una postura decididamente comparativa —muchas veces de modo implícito— de los modelos de vida y costumbres con las que se encuentra en su recorrido, lo que convierte a la postre su narración en un inestimable documento que nos transmite un conjunto de datos de importancia única.

Aparte de la descripción, distancias y situación geográfica del itinerario, Laffi relata un conjunto de dificultades con las que se encuentra a lo largo del camino y que nos da una idea nítida de lo que podría ser éste recorrido en aquel tiempo. Así, el angustioso problema diario de conseguir alojamiento o comida, las dificultades para cruzar los ríos, los asaltos de los bandidos, la abusiva explotación de los hosteleros, el comportamiento adverso de los herejes y las enfermedades, tan fáciles de contraer en un recorrido tan duro y con climas constantemente cambiantes. La mayor parte de estas situaciones provoca la tan frecuente actitud de los peregrinos de procurar agruparse con todos aquellos que se van encontrando por el camino para ayudarse y protegerse.

Laffi enriquece además su libro comentando un considerable número de costumbres y tradiciones de los lugares por donde pasa. Todo ello hace de su obra una de las más curiosas de la literatura de peregrinaciones a Santiago.

En su obra Laffi fija el itinerario que deben seguir los peregrinos italianos hasta Santiago y Finisterre. Laffi utiliza en Italia la vía Francígena que en aquel tiempo recorrían los comerciantes franceses para dirigirse a Roma, y que también fue transitada por los cruzados camino de Tierra Santa. Esta vía desde Roma a Siena

coincidía con la vieja vía Cassia, desde donde se desviaba hasta la vía Aurelia, para unirse luego a la vía Emilia que llevaba a Turín. De Turín se pasaba a Francia por los valles de Monginevro y del Moncenisio. Una vez en Francia se bifurcaba tomando por un lado hacia Lyon, que era la vía del norte y llevaba a Centroeuropa, y por otro a Aviñón y Arlés que era la utilizada por los peregrinos italianos.

En compañía del pintor Doménico Codici, Laffi parte de Bolonia camino de Parma y toma la vía Emilia, siguiendo luego por la Francígena, para desviarse luego en Piacenza hacia Milán y llegando a Turín por Novara y Vercelli. Desde Turín pasan los Alpes por Moncenisio. Atraviesan luego Briançon, Embrum y Callard para dirigirse a Aviñón. En Nimes los viajeros entran de lleno en el Camino Francés tomando la vía de Tolosa, de la que se apartan en alguna ocasión, pasando de esta forma por Carcasona y cruzando los Pirineos por Roncesvalles en lugar de hacerlo por Somport. Desde aquí su recorrido se va a identificar con el trazado clásico, que marca ya desde el siglo XII el libro V del Códice Calixtino, así como las relaciones de Caumont de 1417 y de Von Vach en 1495.

Ya en Galicia los viajeros visitan el célebre santuario del Cebreiro, fundado por San Giraldo de Aurillac, testigo del milagro que inspiraría algún día su Parsifal a Wagner. Desde Labacolla al Monte del Gozo era costumbre organizar una carrera para ver quien era el primero en divisar las torres de la Catedral de Santiago, al que se nombraba rey de la caravana y que luego gozaba de especiales privilegios durante su estancia en la ciudad. Los peregrinos entraban por el barrio de Los Concheiros donde compraban conchas de vieira para adornar su esclavina, y se desembocaba en la Puerta del

Camino, en donde está la última iglesia dedicada a la Virgen con esta advocación.

Laffi y su compañero estuvieron varios días en Compostela; en el libro no ha quedado una descripción de la ciudad y su catedral. Se completa el viaje con una visita al mítico cabo Finisterre y a Padrón. De regreso Laffi llega hasta Madrid donde permanece un tiempo y de allí se trasladará a Barcelona desde donde regresará a su país. La presente traducción está realizada a partir de la primera edición del *Viaggio in Ponente...* de Laffi, impresa en Bolonia en 1673 por Giovanni Battista Ferroni. Se ha procurado reflejar los modismos y el lenguaje propio del autor y de su época para no turbar el especial calor que tienen este tipo de obras, tanto por sus expresiones como por sus juicios o impresiones. Sólo en algunos casos de peculiares formas italianas se transcribe a la manera castellana lo que parece que el autor nos quiere transmitir. Esto puede conllevar que la lectura resulte algo forzada en alguna ocasión, pero no cabe duda de que así conserva ese sabor especial del texto antiguo, proveniente de una expresión particular y una distinta dimensión de las cosas de la vida.

Clemente Crespo Caamaño

VIAJE A PONIENTE
A. S. YAGO
DE GALICIA
Y
FINISTERRE

Por
D. Domenico Laffi
Boloñés

comenzando en Bolonia mi patria
hasta el regreso a ella.
Al Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. muy respetable
CARLO EVANGELISTA GRASSI
Abad, y Doctor en una y otra Leyes,
Preboste de la Metropolitana de S. Pedro
y dignísimo Consultor
de la SS. Inquisición de Bolonia.

BOLONIA



olonia es una ciudad nobilísima y muy antigua, en la provincia de Lombardía, con un circuito de siete millas. Tiene doce puertas y un puerto naval, con una treceava puerta. Por en medio de ella pasa un río llamado Reno, que presta gran utilidad a esta ciudad, por la gran

cantidad de edificaciones levantadas a lo largo del mismo. Hay en esta ciudad muchas cosas a destacar. Así como Italia está dotada de siete cosas, en las que sobresale sobre las demás provincias del mundo, también Bolonia tiene siete. De Italia destacan las que cito: como ciudad está Roma; para devoción, Loreto; como República, Venecia; por su cantidad de Caballeros, Nápoles; para estudios, Bolonia; para enriquecimiento de sus ciudadanos, Génova y para el correcto hablar, Siena. Y de Bolonia también las que ahora cito: la planta de la Iglesia de San Petronio¹, la principal de la ciudad; el Convento del Corpus Christi, donde reposa el cuerpo de la Beata Catalina de Bolonia, algo digno de ver; el Palacio del Gobierno y su plaza con una bellísima fuente; Santo Domingo, que tiene un coro más que soberbio y en el altar una tribuna de marmol noblemente trabajada y figurada, bajo la que yace el cuerpo glorioso del patriarca Santo Domingo. Tiene también una espina de la

corona de Nuestro Señor, que fue traída de Francia a Bolonia en el 1245, y que es una de las quince espinas de junco marino que fueron clavadas en la cabeza de Nuestro Señor Jesucristo. Conserva además la Biblia de Esther, muchos cuerpos de santos y beatos y de muchos hombres ilustres, que están aquí sepultados, entre los que destacan el de Enzio, Rey de Córcega y Cerdeña, hijo del Emperador Federico; Tadeo Pépoli que fue Señor de Bolonia y muchos otros ilustres y grandes señores, tanto de la ciudad como foráneos; el Convento de San Miguel, situado en un hermosísimo bosque, con un coro y una sacristía soberbios, dotado con magníficas pinturas y esculturas de excelsos hombres, como no hay otro igual en Europa; la Universidad de Bolonia, tenida como la más bella que hay en todo el mundo, construída en el año de 1562, cuya fachada tiene 740 palmos de largo, con treinta ventanas en piedra labrada. En esta Universidad se imparte el Canónico Civil, Medicina y Filosofía, lo que le fue concedido el año 433 por el Emperador Teodosio, confirmado luego por el Papa Celestino. Los estudios de Teología los concedió el Papa Inocencio IV, en el año 1362, para las sesenta y cuatro Universidades que hay en el mundo. Ninguna es llamada Madre de las Universidades como Bolonia lo que se puede ver grabado en las monedas y en algunos lugares públicos-Bonovia docet, Mater Studiorum»², pues ella sola preconiza la fama de maestra sobre las demás.

En esta ciudad se levantan dos magníficas torres sobre la plaza de la puerta, una de las cuales está construída con tal pendiente que parece amenazar ruína, pero que ha podido aguantar el paso del tiempo. La otra tiene tanta altura, que resalta contra el cielo, y con toda la razón rivaliza con los más sublimes edificios

de Europa y es llamada la de los asnillos³. Por brevedad omitiré la gran cantidad de Colegios que hay para estudiantes de todas las naciones. Omitiré asimismo muchos maravillosos conventos e iglesias, que contienen tantas cosas dignas de ser admiradas, y muchos cuerpos santos, y santas reliquias, en especial la Santa Banda de la Bendita Virgen, que se muestra el lunes de Pascua con gran solemnidad y que se conserva en la Basílica de San Esteban, donde descansa el glorioso cuerpo de San Petronio, protector de la ciudad, en compañía de otros innumerables cuerpos santos. Pero, para no cansar al lector, omitiré otras muchas cosas, aunque no puedo callarme el que en San Pedro, metropolitana de esta ciudad, hay cantidad de cuerpos santos, y santas reliquias, y una rosa de oro bendita, donada por el Papa Gregorio XIII en el año 1578, el dos de marzo y que, me han dicho, valía quinientos escudos.

Esta rosa la bendijo el Papa el cuarto domingo de Cuaresma, para significar la alegría del pueblo de Israel, al ser liberado de la esclavitud de Babilonia y volver a la Tierra de Promisión, después de haber permanecido en cautividad setenta años. Posee también esta ciudad un tesoro, conformado por múltiples cosas preciosas, que brevemente reseño: descuellan sobre las otras, cuatro tabernáculos de finísimas piedras preciosas, en donde se guarda el Santísimo Sacramento: el primero en San Miguel del bosque, el segundo en San Pablo, en el altar mayor, que es de fino marmol, sobre el cual está San Pablo recibiendo el tajo de espada del verdugo, también en marmol blanco, tallado en Roma por el más prestigioso escultor que hubo en aquel tiempo y de valor incalculable.

El tercero está en Santa Margarita y el cuarto en la Cartuja. Destaca también la tribuna del altar mayor de San Francisco, hecha en alabastro y toda tallada en una sola pieza, adornada con hermosas esculturas, admirable de ver. Posee también la ciudad muchas imágenes de la Bendita Virgen de San Lucas que se saca procesionalmente, con mucha devoción y gran boato, tres días antes de la Ascensión, por toda la ciudad. Luego, el mismo día de la Ascensión se devuelve a su lugar, llamado el Monte de la Guardia. Fue traída de Constantinopla a Bolonia de forma milagrosa el año 1160.

Certifico, pues, en nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, como yo, Doménico Laffi y Doménico Códice, pintor, ambos boloñeses, salimos de nuestra tierra, en hábito de peregrinos, para caminar hasta el Glorioso Apóstol de Santiago de Galicia: partimos, digo, de esta ciudad de Bolonia el 16 de abril de 1670, con dirección a Módena, pasando por Castelfranco, a quince millas de Bolonia, fortificado castillo, con fortaleza de cuatro baluartes, bien pertrechada de todo lo necesario por una guarnición de soldados. Construído por los boloñeses en tiempos del Papa Urbano VIII y por ello llamado por muchos Fuerte Urbano, y situado aquí para reprimir las incursiones y correrías de los modenenses. Pasada esta fortaleza se llega a un río llamado Panaro, que divide el Estado de Bolonia del Estado del Serenísimo de Módena, donde hay que pagar tres cuartos⁴ por persona en la moneda modenense, por ser paso de frontera. De aquí a Módena hay cinco millas. Llegados a Módena entramos por la puerta llamada Puerta Boloñesa, que está fortificada con una medialuna⁵ y dos puentes levadizos. Pa-

seamos por Módena, que es muy noble y antigua ciudad y visitamos la Catedral, digna de ser vista, tanto por su antigüedad y bella torre, como por los cuerpos de santos que allí reposan. Tiene otras hermosas iglesias, pero destaca la iglesia de San Agustín, reformado su interior, pintada y adornada con esculturas que representan todos los santos de la Casa de Oriente, levantada para las exequias del Serenísimo Duque Francisco, muerto hace poco. Nos trasladamos para ver la planta del Palacio Nuevo de la misma Alteza Serenísima, que una vez que esté acabado será, por la suntuosidad de sus mármoles, un espejo de magnificencia real. El Palacio Viejo, donde ahora habita, tiene una soberbia distribución, hermosas habitaciones y una galería de famosas pinturas. Tiene además un salón, todo incrustado de enormes y finísimos cristales que adornan vagamente, no sólo la pared toda, sino también las bóvedas, algo de lo más llamativo que pueda verse. Esta ciudad es de noble casta, tanto en Caballeros, como en Damas, y celebra unos bonitos carnavales. Salimos fuera de la puerta de San Agustín, donde se encuentra una fortaleza con cinco baluartes reales, construída por el antedicho Duque. Desde aquí a Reggio sólo hay quince millas, pasando por un ancho río, llamado Sequia, en donde se pagan tres sueldos⁶ por cabeza. Pasado éste hay un castillo fortificado, conocido como Robiera, situado en una llanura, con agua alrededor, que pertenece también al Ducado de Módena. Aquí se fabrican espuelas, y se trabajan además muchas otras labores en hueso, con hermosos torneados y variadas formas. En la Catedral se venera el cuerpo de San Próspero, y otras reliquias y cuerpos santos. Tiene algunas bonitas iglesias, pero en particular destaca la de Nuestra Señora de Reggio, así llamada por ser mucha la devoción que se le

tiene. La esculpieron, dorándola dos veces, con el Niño Jesús delante de ella y arrodillada en actitud de adorarlo, con la frase «Quem genuit adoravit»⁷. De Reggio a Parma hay quince millas cruzando un puente situado en los límites entre Reggio y Parma, en donde hay que pagar tres sueldos por cruzarlo, aunque los religiosos no pagan nada, como tampoco los ciudadanos de Parma. Parma es una bellísima ciudad fortificada, residencia personal de su Alteza Serenísima Farnesia. Pasa por medio de ella un río que lleva el mismo nombre que la ciudad, con tres hermosos puentes para cruzarlo y que unen una y otra parte de la ciudad. Tiene magníficos conventos e iglesias, principalmente la Catedral, que ostenta una soberbia cúpula pintada por Coreggio⁸, y el Palacio de S. Alteza, que es una construcción bastante grande y magnífica, que aunque no muy bien acabada puede decirse que es un verdadero trabajo artístico. Tiene también un Colegio para Nobles, tan grande que tiene capacidad para unos doscientos. Este tiene muchos colegiales, nobles caballeros, regidos por los Rvdos. Padres de la Compañía de Jesús, en donde se enseña todo tipo de ciencias y toda suerte de actuaciones caballerescas, siendo su protector S. Alteza.

De aquí a Piacenza se pasa por un puente desnudo, distante siete millas, y de él a Piacenza quedan luego ocho millas. Esta ciudad pertenece al Duque de Parma, y es una ciudad preciosa, con una ciudadela fortificada. Fue fundada por el Duque Pier Luigi Farnesio. Es muy noble y mercantil, sobre todo por el beneficio del Pó, que discurre cerca de sus muros, y con gran abundancia en todo lo necesario para el alimento humano. En la Plaza Mayor hay dos grandes sillares sobre los que reposan dos famosos caballos que portan sobre sus lomos las efigies de dos Duques, obra realizada en bronce y

de gran valor⁹. En la Iglesia del Espíritu Santo reposa el cuerpo de San Fabiano y contiene muchas otras reliquias, todas las cuales se trasladaron, pero por no molestar al lector y para seguir con la narración continuaré con lo que queda. Aquí cruzamos el Pó, donde los religiosos no pagan, y llegamos a Zoilescio Borgo, acompañados por una terrible lluvia, que dista doce millas de Piacenza. De aquí a Lodi hay diez millas, y para acortar el viaje caminamos a lo largo de sus muros contemplando su bella fortificación y otras notables cosas. De Lodi a Marignano hay diez millas en las cuales la lluvia, más torrencial aún que la anterior, nos acompañó hasta la puerta de dicho castillo. Allí nos metimos en una hostería todos calados, en donde nos secamos la ropa, y luego de restablecidos seguimos a Milán, que está a diez millas, entrando por la llamada Puerta Romana.

MILAN



Entramos en Milán por la Puerta Romana y seguimos todo recto hasta la Puerta Visentina, giramos luego a mano derecha y encontramos una buena hostería. Dejamos allí nuestros hatillos, después de que nos suministraran una buena habitación para alojarnos algunos días. Por

ser ya tarde no paseamos por la ciudad, pero a la mañana siguiente nos encaminamos al Palacio Arzobispal para sellar nuestras cédulas, para así poder celebrar la santa misa, y una vez selladas salimos del Palacio, que por su grandeza, belleza y antigüedad, destaca sobre cualquier otro. Fuimos a la Catedral para celebrar la misa en la capilla de San Carlos, situada bajo el coro. En esta capilla descansa el cuerpo de San Carlos dentro de una urna de cristal, adornada con variados trabajos en oro macizo y hermosas figuras de delicada labor. Dentro de dicha urna yace aquel glorioso cuerpo revestido con las ropas de Arzobispo, con estola de confesor, mitra y báculo, algo digno de ser visto por uno, tanto por devoción como por belleza. Únicamente en esta capilla se celebra la misa a la romana. En esta Catedral se halla un clavo de los que usaron para clavar a Cristo en la cruz, así como cuerpos de santos, que por brevedad no relato. Su tesoro es admirable por su riqueza

y belleza, compuesto por paños de altar, mitras, cálices, candeleros y otras cosas pertenecientes a dicha iglesia, algo de auténtica riqueza. Su construcción es también admirable en todo, tanto por su belleza, como por su arquitectura, toda de marmol; tanto por sus imágenes como por su plata, bronce y metales de todo tipo, que sería largo el detallarlos minuciosamente. En San Ambrosio se encuentran los cuerpos de San Gervasio y San Protasio, y en la iglesia de los Padres Conventuales de San Francisco están los cuerpos de San Nabore y Félix; el de San Eustaquio, en la iglesia de la Orden de Predicadores, que murió el año de 1252. Dejaré, para abreviar, muchísimos conventos y bellísimas iglesias, consagradas con tantos cuerpos y santas reliquias, que mejores relicarios no se pueden encontrar. El resto del tiempo lo pasamos en localizar al señor Antonio Lucino, nuestro amo y patrón, ya a nuestro servicio en el Colegio de Nobles de San Francisco Javier en Bolonia, que tuvo la fineza de mostrarnos su Palacio, adornado con buenas y variadas pinturas de los mejores pintores, tratándonos con gran cortesía y contento. Nos proporcionó un carruaje, con su palafrenero y el mayordomo de la casa, para visitar muchas nobles cosas que tiene Milán. Primeramente vimos su hermoso y poderoso castillo, que se encuentra situado a un extremo de esta gran ciudad. Y digo grande, porque, exceptuando Roma, es la más grande y fortificada ciudad que hay en Italia, rodeada de potentes muros con baluartes¹⁰ distanciados proporcionalmente entre sí, con un profundo foso lleno de agua. Girando alrededor de ellos se llega al soberbio castillo, que por estar hecho con todas las reglas de la fortificación se estima que es inexpugnable. Al entrar en él cruzamos multitud de guardias, aquí y allá, situados en el primer puente. Tiene muchos ras-

trillos¹⁰, puertas con regulación y puentes levadizos. Llegados a la primera plaza nos fue asignado un cabo, acompañado de un soldado con una gran maza de clavos, que nos condujo por ésta, que es bastante grande por ser la plaza de armas, donde se hallan distribuídos los acuartelamientos de soldados, bien pertrechados. Tienen allí una pieza de artillería pesada, que carga ciento noventa libras en balas y la mitad de pólvora. Luego entramos bajo un gran arco, cerrado con puertas y rastrillos, que da a la plaza mayor de dicho castillo y tiene enfrente al citado arco, llamado portón, con dos culebrinas¹⁰ como nunca vi otras, que si no se ve no se cree. Estas cargan doscientas libras en balas y tienen siete brazas de largo con un ancho de boca de media braza y un grosor de nueve onzas. Pasamos luego otro gran portón también con rastrillos y saliendo de él llegamos al foso interior, saliendo al entorno del torreón, circundado por una rampa ascendente que llevó el carruaje hasta lo alto del tejado, girando alrededor de la muralla, donde hay infinidad de artillería pesada y menor, principalmente en el interior de los torreones que contienen piezas de gran calibre. Saliendo de ellos vimos una pieza de artillería que no tiene igual, con una rotura de una cuarta en el borde de la boca y con una leyenda dentro de ésta que narra como un soldado, sentenciado a ser decapitado, antes de ser conducido a la muerte, rogó al Gobernador de la ciudad que le concediese la gracia antes de morir de dejarle disparar un tiro de cañón, prometiendo no hacer daño alguno, a lo que accedió el citado Señor. Salió sobre la muralla el soldado y ajustó a la pieza primeramente su cargador, empeñándose en hacer diana en la cabeza de una escultura de bronce, situada sobre un campanario tan alejado que apenas se distinguía. Des-

cargó el golpe y con la bala separó la cabeza del busto de la estatua, no sin sorpresa del Gobernador, que en premio de su maravilloso tiro le perdonó la muerte pues no quería perder a tan valeroso soldado, y cortando la boca de dicho cañón grabó, como he dicho, su leyenda. De allí, girando alrededor por los terraplenes, se ve hasta muy lejos todo el entorno y se dominan todas las fortificaciones exteriores e interiores, como son los cuarteles de los mosqueteros, la plaza de armas, el almacén de avituallamiento y la santabárbara. Este castillo por fuera está rodeado de seis baluartes. En cada uno hay doce piezas de artillería pesada y en los pequeños seis piezas para cada uno y muchos morteros de dos brazas de largo, muy largos y gruesos. En el extremo los baluartes tienen dos torrecillas donde se hace la guardia. Vimos, pues, los rincones, los muñones de cañón de los baluartes, los parapetos¹⁰, el camino oculto, las tenazas¹⁰, la cañonería, la plaza de armas de los descritos baluartes, la puerta falsa o puerta de emergencia, todas las ramplas, el foso, el contrafoso, el foso abierto o semifoso, las empalizadas, los taludes, las contraescarpas¹⁰, la muralla o cortina¹⁰, la contramuralla, la medialuna o rebellín¹⁰, las casamatas¹⁰ y plataformas, los soldados de a caballo y otras fortificaciones, que dejo por abreviar. Vistas todas estas cosas salimos del castillo y, dándole una gratificación al cabo, nos fuimos a ver el Hospital, que es precioso y tan grande, que tiene capacidad para dos mil enfermos, tanto hombres como mujeres. De aquí nos trasladamos a San Celso, hermosa iglesia trabajada en fino marmol, pórfido, alabastro y otras combinaciones. Los capiteles y basas son todos de bronce, tanto los exteriores como los interiores. De aquí nos dirigimos a ver el Palacio del Gobernador que es el Duque de Osona, donde se estaban

construyendo quince bonitas carrozas y otros tantos coches, con mesidores¹⁰ trabajados con diseños variados de figuras y acabado artificial. Aparte de éstos se hacían muchos otros soberbios aparatos. De aquí salimos para ver la magnífica Universidad, o mejor decir la galería o gabinete del Sr. Canónigo Settarra, en donde se encuentran cosas curiosísimas en espejos fabricados en acero, los cuales con el solo reflejo licúan cualquier materia por muy dura que sea. Al encender el fuego se ven muchas cosas raras, dos de las cuales se fabrican en dos torres diferentes, de dos brazas de alto, sobre las cuales colocando una bala de bronce u otro metal se derrite por fuera de ellas cayendo por una escalera de caracol, y al llegar abajo entra por la puerta de la misma torre y de manera artificiosa sale de dentro desde lo alto de la misma por el hueco de una ventana y vuelve abajo por la citada escalera. La otra torre tiene casi el mismo movimiento, a no ser que la escalera por donde descende es distinta, y el entrar abajo por la puerta y el salir arriba tienen diferente movimiento. Tiene también otra torre, de la altura de un hombre, trabajada por fuera y toda tallada en madera, a la que se mira adentro por un pequeño cristal, por la curiosidad de ver que puede tener escondido. Al fijarse bien, cae de repente la fachada delantera donde está colocado el cristal y se presenta un sátiro de tamaño semejante al de un hombre, que abalanzándose fuera con gran ímpetu y abriendo los brazos para agarrar a quien encuentre delante, abre la boca retorciendo los ojos, y sacudiendo su cabeza con cuernos lanza varios rugidos haciendo intención de salir y agitando las cadenas a las que está enganchado, que aterroriza no poco, pues esto no es lo que uno se imaginaba al principio que pudiera contener.

Tiene otras figuras preciosas, como perros, gatos, ratones, todos de tamaño desproporcionado y que están realizados con tanto ingenio, que se persiguen uno tras el otro. Posee también piedras naturales de todo tipo de mineral, como aquella de la que se extrae el oro, la de la plata, cobre, hierro y plomo, y toda suerte de metales. Además tiene mucha variedad de piedras puras, de donde se extraen los diamantes o los rubíes, y muchas otras de donde se sacan otras piedras preciosas, así como corales de todo tipo. Allí se ven medallas de oro, plata, bronce, latón y otros metales, en las que están esculpidas figuras humanas de los más ilustres y famosos del mundo, como Emperadores, Reyes, Duques, Príncipes y otros personajes singulares, ya por haber sido piadosos o tiranos, ya por haber realizado alguna gesta singular o haber destacado por un vicio notable. Se ve también un complicadísimo órgano, con un solo tubo de marfil, que emite todos los tonos posibles que realice cualquier otro órgano. Este tubo está realizado de forma que, con tantos agujeros, hierros, fustes y maquinaria, no sabría describirlo por mucho que lo observase. Tan sólo diré que es una auténtica pieza de arte, que le ha llevado una larga serie de años a este señor. Tiene también allí innumerables cosas, que si me pusiese a describirlas llenaría con ello un gran volumen. Al salir de aquí nos fuimos al alojamiento, que estaba precisamente cercano, devolviendo el carruaje de vuelta a aquel Señor, a quien a la mañana siguiente pasamos a dar las gracias y despedimos cumplidamente, pero éste, otra vez con su innata amabilidad, quiso molestarse en regalarnos con unos refrescos, y al marchar aún tuvo el detalle de darnos algunas doblas¹¹ a través de un banquero de Madrid. Recogida la cédula salimos, después de despedirnos repetidamente debido a su innata gen-

tileza. Salimos, pues, afuera por la Puerta Vercellina, donde nos registraron los hatillos, pero no encontrando nada de contrabando nos dejaron ir. Nos encaminamos hacia Rosavilla a doce millas de Milán y de allí a Bufaloro distante siete, siguiendo camino en dirección a la ciudad de Novara, separada de Bufaloro dieciseis millas. Esta es la última ciudad de la provincia o Estado de Milán, pasándose después de ella a la provincia de Piamonte. Esta ciudad está muy bien fortificada, y tiene una gran cárcel, siendo muy rigurosa con los sospechosos por ser ciudad fronteriza. Junto a la puerta fuimos interrogados primeramente por el centinela de nuestro nombre y apellidos, así como del lugar de procedencia. Nos dejó después pasar la puerta donde está el cuerpo de guardia y en donde se nos repitieron las mismas preguntas por un oficial, dando luego orden a un soldado de que nos acompañase a dentro de la ciudad. Éste, tomando sus pertrechos militares, nos condujo a la plaza donde se encuentra el cuerpo de guardia real. Llegados ante el Mayor nos volvió a hacer las susodichas preguntas, hechas anteriormente en la puerta, y luego, dándonos permiso, nos dirigimos a una hostería donde encontramos a un francés armado con espada que se dirigía a Turín. Hicimos amistad enseguida. A la mañana temprano volvimos a retomar el camino con un poco de lluvia, que luego se fue haciendo más densa y que nos acompañó por espacio de quince millas que distancian justamente a Novara de Vercelli. Fue necesario pasar en barca varios ríos o en balsa, antes de llegar a Vercelli, primera ciudad de la provincia del Piamonte. Para esta ciudad del Duque de Saboya, que se levantó alrededor de las fortificaciones, se estaban construyendo nuevas murallas, con baluartes, medialunas y casamatas en el exterior de estas nuevas

murallas. Aquí paramos en una hostería, para degustar el generoso vino de esta tierra, y luego partimos hacia San Germano a doce millas de distancia, pero al cruzar la puerta volvieron a revisarnos los hatillos otra vez, y después de hecho el registro de nuestros harapos nos dejaron salir. Nos dirigimos pues a San Germano en donde pasamos la noche bastante mal, tanto en el dormir, como en el comer, por eso en esta villa no encontramos a nadie en sus escasas hosterías. Llegamos aquí, después de atravesar muchas desiertas campiñas y pasar por un lugar llamado El Bosque, con un castillo arruinado por la guerra, que da pena ver por la destrucción de sus palacios, casas, iglesias, y que luego, al nacer entre estas ruínas los árboles, lo han convertido en un bosque. Aquí, fuera de una Puerta del lugar, toda destruída, encontramos un molino, adonde nos encaminamos, movidos por el hambre, y encontramos tan sólo a un campesino en compañía del molinero, que estaban desayunando. Éstos, después de mucho rogarles, nos dieron un poco de pan y queso, que debió de ser hecho en tiempos de Rómulo y Remo. Luego nos dirigimos a Civas, a diez millas de San Germano. Pero antes de llegar nos desviamos a un lugar llamado Bodia Castello y nos fuimos a una buena hostería para comer un cuarto de cordero con un buen moscatel, a cuatro sueldos el tanque, que aquí llaman pinta, y que corresponden a tres sueldos boloñeses. Llegamos a la tarde a Civas, donde nos alojamos y fuimos muy bien tratados, tanto en el comer, como en el dormir. Este lugar está muy bien fortificado con fortalezas exteriores. Aquí tienen un excelente agua de manantial que quisimos probar. Hecho el desayuno nos dirigimos hacia Turín, dejando el camino, inundado por las fuertes lluvias caídas en aquella tierra y que habían anegado

todo, no distinguiéndose el campo del camino. Cruzamos el Pó, enfrente a Civas, en una barca en la que corrimos gran peligro, pues iba bastante crecido debido a las abundantes lluvias. Fuimos empujados dos o tres veces, y casi se nos vuelca la barca, pero con la ayuda de Dios y de Santiago Apóstol de Galicia logramos pasar y llegamos a Turín siguiendo siempre por la orilla del Pó, y a través de bosques, por espacio de quince millas hasta que entramos en Turín.

TURIN



Al entrar en Turín cruzamos por un gran puente, situado sobre el Pó, en medio del cual hay un puente levadizo, que se alza a la noche, hacia la parte de la ciudad, dejándolo de esta forma partido. Tiramos recto por un gran burgo en el cual todos están construyendo casas, iglesias y palacios, pues quiere su S.A Real incluirlo con una vuelta de muralla dentro de la ciudad, para agrandarla. Entramos por la llamada Puerta del Pó. Junto al primer rastrillo nos preguntó el centinela de donde éramos, de donde veníamos y adonde íbamos, contestándole que boloñeses y que nos dirigíamos a Galicia. Nos reclamó los pasaportes y la credencial de sanidad y

una vez revisados nos dejó seguir: pasadas todas las guardias y rastrillos entramos en la plaza de S.A. Real, con un bonito corredor que va de una a otra fachada, profusamente lleno de estatuas en lo alto y soportado por bellísimas columnatas bajo las que se encuentra la Guardia de S.A. Real. Tienen allí un trabuco¹², o como aquí dicen mortero, de bronce para lanzar bombas. Yo, por curiosidad, lo medí y tiene treinta palmos de largo, y de ancho doce, y pesará unas diez mil quinientas noventa y seis libras. Luego de aquí nos fuimos a la Catedral, a pedir perdón ante el altar mayor sobre el que, en un lugar bastante elevado, se encuentra la Sábana Santa con que fue envuelto el cuerpo de Cristo N.S., adornada para la fiesta que se debía celebrar, de dicha Sábana Santa. Saliendo de aquí nos fuimos a buscar una hostería, donde dejamos a guardar nuestros hatillos, y luego volvimos a la plaza, y pasada la primera guardia entramos en el Palacio de S.A.R.. Pasada la segunda guardia, que está a la puerta de dicho palacio, hay un gran patio bien surtido de estatuas y de bella arquitectura. Más adelante están los jardines que no tienen parangón en Europa, con fuentes de bronce y de marmol, adornados con hermosas esculturas y con gran abundancia de agua. Hay tal cantidad de enormes jarrones de bronce, que es difícil enumerarlos, llenos de naranjos agrios, limoneros, jazmines, y otras plantas olorosas y flores, que se confunde uno ante tal variedad de especies. Volvimos al patio ya citado que tiene dos grandes escalinatas, tan hermosas que no se puede decir más; y saliendo de aquí vimos los apartamentos de S.A.R. de los que no describo la decoración ni la riqueza que tienen, porque me sería imposible, dejándolo para los entendidos de la corte y para mejor pluma que la mía, pues basta sólo decir que es la Corte de S.A.

Real de Saboya, corte de las más prestigiosas de Italia, de las que son de príncipes seculares. Vimos la Capilla nueva que se está construyendo para la Sábana Santa. Tiene forma de fachada interior con columnas de mármol negro y la cúpula del mismo material. Las columnas que la sostienen tienen los pedestales, las basas y los capiteles con cornisas alrededor y figuras bellísimas todas en bronce. Al salir del Palacio fuimos directamente a la Plaza Nueva, llamada de San Carlos, que es verdaderamente una de las más bellas plazas que yo haya visto, de perfecta forma cuadrangular, rodeada de enormes y bellos palacios, todos recién construídos. Cada particular está construyendo en esta parte de la ciudad, con bonitas calles, y lo más admirable de todo es que los palacios son todos de una misma altura y casi de igual arquitectura. Aquí hay una recia ciudadela, bien pertrechada, y que, siempre que hay alguna fiesta pública, dispara toda su artillería de balas. Paseamos, pues, por la ciudad que es ciertamente hermosa y que tiene una de las sesenta y cuatro más famosas Universidades que haya en el mundo. Llegamos a la plaza de las hierbas, verdaderamente abundante en todo tipo de cosas, en donde se encuentra el Palacio Público de la Comunidad de Turín. A la cabeza de la plaza hay una alta torre, restaurada en el año de 1667, toda llena de pinturas e historiada con bellísimos dibujos. En lo alto de ella está colocada una hermosa y gran corona real, realizada imaginariamente, que sirve como pirámide o cúpula de ésta, y con un gran toro encima de todo, significando la Corona de S.A.R. el Toro, que son las armas de la misma ciudad. De aquí volvimos al Palacio de Monseñor Angelo Ranuzz, noble boloñés, Arzobispo de Damíata, Nuncio Apostólico ante S.A. Real Carlo Emanuele, Duque de Saboya y Príncipe del Piamonte.

Dicho señor nos prestó mucha ayuda e hizo grandes favores y quiso que nos quedásemos allí para albergarnos con su gente. Al partir nos hizo pasaportes y nos dio cartas de recomendación para Monseñor Borromei, Nuncio Apostólico ante S. Majestad Católica de España. Antes de irnos de la ciudad quisimos ver la gran fiesta que se celebra en la plaza de S.A.R. cuando se muestra públicamente la Santa Sábana. Llegamos a la plaza, que estaba repleta de millares de personas, con muchos estrados alrededor, todos llenos de gente. Procuramos encontrar sitio en uno de ellos, con la ayuda de Dios y de nuestro dinero. Subimos arriba, con gran esfuerzo, observando entorno los miles de personas que había, y quedamos asombrados al ver de tal forma la plaza, los estrados, los balcones, las ventanas y los tejados de las casas y palacios. En medio de la plaza estaba formada toda la soldadesca, a pie y a caballo. De la parte de la fortaleza, aunque llena, se veía armada la muralla y todas las puertas, por encontrarse la ciudad tan repleta de gente que era necesario mantener fuera de ella a la mitad, pues Turín es una pequeña ciudad, aunque hermosa. Después de ponerse en formación la citada armada, dividida parte a un lado, parte al otro de dicho corredor, comenzó la Procesión, llevando la Sábana Santa desde la Capilla mayor de la Catedral, pasando por el Palacio de S.A.R. Llegada al citado corredor, se concentró en medio, bajo un gran baldaquino, que cubría toda la balaustrada en donde estaba guardada esta Santa Reliquia, con infinidad de candelabros y se desplegó la Santa Sábana a la vista de todo el pueblo, sostenida por siete obispos, en ropaje episcopal, a cuya derecha estaba S.A.R., después el Nuncio Apostólico y a continuación a la derecha de éste los demás Embajadores. Un religioso predicó un bello y devoto sermón,

acabado el cual todo el pueblo, arrodillado y contemplando aquella Sábana Santa, ensangrentada con la verdadera y propia sangre de Nuestro Salvador, lloraba pidiendo perdón por sus pecados. Dada la bendición, se escuchó el disparar de las balas desde la fortaleza, las cuales al silbar por el aire parecía que también lloraban a la vista de aquella santa y ensangrentada reliquia. Después partidos en dos, aquí y allá, los escuadrones demostraron su valentía con triples salvas, llenándose de humo todo el aire, de forma que no nos distinguíamos el uno al otro. Y todo en honor de esta tan gran reliquia, por ser una de las más insignes entre todas las reliquias del Señor. Pero era ya hora de que partiéramos de Turín, aunque os diré antes, que aquí comienza a cambiar el clima, pues este clima no es más que un intermedio de cielo y tierra entre dos paralelos, entre los que hay tanta distancia, que el día más largo avanza media hora con respecto a otros climas. El que camina de Roma a Santiago de Galicia cambia tres veces de clima, siendo el intermedio de una hora y cuarenta y cinco minutos. Aquí los relojes comienzan a dar la hora a la francesa, como por toda Francia y España. Queriendo pues salir de Turín fuimos con toda educación a despedirnos del Nuncio Apostólico que, como dije, nos había provisto de pasaportes y cartas de presentación. Y recogiendo ahora la credencial de sanidad salimos fuera de las puertas, tomando camino hacia Rívoli, pero antes de llegar a la mitad de una gran llanura se levantó una tremenda tempestad con un viento y agua terribles, que poco faltó para que nos llevase por el aire. Llegamos a una villa llamada San Michele y entramos en una hostería, donde nos secamos, y seguimos a Rívoli Castello a cinco millas de Turín. Este castillo está situado en lo alto de una pequeña colina desde la que se divisa el Palacio de S.A.R. Seguimos adelante hacia San Ambrogio, a

nueve millas de distancia, lugar situado en lo alto de unas elevadas montañas. Pero nosotros, viendo que el sol se ponía tras ellas, continuamos caminando para llegar a tiempo a S. Ambrogio, en donde nos alojamos en un tugurio, pues hostería no podría llamársele puesto que era asáz miserable, en donde comimos unas castañas y agua, y dormimos sobre un montón de hojas secas, también de castaño, que crujián cada vez que nos volteábamos, de suerte que no pudimos pegar ojo. Por la mañana salimos hacia S. Giori, a siete millas de San Ambrogio, caminando siempre a la derecha de un gran río, hasta que llegamos a Bussulengo que quedaba a dos leguas de S. Giori. De aquí continuamos, desviándonos a Sufa por espacio de cuatro millas. Sufa es una tierra amplia, con la ciudad rodeada de murallas con altos torreones, lugar hermoso y agradable, abundante en todo tipo de cosas. Aquí comienza a destacar una montaña, llamada Monfinis, la más alta entre las demás. A cuatro leguas de aquí hay un pequeño lugar, conocido por Sigés. Siempre saliendo de la citada montaña, durante algunas millas, se llega a una gran hostería, muy bonita, con muchas casas a su alrededor. Esta es la última villa de Italia y del Estado o Provincia del Piamonte, perteneciente a S.A. el Señor de Saboya. A un tiro de mosquete de esta villa, a mano izquierda y a cuatro pasos del camino se contempla un gran pedestal que por el oriente tiene las armas de Italia y por occidente las de Francia, aunque por el desgaste del tiempo y su antigüedad no se distingue que símbolos están grabados en estas armas y menos todavía se puede leer la antigua leyenda que está escrita debajo. Este pedestal marca la frontera que divide Francia de Italia y a partir de él se entra en el Delfinato. De aquí en adelante se dirá legua, y toda legua corresponde a tres millas italianas.

DELFINATO



asada pues la frontera de Italia se halla una hermosa villa, conocida como Sumun, que es la primera villa de Francia, situada entre estos escarpados montes, con muchas fuentes de piedra de abundante agua, con las armas del Delfin. Dos leguas más allá de esta villa

se cruza un gran río, llamado Dora, a través de un altísimo puente de madera, saliendo del cual se halla una fortaleza situada en una gran peña, puesta allí por la naturaleza como una isla, y colocada detrás de estos altos montes. De un lado discurre el río rápido, de curso abundante debido a las eternas nieves de estos montes, y del otro se alza un altísimo y ruinoso monte, que corta el paso de tal forma que detrás de la fortaleza el monte está cerrado por dos portones y altísimos muros tras los que se necesita pasar. Al entrar en el primer portón los guardias lo cierran y se permanece allí como prisionero entre ambos portones. El guardia nos interroga de donde venimos y adonde nos dirigimos, pidiéndonos los pasaportes y la cédula de sanidad. Una vez mostrados, un soldado de la guardia nos condujo adentro de la fortaleza por una escalera hecha en la peña, trabajada a cincel en el propio monte. Llevados ante el castellano, éste nos hizo las mismas preguntas, queriendo ver los pasaportes y la cédula de sanidad y

cuando los revisó, nos dijo en lengua francesa que siguiésemos nuestro viaje. Nosotros entendiéndole vagamente, se lo agradecemos en lengua latina, por no estar muy prácticos en la francesa. Partimos de la fortaleza, acompañados por el mismo soldado hasta fuera del segundo portón. Dada la propina al guardia, nos encaminamos finalmente hacia un lugar llamado el Orso, situado en una llanura en que desembocan dos ríos caudalosos. Este lugar, por estar entre altísimas montañas, es en verdad agradable, con abundancia de todo tipo de cosas. Tiene un hospital con un convento enorme, en el que residen ciertos canónigos llamados de San Francisco de Sales, que visten de negro y llevan una cuerdecilla de seda blanca por los hombros a modo de identificación. Son muy caritativos con los peregrinos, tanto en la comida como en el alojamiento. La villa resulta muy bonita debido a sus fuentes y hermosos edificios. Caminando por la calle mayor de este lugar vimos que sobre la puerta principal estaban clavados los despojos de los osos muertos en la cacería y también algunos jabalíes, de los que hay cantidad en este país y creo que por ello se llama Orso esta villa. Aquí pasamos la tarde y a la mañana temprano partimos. Comenzamos a caminar siguiendo por la derecha el citado río, por espacio de dos leguas, sin que llegásemos a Sosana, tierra agraciada y bella del Orso. Al entrar en ella encontramos una larga procesión de hombres y mujeres, delante de la que iba el cura, a cuya derecha le seguía un joven bien vestido, solo, con un ramo de flores y hierbas, y los demás del mismo modo, de dos en dos con idénticos ramos de hierbas. Al terminar la fila de los hombres venía una joven, también bien vestida y de igual forma con un ramo de hierbas y flores, y con el mismo citado orden de los hombres seguían las muje-

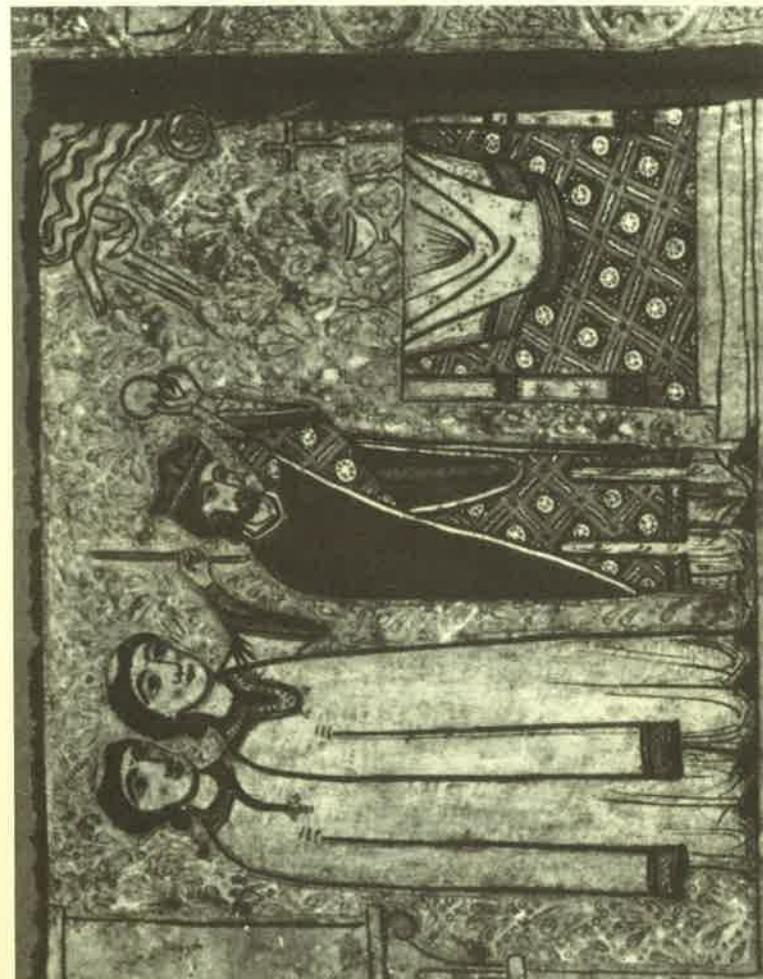
res. Nosotros, por curiosidad, seguimos a su lado para ver en que acababa esto. Entraron en la Iglesia mayor y se repartieron en dos filas, los hombres de una parte y las mujeres de la otra. Salió el cura al altar y el joven se colocó en un escabel y la joven en otro a su lado, aunque algo separado. Nos imaginamos que sería alguna boda, como en realidad lo era. Acabada la ceremonia eclesiástica del matrimonio nos acercamos al cura solicitándole el decir misa, para lo que buena-mente nos dio permiso, quedándose toda aquella gente a oirla, y terminada la misma nos invitaron a comer, llevándonos en medio de la procesión, que se repetía con el mismo orden citado más arriba. Nosotros en lugar del ramo de flores y hierbas portábamos nuestros largos bordones que parecían dos picas. De esta forma, caminando por la villa, con sumo gusto cambiamos la fatiga por la sonrisa al vernos de tal manera. Por fin, después de largos rodeos, llegamos a la casa del esposo, con toda esta compañía. Pasamos a la gran mesa, preparada ya, y después de largas ceremonias a la francesa, nos sentamos por riguroso orden. A nosotros nos tocó al final de la misma, por haber sido los últimos en ser invitados, y comimos gratamente sin poder con la risa pues no los entendíamos, al igual que ellos a nosotros tampoco. Acabado el banquete todos se pusieron en pie y se llevó una gran jofaina vacía que se entregó a la esposa. Esta, yendo en derredor, primero junto al padre, la madre y los parientes, iba recogiendo dinero de propina, que aquí se llama el regalo de la esposa y que sirve luego como dote. Después de éstos se dirige también a los amigos, continuando después con los demás que están en el convite y todos le van dando, poco o mucho, conforme a lo que pueden. Cuando nosotros vimos que iba pasando por todos se

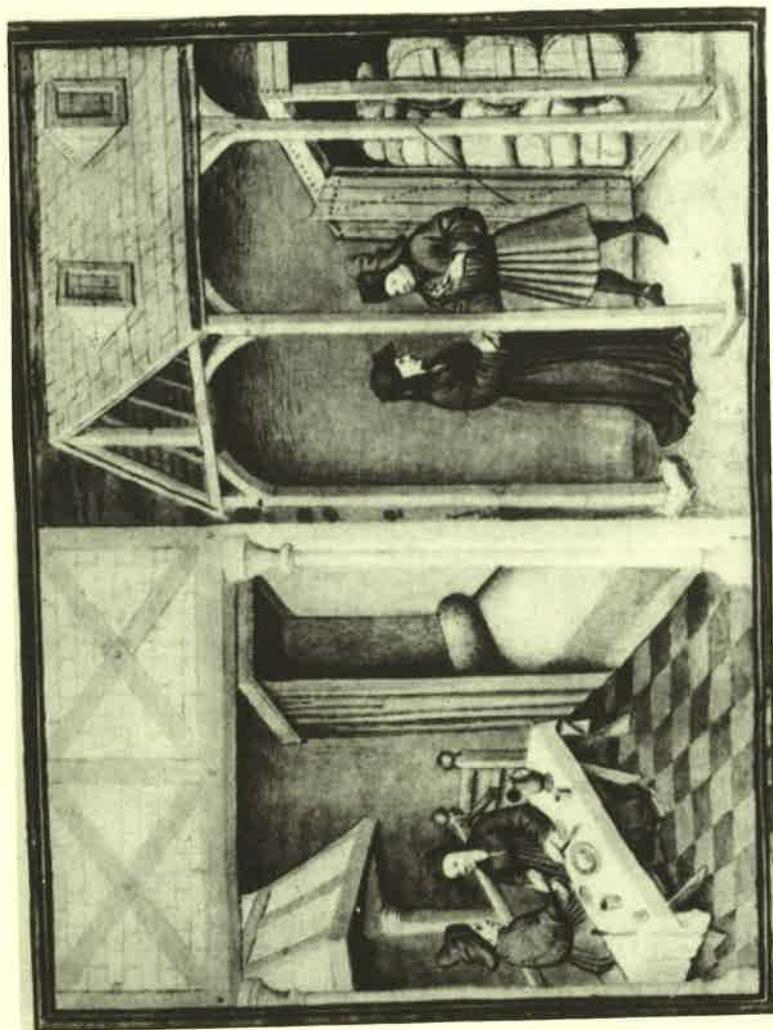
nos pasó la gana de reir transformándola en un largo suspiro, diciéndonos entre nosotros que así no nos agradaba tal convite teniendo que pagar, pero nos consolamos cuando llegó a nosotros la esposa y, buscando algún dinero para darle, ella nos reprendió diciendo que no lo quería, y tomando un puñado del dinero que tenía en la jofaina nos lo entregó diciendo que rogásemos por ella a Dios, lo que también nos pidió el esposo. Nos vino ya la gana de marcharnos, y rogamos a Nuestro Señor que nos proporcionase a menudo ocasiones como ésta, pues nos agradaba bastante esta costumbre. Luego agradeciéndoselo a nuestro modo, partimos de Sosana todos contentos, comenzando la salida del monte de Ginebra, que es muy peligrosa, caminando entre precipicios y rocas escarpadas que amenazaban con desprenderse cuando mirábamos para ellas. Estos precipicios se prolongaron a lo largo de dos leguas y en verdad que dan pánico a todo el mundo por la multitud de gente que ha quedado muerta bajo los desprendimientos, que caen frecuentemente, envueltos en montañas de hielo y nieve, con grandes piedras que cubren casi todo el sendero, y quedando sepultados bajo ellas. Pero se cruza cuando Dios lo quiere, aunque después de muchas dificultades e intolerables fatigas. Llegamos a lo alto del monte, en donde hay un burgo que se llama el Burgo de Ginebra, por pertenecer al Estado de esta ciudad, y que siempre está cubierto de hielo y nieve. Es bastante grande y aquí dan vianda a base de pan y vino al peregrino, caridad que hace la comunidad de este lugar para que los peregrinos que pasan por estos asperísimos montes no se mueran de hambre, cosa que hacen sólo con los que no tienen dinero. Aquí tiene su manantial el Dora, río anchísimo a su encuentro con el Pó italiano, aunque de

aquí en adelante el agua discurre hacia occidente yendo a desembocar la mayor parte en el Ródano que llega luego al Golfo de León, hacia la mitad del Mediterráneo. Aquí se comienza a descender, siempre hacia abajo, por espacio de dos leguas, para llegar a Berenson, amplia villa con una fortaleza en la cima de un montecillo. Es una villa mercantil, rica en todo tipo de cosas, por ser la primera que se encuentra después de los Alpes y situada en un costado del monte, en donde, debido al gran comercio que tiene, dice el proverbio francés que «Berenson pequeña villa pero gran mesón». Aquí pasamos la noche y a la mañana fuimos a decir misa a la Catedral, y después de desayunar salimos hacia Embrum, pasando por la villa de San Martino, pequeño lugar a dos leguas, y luego por otro denominado San Michele y luego de aquí a San Grespín, siempre bajando durante tres leguas. Aquí volvimos a almorzar, pues tienen buen vino y queso, aunque su pan es malísimo, y negro, en su mayor parte centeno. Todas estas villas están construídas en madera con techumbres de lo mismo. Casi todas se encuentran en el fondo, junto al río, escondidas entre aquellas altísimas montañas, gozando poco del sol, pues tan sólo lo ven aparecer a la mañana en lo alto de aquellas altas montañas, siempre cubiertas de nieve. De aquí salimos hacia Embrum, a cuatro leguas de distancia, pero sobreviniéndonos la noche, nos quedamos en un lugar llamado Casteron, que encontramos de paso, alojándonos aquella noche muy mal pues no teníamos nada de comer. A la mañana siguiente entramos temprano en la ciudad de Embrum y de inmediato nos dirigimos al Obispo para sellar la cédula para poder decir misa, que luego celebramos en la Catedral y después desayunamos bien. Esta ciudad está rodeada de dobles murallas y es bas-

tante grande, situada en una pendiente, sobre un gran peñasco bajo el que pasa un gran río siempre en rápidos y que la hace inexpugnable por aquel lado. De allí seguimos viaje a Corses, a cuatro leguas de Embrum. Pasada esta villa se encuentra otra aldea, llamada Selara, donde de nuevo tomamos fuerzas con la comida, para así poder salir de una altísima y áspera montaña. Cuando llegamos a la mitad de ella nos sorprendió un viento bastante furioso, que casi nos lleva por el aire. En el resto del trayecto invertimos casi todo el día, pues fue necesario, por tener que resistir el viento no fuese que nos precipitase por aquellos despeñaderos, el andar incluso a gatas. Llegados a la cumbre, con gran cansancio, comenzamos a bajar rápidamente, como queríamos, empujados por el viento. Arribamos a una pequeña villa que se llama San Stéfano en donde nos alojamos, cansados del fatigoso viaje y del maltrato del viento, muy a gusto por la buena comida y el buen dormir. Por la mañana partimos caminando hasta otra villa, para poder decir misa pues era día festivo. Llegados a ella preguntamos por el señor cura y nos dijeron que no estaba. De aquí salimos hacia Cenasa, pero antes de llegar nos topamos con un gran río que discurría con rapidez y probamos con los bastones su profundidad para ver de vadearlo, pero vimos que era de más hondura que la de un hombre, por lo que, dados los rápidos y la profundidad, nos parecía imposible el atravesarlo. Estando así, ansiosos sobre la orilla, vimos venir por el río muchos pinos talados y derramados, que debían haber sido arrojados a él con el propósito de llevarlos lejos. Y dada la imperiosa necesidad de cruzarlo, descendió uno al agua con gran esfuerzo, con el fin de poner alguno a través para que nos sirviese de puente para pasar al otro lado, no sin evidente

peligro de ahogarnos, pues cuando llegamos a la mitad y cediendo el madero quedamos metidos en el agua hasta la cintura, si el Glorioso Santiago no nos salvase con un milagro. Pero nos ayudó a arrastrarnos hasta fuera, sino estaríamos irremisiblemente perdidos. Salimos pues del peligro, con la muerte en la cara y el espanto en el corazón y nos secamos al sol lo mejor que pudimos. Luego entramos en la villa de Cenasa, donde nos encontramos con un lamentable espectáculo. Las casas se encontraban medio abrasadas, parte tiradas por tierra por el viento, algunas arruinadas por las grandes piedras, que de aquellos riscos se precipitaban, desprendiéndose sobre la villa, que estaba al fondo a la derecha del río. Caminamos por aquellas ruínas, entre las pocas casas que quedaban, buscando alguna iglesia donde poder decir misa. A la entrada de un camino oímos cantar, por lo que nos imaginamos que habría alguna capillita o una pequeña iglesia. Fuimos hacia donde se cantaba y nos encontramos con una iglesita, que más parecía una cueva de nieve que una capillita, pues estaba cubierta de paja y hecha de sencillos adobes, sin argamasa y sin adorno alguno. Entrando en ella hallamos algunos villanos que cantaban los oficios de la Beata Virgen bastante burdamente, que no sé si provocaba risa o llanto, y que estaban tirados sobre ciertos bancos como burros. Acabado el oficio les preguntamos si podría decir misa, respondiéndonos que sí y se pusieron inmediatamente a prepararlo todo. El altar estaba en un nicho relativamente estrecho en el que me costó trabajo caber, pues era tan pequeño que tan sólo el misal lo cubría todo, por lo que era necesario que el clérigo lo sostuviese fuera del altar. Estaba hecho con una tabla mal acabada y que se bamboleaba y en verdad que yo en mi vida me he encontrado en una si-





tuación tan embarazosa como ésta, pero con la ayuda de Dios pude celebrar la misa. Una vez que hube acabado se nos acercó uno de aquellos villanos y nos dijo en su lengua si deseábamos desayunar, a lo que nosotros, después de algunos saludos, dijimos que sí. Nos condujo a su casa y, preparada la mesa, comimos contentos. Pero, acabado el desayuno, que pensamos había sido gratuito, éste nos cantó claro que quería ser pagado pues aquello era una hostería. No pudiendo hacer otra cosa le pagamos, pero con desagrado, y partimos para Talardo, que queda a cuatro leguas de Corses. Talardo es un bonito castillo poblado, situado en una fertilísima llanura. Es muy rico y abundante en todo, así como muy agradable. Está rodeado de fuertes muros y tiene en medio de la plaza un enorme pozo, que da servicio a todos sus habitantes. La boca del pozo es de una sola pieza de piedra tallada, muy bonita de ver por ser una obra gigantesca. Aquí nos salió al encuentro el cónsul del castillo que da la vianda a los peregrinos, o sea limosna en dinero. Tiene también otra cosa digna de ver, el Palacio de la Señoría de este castillo, que es de admirar por ser una construcción colocada en un lugar prominente con respecto a las demás casas. Este Palacio tiene una preciosa arquitectura: es muy alto y tiene tantas ventanas como días tiene el año, tantas habitaciones como semanas, tantas cúpulas en forma de campanarios como meses y si de lejos presenta un aspecto bellísimo, de cerca es un soberbio edificio que, de tantos castillos que he visto en Francia éste es el más hermoso. Saliendo afuera nos encontramos una fuente de agua fresquísima, en la que nos refrescamos un poco, y seguimos viaje hacia Sarsa, que se halla a una legua de Talardo. Es una amplia villa, colocada en la ladera de un gran monte, cubierta de viñedos, huertos y

frutales de todo tipo, a cuyo pie discurre un gran río. Nos dieron también aquí la vianda, como en casi todos los lugares de Francia. De aquí pasamos a San Lázaro, que se encuentra a tres leguas, en donde nos alojamos y estuvimos tan comodamente como es poco frecuente. Éste es el último lugar del Delfinato. Por la mañana continuamos hasta Upera a dos leguas de San Lázaro, que es el primer lugar de Provenza, situado en la boca de unos ásperos montes, a cuyo pie corre un enorme río y no se puede más que pasar por esta villa. Tiene gran cantidad de viñedos, huertos y frutales de todo tipo. A la derecha del río, que utilizan para regar los huertos, hay muchos y solazantes jardines donde se puede gozar de diversos esparcimientos y diversiones. De Upera a Sederón hay tres leguas. Saliendo del lugar tomamos por una pendiente acusadísima y muy inclinada, que nos llevó medio día subirla. Al llegar a la cima de este monte, bastante abrupto, paramos, totalmente bañados en sudor, y viendo una gran peña nos dirigimos a ella para ponernos a la sombra, y al llegar allí nos encontramos con una fuente que manaba a su pie. Dimos gracias a Dios por tan buena suerte, nos refrescamos y descansamos un poco antes de descender por la otra ladera del monte hacia Sederón. Una vez que hubimos descendido esta parte del monte nos hallamos con un gran río, que cruzamos con bastante dificultad, tanto por su profundidad como porque el agua estaba muy fría, por ser agua de nieve que baja de aquellas altas montañas, perennemente cubiertas de nieve. Ya en la otra orilla caminamos hacia Sederón, que es una villa situada a la orilla del río, que discurre entre estas yermas montañas, en las que no se distingue un solo árbol, ni por milagro una sola hierba, pues son de pura peña. Para entrar al lugar hay que cruzar un

gran puente, de un solo arco, que une una y otra orilla. Pasamos este gran puente y nos quedamos en este lugar a pasar la noche en una hostería medio derruida, debido a los desprendimientos del monte, pues es frecuente que caigan piedras de gran tamaño, que echan por tierra las casas, por lo que estuvimos preocupados y no dormimos en toda la noche por el temor de que cayese cualquier piedra. De allí proseguimos nuestro viaje hacia Sauro, a tres leguas de distancia, pero apenas hubimos salido de la villa de Sederón fue necesario comenzar a ascender por una grande y empinada montaña. En la cima encontramos un pozo, construido en la roca, en el que había muchas mujeres cogiendo agua, las cuales nos dieron de beber. Luego descendimos de esta montaña llegando a una amplia llanura de campos y bosques donde encontramos otro pozo, en el que no había nadie, por lo que para poder beber, nos vimos forzados por la sed, a atar un bordón a otro colgándole un sombrero en la punta para quitar el agua. Después de beber partimos y pasamos por un gran bosque de muchas millas, llegando finalmente a Sauro, que es un lugar situado en lo alto de un peñasco, cerca del que pasa un torrente, que ocasiona muchos daños cuando llueve pues inunda la llanura. Sauro es una bella y segura ciudad, aunque no muy grande. Está rodeada por altas murallas con torreones alrededor, todos de forma redonda, que provocan una bonita vista. Fuimos a la Catedral, que es antigua y posee bellas y buenas pinturas. Contiene además una reliquia de Santa Ana. Vimos la ciudad un poco por dentro y partimos. Saliendo por la puerta se llega abajo por multitud de escalones, que van hasta el llano, en donde se encuentra el citado torrente. Allí hay una buena hostería, en donde comimos bien, aunque nos costó bastante

caro, pues fue necesario cambiar una dobla española porque faltaban veinte y cinco sueldos, que son cincuenta de los nuestros. Al salir de aquí subimos por un monte de tres leguas de alto en cuya cima hallamos una taberna en donde paramos un rato para reponer fuerzas con un queso fresco y buen vino. Luego comenzamos a descender, entre derrumbes y montones de tierra de la que extraen muchos colorantes, viéndose algunas telas tendidas por aquella orilla que justo parecían el arco iris, por ser de bellos y variados colores. Después llegamos a Mormorone, primer lugar del condado de Aviñón, rodeado de murallas bastante grandes, situado en una extensa y bella llanura, muy agradable y fructífera para toda suerte de frutos. Tiene grandes campos de olivos, tanto por el llano como por la montaña, y al igual que en toda la tierra de Aviñón ocurre un caso extraordinario que he oído contar a sus habitantes, y es lo siguiente: que todo aquel tiempo en que esté vacante esta Sede por la muerte del pontífice se secan los olivos y permanecen así hasta la elección de uno nuevo, lo cual no es sólo que sea verdad, pues es muy cierto que cuando pasamos nosotros por este Estado vimos con nuestro propios ojos que estaban secos, pues estaba la Sede vacante por la muerte de Clemente IX y luego, con el advenimiento de Clemente X, reverdecieron de nuevo, y no le hago fe alguna, porque yo era extranjero. Esta vez nos alojamos extramuros para poder al día siguiente de madrugada seguir nuestro viaje. Depositamos en la hostería nuestros hatillos, diciéndole al hostelero que nos preparase la cena, y nos fuimos a pasear por la villa, observando sus casas, alguna que otra iglesia no muy bonita, una pequeña plaza y regresamos a la hostería. Pero como no estaba aún la cena preparada, salimos a sentarnos al pie de una elevada colum-

na, que estaba colocada enfrente a la hostería. Tenía a su alrededor una alta escalinata. Nos pusimos a cavilar en nuestras cosas y toda la gente que pasaba se paraba a mirarnos y se reía. En viendo que esto se repetía ya dos o tres veces y no sabiendo a que se debería tal cosa, seguimos con nuestra conversación, hasta que llegó de pronto el hostelero gritándonos que nos levantásemos de semejante sitio, por que aquello era la picota. Nos levantamos y vimos que era verdad al observar las cadenas que estaban enganchadas en la columna, y rojos de vergüenza entramos en la hostería y cenamos. Por la mañana temprano nos dirigimos a Carpentras, ciudad que está alejada tres leguas, siempre caminando por una agradable llanura. Entramos en Carpentras y nos fuimos a la plaza mayor, donde está el Cuerpo de Guardia Real, pues esta ciudad tiene numerosas compañías de guarniciones, haciéndose la guardia en la puerta y en las murallas. Es abundante en frutos de todo tipo aunque destaca sobre todo por el pan y el vino. En medio de la plaza hay una bonita fuente que mana abundante agua. Tiene cantidad de limoneros por lo que nos compramos algunos para abrir el apetito, a pesar de que esto no era necesario las más de las veces. Partiendo de Carpentras fuimos a comer a Monte que es un lugar que queda más abajo de Carpentras y tiene un buen recinto amurallado con guardia de soldados en la puerta. Después de comer y vista la villa caminamos seguido por la llanura hasta Triangue, a dos leguas de Carpentras. Éste es un fortificado castillo levantado sobre una gran roca, con un recinto no muy elevado aunque de buenos muros y con buenos edificios, principalmente el Palacio del Señor del castillo, y unos hermosos jardines. Este Señor da la vianda al peregrino que va a Galicia, en metálico. Seguimos caminando por

aquella llanura y por sus largos caminos por espacio de dos leguas hasta que llegamos a la hermosa ciudad de Aviñón con un terrible viento que enseñoera siempre esta tierra. Y nos dijeron los habitantes de Aviñón que cuando pasa un año en que no sopla el acostumbrado viento, al año siguiente no recogen cosa alguna, ni mieses ni frutos, y es por lo que dice el proverbio latino «Avenio ventosa, sine vento venenosa» lo que afirman muchos que es realmente cierto.

AVIÑON



legados a la puerta de Aviñón, en la garita de aduanas se nos requirió de donde veníamos y a donde íbamos, y al contestarle que de Italia y a Galicia se nos dejó pasar por el primer rastrillo, y llegados al segundo el centinela nos hizo idénticas preguntas y nos dejó pasar hasta la puerta donde está el cuerpo de guardia. El cabo nos hizo otra vez las antedichas preguntas y, habiéndonos reconocido como italianos, nos preguntó muchas cosas sobre Italia. En ese momento llegó el soldado bolonés que yo conocía, con el cual en otra ocasión había viajado a España. Nos hizo muchos agasajos, y dijo que estaba recién llegado a Aviñón porque

había un nuevo Papa, que era el Cardenal Altieri llamado Clemente X y que nos agradaría sobremanera. Nos condujo a una hostería que estaba dentro de la misma puerta y que ostenta los símbolos de Santa Marta. Dejamos allí nuestros hatillos y nos fuimos de paseo por la ciudad, pero como atardecía regresamos al albergue en donde cenamos y luego nos fuimos a descansar. Nos levantamos temprano y, vestidos de paisano, nos dirigimos al Palacio que está situado en lo alto de una gran roca en el centro mismo de la ciudad. Sobre esta misma roca está también la Catedral, unida su construcción con el mismo palacio. A la puerta de éste, que es doble, la guardia está reforzada, primero con soldados de a pie en los rastrillos y en la otra puerta los de a caballo, todos ellos gentilhombres. A esta se le llama la Guardia Ligera de la Vicedelegación. Este palacio esta hecho a la antigua, todo en piedra y altísimo, con un gran torreón muy raro y bonito de ver. De aquí fuimos a la Catedral, que es muy antigua y hecha también toda de piedra labrada. Delante de ella hay una gran plaza, trabajada también toda en piedra. El interior de la iglesia está repleto de antigüedades, de hermosas y monumentales sepulturas en fino marmol de muchos Pontífices, que fueron allí enterrados cuando la Sede de Pedro fue trasladada a esta ciudad. Aquí nos detuvimos largo tiempo. Paseamos por un gran claustro, en donde se encuentran algunos sepulcros de puro marmol y de otros materiales, igualmente de Pontífices, Cardenales, Arzobispos, Obispos y otros hombres ilustres. Subimos por una gran escalera hasta donde reside el Vicario General, para sellar la dimisoria¹³ y poder celebrar misa, y una vez que la hubimos sellado fuimos a encontrarnos con el señor caballero F. Giulio Bovio, noble boloñés, que está aquí ejerciendo el cargo de

Capitán de la Milicia de Su Santidad, al que entregamos una carta, fechada en Bolonia, de su hermano. Este señor nos acogió con gran alegría, y comenzó a preguntarnos por los sucesos de Bolonia, y de las nuevas que le traíamos de la tierra. Nosotros le contamos lo que había pasado recientemente en la ciudad de Bolonia. El puso a nuestra disposición un hombre, que nos acompañó por toda la ciudad de Aviñón, para ver las cosas más importantes de la ciudad. Fuimos a San Agrícola para celebrar la misa, y luego nos marchamos a comer con el citado caballero, que nos trató esplendidamente, habiendo invitado conjuntamente a otros caballeros forasteros, con los que estuvimos hasta tarde en la mesa. Paseamos con su preste por toda la ciudad, nuevamente, para visitar múltiples iglesias, que son realmente hermosas, hechas a la antigua y llenas, unas y otras, de antigüedades. En esta ciudad está la Universidad más frecuentada de entre las sesenta y cuatro citadas. De allí salimos fuera de puertas y vimos el gran puente de marmol del que han caído cuatro arcos, debido a la fuerte corriente del agua. En este puente hay una capillita en la que se encuentra el cuerpo de San Benito Infante, que era pastor y había hecho un milagro a un niño que jugando juró en falso, blasfemando, que si no era verdad lo que decía que se le volviese la cara del revés, lo que ocurrió al instante. El chiquillo acudió con plegarias al favor de este santo y fue liberado. Éste, como he dicho, que estaba en el puente, lo llevaron a la ciudad, por miedo a que cayendo el resto del puente pudiese ser arrastrado el cuerpo del santo por la corriente. Conducido a la ciudad salió el pueblo a porfía para verlo. Yo fui a dicho lugar y vi también pintado todo el citado milagro. Damos una vuelta alrededor de los muros que son una

bella maravilla, por estar contruídos por enormes y cuadrados sillares, todos de idéntico tamaño, con muchos y grandes torreones con almenas alrededor. Dentro está el camino de la Ronda, sostenido por barbacanas, o mejor dicho ménsulas, también de piedra tallada, cosa admirable de ver, hasta el punto que se puede decir que tienen tanto valor los muros como la ciudad entera. Éstos están circundados por largos y profundos fosos. Se ven desde dentro altísimos y antiguos campanaríos con valiosas campanas. Sorprendiéndonos la tarde nos fuimos al albergue, que venía siendo la hostería de San Martín, pues, por cortesía, no quisimos permanecer más tiempo en la primera. Una vez que regresamos, escribimos, tendidos sobre el lecho, unas cartas a nuestra tierra, mientras que se preparaba la cena, la cual nos salió bastante cara y nos vimos obligados a tragar la comida pues pagabamos con nuestro dinero, aunque pagamos a medias. Después de la cena paseamos un poco la zona, acompañados por un amigo nuestro, soldado de la Guardia Ligera, que como he dicho, son todos caballeros. Éste venía siendo el señor Capitán Orselli da Forli, que nos recibió muy bien y nos regaló con unos estupendos vinos y otras galanterías. Tomamos el fresco con las señoritas de esta comarca como es costumbre hacer en Francia. Permanecemos un poco de tiempo y luego pidiendo permiso a este señor, nos retiramos a dormir a nuestra hostería. Por la mañana fuimos al encuentro del soldado boloñés, que nos esperaba en Palacio, donde le encontramos, y juntos nos fuimos a beber agua de manantial y luego a desayunar. Tomamos una buena rodaja de esturión, a dos sueldos la libra. Acabado el desayuno paseamos de calma por la ciudad, viendo sus iglesias y palacios. Entramos en la iglesia de los Padres

Jesuítas en donde contemplamos el púlpito, que era maravilloso tanto por el material con que estaba elaborado como por su trabajo y belleza. De paso fuimos también a ver el de los Cartujos, que es verdaderamente delicado. De aquí nos llevó al Palacio de Monsú de Grilión, pintado totalmente por maestros boloñeses y que contiene grandes riquezas y hermosos objetos. De aquí salimos para ver la pirámide que fue levantada por los soldados del Papa para vergüenza de los rebeldes que aquí se sublevaron en tiempos del Papa Alejandro VII, por la afrenta recibida por el Embajador de Francia en Roma. El Rey declaró la guerra a este Pontífice, pero al concluir con la paz, se puso en el pedestal de esta pirámide una inscripción que habla de la rebelión, en deshonor principalmente de los cabecillas, tema que también fue pintado en el palacio pontificio, como traidores a su príncipe, con nombres y apellidos, uno de los cuales lleva el nombre de Gasparo y otro es Tomaso Carleri. Vista ésta y otras notables cosas nos dirigimos al albergue a recoger nuestros hatillos y vestirnos de peregrinos, así como para pagar al hostelero la pasada noche, que nos costó cincuenta sueldos por los dos, que son cien de los nuestros. Una vez que hubimos pagado, salimos por la llamada Puerta del Puente que va a Villanova. Cruzamos este puente, todo de marmol blanco, uno de los más hermosos de toda la Cristianidad. Desde en medio de él se divisan a lo lejos muchas tierras. Más adelante fue necesario descender por una escalera hasta el río, porque están rotos cuatro arcos, como ya dije, por el empuje del agua, lo que provoca no pocas molestias a los pasajeros pues desde aquí es necesario seguir en barca, a fuerza de remos, corriendo gran peligro debido a la velocidad que lleva el agua. Llegados a la otra orilla, donde se encuentra la otra

parte del puente subimos y entramos por la puerta de Villanova. Esta es la primera villa de la Provincia de la Galia Narbonense. Allí estaban los cobradores de impuestos que revisaron nuestros hatillos, por ser esta villa del Rey de Francia. Tiene una gran fortaleza situada en lo alto, de forma que domina todo Aviñón y toda la ciudad perfectamente. Pasada esta fortaleza nos fuimos a otra villa conocida como San Stéfano, caminando continuamente por colinas y llanuras algo estériles. Aquí pasamos la tarde, y nos encontramos muy a gusto pues comimos un gran pescado que debía pesar cuatro libras. Había aquí un buen mercado, que tenía un excelente moscatel y fue por ello que a la mañana siguiente nos levantamos un poco tarde. Nos dirigimos a Sirignach, distante cinco leguas de Aviñón, por una apacible llanura como se entiende que debe de ser todo el territorio de Francia. Encontramos aquí pescado fresco, por lo que se impuso desayunar. Luego seguimos hacia Besorza, por espacio de una legua, a través de hermosos terrenos y llanuras, continuando después por dos leguas hasta llegar a la ciudad de Nimes donde nos quedamos para ver esta antigua y bella ciudad, plagada de herejes. Entramos para ver el gran teatro que habían mandado construir Rómulo y Remo, del que aún se conservan vestigios. Este teatro se llama la arena y está construido en finísimo marmol y a pesar de ser tan antiguo no está deteriorado por el tiempo. Conserva los cuatro órdenes, o sea Toscano, Jónico, Dorico y Corintio y un hermoso diseño. Por dentro está todo escalonado hasta lo alto y su forma es ovalada, de medidas proporcionales, con unos enormes e inimaginables subterráneos, baste con decir que fue construido por los fundadores de Roma. Paseamos por dentro de estos subterráneos, en los que hay hosterías, tabernas y

almacenes de todo tipo, en los que vimos abundancia de cosas para comer, como si fuese una plaza de mercado. Bebimos unos buenos vinos, blancos y tintos, pues queríamos degustar todas sus variantes. Algunos católicos y herejes nos llevaron conjuntamente a ver la loba que amamantó a Rómulo y Remo, escultura en bajo relieve tallada en una de las columnas colosales que soportan en el exterior a dicho teatro. Algo realmente digno de ver. Luego nos llevaron a ver el Foro de la Justicia en el que se conserva una inscripción para oprobio de los herejes. De aquí nos condujeron a ver el Templo de Diana que es antiquísimo, con tres de las fachadas cuadradas y una redonda en donde está el altar y la imagen de esta diosa, hecho en orden corintio y compuesto, y de altura media. Aquí no quisieron que entrásemos, como en el teatro. Paseamos además por la ciudad para contemplar sus muy antiguos y bellos palacios, que encontrándose en el exterior, nos obligó a entrar y salir por una puerta colocada hacia oriente, muy bonita y fuerte, con multitud de antiguas inscripciones de los emperadores y otros grandes hombres, con un redondo baluarte delante de ella en forma de medialuna, con profundos fosos, por uno y otro lados. Partiendo de aquí caminamos hacia Villosa, pequeño lugar a una legua de distancia, donde nos alojamos aprisa, debido a cierto dolor que me sobrevino, creo que derivado del vino helado que tomé en la arena, que con la ayuda de Dios me pasó pronto. A la mañana siguiente caminamos a Occiaio por tiempo de una legua. Es una rica tierra, donde nos tomamos un par de huevos frescos con un vasito de vino, continuando después por dos leguas hasta Lionel que es tierra extensa y grande con la ciudad enfrente. Está rodeada de murallas, es bastante bonita y con un gran mercado,

estando situada en una llanura, como las que fui citando después de Aviñón. Allí nos quedamos para comer un poco mejor. Nos fuimos a una hostería en que se hacían pasteles y tomamos toda suerte de viandas y bastantes otras cosas de este buen caballero, siendo servidos a la mesa por dos señoritas, hijas del hostelero, como es costumbre aquí en Francia, a las que, luego de pagar al hostelero se da propina por el servicio prestado, no por lo que se ha comido. Acabada la comida caminamos a Colombier a dos leguas de Lionel, pero antes de llegar nos topamos con un italiano de la ciudad de Parma que venía de Galicia y que nos contó que había sido asaltado por muchos ladrones que lo expoliaron, y lo maltrataron rompiéndole algunos huesos a bastonazos, dejándole tan solo la vida. Le consolamos y dimos limosna, siguiendo luego nuestro viaje, pero aún no habríamos avanzado una milla cuando nos encontramos con dos ermitaños napolitanos, que venían también de Galicia y nos contaron que asimismo habían sido asaltados en la frontera entre Francia y España, después de Perpiñán. Tal como estaban de maltrechos, se fueron a la Justicia y el Gobernador mandó inmediatamente a sus esbirros hasta el lugar donde habían sido asaltados donde los cercaron, cogiendo a tres, que atados fueron conducidos a la ciudad y ajusticiados al instante para luego ser descuartizados, encontrándose el dinero en el lugar de su fechoría. Nosotros les preguntamos sobre el viaje a Galicia y nos dieron amplia información. Les dimos limosna y una carta para Bolonia, recomendándolos en ella a los nuestros. Después de que se marcharon caminamos preocupados y afligidos por los sucesos que nos habían contado estos hombres. Pero nos dimos ánimo y pusimos la esperanza en Dios y en Santiago,

continuando alegremente y bebiéndonos todo el vino que llevábamos en la botella hasta llegar a Colombier. Es una tierra que no tiene que envidiar, ni en extensión ni en belleza u otras cosas, a la de Lionel. De aquí nos trasladamos a Montpellier, alejado como dos leguas, que hicimos rápido porque el terreno es llano y con buenos caminos. Esta es la más fértil y hermosa tierra de toda la Galia Narbonense. Llegados a Montpellier los guardias de la puerta nos preguntaron quienes éramos, de donde veníamos y adonde íbamos. Viendo que éramos católicos y siendo ellos herejes no quisieron dejarnos entrar en la ciudad de ninguna forma, exigiéndonos que nos mantuviésemos alejados y que partiésemos de allí. Nos volvimos atrás, al burgo que está extramuros y buscamos una hostería. Venían a esta muchos convecinos a beber, entre ellos uno que vendía mayólica enfrente de la hostería y que entendía un poco de dibujo. Comenzó a charlar con nosotros, al igual que el patrón de la hostería. Mi compañero les dio muestras de su virtuosismo, pues era pintor y les enseñó cantidad de dibujos de Carazzi, Guido Rheni y Rafael de Urbino, así como documentación de muy buenos pintores, por los que se mostraron tremendamente interesados. De este modo nos pasamos la tarde charlando, y al contarles que no nos habían dejado entrar en la ciudad se comprometieron a llevarnos a la mañana siguiente, para visitar todo lo de bueno que tiene. Después de la cena se reunieron allí muchos jóvenes y señoritas que, de la ciudad y los alrededores, venían a divertirse, a beber y pasar un buen rato. Luego comenzaron con el siguiente juego: hicieron un círculo, de doce más o menos, separados proporcionalmente, lanzándose una olla de uno a otro en rueda y el que no la cogía o la dejaba caer pagaba. Acabado este juego

nos fuimos a la cama. A la mañana, levantados y vestidos de paisano vinieron a buscarnos y nos entraron en la ciudad por otra puerta. Fuimos primero a la Catedral para sellar la dimisoria. Esta es grande y situada en un lugar tan elevado que domina toda la ciudad, que está sobre una colina circular y pequeña, viniendo a estar la iglesia en el mismo centro, teniendo la ciudad en su derredor. Esta iglesia está dañada por los cañonazos, de cuando los herejes se rebelaron y la asaltaron. Desde fuera comenzaron a cañonear principalmente la iglesia y a los pocos cristianos que se encontraban en ella. Pero, por milagro de Dios, las balas de cañón que llegaban a la muralla tan sólo la atravesaban de lado a lado dejando agujeros del grosor de la bala pero nada más, lo que le daba el aspecto de una criba, de tantos agujeros que tenía. Algunas balas incluso se quedaban atascadas en la misma muralla, cosa sorprendente de ver. De igual forma pasó en la muralla orientada a seteptrión, que daba hacia donde estaba acampado el ejército de los herejes. Éstos estuvieron atacando así la ciudad por algún tiempo pero al ver que no conseguían nada y viendo que se trataba de un milagro de Dios se reconciliaron con los pocos católicos que había y volvieron a la ciudad, repartiéndose desde entonces el tiempo de gobernarla. Estas cosas las puede ver cualquiera que por allí pase, con sus propios ojos, como yo las he visto. Esta iglesia es un bello edificio de bastante antigüedad y en su altar mayor está pintado San Pedro cuando hace caer a Simón Mago. Esta pintura se debe a Monsú Bordon, hombre de destacada inteligencia. Las otras capillas de alrededor están todas orientadas hacia el altar mayor, y no como se colocan en Italia. Una de estas capillitas fue comenzada a pintar por un excelente pintor boloñés pero quedó inacabada debido a su

muerte, por lo que nuestros guías querían que mi compañero acabase de pintarla, que le proporcionarían todo lo que necesitase, pues el patrón no deseaba otra cosa, después de tantos años de la muerte del pintor, que no metiese mano nadie allí, a no ser que supiese pintar a la aguada en los frescos del muro y que fuese un buen pintor, además de ser de la misma ciudad de Bolonia, para así poder imitar los mismos trazos. De esta forma casi nos obligaban a quedarnos a la fuerza, pues hasta entonces no habían llegado otros boloñeses, a no ser nosotros. Pero por ningún compromiso podíamos quedarnos pues teníamos que seguir nuestro viaje a Galicia, aunque les prometimos que aceptaríamos al regreso. Esta iglesia tiene un órgano como no he visto otro semejante en mi vida, de tan bonito y raro a la vez. Luego de aquí nos fuimos a decir misa a la Trinidad, iglesia que conserva el bordón que llevaba San Roque y que nadie puede tocar a no ser los sacerdotes. Está guardado en una arqueta del mismo largo, bien reforzada con herrajes. Yo por ser sacerdote pude tomarlo en mis manos, encontrándolo pesado, por lo cual me dijo el fraile que me lo mostró, que pesaba doce libras porque está herrado de arriba abajo. Está algo torcido y en un nudo que tiene en el medio está tallado un serafín. Su grosor es normal y se desconoce de que clase de madera es, a pesar de haber sido examinado por multitud de personas. Nos fuimos luego a ver el Palacio Real que se encontraba todavía en construcción y al que están adornando con pinturas muy hermosas. Luego fuimos a otra iglesia donde estaban celebrando el oficio de difuntos por un muerto. Nos arrodillamos cerca del altar mayor, en compañía de nuestros guías y permanecimos así un momento. En esto se acercó una señora que nos echó tres sueldos en el sombrero, lo

que nos dejó avergonzados, al encontrarnos delante de aquella gente honrada que nos acompañaba, pues parecía que estábamos pidiendo limosna, aunque nos dijeron que la disculpásemos, pues esta era la costumbre. En efecto vimos como siguió dándole a todos los que se encontraban en la iglesia, ya fuesen ricos o pobres. Los ricos, al salir de la iglesia, se lo dan a los pobres que están afuera pidiendo limosna. Aquí, como en todo Francia, tienen grandes banquillos con altos soportes colocados para meter allí las antorchas y en ellos se ve gran cantidad, todas en hilera a lo largo de estos bancos, y son todas de cera rosa no viéndose apenas alguna blanca, o casi ninguna. Estas antorchas se encienden todas desde la Elevación hasta que se da la Comunión. Finalizada la ceremonia salimos afuera dándole los tres sueldos a un pobrecillo. Tienen aquí actualmente una bonita Universidad, una de las sesenta y cuatro famosas del mundo. Al salir de la ciudad nos fuimos al Burgo hasta nuestra hostería y luego de desayunar un poco, recogimos los hatillos y nos fuimos hacia Gigian, avanzando por el camino real, todo empedrado, a través de aquella hermosa llanura toda cubierta de huertos, viñas, olivares y árboles frutales de toda especie. Seguimos éste por espacio de dos leguas que separan Montpellier de Gigian. A la tarde llegamos a Gigian, lugar amplio, rodeado de muros, pero no paramos nada allí, siguiendo hasta una pequeña villa llamada Ruvierun que se ubica sobre un montecillo que se introduce como una península en medio de un gran lago. Cenamos muy bien aquí, donde comimos pescado fresco, de dos o tres clases, del que hay en este lago. Tiene buen mercado porque aquí como la gente es pobre sólo vive de la pesca, de la que hay gran abundancia, y como dije, tiene buen mercado. A la mañana

siguiente caminamos a través de muchas colinas, todas llenas de viñas y olivos, hacia Lupian a dos leguas largas de distancia. Allí paramos lo suficiente para desayunar pues, al ser un lugar pequeño, supusimos que no tendría nada interesante para ver y seguimos a San Tuberi, por espacio de tres leguas. Pero, antes de llegar, se pasa un río no muy grande, sino más bien pequeño. Habían tendido un puente, pero al probarlo se les había venido abajo, cayendo estrepitosamente, por lo que tenían allí una barcaza para pasar los carruajes, los animales y los pasajeros, dado que éste era un paso público, por donde pasa el correo. Hacen pagar bastante, porque son arrendataríos y esta gavela es de la Reina de Francia, razón por la que no han reconstruido el puente, pues así hacen gran negocio. Una vez cruzado nos fuimos a San Tuberi, alejado de este paso un tiro de mosquete. San Tuberi es un lugar precioso, fortificado y rodeado de murallas, bastante grande y con hermosos edificios y amplias plazas en donde se venden siempre gran cantidad de frutos. Aquí merendamos, pues tiene buenos vinos, y un buen mercado, pagándose a un sueldo la jarra. Tiene también un buen pan. Al partir caminamos hacia Biziers, alejado tres largas leguas, pero antes de llegar tuvimos que subir una buena cuesta, en donde encontramos a un pobre romano que nos dijo se dirigía también a Santiago de Galicia. Nos hicimos compañía, demostrándole estar contentos de haber encontrado compañía en un viaje tan largo y de este modo, comentando de nuestra tierra, de esto y de lo otro, llegamos a Biziers a la tarde. Es una gran ciudad, muy poblada y rica, en donde dan mucha limosna. Entre sus muchos conventos hay uno de monjes, según se entra por la puerta de la ciudad a mano izquierda, con un gran hospital, del que son

dueños los dichos monjes, en el que tienen muchos enfermos, a los que le suministran todo lo necesario. Alojamos a todos los peregrinos, a los religiosos aparte, con gran caridad y esplendidez, y los seglares en otro lugar en donde les dan tan sólo pan y vino, a diferencia de los religiosos a los que tratan muy bien. Pero nosotros, dejando aquí al romano, nos fuimos a un bodegón a cenar y como el patrón daba posada de habitación nos fuimos a dormir. Por la mañana al salir nos encontramos un cura que nos preguntó de que país éramos, a lo que respondimos que italianos y boloñeses que nos dirigíamos a Galicia y él nos dijo que había estado en Roma y había pasado por Bolonia. Hablaba bien el italiano y preguntó que arte ejercía mi compañero y éste le respondió que pintor, de lo que se alegró, haciéndole muchos agasajos e invitándonos a desayunar con él y a que le hiciese un retrato. Contestóle mi compañero que no llevaba consigo ningún instrumento de trabajo para realizarlo, a lo que éste dijo que se contentaba con que se lo hiciese a sanguina, lo que efectuó en dos horas en casa de éste. Acabado el dibujo nos ofreció un soberbio desayuno y un escudo de plata. Partimos camino de Narbona, a cuatro leguas de Biziers, pero a mitad de viaje topamos con un gran río que ha de pasarse en barca, en cuya orilla hay un lugar llamado Campostagno. Éste es el río en que debe desembocar el atajo que hacen de uno a otro mar por tierras de la lengua de Oc. Han trabajado mucho y levantado un puente, defendido por gruesas murallas, con multitud de presas para el agua, que han atajado por espacio de una milla para enderezar este río. Pasado este río nos tendimos a la sombra y dimos un par de zapatos a nuestro compañero, así como una camisa, pues iba miserablemente vestido. Esta tierra de Narbona es todo

llanura con buenos caminos, viñas en cantidad y ríos llenos de peces. Abandonando aquella deliciosa sombra continuamos viaje, y hecha media milla, encontramos un campo repleto de habas frescas de las que cogimos un manojo, que fuimos comiendo por el camino, hasta que finalmente tocamos Narbona.

NARBONA



Al llegar a Narbona fuimos preguntados de que país éramos y adonde íbamos, diciendo que italianos y boloñeses y a Galicia. Nos dejaron pasar y entrando en esta ciudad giramos alrededor de una alta y fuerte muralla con fortísimos baluartes y medialunas, con revocques de muralla de piedra viva y el camino cubierto entorno con empalizadas. Pasamos por un puente grande y largo, tendido sobre el foso y que da a la medialuna. Aquí tienen una guardia reforzada de soldados, que nos preguntaron nombre y apellidos, así como la patria y luego nos dejaron pasar al otro puente, que va desde la medialuna a la puerta de la ciudad, que es preciosa, toda de marmol blanco, con antiguas inscripciones, que demuestran que fue edificada por Roma. Esta puerta está fuertemente fortificada con ras-

trillos y puentes levadizos, el último de los cuales, que está en el interior con guardia, se levanta con gruas y se baja con el movimiento de una gran rueda, algo digno de ver. Al entrar fuimos directos a la plaza, por estrechas calles llenas de tiendas y gran gentío. Llegados a la plaza nos paramos un rato para verla porque es preciosa aunque algo pequeña. Después fuimos a proveernos de alimentos a un almacén que se llamaba Cabaré donde vendían buen vino, y allí nos tomamos un refrigerio. Luego volvimos a la plaza y posteriormente caminamos hacia el puerto, muy bonito y siempre lleno de embarcaciones mercantiles que van y vienen por este gran río que desemboca en el mar Mediterraneo. Después paseamos por la ciudad, visitando muchos conventos e iglesias, que contienen hermosas pinturas de eminentes pintores, especialmente los Capuchinos, que poseen un bellissimo cuadro de Basarío. Hay grandes conventos en los que se da buena limosna a los peregrinos, así como dos buenos y grandes hospitales preparados para su alojamiento para lo cual ha de irse al Cónsul, como hizo nuestro compañero el romano, y éste les extiende una cédula, sellada de su mano, que se presenta al patrón del hospital que por ello lo recibe y asigna un buen lecho. Es ésta una ciudad bastante grande, muy hermosa y antigua, rodeada de fuertes y altas murallas de marmol blanco, pues tienen cantidad de él, situada en una llanura, con preciosos palacios, antiguos y modernos, con bellas fuentes que derraman agua en cantidad. Hay dos plazas en las que se venden verduras y frutos de todo tipo y gran cantidad de pescado, pues tienen buena mercancía. Además poseen la más preclara Universidad entre las sesenta y cuatro ya citadas. Recorrida toda la ciudad nos fuimos al albergue en donde comimos. Por estar la

tarde ya cercana cenamos luego, por poco dinero, pues tienen las cosas a tan buen precio que no se puede decir más. Por la mañana fuimos a la Catedral y de allí al Palacio Episcopal a sellar la dimisoria, donde se nos hizo esperar un poco, y después de sellada se nos dio la limosna de la misa. Bajamos luego a la Catedral, pero el sacristán no quiso que celebrásemos, por no ir en traje talar y, dándonos él también la limosna de una misa, nos dijo que fuésemos a algún convento, que allí podríamos decirla. Salimos de la Catedral por la puerta del Palacio del Obispo que es un edificio altísimo, semejante a San Petronio de Bolonia, pegado a la Catedral, de forma que parece una sola edificación, la que por ser tan grande se percive desde muchas leguas de distancia. Tiene una gran escalera ovalada en forma de caracol, toda de mármol blanco, que desde abajo llega hasta lo más alto del Palacio y, en medio del vano, tiene dos altísimas y gruesas columnas, que de igual forma llegan desde abajo hasta lo alto del edificio, soportando una gran vuelta que sirve de cielo raso a la escalera. Es muy antiguo, construído en variados órdenes, todo de marmol blanco, tanto en el exterior como en el interior. De marmol es también la edificación de la Catedral, con múltiples inscripciones antiguas, que denotan que esta ciudad fue poderosa antes y después de los romanos. Salimos pues de la Catedral y nos dirigimos a los Carmelitas, donde dije misa. Después nos fuimos a la plaza y compramos muchos frutos, y luego a la hostería para desayunar. Posteriormente tomamos nuestros hatillos y fuimos hasta el hospital para recoger a nuestro compañero que nos esperaba allí como le habíamos dicho que hiciera, y tomando él también su hatillo salimos de Narbona, siguiendo por Villa D'Agn, a dos leguas de Narbona. Aquí hay un gran río, que pasamos en barca

sin pagar nada. En la otra orilla, el barquero nos hizo la invitación de si queríamos comer en su taberna, pues de allí en adelante tendríamos que caminar bastante, sin encontrar casas ni hosterías. Y nos quedamos, pues además hacía medio día que no habíamos comido, desde que salimos de Narbona. Éste nos preparó una ensalada y nada más, que nos costó seis sueldos y el vino diez, y todo esto por el servicio que nos hizo de cruzarnos el río sin pagar. Restaurado el apetito, aunque no satisfecho, salimos hacia Lisignan, a tres leguas de distancia, caminando por el llano donde nos sorprendió un terrible viento que apenas nos dejaba proseguir, pues íbamos lo mejor que podíamos, tanto que fue conveniente atar los sombreros a la cabeza porque sino el viento nos los llevaría. Así fuimos avanzando todo el día con aquel viento que golpeaba contra nuestro estómago y que era tremendamente frío. Llegamos finalmente a la tarde a Lisignan, amplio lugar rodeado por dos vueltas de muralla, cercanas la una a la otra de forma que casi no pasa un hombre por medio. Fuera tienen foso y contrafoso, llenos de agua. Dimos una vuelta por el lugar pero haciéndose tarde preguntamos a un franciscano donde había una buena hostería, respondiéndonos que buenas no las había, pues la vida estaba muy cara y que era preferible que saliésemos de la ciudad al burgo, en donde no se pagaba tanto y que además nos vendría bien si queríamos marchar temprano, pues las puertas las abrían bastante tarde. Le tomamos el consejo y nos fuimos al burgo, a la hostería del Caballo Blanco, donde nos alojamos comodamente, aunque nos costó caro, porque creo que esta tierra es el albergue y residencia de la carestía. Y no diré nada del pan y del vino, que resultaban más caros que tener un hermano, pero os diré algo para que comprendais que

lo que digo es verdad. Un plato de tripas, como dicen los florentinos, que no lleva más que cuatro patas de cordero de rodilla abajo, nos costó veinte sueldos de Francia que son cuarenta de los nuestros. Se encontraban aquí dos peregrinos franceses que se dirigían a Roma, uno de los cuales tocaba el violín y hablaba en latín disparatadamente con mi compañero, que hacía lo que podía para entender su mal hablar, que sonaba además asaz extravagante, dándole nosotros a ver que tocaba muy bien y que si iba a Italia, y en particular a Roma, tendría mucha suerte, puesto que no había allí quien tocase tan bien tal instrumento y éste se ensoberbecía y decía que él era el mejor violinista que hubiese en su tierra, cosa que nosotros tomamos como cierta, obligándole así a tocar toda la noche, de manera que el hostelero no pegó ojo; y cuando tocaba parecía un tonto de verdad y de poco seso, pues hacía muecas, acompañadas con gritos y alaridos como si fuese un animal. Así pasamos la noche y a la mañana temprano salimos para Carcasona, a tres leguas de distancia, y otra vez el viento comenzó a soplar, peor que la vez anterior, de manera que ora íbamos por un hoyo, ora por terraplenes, perdiendo de este modo medio día sin advertir que habíamos extraviado a mi compañero, el cual atravesando unas montañas llegó a un castillo llamado Campenduto donde paró para comer y luego, pensando en encontrarnos, preguntó como dirigirse a Carcasona. Yo, por otro camino, con el romano, nos acercamos a una casa campesina para comer, cosa que no nos cobraron. Es más, al partir nos regalaron un queso y dos buenos panes, pidiéndonos que rogásemos a Dios por ellos. Marchamos finalmente, preguntándoles por el camino de Carcasona, que cortesmente nos señalaron y anduvimos todo el día a través de campiñas y

llanuras cultivadas, llenas de hermosos maizales. Avanzaba la tarde cuando llegamos a Carcasona, que es la primera ciudad de la lengua de Oc. Para llegar a ella se cruza un gran puente de pura piedra, muy hermoso de ver. Al levantar la vista, vimos a nuestro compañero apoyado sobre el puente comiendo habas frescas. Todos contentos corrimos a abrazarlo, y luego nos pasamos todo el día, el uno y el otro, melancólicos. Para alegrarnos nos fuimos al albergue, que él había encontrado, en donde estuvimos contentos, contándonos del viaje de uno y otro. Por la mañana paseamos por Carcasona, ciudad fortificada, rica y mercantil, llena de tiendas como no he visto en mi vida, de tantas y tan bien adornadas. Tiene un plaza grande y hermosa, abundante en todo lo necesario para vivir, en medio de la cual hay un pórtico, de forma cuadrada, bajo el que se asienta el mercado del grano y legumbres, con todos los tipos de medidas. Paseada un poco la ciudad salimos afuera, por la puerta que da hacia Castello Nandar, que dista cinco leguas de Carcasona, y que antes de llegar a ella se pasa por tres buenas villitas. A la tarde llegamos a este castillo, que es tan grande como una ciudad, con fuertes murallas, fosos y puentes levadizos. Nos dirigimos a la Catedral, pero no pudimos decir misa, aunque nos dieron su limosna, diciéndonos que fuésemos al Carmen, donde luego pudimos celebrar. Había multitud de gente, pues era el día de Pentecostés, y al acabar la misa saliendo del altar, revestido y con el cáliz en las manos, me hicieron ir hasta las sepulturas de sus muertos, para recitar el De Profundis y otras oraciones, repitiendo esto de sepultura en sepultura, con los parientes presentes, que luego nos dieron su limosna, además de llevar al altar diversas ofrendas que allí depositan. Nos fuimos luego a la sacristía y separa-

dos llegamos afuera, viendo como los otros frailes hacían lo mismo sobre las mismas sepulturas. Desde esta iglesia nos fuimos hasta la plaza y compramos algunas frutas y después nos fuimos a la hostería. Creo que entre la limosna de la misa y la que me dieron sobre las sepulturas sumaría en total un escudo. Terminado el desayuno partimos camino de Villa Franca, a tres leguas largas de distancia, desde donde continuamos el viaje pasando por Villanouvella hasta Vaseggia, por espacio de cuatro leguas, y en donde nos alojamos a la tarde, y que nos costó bastante, porque allí todo estaba muy caro. A la mañana dijimos misa en los Observantes, repitiendo como a la mañana anterior lo de ir sobre las sepulturas, aunque recolectamos poco de esta vez por estar aquí la vida muy cara, como dije antes. Habiendo desayunado un poco, salimos rápido extramuros, para poder escapar de este lugar, tan pobre en cosas y tan rico en hambre. Nos dirigimos a Monguiscardo alejado dos leguas. Aquí se comienza a ir por detrás del Canal Nuevo¹⁴ que mandó construir el Rey de Francia para unir los dos mares o sea el Océano que da a Inglaterra y el Mediterráneo. Es un hermoso canal con capacidad para cualquier nave mercantil. Así caminamos por espacio de tres leguas justas que hay desde Monguiscardo a Tolosa.

TOLOSA



abiendo entrado en la ciudad, anduvimos largo tiempo para encontrar un albergue, pues ya era tarde. A la mañana, a buena hora, nos dirigimos a la Catedral para sellar la dimisoria, pero el Vicario se encontraba en el coro con los oficios por lo que tuvimos que

esperar a que acabase. Mientras tanto fuimos viendo la iglesia, que es grande, antigua y bella, con un gran órgano fuera de lo corriente y bien acabado. Terminado el oficio fuimos rápido junto al Vicario que cortesmente nos selló la dimisoria. De aquí salimos caminando al noviciado de los Padres Jesuitas para confesarnos, pues nos habían dicho que había allí un Padre que hablaba muy bien el italiano. Lo encontramos y nos confesó con gran cariño y cortesía. Salimos luego caminando para decir misa en los Padres Benedictinos, en donde di la comunión a mi compañero. Terminadas nuestras devociones, fuimos a comer y después paseamos por la ciudad, para ver multitud de conventos e iglesias, que aquí son bellísimas, en particular la Iglesia mayor de San Saturnino que es grande y muy antigua, conservando reliquias y cuerpos santos que sería un gran trabajo enumerarlos. Vimos el santo cuerpo de Santiago el menor, el de San Mateo, San Tadeo, San Felipe y San Simón, el de Judas y el de San Bernabé apóstol, cuyos

cuerpos están depositados en urnas de plata bellísimas, y que incitan a devoción. Tiene un antiguo coro todo de mosaico, en torno al cual están escritas estas palabras: Non est locus sanctior in toto orbe terrarum (no hay más santo lugar en todo el orbe de la tierra). Los canónigos de esta iglesia hicieron una hermosa y devota procesión, digna de ser vista. Sobre la bóveda de esta iglesia hay una gran azotea con vidrieras, que da al exterior, en donde conservan piezas de artillería, una en cada vidriera, puestas allí por los católicos contra los herejes cuando los expulsaron de la ciudad, que ahora se ve libre de esta peste, pues los católicos no los quisieron allí de manera alguna y ahora viven afuera, en los burgos y en las villas. Al marchar de aquí pasamos el gran puente, construido todo en marmol blanco. Es el más largo y bello que haya visto, de forma que allí se podría hacer una plaza dentro, dada su extensión. Y es llano de tal forma que al pasarlo ni se sube ni se baja, y pasa sobre un gran río que divide la lengua de Oc de la de Gascuña. Al final de dicho puente hay un gran portón con antiguos grabados que representan la escena de cuando el Rey de Francia sometió Tolosa. Pasado el portón se entra en la otra mitad de la ciudad, que por estar situada en la provincia de Gascuña viste, habla y vive a la gascona, teniendo Vicarío y Catedral aparte. Dimos una vueltecita por toda esta parte de ciudad, que es poco más grande que Bolonia, aunque hermosa y populosa, famosa por sus estudios pues tiene una de las Universidades ya citadas, dotada con linaje de caballeros. En esta ciudad se realiza el Parlamento de la lengua de Oc. Pero, como se estaba haciendo tarde, regresamos al alojamiento en el que nos encontramos comodamente, pues el patrón había preparado una opípara cena. De mañana, después de de-

sayunar, y habiendo pagado al hostelero, cogiendo nuestros hatillos, nos dirigimos de nuevo a la Catedral para ganar la indulgencia. Saliendo de ella nos encontramos a un párroco que llevaba el viático a un enfermo, al que acompañamos hasta la casa, y luego doblando para el Hospital pasamos a recoger al romano y cruzamos el citado puente y todo el resto de la ciudad hasta llegar afuera de ella, donde nos topamos con un burgo bastante grande y bonito, todo lleno de tiendas y en donde hacen agujas de coser. Entramos en una de éstas para ver el modo y el arte de hacerlas. En ella había una gran rueda de madera que hacía girar una más pequeña de piedra. El dueño estaba sentado delante y cogiendo un manojillo de éstas a cada vuelta, las afilaba sobre la rueda de piedra, que al rozar con las agujas soltaba una gran llamarada. Por lo que el maestro, por no quedar abrasado y para poder observar su trabajo, tenía una máscara de hierro con los ojos de cristal y del mismo modo todo el pecho de hierro y las manoplas, pues de otro modo se chamuscaría las ropas y la cara. Esto provoca un ruido estrepitoso, que se oye a una milla de distancia. Las cuerdas que tiene esta rueda alrededor son del grosor de las que tienen los instrumentistas para hacer sonar el bajo, que llaman violón, y son de idéntica materia. Visitada la tienda caminamos seguido por una fértil llanura, tanto que llegamos a Illa, ciudad a una distancia larga de cuatro leguas. Es una pequeña ciudadela, bonita aunque sin nada de importancia. Y pasando tan sólo por medio de ella seguimos nuestro viaje hacia Gimón a dos leguas más o menos de distancia llegando a una villa bastante grande pero desierta, en donde pasamos la noche mejor de lo que creíamos al principio, pues el lugar se encontraba en ruínas. Hallamos allí muchos perales. Por la

mañana fuimos a decir misa en Gimón al convento de San Bernardo, en donde el sacristán se empeñó en darnos el desayuno, acabado el cual marchamos a Oviet, distante dos leguas de Gimón. Éste es un lugar bello y agradable, pero plagado de herejes. Caminamos luego tres leguas seguidas, tanto que llegamos a Aux, que es la principal ciudad de Aquitania. Cuando llegamos era tarde de modo que, apenas entramos, cerraron de inmediato las puertas y nosotros nos detuvimos en el primer alojamiento que encontramos. Por la mañana fuimos a la Catedral a decir misa pero fue necesario esperar un poco a que terminase la misa mayor, después de la cual dan de comer a los peregrinos, como hacen también en el resto de la ciudad, que es rica y reparte mucha caridad tanto en la comida como en la enfermedad. Terminada nuestra misa, dimos una vuelta por la iglesia, mientras mi compañero iba con los peregrinos a comer adonde los canónigos tenían preparada la comida, conforme a su costumbre, por legado de un gran señor de aquella ciudad. Mientras pues que mi compañero comía, nosotros estuvimos observando la Catedral que, como dije, era de lo más hermoso de toda Francia. La iglesia tiene forma de cruz, con un gran coro todo de marmol blanco y negro, con enormes estatuas fuera de lo corriente, todas de bronce, y la sillería de nogal y muy bien acabada, con imaginería, que no se encuentra algo más hermoso. Todas las vidrieras de la iglesia son de colores, representando el Viejo Testamento y también de muy buen acabado. Paseamos luego un poco por la ciudad, hermosa, rica y muy antigua, construída sobre un montículo y rodeada de una fortaleza de altas murallas aunque no es muy grande. Sobre la puerta por donde entramos están grabadas estas palabras, en antigua escritura, en la piedra des-

gastada del tiempo: Augusta Auxicon. El resto no puede leerse, por estar la piedra bastante deteriorada. Dentro de esta puerta se encuentra el Estudio noble y grande que tienen los Jesuítas. De aquí nos fuimos a desayunar y una vez que terminamos, fuimos a encontrarnos con mi camarada y partimos en dirección a Brau, que está alejada dos leguas, seguimos adelante y encontramos un pequeño castillo llamado Linet; continuamos luego hasta Montelquio, adonde llegamos a la tarde y que está llena de herejes, pero como estábamos cansados no nos preocupamos de ver la villa. Después de haber salido de mañana llegamos a Marfiac, luego de caminar tres leguas seguidas, siempre por colinas y llanuras llenas de árboles frutales, en especial cerezos. Allí nos acostamos en casa de uno de aquellos campesinos y le preguntamos si nos podía vender algunas cerezas. El subió a lo alto del árbol y cogió unas cuantas a voleo y nos las dio sin aceptar pago, diciéndonos que, aunque era un hombre pobre, no le daba importancia a cosas tan nimias. Tenía once hijos varones, todos pequeños y a su cargo, que apenas se podían cuidar el uno al otro. Nos dijo que se encontraba el solo, pues su mujer había muerto y tenía que correr con los gastos de todos aquellos sus hijitos, los cuales, para ser hijos de un campesino, eran unas hermosas criaturas, además de bien vestidos y por igual, cosa digna de ver. Le agradecemos las cerezas y partimos para Marfiac, lugar de gran riqueza en donde pasamos la noche. A la mañana siguiente fuimos al convento de San Agustín para decir misa, donde el padre nos dio la limosna, así como el desayuno, y al partir nos rellenó la botella de buen vino y todavía nos regaló un mollete de pan. Salimos de aquí para Malborget pasando antes por un gran río. Este lugar está a dos leguas de distancia de Marfiac y hace

verdaderamente justicia a su nombre pues está totalmente arruinado por la guerra. No se ve otra cosa que trozos de muralla y montones de piedras, cosa que da pena ver. A pesar de esto es abundante en géneros, con un buen mercado. Pasando de este lugar, caminando cerca ya de la tarde, llegamos a una iglesia en la que nos fue necesario alojarnos después de cenar, pues allí no podíamos disponer de camas y de no poder dormir en Alejandría dormimos en la paja. De mañana nos levantamos temprano y salimos hacia Noia, alejada dos leguas, con mal camino, yendo unas veces por lugares elevados otras por llanos, pero siempre fructíferos. Llegamos a un río con muchos peces y grandes carpas en donde paramos para hacer la colada y mientras la ropa se secaba cogimos de aquellas carpas en cantidad. Recogida nuestra ropa caminamos hacia Noia que está allí tan sólo para fastidiar, pues está compuesta de algunas cabañas, todas de paja en donde no habitan más que pastores y pobres. Nos dirigimos a una señora, para que nos hiciera el favor de cocinar las citadas carpas, extrañándose de que quisiéramos comer semejantes peces, diciéndonos que nos iban a hacer daño, pues en sus días había visto comer tal cosa y que además no sabría cocinarlos. Nosotros le enseñamos, y una vez que estuvieron cocidas, hicimos una buena sopa, así como una menestra de habas frescas que habíamos cogido en un campo y nos sentaron estupendamente, dado que aquel era un lugar pobre. Acabado el desayuno le pagamos con algo de dinero a la señora y partimos hacia Moláns pasando por bosques y castaños, donde encontramos gran cantidad de setas. Mientras las recogíamos comenzó a tronar y relampaguear, por lo que dejamos de buscar setas y nos echamos a correr, pues amenazaba de lluvia y el agua venía trás de nosotros

como para darnos caza, y aunque nos fuimos abrigando, ora bajo un árbol, ora bajo otro, al final nos dio un buen baño, en las dos leguas en que nos acompañó entre Noia y Moláns. Cerca de la tierra de Moláns, que se encuentra en el fondo de unos montes muy poblados de árboles, de forma que apenas se ve, entramos por una puerta que parece la de la casa del diablo, y en verdad hasta creo que lo sea, pues aquí están todos los herejes, puesto que no hay ni un católico dentro. Por eso, viendo la existencia de tanta diablería, no quisimos andar por esta tierra. Cerca de la puerta encontramos un fraile franciscano, de lo que quedamos muy contentos pues ya era tarde y después de haberle encontrado, este fraile nos condujo a su cabaña en donde estaba un compañero suyo y allí pasamos la tarde. Nos dieron de cenar tan sólo pan y vino con un poco de menestra. Nos dijeron que los herejes ni los toleraban, ni les hacían caridad alguna, por lo que estuvieron por abandonar este lugar definitivamente, pero el Superior de la provincia no quiso y los socorría con pan y vino. Estos padres nos preguntaron sobre nuestro país y provincia, de lo que le contamos y les dimos algunas medallas benditas, pues llevábamos bastantes. Por la mañana dándole gracias a los padres, tomamos nuestros hatillos y salimos del burgo para seguir nuestro viaje. Entonces comenzó a cambiar el clima hacia Burgo Arber, alejado casi tres leguas, pero apenas hicimos media legua, nos topamos con un gran río en el que fue necesario que nuestro compañero romano se descalzase y pasase primero los hatillos, para pasar luego nosotros. Cruzado el río encontramos con un villano y le preguntamos por el camino de Burgo Arber, nos dijo que el que llevábamos no era el buen camino pues así nos alargábamos, por lo que era mejor volver a cruzar el río e ir a la

ciudad de Láscara porque de ese modo acertábamos bastante. Se lo agradecemos, y vuelto a cruzar el río, haciendo de puente nuestro compañero, seguimos por el camino que nos indicara el villano caminando casi todo el día sin encontrar Láncara. Ya ni sabíamos por donde andabamos, avanzando siempre por oscuros bosques sin encontrar a nadie que nos señalase el camino, hasta que finalmente hacia la puesta de sol encontramos Láscara, situada en un llano, rodeada de altísimos árboles que es por lo que no se ve hasta que se llega a la muralla. Es una hermosa y pequeña ciudadela, con la mitad de católicos y la otra de herejes. Tiene una Universidad de todas las ciencias y la llevan ciertos religiosos que no se basan sólo en su religión, cosa que en Italia no se da de esta manera. Son muy caritativos con los peregrinos, y el Obispo también es muy caritativo. Mientras mi compañero se dirigió a esta Universidad para recoger la limosna, así como la del Obispo, nosotros entramos en una hostería en la que había muchos estudiantes que nos preguntaron en latín de donde éramos, respondiéndole que italianos y romano. Después nos preguntaron sobre diversas cosas y nos invitaron a beber, cosa que agradecemos. Pero al salir de la hostería tropezamos con un villano que estaba ebrío, y que cogiéndonos de la mano nos hacía muchos aspavientos queriéndonos llevar de nuevo a beber, pues quería pagarnos un tonel para que nosotros rogásemos a Dios por él en nuestro viaje. Librándonos difícilmente de este borracho, hallamos a nuestro compañero que estaba esperando a la puerta de la Universidad de los religiosos que dije. Éstos se esmeraron en lo de la comida, pues comimos un gran plato de menestra y carne de cabrito que le habían dado. Una vez que acabamos marchamos conjuntamente para seguir nuestro viaje y a

la media legua nos encontramos una villita donde pasamos la noche en casa de un rico campesino, que nos trató esplendidamente y no nos cobró nada. A la mañana, después de darle las gracias, partimos hacia Ortes, a dos leguas de distancia, caminando por una extensa llanura. La villa de Ortes es bastante bonita, rodeada de fuertes murallas, aunque plagada de herejes. Nos dirigimos al Vicarío para sellar la dimisoria y así poder celebrar misa a la mañana siguiente que era Corpus Christi. Luego nos acercamos hasta una hostería para solucionar nuestro alojamiento, y fuimos al final a parar a la hostería de una hereje, que por cierto nos trató muy bien. Al levantarnos a la mañana fui a decir misa a los Capuchinos que están fuera del burgo que habitan los pocos católicos que hay, acabada la cual se empeñaron en hacernos desayunar. Después nos fuimos a la procesión del Santísimo, en donde vimos como aquellos perros herejes que estaban en las ventanas, con la cabeza cubierta con sus sombreros, se reían como locos de atar al paso de la procesión. El Vicarío emitió un bando para que permaneciesen encerrados en sus casas, a fin de que ni fastidiaran ni impidieran la función eclesiástica, y es por lo que se encontraban en las ventanas riéndose y befándose. Acabada la procesión se impartió la bendición en la Catedral, que está bastante mal atendida, pues más parece una cuadra de animales que la casa de Dios o la Iglesia. Aquí dejamos a nuestro compañero romano enfermo cuando partimos para Ortes. Al salir de esta tierra se pasa por un hermoso puente que tiene en los extremos unas altísimas torres. Pasado éste, que está unido a un pequeño burgo, hicimos un poco de comida y marchamos luego a Salvatierra a cinco leguas de viaje y que es la primera tierra de la provincia de Cantabria, bastante bonita y

más agradable que Ortes, aunque no muy grande. Está situada en una llanura con Prati, Ortes y Vigné. Pasamos aquí la noche y de mañana continuamos viaje hasta San Gio. de Piedeporto y a una legua encontramos una villa que se llama Zampelai, pasada la cual fuimos cruzando por muchos bosques y castaños, entre los que nos perdimos hasta que llegamos a cierto campo, donde encontramos con una señora que iba a misa, a la que rogamos por el amor de Dios que nos indicase el buen camino que habíamos perdido. Ella cortesmente nos llevó hasta el buen camino, en el cual luego hallamos una aldehuela en la que desayunamos. Seguimos después por aquellos castaños hasta encontrar una bonita aldea en la que encontramos al sacerdote, sentado a la puerta de la iglesia, que sostuvo con nosotros una larga charla y que al final hizo que nos llevaran de beber y algunas frutas explicándonos el camino que deberíamos de seguir. Agradeciéndoselo continuamos hacia San Gio. de Piedeporto distante tres leguas. Más adelante contaré en pocas palabras algunas cosas que vi al salir de esta provincia y que noté en más lugares. Esta, por estar situada en la parte baja de los Pirineos en lugar de velas de cera usan resina de pino, que al arder produce una gran llama y desprende un olor muy agradable.

Hay ahora aquí gran escasez de vino, por lo que cualquier familia normal que no pueda comprarlo hace de la siguiente manera: adquieren en su lugar un barril de vinagre fuerte y cuando quieren beber, cogen un cazo de agua y en el derraman un vasito de vinagre, y es por esto que ningún forastero se lo pide. Aquí todos, excepto los grandes señores, llevan zuecos de madera y en lugar de sombrero llevan una gorra, larga como un cortador de cocina, y que va para todos lados, y al igual

que sus paraguas sus capotes son muy grandes, y el sobrecuello tiene un capuz de la misma forma que los de los frailes franciscanos con diversos adornos, y a la par del cuello tienen una chorrera como los alemanes. Son gente bastante bruta, siendo su vestir muy caprichoso y ridículo de ver. Siguiendo pues nuestro camino llegamos a San Gio. de Piedeporto que es la última tierra del Rey de Francia. Es bastante ancho y situado al pie de un gran monte, en cuya cumbre hay una fortaleza con una segura carcel bien guardada y fortificada, pues es lugar fronterizo. Tiene gran abundancia de frutos y vinos y aquí también comienza ya a venderse el vino de España que después de que lo hubimos probado, continuamos adelante, pues el sol estaba todavía en lo alto, siempre a la sombra de aquel asperísimo monte que daba miedo mirarlo pues parecía que se nos iba a venir encima. Es lugar de reunión de fieras entre sus despeñaderos, por eso nosotros íbamos desesperados por no encontrar una casa en donde albergarnos, además de no saber que hacer, pues no veíamos nada, ni el camino, ni los senderos, debido a la obscuridad de la noche. Finalmente vimos en la lejanía un fuego entre aquellos ásperos montes y lo mejor que pudimos caminamos hacia allí. Todos juntos nos acercamos y preguntamos al patrón, que se asomó a la ventana diciendo que buscábamos, a lo que respondimos que éramos unos pobres peregrinos perdidos entre aquellos montes, y le rogábamos por las entrañas de la misericordia de Dios que nos hiciese caridad y que le daríamos todo el dinero que fuese necesario. A pesar de que apenas nos entendía, como tampoco nosotros a él, dijo que si con facilidad y abierta la puerta entramos en la casa y nos condujo al piso, en donde brillaba un buen fuego pues aquí siempre hace frío, porque cuando no

nieva, hiel. Nos calentamos juntos alrededor del fuego en tanto nos preparó la mesa con lo poco que tenía. Después de cenar recitamos las letanías de la B. Virgen y otras oraciones, como tenemos de costumbre hacer. Este hombre tenía varias hijas pequeñas, la más pequeña de las cuales, cuando terminamos las oraciones vino a besarme la mano y golpeó su mano contra la mía por delante y por detrás dos o tres veces, cosa que también hizo con su padre y su madre y lo mismo a mi compañero y luego a los demás de la casa, pues éstas son costumbres que se ven aquí en esta provincia de Cantabria. Luego de esto nos fuimos a la cama. Por la mañana fuimos a hacer cuentas con el patrón, que no aceptó nada, diciéndonos que lo que había hecho lo tomásemos hecho por el amor a Dios. Nosotros agradecemos tanta caridad y continuamos nuestro viaje, siempre procurando salir de entre aquellos altísimos montes a lo largo de siete leguas, viaje ciertamente espantoso y peligroso para hacer. Al fin, con la ayuda de Dios y de Santiago de Galicia, llegamos a lo más alto de los Pirineos. Aquí termina Francia y la provincia de Cantabria. En este lugar hay una capillita muy antigua en la que entramos directamente, por no tener ni puerta, ni ventanas para poder cerrarla, y allí cantamos el Te Deum Laudamus para dar gracias a Dios por habernos conducido sanos y salvos, por su misericordia infinita. Más adelante abandonaríamos aquellos escarpados montes, a cuya cima habíamos subido con tanto esfuerzo. Descansamos en aquella capillita, que tenía múltiples grabados y antiguas esculturas e inscripciones, gastadas por el tiempo e imposibles de leer.

Desde aquí se ve hacia levante Francia y al poniente España. En este mismo lugar fue donde Orlando hizo sonar el cuerno, cuando llamó a Carlomagno pidiendo

ayuda, y lo sonó tan fuerte que lo hizo reventar, cosa que he visto con mis propios ojos, como más tarde explicaré en la descripción de la derrota de Roncesvalles. Mientras descansábamos le conté a mi compañero, que allá por el año 1666, la primera vez que fui a Santiago de Galicia con otros tres compañeros, no habíamos hecho este camino, sino que llegados a Tolosa y pasado el puente ya descrito por mí, volvimos hacia el mediodía por la Gasuña, pasando muchas ciudades, lugares y castillos antes de subir los Pirineos y llegamos a una ancha tierra conocida como San Gaudencio, en donde permanecemos los tres para la fiesta de Pentecostés. A tres leguas de aquí, hacia el mediodía, hay un monte llamado Monte Elper, al que el mismo hostelero donde estábamos alojados nos llevó a ver. A mitad del monte hay un pueblecito pequeño formado por algunas casuchas y cabañas, en una de las cuales habita un hombre medio seco, tendido en un tablón de madera, cubierto con una blanca sábana y una colcha, que da la impresión de ser un enfermo en el lecho, muy macilento, la cara como un cadáver, al que guardan aquellas gentes que allí se encuentran en el descampado. Observamos como tenía seco también el resto del cuerpo, o sea el vientre, los esqueléticos brazos y piernas y las uñas retorcidas en espiral y larguísimas en el extremo de los dedos, tanto de las manos como de los pies. Pues bien, no tiene carne a no ser en la cara bastante macilenta, con la boca apretada y los dientes enclavados, moviendo tan sólo un poco los labios cuando habla. Los que lo guardan y cuidan le mojan la boca con caldo o con agua hervida, haciéndole tragar a través del hueco de un diente por medio de un pequeño tubito. Esto, quien no lo vea no lo cree, pero yo lo he visto con mis propios ojos y tengo de testigos a mis tres

compañeros, los tres boloñeses que lo vieron como yo. Estuvimos aquí discurriendo con él, tres o cuatro horas, porque piensa maravillosamente en todos los idiomas, contándonos algunas cosas de su vida. Primeramente que era Doctor con habitación en la Universidad de París, demostrándonos algunas de sus argumentaciones que nosotros teníamos en cuenta. Llevaba catorce años de aquella manera y no se alimentaba de ninguna otra cosa que no fuese lo que habíamos visto. Al mismo tiempo nos dijo que se llamaba Juan y que tomaba este castigo como penitencia por sus pecados, y que habría querido que todos los hombres, buenos y malos del mundo fueran a verlo, los buenos para que viendo este castigo perseverasen en hacer el bien; los malos para que viendo también semejante castigo aprendiesen a temer a Dios y comenzasen a abandonar el camino del pecado y se resumiesen a servir al Sumo Hacedor. Y nos dijo también que, aunque se encontraba en tal estado, ayunaba los viernes de todas las semanas en honor de la pasión de Cristo. Mientras tanto se fueron reuniendo otros forasteros y nosotros abandonamos el lugar, pero antes de partir nos hizo escribir nuestro nombre apellidos y patria, así como el lugar a donde íbamos en un gran libro donde se inscribían todos los forasteros que llegaban de lejanos países. Y al despedirnos nos dijo que nos fuésemos alegres y que rogásemos a Dios por él, dedicándonos estas palabras al marchar: no será en vano vuestro caminar. Hasta aquí llega siempre gente de todas partes, tanto paisanos como forasteros para pedirle consejo en sus tribulaciones, y viéndolo y oyendo sus palabras quedan satisfechos y muy contentos. El hostelero que nos llevó allí nos dijo que, a veces, predice las cosas futuras. Volvimos pues a San Gaudencio y por la mañana cruzamos

el puerto de Bielsa y caminamos abajo por Aragón y pasada Zaragoza, nos dirigimos a Madrid, para conseguir dinero siguiendo luego a Santiago. Acabado de contar este suceso a mi compañero nos levantamos y salimos de la citada capillita, echamos una ojeada hacia la derecha, a Francia, diciéndole adios: Dios sabe si volveremos más. Y mientras íbamos diciendo esto, comenzamos a descender con las lágrimas en los ojos y cierta nostalgia en el corazón, y así pasamos una hora sin dirigirnos la palabra el uno al otro. Así bajando llegamos a Roncesvalles, alejado de la capillita de donde habíamos partido a dos tiros de mosquetón.

RONCESVALLES



ejada dicha capillita comenzamos a descender por un cuarto de legua, sin que llegásemos a encontrar el tan ansiado Roncesvalles, que nos cansó por muy esperado, y mayor contento nos produjo porque estando cubierto de montes y de elevados árboles, cuando

pensábamos estar aún muy lejos, allí mismo nos encontramos bajo la puerta. Descendimos pues por una escalinata y entramos bajo un gran arco, después del cual a mano derecha se encuentran muchos sepulcros

estaño y madera al so-
sordina y sonidos, por
casi nada resaltar de u

mos percibi
adaptándos

e ya dije se hizo sobre la cumbre de los Pirineos para
mar a Carlomagno, que estaba esperando en San Gio.
Piedeporto a Orlando, que había ido a cobrar el
buto a Marsilio, Rey de Aragón. Al lado de este
erno hay dos mazas de hierro, la una de Orlando y la
ra de Rinaldo, usadas por éstos en la batalla y que
vaban amarradas a sus sillas de montar. De tal guisa
tán hechas que son como un bastón grueso, de un
azo de largo, en cuya punta llevan una cadenilla de
erro de un palmo de largo, al extremo de la cual va
la bola de hierro macizo, conformada en ocho caras y
ras formas distintas. Está allí también el escudo de
erro de Orlando y los botines o calzas, que nos dije-
n se pone el Obispo cuando oficia la misa mayor en
s grandes solemnidades. Salimos fuera de la iglesia y
corrimos el terreno para contemplar aquellas anti-
quedades. Un poco más afuera, cuatro pasos entorno,
hay una capillita, que mandó construir Carlomagno
después de la muerte de Orlando y sus paladines.
Cuando penetramos en ella nos encontramos con que
estaban diciendo misa, y nos quedamos hasta que hubo
terminado el abado. La misa es algo diferente de la nuestra en al-
gunas ceremonias, pero poco: en la Elevación, por
ejemplo, bendicen el pan partido en pequeños trozos y
en la Comunión, después de repartida, lo llevan por la
iglesia en una especie de barreño cubierto con una
servilleta blanca, haciendo besar al mismo tiempo una
plata medalla, como hacemos nosotros cuando se da la
comu- nión. En esta capillita tan sólo dicen misa personas de
alto rango. Tiene forma cuadrada perfecta y no es muy alta
y está ubicada en el mismo lugar en que Orlando,
después de la segunda batalla, se puso de rodillas y
volviéndose, como nos han dicho, hacia Roncesvalles
dijo con su gente diciendo estas o parecidas palabras:

Oh triste, oh desafortunado valle, serás ya para siempre sangriento; y nos dijeron también, que todos los Barones que estaban presentes le pidieron a Orlando que se pusiese a tocar el cuerno, respondiendo que se encontraba cansado de tocarlo y no lo haría porque provocaría miedo y no quería que Carlos le ayudase y que además no lo hacía por vergüenza. Viendo por consiguiente que su campo estaba ahora destrozado por la primera y segunda batallas y el valle todo cubierto de cadáveres, suspiró entre sollozos. Quería animarlos, pero el dolor le impedía hablar, considerando que había llevado a toda su gente a una carnicería en Roncesvalles, pero, a medida que fue recobrando la voz, les animó a combatir por la Santa Fe, haciéndoles una larga y acertada arenga y acabada ésta, dirigió de nuevo una mirada hacia Roncesvalles y repitió las ya citadas palabras: Oh triste, oh desafortunado valle, desde ahora serás ya para siempre sangriento. Y salieron todos a caballo, encomendándose a Dios y a su Santísima Madre, comenzando la tercera y última batalla, terrible y sangrienta, que duró todo el día, y que, según nos han contado algunos, fue el día de San Miguel. Allí quedó todo el ejército enemigo y otros tantos reyes, duques y grandes señores, en seiscientas millas a la redonda, quedando vivos tan sólo dos, que fueron el Rey Marsilio y Baluarte, y del ejército cristiano, que se componía de unos mil seiscientos, tan sólo quedaron vivos tres, Rinaldo, Ricardo y Turpin. Orlando viendo perdida toda su gente, se retiró a su tienda y tomó la decisión de hacer sonar el cuerno. Subió a lo alto del monte, al lugar antes citado, para que le pudiese oír Carlos, y nos han contado que lo tocó tan fuerte que Carlos lo oyó. Esto a algunos les parece un milagro, pero se puede creer porque el sitio desde donde lo hizo sonar hasta

San Gio. de Piedepuerto, en donde estaba siendo atendido Carlos, hay solamente seis leguas y media. Ciertamente nos dijeron que lo tocó tan fuerte que a la tercera vez le saltó la sangre de la boca y la nariz, y al mismo tiempo el cuerno se quebró de una parte, como lo he visto con mis propios ojos. Dice Turpin, que cuando se oyó su terrible sonido, la mayor parte huyeron por los montes a esconderse a las cuevas y otros iban a tontas y locas ensordecidos por aquel sonido, así como que los que estaban cerca creyeron que se abría la tierra, tal fue la sacudida que provocó el retumbar del cuerno. Después de hacerlo sonar, volvió a su tienda echando una ojeada a su campo destruido y no viendo enemigo alguno, con el que pudiese combatir, se paró y dolorido de tanto combate y de tocar el cuerno, que le había hecho derramar tanta sangre por la boca y nariz, no podía sostenerse sobre el caballo. Pero hallándose al pie de la montaña, en donde hay una fuente que hoy llaman la fuente de Orlando, construída con hermosos adornos, desmontó del caballo y bebió, quizá dos o tres veces de aquella agua y en ese escaso tiempo vio como caía muerto, delante de él, su caballo por la cantidad de heridas recibidas en la batalla. Nos dijeron que lo lloró, por haber resistido con él, valientemente herido. Luego echando una mirada por si veía a su primo Rinaldo abajo en el valle lleno de muertos se horrorizó al ver tal cantidad de ellos, y llorando sobre los suyos les llamaba felices porque ellos habían combatido por la Santa Fe generosamente, así como también por su patria, lamentándose constantemente de aquel traidor de Gano y del Rey Marsilio. De nuevo volviendo a mirar por si veía a alguien y no distinguiendo alma viviente, llamando a la muerte, tomó por última vez su Durandaina y la golpeó repetidamente

contra una roca de forma que podía romperla, hasta que al fin dio tan fuerte golpe que partió la roca quebrándose al mismo tiempo la espada. (La he visto en la Galería del Rey de España como os contaré en la descripción de Madrid). Y volviéndose hacia su espada dijo: Oh fuerte Durandaina si te hubiera conocido antes, como ahora te conozco en este instante de mi muerte, habría estimado poco a todo el mundo y no habría llegado a esta situación. Hubiera ahorrado muchas veces la guerra si supiera el valor que contenías. En esto vio venir a Rinaldo, y puesto en pie, pues, se había caído con la debilidad, dio cuatro pasos para llegar hasta él, pero no pudiendo mantenerse volvió a caer. Rinaldo lo cogió confortándolo, así como Turpin y Ricardo y otro religioso al que Orlando dijo que la muerte le llamaba, pues ya no le quedaba vida, y poniéndose en medio de hinojos para poder confesarse, lloró amargamente sus pecados, rogando constantemente a Dios por éstos. Luego se despojó de sus armas diciendo: Señor he aquí vuestras armas, y he aquí a vuestro soldado encanecido en la guerra por la defensa de vuestra Fe. Hizo luego una larga y devota oración en la que pide al cielo dé respuesta a su deseo de vivir y que si le daba armas y gente haría temblar el mundo. Mas se dice que deseaba la muerte, e inclinando la cabeza hasta el suelo, siempre pidiendo perdón a Dios y pidiendo la muerte, recomendó a todos los cristianos al Eterno Padre. Luego, poniéndose en pie, lloró fuertemente y abrazó a Rinaldo y a los demás y dirigiéndose al cielo dijo: Señor en tus manos encomiendo mi alma. Tu sabes que siempre he deseado morir por tu Santa Fe. Dio luego dos o tres pasos y volvió a caer de rodillas, y extendiendo los brazos en cruz se volvió cara el cielo y expiró su alma. Todo esto, que se lee ahora en

el libro titulado La Derrota de Roncesvalles, está escrito por varios autores. Aquí en este mismo lugar, que estará distante dos o tres pasos de la capillita en donde se confesó, Carlomagno hizo construir su sepulcro y lo enterró. Este sepulcro está hecho como si fuese una pequeña capilla, perfectamente cuadrado, teniendo por todos sus lados veinte pies de largo con una bonita cúpula en pirámide y una hermosa cruz como remate. Dentro está la tumba, de igual forma cuadrada y apenas puede andar una persona entre la tumba y el muro. Nos contaron que allí están también enterrados otros paladines con Orlando. En sus cuatro muros está pintada toda la guerra que se hizo en este lugar según la tradición, todo en claroscuro. Al pie de la puerta donde se abre esta sepultura está la roca que partió, cerca de la fuente como ya conté antes, rota a la mitad. Todo esto se puede contemplar allí. Nosotros no nos cansábamos de mirar y remirar, y hubiéramos deseado permanecer por más tiempo, pero nos pusimos en camino para ver la zona, que tiene maravillosas antigüedades. Este lugar está situado en lo alto de unas elevadas montañas, con una bella llanura media milla entorno, rodeada ésta como dije de altísimas montañas y de elevados y frondosos árboles que casi lo cubren todo. Esta llanura, en donde ocurrió todo este conflicto, se rodeó luego de una alta, y sobremanera resistente empalizada para que no pudiesen pasar de forma alguna los animales salvajes, y se venera como si fuese un verdadero cementerio. Los edificios no son demasiado bonitos pero si consistentes. Tienen aquí un hospital grande y hermoso en donde los peregrinos pueden permanecer por espacio de tres días, comer y dormir, y en donde les tratan muy bien. Es uno de los más ricos que hemos encontrado en este viaje. Por la tarde, después de cenar, fuimos a la

plaza a tomar un poco el fresco y nos encontramos con que estaban jugando al truco¹⁶ según su costumbre que es ésta: ponen cuatro maderos separados en el suelo formando un perfecto cuadrado, y cada uno con una pelota de madera, gruesa, como con las que jugamos nosotros a la bocha. Llevan también una especie de paleta con mango, cóncava en su centro como un canalón. En medio del juego ponen un aro de hierro y al tirar la pelota la hacen correr por el canalón escavado en la paleta, para introducirla por el aro. Y el que no la pasa pierde y el que bocha al compañero gana, así como el que va fuera de juego, o sea a los cuatro maderos. Siempre le dan con aquella paleta y los jugadores no pueden ser más que dos, pero como habían ganado doce palas y no habían abatido el juego totalmente, estuvimos allí sin que se diera terminado. Luego nos fuimos al albergue, con tiempo para poder salir temprano por la mañana pues ya hacía dos días que estábamos allí. A la mañana siguiente partimos de Roncesvalles, y al salir de aquella tierra quisimos ver de nuevo la tumba de Orlando, diciendo para nuestros adentros que Dios sabe si volveremos a verla. La miramos con detenimiento y anotamos nuestros nombres y apellidos, con la punta de un cuchillo, en una de las piedras del sepulcro. Echamos luego una mirada a todo Roncesvalles, que es verdaderamente un lugar próspero y abundante, especialmente en ganado, del que los canónigos son dueños y señores absolutos así como de todas las demás cosas que hay, por lo que son realmente ricos.

Visto por última vez el sepulcro y toda aquella tierra, fuimos bajando poco a poco por aquella llanura, volviéndonos repetidas veces hacia la derecha para volver a ver Roncesvalles pues nos apenaba dejarlo. Final-



ad sepulchrum de herencia ad aperturam uocabulo che solia ipso.
car chiesi sicaria. Seguita nel testo.



mente lo perdimos de vista, y dándole el último adiós, continuamos nuestro viaje, hacia un lugar llamado el Borgueto a una legua de distancia. Desayunamos a las afueras del Borgueto, junto a una deliciosa fuente. Esta zona está casi toda llena de pastores con ganado mayor, o sea vacas, caballos, ovejas, cerdos y otros animales, que tienen en gran cantidad, pues poseen grandes pastizales pues es tierra rica y fértil. De aquí caminamos al Puente del Paraíso, a tres leguas de distancia, atravesando bosques y lugares silvestres, malos y abruptos, en los que no se vislumbraba camino ni sendero alguno. Cerca de la cima de un alto monte divisamos el puente y, ansiosos por llegar, comenzamos a bajar a zancadas a pesar de ser un lugar áspero, con múltiples y horribles precipicios pues como dije no había ningún sendero que nos indicase que íbamos por el buen camino. Llegamos al fin, después de grandes dificultades y peligros, pues estuvimos a punto de caer muchas veces, al deseado Puente del Paraíso, aunque más bien parece del infierno. Este puente se tiende sobre un río, ancho y profundo, que discurre entre dos elevados montes y proviene de lo alto de estos montes de frondosos árboles fluyendo sombreado, por ello que el agua aunque transparente parece negrísima al mirarla. Es de curso rapidísimo y da miedo y pánico a los desprevenidos pasajeros. Al acecho del puente hay ciertos soldados, o como dicen más bien ladrones y asesinos que aprovechando el lugar, deshabitado expolían a los pasajeros, y como está pasando gente continuamente, nos dijeron que es conveniente pagar y de buen grado, pues si se ofrece la mínima resistencia les maltratan dándoles por sepultura el río. De donde que, para evitar este mal encuentro, conviene darle lo que quieran. Éstos son soldados o matones de un tal D. Caimé Señor de la Torbaca, Caballero de los principales de Córdoba,

que se convirtió en jefe de bandidos y recorre todo este territorio de Navarra con mil hombres, asesinando al primero que se encuentra, acabando con las tierras y hasta con castillos enteros y tratándose con la peor gente. Aquí preguntamos por el camino para ir a Pamplona y cuanto había que pagar por el pasaje del puente, y enseñándonos el verdadero camino nos dijeron, que se pagaba un real de plata por cabeza que es un paolo¹⁷ de nuestra moneda. Nos preguntaron de que país éramos y adonde íbamos, y contestamos que italianos y que íbamos a Galicia y nos dejaron pasar, preguntándonos si al regreso pasaríamos por allí y nosotros le dijimos que sí, a fin de que nos dejaran pasar más fácilmente, celebrándoles con mucha cortesía, pero todos con gran temor y temblor, porque todos los peregrinos que encontramos fueron maltratados por estos hombres. Por fin, con la ayuda de Dios, pasamos, pero estos hombres no dejaban de mirarnos de soslayo y murmurar uno con otro. Unidos con otros para que no nos viesan echamos a correr, tan aterrorizados, que ni mirábamos atrás, y corrimos tan de seguido que llegamos a una tierra llamada Risoña, a una legua de distancia. Llegados a este lugar, que parecía ser un pequeño paraíso, dimos gracias a Dios y a Santiago de haber escapado a las manos de estos asesinos y con cuya ayuda nos dejaron marchar para después desvalijarnos al regreso, por lo que hicimos otro camino. Llegados pues a Risoña descansamos un poco. Es un lugar bello, rico y poblado, al que acuden muchos de otras tierras vecinas lo que es muy agradable de ver. Partimos de este lugar y llegamos a una hermosa llanura, desde donde se divisa la gran ciudad de Pamplona que presenta una hermosa vista a lo lejos, sita sobre una pequeña colina, algo eminente, y no a más de cuatro leguas del principio de la llanura.

PAMPLONA



legados a Pamplona, para entrar por la puerta que da a septentrión se sube como a un tiro de piedra y se llega a la puerta que es muy recia, con baluartes en piedra viva, y delante de la misma tiene un gran foso, sobre el que se pasa por un gran puente de madera para

entrar por la dicha puerta que está fuertemente guardada. Nos interrogaron de que país éramos y adonde nos dirigíamos y quisieron ver el pasaporte del Rey, que le mostramos, conduciéndonos delante del Virrey, que nos hizo las mismas preguntas, porque cuando los pasajeros no contestan con sinceridad o no tienen pasaporte en regla caen en prisión o los mandan a galeras: nosotros mostramos los pasaportes a la guardia y al Virrey, que nos preguntó por muchas cosas de Italia, y particularmente sobre Milán. Nosotros le dijimos tanto como sabíamos. Luego nos dio licencia de pasar y ver la ciudad de la manera más conspicua, pero, como era tarde, nos retiramos pronto al alojamiento.

A la mañana siguiente nos fuimos a ver al Vicario para sellar la dimisoria para decir misa y nos dirigimos luego a la Catedral, que se encuentra justo al lado, a un extremo de la ciudad, hacia levante, en un lugar un poco más alto. Esta iglesia es grande y con buenos servicios. Estaban cantando la misa con dos coros, pero

conjuntamente, de una parte uno de músicos y el otro de diversos instrumentos, esto es: arpas, cítaras, espinetas, y muchas gaitas, con el órgano, que es distinto de los que tenemos en Italia, y consiguen tan gran armonía que puede oírse de lejos. Tenían expuesto el Santísimo con gran afluencia de gente, de lo que se deduce que los españoles son muy devotos de este sacramento. Celebré y me dieron dos paólos de limosna. Mientras se canta la misa mayor dan de comer a doce peregrinos dentro de la misma puerta de la iglesia en una mesa preparada al efecto. Hacen pasar a todos los peregrinos por la puerta de la cocina y el cocinero da a cada uno una escudilla de caldo, y no de menestra porque en este país no se toma, y luego que todos han cogido su escudilla los hacen ponerse en fila y van todos en procesión a la iglesia con la escudilla de caldo. Llegados a la mesa cada uno se pone en su sitio y uno se acerca con un cesto de pan y da uno a cada uno de los peregrinos, luego se acerca otro con un caldero de carne y da un trozo a cada uno y detrás de éste otro que lleva una tajada de carne de cerdo para cada uno, y finalmente uno que lleva el vino y da un cazo a cada uno y así termina esta ceremonia. A la tarde también se da la bendición con el Santísimo, con música, como a la mañana, cuando lo exponen. Al salir nos dirigimos a una taberna e íbamos muy contentos con nuestros dos paólos. Es ésta una ciudad verdaderamente fortificada y adornada de hermosos palacios y edificios soberbios, con bellas plazas y grandes y hermosos conventos de toda suerte de religiosos, tanto Hermanos como Monjes. Por el espacio de cuatro horas estuvimos recorriéndola, así como viendo las antigüedades de los interiores. Llegamos a la parte que se encuentra entre seteptrión y levante. Allí estaba caído un trozo de muralla. Y han

hecho otra, algo alejada de aquella hacia afuera. Preguntamos por qué no la habían reconstruido en el mismo sitio y nos contestaron que se había dejado de esa forma como recuerdo de un milagro de Santiago de Galicia, que sucedió en tiempos de Carlomagno, y nos contaron que sucedió de esta forma: Carlomagno, después de tomar Tierra Santa en compañía de Constantino I, y conquistar muchos otros reinos, decidió descansar de la guerra y no deseaba volver a combatir. Tomada esta deliberación, a la noche siguiente vio en el cielo un camino de estrellas que comenzaba en Frisia e iba hacia Alemania e Italia, entre Francia y Aquitania y justo pasando por la Gascuña, Vascongadas y Navarra y por España hasta Galicia, en donde estaba escondido, hasta ese momento, el cuerpo de Santiago Apóstol. Y esto lo vio otra vez la siguiente noche sin entender su significado. Cuando llegó la hora de media noche en la que acostumbraba a tener la visión, se le apareció un hombre de hermoso aspecto, fuera de lo humano, que le dijo: ¿Qué haces Carlos, hijo mio?. ¿Quién sois Señor?, respondió Carlos. Yo soy, dijo el Apóstol, Santiago de Galicia, discípulo de Cristo, hijo de Zebedeo hermano de S. Juan, al que el Señor, por su inefable gracia, sobre el mar de Galilea se dignó elegirlo, para que predicase el Evangelio a estas gentes. Yo soy aquel a quien Herodes cortó la cabeza, cuyo cuerpo está escondido en el suelo de Galicia, porque este reino está indignamente oprimido por los Sarracenos, y me asombra que todavía no hayas librado mi tierra, tú que has sometido a tu Imperio tantos reinos, ciudades y tierras y por ello te digo que así como el Señor te hizo más poderoso que los otros Reyes de la tierra, así te ha elegido entre todos para preparar mi viaje y librar mi tierra de manos de los Moabitas y mientras tanto te prepara una corona

de gloria. La vía de estrellas que has visto significa que tú, con un gran ejército, irás a expulsar a aquella gente traidora y rescatar mi viaje y que tú has de llegar, victorioso, hasta mi sagrado cuerpo, colocado en los últimos confines de Galicia, abriendo, tú el primero, el camino a todos los pueblos que correrán a honrar mis cenizas. Así se apareció Santiago Apóstol a Carlomagno por tres veces. Después de esto Carlos se atrajo un gran ejército y pasados los Pirineos al primer intento asedió la ciudad de Pamplona, capital y metrópolis de Navarra, y allí se mantuvo durante tres meses sin fruto alguno y al fin, viendo que no podía tomarla y que todo asalto era en vano, por sus muros, que eran inexpugnables, hizo oración a Dios y a Santiago Apóstol a fin de que, por honor de su nombre y por la exaltación de la Santa Fe, les diese las fuerzas y la gracia de tomar la ciudad. Acabada la oración, de súbito los muros se derrumbaron hasta sus cimientos, abriéndose un gran camino a Carlomagno, el cual entró por aquellas ruínas con todo el ejército y tomó la ciudad. Los sarracenos que quisieron bautizarse se salvaron y los que no, fueron pasados por el filo de la espada. Llegó esto a oídos de muchas otras ciudades atribuyéndoselo a Carlos, y se hizo tributaria casi toda esta tierra. Esta fue la primera vez que pasaron los franceses a España, después de la derrota de Roncesvalles. Todo está sacado del Teatro de la Vida humana, obra dividida en muchos tomos, en la cita Jacobo el Mayor. La segunda vez que pasaron fue en el año 1521¹⁸ siendo Rey de España D. Fernando, en la época de Inocencio VIII. Se dice que vinieron al asedio de Pamplona, en la que se encontraba Ignacio de Loyola con varias compañías de soldados, para reforzar el asedio. Pero porque éste era muy severo y los asediados no tenían confianza en ningún tipo de es-

peranza de socorro ya se plegaban a la rendición. Pero Ignacio no lo consintió, exhortándolos a hacer resistencia al enemigo, o morir. Cuando un buen día, dando los franceses un asalto vigoroso a la ciudad, se dirigió a la defensa de aquella parte donde la batalla era más atroz y quedó herido de una bala en la pierna derecha, y de una piedra que se desprendió de la muralla por la violencia de los balazos, también en la izquierda. Cae Ignacio, y como dijo el poeta, al caer uno cayeron todos, porque asustados por la caída de Ignacio, al instante se rindieron a los franceses, los cuales, cogido Ignacio, lo condujeron a sus pabellones. Conociéndolo por ser quien era, lo hicieron curar y lo enviaron a su casa, y de este mal luego vino su vocación, y luego llegó a santo.

Nosotros, después de haber rodeado la ciudad y visto todo lo que podría verse, nos fuimos al albergue y tomamos nuestros hatillos, partiendo de Pamplona a la hora de nona. Caminamos por ciertas montañas, no muy elevadas sino mas bien pequeñas, y cerca de estas montañas cruzamos un gran bosque y al fin llegamos a Puente de la Reina, distanciado cinco leguas bien largas, en donde pasamos la tarde. El lugar es bello, por encontrarse al final de un río, cubierto por altísimas montañas. Caminamos un poco por el terreno, de paseo, y vimos dos hermosos edificios y la iglesia. Regresamos a buscar la hostería para alojarnos pero no fue posible, por estar llena de gente y no habiendo otra allí fue necesario buscar otro remedio. Buscamos alojamiento en muchos lugares en vano, cuando Dios, que no abandona a nadie, nos trajo esto al pensamiento; que a la entrada de esta tierra, a un tiro de espingarda, hay una capillita abierta, en medio del camino, a la cual nos dispusimos a ir para dormir dentro. Cuando llega-

mos vimos un campensino que estaba mirando desde la ventana y nosotros le rogamos que nos alojara, prometiéndole lo que pidiese. Este hombre impulsado, o por interés, o por comprensión, bajó, nos abrió la puerta y nos acogió muy bien al verme vestido de sacerdote, porque verdaderamente los españoles le tienen gran respeto a la Iglesia y a los sacerdotes. Nos introdujo en casa y quería darnos pan, pero no se lo quisimos pues era pobre y nosotros ya lo habíamos comprado. Pero en cambio nos dio a beber un buen vino, y luego nos retiramos a la cama, la cual estaba hecha de cuatro cepas de parra clavadas en tierra con una cubierta encima. De forma que nos acomodamos lo mejor que pudimos y dormimos así toda aquella noche. Por la mañana, medio doloridos, nos levantamos y salimos a la catedral para ver si podíamos decir misa, pero no encontramos a nadie: pedido perdón ante el Santísimo salimos a la plaza y compramos un queso y un mollete, y pasado el puente seguimos viaje hacia Estela, a cuatro leguas de distancia. Es un lugar hermoso, sito a ambos lados de un gran río, que pasa bajo un gran puente no muy largo, pero bastante alto. Tiene algunos bellos edificios, algunos conventos, y en particular uno, de la Redención, donde prodigan la caridad con los peregrinos en pan y vino. Dentro del castillo dan limosna en dinero a los peregrinos que se dirigen a Santiago de Galicia. De aquí partimos para Orihuela, a dos leguas de distancia, que es un lugar pequeño pero abundante en todo. Fuera de esta tierra hay un enorme y hermoso convento de San Benito, que posee gran riqueza y parece casi una ciudad, porque tiene un gran recinto amurallado y muy extenso. Entramos en este convento y llegamos a un claustro muy bello, rematado con esculturas, que creo que no he visto nada semejante en

mi vida. Tienen aquí el Estudio público y hay escolares en cantidad, de diversos países, para estudiar. Un fraile que estaba paseando con algunos de ellos, al vernos, nos llamó y preguntó de que país éramos y a donde nos dirigíamos, además de muchas cosas de Italia, sobre todo del Estudio de Bolonia, que le describimos lo mejor que pudimos. Finalmente, después de otras preguntas, llamando al Dispensero, se nos condujo al refectorio, acompañándonos él constantemente, y se nos hizo traer de comer. Allí estuvimos felizmente, hablando de las cosas de Italia, con los escolares, que se acercaban en gran número para escuchar discurrir al fraile con nosotros. Acabada la comida, dimos gracias al fraile y marchamos para continuar el viaje. Pasamos por un campo de habas frescas y cogimos algunas, y luego nos acercamos a una fuente y nos refrescamos, pues hacía mucho calor. Reposamos un poco y seguimos hacia Arcos del Rey, alejado dos leguas y que es la última tierra del Reino de Navarra, pero con una lluvia y viento tan terribles que no podíamos caminar. Llegados, con la ayuda de Dios, a Arcos del Rey nos resguardamos un poco de la lluvia, secándonos con unos paños, cenamos y nos fuimos a la cama. Por la mañana fuimos a la catedral a decir misa y allí nos dieron la limosna de uno de los canónigos de la misma. Este es un lugar ciertamente fortificado y bien cumplido. Allí hay abundancia en ropas, frutos y hierbas en la plaza, así como un buen pan. Después de desayunar salimos hacia Viana distante cuatro leguas. Pasamos por una aldea muy pequeña y nos acercamos a comprar vino y pan, pero no pudimos encontrarlo. Salimos de aquí y nos dirigimos a Viana acompañados por el hambre. Llegados a Viana nos embargó la alegría, al ver una tierra tan hermosa, con una bella catedral, mejor arre-

glada que ninguna otra. Tiene una puerta muy bonita, con hermosísimos relieves. Aquí curamos el hambre de pan y vino, y comimos muy bien. Luego fuimos a Logroño, a una legua tan sólo. Es la primera ciudad del Reino de Castilla la Vieja. Al entrar a ésta se pasa por un gran puente a la parte de septentrión, en medio del cual está la guardia, que nos preguntó de que país y patria éramos y adonde íbamos y si llevábamos algo de contrabando en los hatillos; respondimos que no, y que íbamos a Galicia, por lo que nos dejaron seguir nuestro viaje. Llegados a la puerta de la ciudad nos hicieron lo mismo, y luego nos dejaron entrar. Entrados que hubimos, al dar la vuelta a la plaza, encontramos que se hacía una procesión con el Santísimo, que hacían con gran devoción y en perfecto orden. La seguimos, y acabada, paseamos por la ciudad, mirando los palacios y las iglesias que son muy hermosas. Es ciertamente una ciudad bastante grande y muy bella, rica, comfortable y abundante en todo, situada en una llanura, cercano a cuyos muros corre un gran río, como dije, de la parte de seteptrión y que discurre de poniente hacia levante. Recorrida un poco y vistos muchos y bellísimos conventos de frailes y monjas, llegamos a una gran puerta que lleva afuera de la ciudad. Saliendo por aquí se penetra a un gran anfiteatro de forma octogonal, con enormes balcones alrededor, para que la gente pueda ver cuando aquí se celebra cualquier fiesta y que tiene capacidad para millares de personas. Aquí se representan espectáculos como las corridas de toros salvajes, de leones y caballos, osos, jabalíes, y otras veces fiestas de ingenios y comedias y otras cosas semejantes. Saliendo de este anfiteatro, por otra puerta, se llega a una bella y ancha calle, toda enlosada de buenas piedras con dos filas, a cada lado, de grandes árboles que

arrojan una muy generosa y agradable sombra, y que tiene de largo media milla. Al principio de ella hay un convento de monjas de Santa Teresa, muy bueno y rico. A la mano izquierda, de esta ancha calle, hay una fuente que mana agua en gran cantidad y discurre entre muchos jardines y huertos haciéndolos fertilísimos. Pero siéndonos tarde nos fuimos al alojamiento, luego de comprar pan y vino y todo lo demás que necesitábamos. Cenamos y nos fuimos a la cama. De esto no se extrañe nadie, porque en España en el albergue tan sólo se puede dormir. El resto es necesario comprarlo a cada uno por separado, porque el que vende de una cosa, no vende la otra. Al levantarnos por la mañana nos fuimos a decir misa a la catedral y era el día de San Antonio de Padua. Después de esto nos fuimos a desayunar con lo poco que nos había quedado de la tarde y salimos de la ciudad continuando viaje hacia Navarreta, a dos leguas de distancia. Hay allí un castillo hecho de madera, ubicado sobre un montecillo que es muy sólido y está rodeado de recias murallas. Tiene una grande y hermosa catedral, bien acabada. Saliendo fuera del castillo compramos algunos frutos, para refrescarnos luego en alguna fuente. Caminamos un trozo sin topar nada de agua, aunque bien azotados por el flagelo del sol. Al fin, cuando Dios quiso, encontramos un olivo en medio de un campo, avistado por nosotros durante algunas millas. Nos detuvimos a su sombra y agradecemos aquellos frutos, siguiendo luego hacia Nájera que estaba a tres leguas. Éste es uno de los mas bonitos lugares que hay en este país, sito en una llanura, por medio del cual pasa un gran río y sobre el que descansa un bellísimo puente que une la una y la otra parte de esta tierra. De la parte de poniente hay un monte muy alto, de peña viva, que abriga en cierto modo esta tierra pues

la mitad de ella no es golpeada por la lluvia ni le da el sol, sino es a la mañana, cerca del mediodía. En verdad que es un lugar precioso y provisto de todo. Aquí se levantan a diario muchos edificios e iglesias. Tiene tres plazas, una que da al puente hacia el levante, y dos hacia el poniente. Llegada la tarde, nos dirigimos al alojamiento en el que nos encontramos muy a gusto. Al levantarnos por la mañana salimos a comprar pan y vino, pues sin ello no era conveniente salir de la ciudad, sobre todo en España. Desde aquí iniciamos viaje hacia Sto. Domingo de la Calzada. Salimos de aquella gran montaña, que antes dije, y que cobija a Nájera, y pasada ésta llegamos a un lugar llano, con muchos campos que llevan a la embocadura de un camino en el que nos encontramos con una señora que lloraba a lágrima viva y nos encarecía que viajásemos con ella. Desconfiamos un poco, pues se decía que las mujeres de este país, con distintos pretextos, o el niño que necesita bautismo, o el moribundo en demanda de confesión, conducen a los pasajeros a donde se encuentran hombres apostados que los asesinan. Sospechamos digo, temiendo de seguirla, cuando molestados por su llanto desconsolado, nos marchamos hacia la derecha, a un campo cercano, donde ella tenía dos jumentos enterrados en el fango de un profundo cenagal. La ayudamos, con grande y largo esfuerzo, a sacarlos afuera, de lo que ella se regocijó tanto que se reía al tiempo que lloraba, no de tristeza sino de júbilo. Nos lo agradeció mucho, dándonos mil bendiciones, y nosotros continuamos el viaje a Santo Domingo de la Calzada, a cuatro leguas bien largas de distancia.

Es una ciudad bonita pero pequeña con una noble plaza y hermosos conventos, tanto de religiosos como de monjes. Al llegar a la plaza entramos primero a la

catedral por la puerta lateral. Ya dentro, vimos el gallo y la gallina que están encerrados en una jaula de hierro, a la mano izquierda entrando por esta puerta. Éstos, al entrar en la iglesia vestidos de peregrinos como éramos, comenzaron a cantar de alegría y a hacer gran jolgorío, cosa que hacen a todos los peregrinos. Le pedimos al sacristán unas plumas, que nos dio, para llevarlas a nuestra patria por devoción. Estos animales no comen nada más que lo que le dan los peregrinos que van a Galicia, y era necesario que fuese pan, conseguido por el amor de Dios, y no pan que hubiese sido comprado, que no lo querían, y pronto se morirían de hambre si no pasaran por allí los peregrinos. Tienen una señora para cuidarlos, la cual va por la ciudad pidiendo limosna vestida de peregrina y así los mantiene. Nosotros les dimos pan y lo cogieron y lo comieron; y se juntó mucha gente para ver como picaban de este pan y cantaban, y como hacían el jolgorío que dije a los peregrinos que llegan aquí, ya que tanto los de la tierra como los forasteros, al ver llegar a un peregrino acuden todos y van derechos a la iglesia llevados por la curiosidad, y por esto se hace gran caridad a todos los conventos y también por la ciudad. Nos fuimos al altar mayor a pedir perdón y luego vimos la catedral que es muy hermosa y majestuosa, pues es antiquísima. Paseamos luego por la ciudad y, pasando por la plaza, encontramos a aquella mujer con los dos asnos que le sacamos del cenagal y nos hizo muchísimas lisonjas, regalándonos un mollete, que nosotros de muy buena gana aceptamos y agradecemos. De allí salimos por la puerta que da a occidente en donde hay un bello y gran monasterio de San Francisco donde están los frailes recoletos. Tienen una hermosa iglesia bien acabada. En esto, estando nosotros contemplando las pinturas,

vino el sacristán y nos dijo que quería cerrar la iglesia pues era hora de comer a lo que le respondimos que el mandaba y que cerrara cuando quisiera. Al salir de la iglesia nos preguntó de que país éramos y adonde íbamos y enterado nos dijo que nos entretuviésemos mientras que se lo explicaba a los frailes, pues de haberlo sabido me habría conducido al refectorio pues era sacerdote y así lo mandaba su regla y así se hacía con todos los religiosos que pasaban por aquí en peregrinación. Esperamos un poco a que decidiesen los frailes y en esto llegó el Reverendo Padre que nos condujo al refectorio y nos dieron de comer sirviéndonos a la mesa dos novicios, como mandó el Superior. Después de haber comido se lo agradecemos y ellos nos dieron además cantidad de pan y peces, pues era sábado y nos acompañaron hasta la puerta con grandes demostraciones de afecto y cortesía. A mi compañero le regalaron una pata salada de cerdo, que no me mostró hasta que estuvimos fuera, y que luego resultó estu-
penda. A poca distancia de aquí encontramos una antigua capillita donde nos detuvimos y, curioseando dentro, vimos a un lado del altar una tablilla exvoto que cuenta el milagro de aquellos tres peregrinos que caminaban a Santiago de Galicia, que fue lo del gallo y la gallina, donde ahora está construída la capillita, y en donde fue ahorcado uno de aquellos tres peregrinos injustamente. El caso ocurrió de esta manera en el año 1090. Marido y mujer con su hijo de nacionalidad griega y de la ciudad de Tesalónica, viajando a Santiago de Galicia, llegaron aquí, a Sto. Domingo de la Calzada, a doscientas cuarenta millas de Santiago de Galicia. Aquí llegados, pararon a descansar en una hostería que encontraron, donde permanecieron dos días. La hija del hostelero se enamora locamente del joven peregrino y

en la oportunidad de la noche se fue a su cuarto y se lo confesó con desenfadado deseo. Todo esto era vergonzoso para el joven y sintiendo de repente como la joven se descubría con desvergüenza, indigna de la propia lascivia, la reprendió amonestándola severamente. No lo hiciera y no nacería en el pecho de la mujer el desdén. Esta viéndose desilusionada del joven, cambió amor por odio y rendida al furor, que hervía en su seno una furia infernal, intentó vengarse con una estratagema, instigada por la furia que la agitaba. Diósele por coger una taza de plata, y calladamente, volvió otra vez a la habitación del joven, que estaba de nuevo dormido, y cogida su valija en la que ésta ya se había fijado antes, la abre con cuidado y en el fondo esconde la taza de plata, y con la misma discreción con que había entrado en la habitación, sale y se retira a la suya por lo que queda de noche, rendido su ánimo a la alegría al verse al fin vengada del recibido rechazo, dando descanso a los ojos en el letargo del sueño. Viene el día y se levantan los peregrinos y, arreglando con el hostelero, salen de la hostería con sus valijas, para luego salir de la ciudad. La hija del hostelero, que impaciente esperaba el momento de la venganza, al partir los peregrinos finge buscar ya su escondida taza y sabiendo que no puede encontrarla más que en la valija del pobre joven, comenzó con llantina a quejarse de la extraviada taza, culpando a los tres peregrinos poco después de que éstos salieran, y el padre, dando crédito a las palabras de su hija, tomó con el algunos administradores de la justicia, poniéndose tras las huellas de los mezquinos, que no pensaban en otra cosa que en llegar felices a la meta de su viaje.

Fueron alcanzados y parados. Se abrió ante los ministros de la justicia la valija de cada uno y, registrán-

dolas a conciencia, encontraron la taza en la del joven hijo. Descubierta el robo, dejaron a los viejos padres y condujeron al hijo a la ciudad, donde fue prontamente sentenciado a muerte y fue ahorcado como ladrón. Los pobres padres, desconsolados y privados de su único hijo, caminaron hasta Santiago de Galicia y llegados al altar del Santo Apóstol encomendaron, primero a Dios y luego al Santo Apóstol, su alma y la de su hijo, llorándolo amargamente, puesto que era único y solo, y había de ser la esperanza, el apoyo y el sostén de su vejez. Cumplida su devoción reemprendieron el viaje de regreso a su patria, consolados por haber cumplido con el santo deseo, pero tristes y dolidos por haber perdido a su único hijo. Llegados a la ciudad de Astorga en donde se bifurca el camino, uno que va derecho a Sto. Domingo de la Calzada y el otro, a mano derecha, hacia Valladolid el pobre viejo, por no ver de nuevo el espectáculo del hijo y por no renovar el muy profundo dolor de su corazón quería volverse por Valladolid. Pero a los ruegos de su mujer volvieron por el mismo camino y llegados adonde había sido colgado el hijo lo encontraron vivo y viendo a sus padres los llamó diciéndoles: querido padre y amada madre, basta ya de lágrimas, ya que, por gracia de Dios, de la Beata Virgen y de Santiago, estoy vivo y me mantienen aquí en el aire. Ve, oh madre, al juez y dile que mi inocencia me mantiene vivo y que pide que sea liberado y restituido a ti. Obedeció la madre, dejando allí al marido, y llegada ante el juez en el justo momento en que se había sentado a la mesa le exige a su hijo, diciéndole que lo habían encontrado vivo por su inocencia. Se ríe el juez, y riéndose se vuelve a la mujer y le dice: oh! cuanto te engañas buena mujer. Tu hijo está vivo en este momento, como están vivos estos dos pollos que aquí ves

en el plato. Oh sorpresa! oh poder del gran Dios!, no había acabado el juez de proferir las últimas palabras, cuando los dos pollos, que eran un gallo y una gallina, saltaron del plato y cantaron. El juez, viendo el milagro, levantose de la mesa, totalmente asombrado y lleno de estupor, y saliendo del palacio con la mujer, llama, para que le sigan, a muchos sacerdotes y ciudadanos, y se encaminan a donde estaba el joven ahorcado, y encontrándolo alegre y sano, lo devolvieron a sus padres, que contentos y alegres regresaron a Grecia, su patria.

El juez, vuelto a casa, con los circunstantes cogieron el gallo y la gallina y los llevaron con gran solemnidad a la iglesia y los pusieron en una jaula de hierro, como conté más arriba y como lo pude ver. Estas son cosas milagrosas, que testifican el poder de Dios. Viven estos dos animales siete años; antes de morir la gallina pone dos huevos, de los que salen dos polluelos, uno macho y otro hembra, del mismo color que su padre y su madre y del mismo tamaño. Esto ocurre, en la iglesia, cada siete años y, como es un extraordinario milagro, toda la ciudad y muchos forasteros e innumerables peregrinos que pasan por este lugar llevan plumas del gallo y la gallina. Pero nunca le faltan plumas, y atestiguo esto porque lo he visto y llevé conmigo de estas mismas plumas. Estos animales son blancos como la nieve y son muy hermosos: lo que no se puede decir es de que color eran antes de morir por primera vez, o sea cuando echaron a correr de la mesa del juez. Esto no se sabe. En cuanto al hostelero y su hija fueron castigados por su mal obrar, y en el mismo lugar donde fue ahorcado el joven fue construída la capillita, ya citada, en honor de Santiago. Estas cosas se pueden leer en varios autores pero más extensamente en el Teatro de la Vida Humana ya citado. Esta ciudad se llama Sto. Do-

mingo de la Calzada que en italiano quiere decir S. Domenico, de nacionalidad italiana, que llegó a este país en el año 1050, con Gregorio, Obispo de Ostia, hombre de santa vida, mandado por el Papa, a ruego de los navarros de España, a fin de que con algun remedio espiritual les librase de un gran castigo y flagelo que padecía aquel Reino de Navarra o sea, que estaba todo plagado de langostas, que comían y destruían todos los frutos de la tierra, por lo que los navarros se vieron obligados a esta solución, y suplicaron del Papa cualquier ayuda o remedio, y el papa les mandó a este santo Obispo, el cual con su vida, predicación, oraciones, buenas obras, limosnas y penitencias que hizo llevó a muchos a una vida mas santa y al cesar el pecado, cesó el castigo. Este Beato Doménico estuvo siempre con este santo Obispo hasta su muerte, después de la cual eligió este lugar para hacer penitencia, por ser muy denso en habitantes y por ello apropiado para hacerlo. En estos lugares había un extenso bosque, frecuentado por muchos ladrones y asesinos que robaban a los peregrinos que iban a Santiago de Galicia. Aprovechándose de aquel mal paso, edificó allí una pequeña celda, como habitación, y una capillita en honor de la Bendita Virgen y comenzó a destruir todo aquel bosque, talando e incendiando todas aquellas matas y árboles donde se escondían los bandidos, abriendo un hermoso camino, todo empedrado, largo y lucido, del que luego el santo tomó el nombre, que también se le dio luego igualmente a la ciudad que se levantó después aquí, en donde también se encuentran la Iglesia-Catedral del mismo nombre, donde está sepultado este Santo Doménico. Además de las susodichas cosas, para alojar a los peregrinos que pasaban para Santiago de Galicia levantó un hospital muy her-

moso, y estando en esto, vino a visitarlo otro santo Domingo que se llamaba Santo Domingo de Silos. Los dos santos se acogieron el uno al otro con gran ternura y caridad. Alabó Sto. Domingo de Silos el bello camino y otras obras a las que el otro se dedicaba. Fue éste un hombre de gran penitencia y austeridad, en cuya práctica vivió muchos años este santo, después de los cuales descansó en el Señor y su sepultura se hizo en este mismo lugar que cité antes, donde luego se construyó un suntuoso templo que describí abundantemente cuando fui a ver el gallo y la gallina. Más tarde allí se levantó la ciudad que tomó y mantiene todavía su nombre, llamándose Sto. Domingo de la Calzada. El Santo murió el 12 de Mayo de 1060. Santo Domingo de Silos después de haber estado algunos días con el de la Calzada volvió a Silos, su país y allí erigió un monasterio de la orden de San Benito, donde después, siendo abad de dicho monasterio, murió. Tantos milagros hizo en vida, como después de muerto, si me refiero con esto al socorrer a los cristianos que estaban esclavos de los moros, que eran gran número y que encomendándose a Santo Domingo de Silos, volvian a tierra de cristianos, y a la puerta del citado monasterio dejaban en testimonio sus cadenas y otros instrumentos de su esclavitud, reconociendo como autor a Dios, y a Sto. Domingo de Silos como mediador de su libertad; y fueron tantas las cadenas y los hierros de esclavos liberados que fueron depositados en aquel convento que es sorprendente verlos y ha quedado como proverbio decir en España «no te bastaran los hierros de Sto. Domingo de Silos». Murió como dije y está sepultado en dicho monasterio. A su sepulcro acudió a rezar Doña Juana Baza, rogándole que impetrase de Dios un feliz parto para la criatura que llevaba en su vientre. Estando

en oración el Santo la consoló, apareciéndosele con su vestimenta de monje y dándole noticias del Beato hijo que iba a parir, el cual fue llamado Domingo, como su protector y abogado Sto. Domingo de Silos. Este niño fue más tarde Sto. Domingo fundador de la Orden de Predicadores.

Echamos luego una ojeada a la ciudad que es muy bonita aunque pequeña, pero abundante de todo lo concerniente al alimento humano.

Partiendo de la capillita que dije, donde había sido ahorcado el peregrino seguimos nuestro viaje hacia Griñón a dos leguas de allí. Es un lugar pequeño y muy pobre. Aquí pasamos la noche, y a la mañana con tiempo nos dirigimos a Redicilia, pequeño lugar donde pedimos poder celebrar misa, pero no pudimos por no haber sellado la dimisoria en Sto. Domingo de la Calzada, por lo que continuamos hasta Castel Guado donde pudimos celebrar, con la ayuda de Dios. Es pequeño este lugar, pero bonito y rico. Después de la misa desayunamos y partimos para Belferrato, alejado tres leguas, atravesando como dije aquellos dos pequeños lugares. De Belferrato seguimos hacia Villafraanca, a tres leguas de distancia, y que es un lugar amplio y rico, situado al pie de la montaña, con sus casas en la llanura o en la montaña. Aquí se observa gran caridad con los peregrinos, en particular en el Hospital donde dan de comer muy bien. Nos detuvimos a comer aquí, y luego descansamos saliendo de aquella gran montaña, después de la cual encontramos una extensa llanura de prados, que se alargó por término de cuatro leguas, sin encontrar habitación. En esto nos topamos con unas setas de desmesurado tamaño, como no habíamos visto otras. Eran enormes como quien se encuentra con sombreros de paja y las fuimos cogiendo

una por una. Acabado el viaje por estos prados hallamos el Monasterio, donde viven los Padres de San Juan y el cuerpo de este San Juan reposa en dicho monasterio en un sarcófago de marmol. Estos padres son muy ricos y ejercen gran caridad con los peregrinos. Pedido perdón en el altar de dicho Santo, partimos y caminamos hacia una villa cercana, llamada Villanueva donde pasamos la noche. Comidas las setas de cena, estuvimos contentos, pues había allí buen pan y buen vino. Por la mañana continuamos hacia Burgos que está alejado cinco leguas. Durante esta jornada no se encuentra más que una villa muy pequeña donde desayunamos y seguimos cara a Burgos.

BURGOS



Burgos es verdaderamente una bella y gran ciudad, metrópolis de Castilla la Vieja, donde tuvo un otro tiempo su sede el Rey. Está situada en una hermosa y espaciosa llanura por medio de la cual fluye un delicioso río que la riega abundantemente. La catedral es muy antigua y de extraordinaria grandeza con una fachada verdaderamente soberbia, desde la cima a la base, toda en relieve, con cantidad de esculturas. Por dentro es igualmente toda en relieve, con una

arquitectura grandiosa, llena de pinturas que no tienen par. A su lado hay una construcción del todo suntuosa y real. En dirección al mediodía está el Palacio del Arzobispo, adonde nos dirigimos para sellar la dimisoria y luego nos dedicamos a visitar muchos conventos, tanto de frailes como de monjes, y otras grandes edificaciones muy antiguas. Finalmente fuimos a los frailes de San Agustín a decir misa y la dijimos en el altar del Santo Cristo, llamado el Cristo de Burgos. Es uno de los tres crucifijos hechos por Nicodemus y verdaderamente esta santa imagen movería a compasión hasta a las piedras, si fuesen capaces de sentir. Está tan bien hecho y mueve a tanta compasión que arranca las lágrimas por piedad y deja de piedra, por lo maravilloso, a los espectadores, por lo cual piden confesión, pues este es el verdadero y real retrato de Cristo, cuando, desgarrado por la flagelación, había perdido todo semblante humano. Acabada la misa nos encaminamos a la sacristía y dejamos allí las vestiduras. El sacristán nos regaló pan bendito, que reparten estos padres y que es de gran devoción y muy bueno para muchas enfermedades, en particular para la fiebre. Hay aquí también una fuente, llamada del Cristo que mana un agua muy dulce y la dan de beber por devoción. Después de haber visto algunas cosas más, salimos de aquí y recorrimos la ciudad caminando un cuarto de milla a la derecha del río por un gran empedrado con muchos árboles, a uno y otro lado, al final del cual se encuentra el hospital, que por las dimensiones parece otra ciudad, que no creo que exista otro semejante en España. Tiene capacidad para dos mil personas en donde reparten gran caridad con los peregrinos y les dan muy bien de comer y dormir. Aquí se encuentra un señor, en compañía de un fraile de San Francisco de la Orden de los Descalzos,

que domina todas las lenguas, y con él está al cuidado de este Hospital que se llama Hospital del Rey, no reconociendo a otro superior que al Rey. Dejado este Hospital, no habíamos hecho una legua cuando encontramos una pequeña tierra, que se llama Orivella, y en sus afueras hay un convento de la Cartuja, muy grande y que por estar alejado del camino, construyeron una casa al borde del mismo donde dan posada a los peregrinos y pan y vino, para que no pierdan el viaje desplazándose al convento, siendo aquí muy fácil el perderse, pues de aquí en adelante no se distingue nada, porque es todo llanura rasa y arenosa, y cielo. En esta casa encontramos tres alemanes que iban a Galicia y que se hicieron compañeros nuestros. Caminamos todo el día por aquella gran llanura abrasada, no tanto por el sol, sino porque está llena de langostas que lo han arruinado todo, pues no se ve árbol alguno, ni hierba de ningún tipo, a no ser piedras y arena, y es tal la cantidad de estas malditas langostas que no se puede avanzar sino con dificultad. A cada paso se levantan en nubes por el aire, de tal forma que no se puede ver el cielo, y esto duró hasta seis leguas que hay desde Burgos a Fontana. Pasado, con la ayuda de Dios, este arenal totalmente desierto, llegamos a la villa que se llama Fontana y pasamos allí la tarde. Está escondida al fondo de un riachuelo que apenas se ve, hasta que te encuentras en ella. Además es pequeña, desafortunada y pobre. Sólo tiene diez o doce casas, quiero decir cabañas cubiertas de paja, para protegerlas de la nieve, en donde no habitan más que pastores. Tiene una gran empalizada alrededor de las cabañas, para resguardarse de los lobos cuando vienen en la noche a asaltarlos, tan hambrientos que se devoran unos a otros, y llegan en tal cantidad, que si no ven fuego comen las ovejas, sea

día o noche. Sin embargo quien quiera pasar por este arenal necesita hacerlo al medio día, cuando los pastores están fuera en la campiña con enormes perros, porque a esa hora se pasa facilmente. Llegados a la tarde como dije, a este desgraciado lugar, comimos un poco de pan con ajo que nos dieron los alemanes y bebimos un poco de vino y luego nos acostamos en el suelo, pues no había otra cosa y tuvimos la suerte de poder estar dentro de una de aquellas cabañas pagando anticipadamente el alquiler. Por la mañana nos levantamos temprano, pero nos dijeron aquellos españoles que no partiésemos tan pronto, porque los lobos habían estado amenazando y que era necesario estar hasta lo más tarde posible, hasta que los pastores hubieran salido para la campiña como hacen en aquel otro arenal de Burgos. Así que esperamos un poco y luego salimos y fuimos hacia Castel Geriz, a dos leguas de distancia, con el camino de siempre cubierto de aquellas malditas langostas que roían no sólo los frutos y las hierbas sino también los árboles y las viñas, ver lo cual era de pena, pues no sólo los hombres escapaban del hambre sino también las bestias pues no hallaban pastos, estando todo abrasado por estos animales. Aquí encontramos un pobre peregrino francés, que se moría en el camino, totalmente cubierto de langostas. Parecía que Dios nos mandaba en ayuda de aquella alma pues apenas lo confesamos murió y ya lo habían comenzado a devorar aquellas encarnizadas bestezuelas y soportamos una gran fatiga mientras estuvimos parados para salvarle, pues hasta con nosotros ensañaban su hambre. Luego de morir le cubrimos la cara y las manos con arena para que no lo devorasen del todo las langostas y nos encaminamos a Castel Geriz. Llegados a esta tierra fuimos a buscar al cura y le dijimos que había muerto un pe-

regrino a una legua de distancia y él prometió que enviaría a buscarlo. Nos fuimos después a comprar pan, vino y un queso en compañía de los alemanes, que eran unos fieles compañeros.

Desayunamos todos juntos y al salir fuera del castillo, que es un emplazamiento bien fortificado y grande, ubicado tras dos montañas y también abundante en todo, pasamos por un gran puente y salimos a una montaña alta, después de la que encontramos una extensa y gran llanura toda seca, en mitad de la cual hay que cruzar un gran puente que se llama de la Mula y que pasado, siempre por dicha llanura y siempre con aquellas malditas langostas, con un tremendo sol, finalmente y con la ayuda de Dios llegamos a Frómista distanciada quince millas y el lugar se llama Ormeste, en donde pasamos la tarde. Esto es tan grande, que parece una ciudad, pero padece bastante carestía pues a causa de la langosta no pudimos encontrar ni vino, ni queso, ni frutas, ni cosa alguna; en suma que es una pena ver este lugar todo desolado por culpa de estos malditos animales. Por la noche los habitantes de esta tierra salen fuera de la ciudad con haces de leña para matar las dichas langostas, que durante el día se amontonan sobre las murallas de dicho lugar y las cubren de tal modo que parecen teñidas de negro. A la noche caen a tierra por el frío y así las pueden matar, que si no fuese así sería necesario que abandonásemos de hecho toda la tierra y la misma ciudad. Aquí en la catedral vimos un admirable milagro del Santísimo Sacramento. Llegándole la muerte a uno que estaba excomulgado, pero que ciertamente no lo sabía nadie, sino tan sólo él, pidió la Santa Comunión: el cura le llevó el Santísimo al lecho y cuando quiso tomar la hostia en la mano para darle de comulgar ésta se pegó

de tal forma a la patena, que ni con la uña ni con cuchillo se podía despegar, y se tornó totalmente ensangrentada. Viendo este milagro llevaron la patena con la hostia a la Iglesia y la pusieron, tal como ahora está, en un relicario, y quien pasa por este lugar lo puede ver perfectamente. Saliendo de la catedral dimos una vuelta por la villa, de forma que nos cogió la tarde. Cogimos pan y vino y cenamos con nuestros alemanes, que habían estado también paseando por la villa para vender ciertas estampas en pergamino. Por la mañana continuamos nuestro viaje temprano a Carión que quedaba a cuatro leguas, donde hicimos el desayuno.

Es una tierra tosca pero bastante abundante, donde se encuentran algunos conventos de frailes, pero en especial el de San Francisco. Tan pronto como desayunamos marchamos y al salir de Carión encontramos un gran convento, donde dan la vianda de pan y vino a los peregrinos. Recibida ésta, caminamos por un gran arenal todo cubierto de langostas, por cuya causa apenas podíamos avanzar por la campiña. Encontramos cuatro setas de enorme tamaño, que si se cuenta no se cree, porque pesaban cuatro libras. Las cogimos y nos dirigimos a Cascadegia, alejada cuatro leguas, pues ya era tarde. Como llegamos de noche no encontramos alojamiento, por lo que fue necesario quedarnos en el campo, pero estuvimos contentos con los alemanes que iban en nuestra compañía. A la mañana nos levantamos pronto para no perder tiempo en vestirnos y avanzamos por aquel arenal. A pocas leguas de la tierra de donde partiéramos encontramos un Hospital muy rico y grande que se llama Hospital del Gran Caballero, donde dan la vianda a los peregrinos de pan, vino y carne, que en este lugar se da en abundancia por la gran cantidad de ganado que tiene. Nos dieron también dos requesones

y un mollete a cada uno, y de beber. Luego marchamos, siempre acompañados de aquellas malditas langostas que teníamos que quitar de los ojos. Llegamos al fin a una villa que se llama San Juan, alejada dos leguas, donde hicimos cocer las setas que habíamos encontrado la tarde pasada y comprando pan y vino desayunamos y luego seguimos a Sahagún a tres leguas de distancia. Al llegar a esta tierra, vimos la muralla cubierta por tantas langostas que daba pena verla. Una vez dentro observamos como las mujeres las barrian por la calle, matándolas con haces de madera. Caminamos un poco por el lugar, curíosos de verlo. Hay aquí dos conventos, tanto uno como otro muy ricos y hermosos, uno de San Benito y el otro de los descalzos de San Francisco. Fuimos al convento de San Benito para ver el refectorio, que es de tal condición que creo que no se encuentra uno igual. Tiene el techo todo de madera tallada en bovedillas, que es ciertamente soberbio y digno de ser contemplado por cualquier persona. Éstos nos dieron de comer y nos trataron muy honorablemente. De aquí marchamos agradecidísimos y nos dirigimos luego al convento de San Francisco a encontrarnos con los alemanes que habían ido a vender estampas en pergamino a estos frailes. Y partimos hacia Brunello, alejado cuatro leguas largas, pero hechas ya tres leguas aproximadamente por aquel arenal, encontramos un peregrino muerto al que se acercaron dos lobos, que comenzaron a devorarlo. Nosotros estuvimos al acecho y luego seguimos hacia Brunello. Cuando llegamos por la tarde fuimos en busca del capellán para que mandara a buscar al muerto. Nos procuramos un albergue, pero era un poco pobre, pues tuvimos que dormir en el suelo, puesto que aquí se aposentaban todos los pastores de ganado de esta villa, formada por

cabañas con cubierta de paja. Al levantarnos a la mañana nos fuimos para Mansilla, a cuatro leguas de distancia, donde desayunamos y continuamos hacia León que quedaba a tres leguas, a donde llegamos cerca del mediodía.

LEÓN



legados a León nos dirigimos rápidamente a ver al Obispo para sellar la dismisoria, y una vez que la tuvimos sellada fuimos a la Catedral, que es muy hermosa y antigua pero distinta de la de Burgos. Hay aquí verdaderos edificios antiguos, por ser esta ciudad la metrópoli de todo el reino de León, donde estaba la sede del mismo Rey. Es bastante grande, con enormes conventos, tanto de frailes como de monjas, rodeada de murallas y situada en una llanura. Por la parte occidental discurre un gran río, a cuya orilla se encuentra un Hospital muy grande y rico e imponente que se llama de San Marcos. Tiene una hermosa iglesia, con algunos religiosos que dan la vianda a los peregrinos. Hay aquí un gran puente por el que se cruza el río. Nos fuimos luego a buscar alojamiento. A la mañana siguiente fuimos a decir misa a San Isidoro, donde nos dieron la limosna de tres misas, aparte de la que habíamos dicho.

Acabada ésta nos fuimos a desayunar y luego paseamos nuevamente por la ciudad, que ciertamente es muy rica, hermosa y grande. Aquí se hacía una feria muy importante, con abundancia de todo tipo de cosas. Estuvimos viendo muchos conventos e iglesias y luego salimos de la ciudad, pasando por el Hospital y por los religiosos que dan la vianda al peregrino, marcándonos éstos el bordon, como hacen ahora también en Burgos. Cruzamos por el gran puente que cité y seguimos nuestro viaje hasta que llegamos a lo alto de una cuesta donde se había levantado una hermosa iglesia dedicada a la B. Virgen milagrosa que se llama la de la B. Virgen del Camino. De aquí salimos hacia San Miguel, a dos leguas de distancia y pasada esta villa que es muy pequeña, y toda de cabañas cubiertas de paja seguimos hacia Puente de Orbigo a la distancia de cuatro leguas donde pasamos la noche, pero malamente pues fue necesario dormir en el suelo, y puesto que los habitantes son tan pobres que tienen que pedir limosna, por ello pagamos el cobijo que nos daban en las cabañas.

Por la mañana nos marchamos de Puente de Orbigo, pasando por dos pequeñas tierras y llegamos a Astorga, alejada tres leguas. Esta ciudad y su territorio son del Marqués que llaman de Astorga y es bonita de verdad, situada en un declive en torno al que hay muchos campos, todos trabajados, parte en el llano y parte en la pendiente. Está rodeada de murallas altas y fuertes, todas de pura piedra, con gruesos torreones circulares a lo largo de toda la muralla, distantes proporcionalmente entre sí. Tiene tres puertas, una hacia oriente, que da a una gran llanura, donde hay algunos conventos de monjes y frailes, pero es estrecha, de modo que sólo puede pasar un hombre cada vez, y supongo que será por seguridad más que por otra cosa. La segunda da

hacia seteptrión y es grande. Fuera de ella hay también algunos conventos y edificios, y huertos y otras cosas gratas, y es por donde se entra cuando se llega. La tercera da a poniente y es igualmente grande y es por la que se sale al partir de Astorga. A su mano derecha está la catedral, antigua, bien acabada, con preciosos mármoles, estatuas y relieves, y bien atendida por los señores canónigos. Delante de la puerta hay un hermoso arco de mármol. A la mano derecha de la Catedral está el Palacio del Obispo y a mano izquierda el Hospital donde se ayuda caritativamente a los peregrinos dándoles de comer, beber y alojamiento. Tiene bonitos edificios y es bastante rica. Tiene también una hermosa plaza situada casi al extremo de la ciudad, hacia Oriente, rodeada de soportales y muy cómoda. Cuando salimos nos encaminamos a Ravanella, distante cinco leguas, pero antes de llegar cruzamos dos o tres pequeños territorios. Ravanella que también llaman Rabancilla está situada en mitad de una montaña. Es un lugar muy fértil. Aquí pasamos la noche y a la mañana recorrimos el resto de la montaña. Era el día de San Juan Bautista y llegamos a una pequeña aldea donde dijimos misa y se nos dio limosna, desayunamos y luego seguimos por la montaña, pasando por algunas otras aldeítas, donde nos cogió una tempestad muy fuerte de viento y lluvia que nos dejó medio muertos. Luego vino un sol abrasante, que nos hizo empapar con el sudor las ropas. Seguimos siempre el viaje por esta montaña, sin darnos cuenta que comenzábamos a descender hacia Occidente y llegamos así a Siete Molinos que llaman Molina Seca, que está distanciada unas siete leguas bien largas. Aquí cambia el clima y es la primera tierra, después de estos grandes montes, situada en una bella llanura, pasándole por el lado de oriente

un río que siempre tiene caudal. Es un lugar de gran abundancia de frutos, hierba y grano. De frente se ve una grande y desmesurada llanura con bellas tierras.

De aquí salimos y nos dirigimos a Ponferrada, a dos leguas de distancia, bastante hermosa y rica en muchas cosas. Tiene una plaza bonita y grande, muchos conventos y elegantes edificios. Pasamos aquí la tarde y por la mañana paseamos un poco. Cuando salimos de allí nos encontramos con que se le estaba haciendo un funeral a un muerto, y entramos en la iglesia para ver que costumbres tienen. Los parientes más cercanos del muerto están sentados en un banco preferente mientras se cantan los oficios. Acabados éstos se dirigen a la puerta de la iglesia y recogen la limosna de todos los que salen, y luego se van a su casa, acompañados de todo el pueblo. Van vestidos de negro, con trajes largos, que parecen túnicas de frailes, como una capa larga con dos brazos, y un sombrero muy grande echado sobre los ojos, con un gran ala que cae hacia todos los lados que apenas deja conocer a quien lo lleva y llevan las manos ocultas bajo el vestido. Van de tres en tres, pero tan sólo los parientes del muerto. El pueblo los acompaña hasta la puerta de la casa y marcha. Estuvimos a ver estas costumbres y luego partimos dirigiéndonos a Cacabelos, en donde comimos, que está situada en el mismo medio de la llanura, y después de cruzar muchos bellos y apetecibles lugares, llenos de frutales, llegamos a Villafranca, alejada dos leguas. Es un precioso lugar, situado en el fondo de cuatro elevadas montañas donde confluyen dos grandes ríos. Es la última tierra del Reino de León, y bien pronto se podrá llamar ciudad, porque es muy grande y abundante. Tiene muchos conventos, tanto de frailes como de monjes, una gran plaza y edificios preciosos. Tiene

también un gran Hospital para peregrinos, donde pasamos la noche. De mañana fuimos a decir misa a los Padres Jesuitas donde nos dieron la limosna y el desayuno. Esta es una gran villa, y digo grande porque hay ciudades que no son tan grandes, ni tan nobles como ésta. Socorren mucho a los peregrinos, pero en particular a aquellos que llevan la esclavina que aquí llaman capa, y lo hacen sin pedírselo. La razón de ello fue ésta que nos contó un padre descalzo de San Francisco mientras visitábamos su convento, y nos dijo que se tenía como tradición para muchos de los lugareños. Llegó a esta tierra un joven y devoto peregrino que se dirigía a Santiago y pidió caridad por toda la ciudad, no encontrando a nadie que se la diese, por lo que se hallaba muy desconsolado. Pasando por delante de una hostería, que llaman tienda o taberna, pidió caridad y el hostelero viendo que llevaba una buena capa le dijo que entrase que le daría caridad. Entrando le hizo sentarse y le dio de comer. Al acabar se puso en pie, creyendo poder partir, dándole gracias al hostelero. Pero éste le dijo que quería que se le pagase y le cogió el capote, amenazándole con una paliza. El pobre joven salió desconsolado, y llorando constantemente llegó a Santiago de Galicia, donde oró ante el altar del Santo y luego subió por la escalera derecha del altar para abrazar la imagen de Santiago, que está sobre el altar. Llegando arriba abrazó la efigie, llorando con ternura, (esta se abraza por devoción y tiene muchas indulgencias), cuando vio de pronto que su capote estaba entorno a la imagen del santo y gritó con la alegría por el milagro. Corrieron los otros peregrinos que estaban por allí y salieron los canónigos de la sacristía para verlo. Interesado por el joven el Obispo de Compostela envió gente a comprobar y enterarse de lo sucedido a Villa-

franca. El hostelero fue preguntado si tenía una capa para vender, y respondió que tenía una que había comprado a un peregrino. Fue hasta su casa, que tenía cerrada con llave, pues allí tenía el capote. Apenas abrió la puerta se puso como loco al no ver la capa. Los de Compostela que estaban observando lo ocurrido le preguntaron que pasaba y donde estaba la capa. Este dijo, excusándose, que se la debían haber robado. Fue preso por la justicia y lo confesó todo siendo castigado como merecía. Volvieron éstos a Compostela contándole inmediatamente al Obispo, el cual viendo que era la verdad, dio gracias a Dios y a Santiago por tal milagro y despidió al joven con su capa y desde entonces socorren siempre al peregrino, pero en particular a aquellos que como dije llevan capa o capote. Después de desayunar en los Padres Jesuitas como dije, nos fuimos hasta las Hermanas Descalzas a donde habían ido los alemanes a vender estampas en pergamino que los españoles llaman becerros¹⁹. Llegados allí hubimos de esperar un poco y luego marchamos, cruzando un gran puente por la parte de occidente y caminando siempre a la vera de un río llegamos a Salvaterra, a dos leguas de distancia. Es un lugar situado a la orilla del mismo río. Aquí extraen hierro de la montaña y lo transportan al lugar donde tienen un horno para derretirlo. Tienen un gran martillo de hierro que bate a golpes de agua, y tenazas y también fuelle y demás instrumentos, todos desmesurados. El territorio es pequeño y casi todo de cabañas cubiertas de paja y es el primero del Reino de Galicia. En la cima de un monte se divisa un castillo que guarda la boca del río por donde se entra en Galicia, por ser lugar de frontera. Aquí se acaba el río y comienza a despuntar un gran monte, que se llama el monte Cebrero, donde pasamos

la noche durmiendo en una cabaña. A la mañana comenzamos a salir de la gran montaña llegando a Malafaba, tierra situada a mitad del monte, desde donde hay cuatro leguas hasta salir. Desayunamos allí y luego continuamos hasta llegar hasta la misma cima del monte, donde hay un convento de frailes vestidos de negro que dan vianda al peregrino de pan y vino, y otras ayudas. Allí hay un Hospital para los mismos peregrinos y tiene un importante y santo relicario con una Hostia, convertida en la misma carne de Cristo Nuestro Señor, y una ampolla de cristal con vino convertido en la verdadera sangre de Nuestro Señor.

El caso fue de esta forma. En la cima de esta montaña, antes de que se construyese el citado convento, había un eremita haciendo penitencia. Era religioso y decía misa todas las mañanas. La gente de Malafaba, que está a la mitad de la montaña iba cuando podía a oirla, pero en particular un campesino que no faltaba nunca, ni por nieve, ni por lluvia, ni por ningún tipo de mal tiempo que hubiese. Sucedió que una mañana había nevado abundantemente y el campesino oyendo la campana del ermitaño comenzó a subir la montaña con gran esfuerzo, debido a la gran nevada caída, y tardó mucho en hacer el camino. Al fin después de muchas fatigas llegó a la cima y entró en la iglesia en el momento en que el ermitaño terminara la elevación e iba a comulgar. Ya dentro comenzó a sacudir el abrigo de nieve y al mismo tiempo los zapatos, disgustado de no haber llegado a tiempo a oír toda la misa. El ermitaño que ya tenía en las manos la Hostia para comulgar, sintiendo a este campesino que acababa de llegar golpear fuerte los pies y el abrigo, se volvió de lado a mirarlo diciendo para sí: mirad que pobre hombre que ha venido esta mañana atravesando una nieve tan es-

pesa con peligro de quedarse muerto y ¿por qué?, por oír una misa y por ver alzar la Hostia, que en conclusión no es más que un poco de pan. Apenas acabó este impío discurso, que vio como se convertía la Hostia Sacrosanta en verdadera Carne real con volumen, como me han dicho y he visto con los propios ojos, y el vino semejantemente en la Sangre de Nuestro Señor, verdadera, real, coagulada conjuntamente en una pieza, y así la tienen en una ampolla de cristal, y la Hostia asimismo en un vaso de cristal encerrado en el Tabernáculo donde está el Santísimo. Este milagro lo volvió a ver el peregrino Pascual II, caminante a Santiago de Galicia en hábito de peregrino, como demostró en aquella descripción de Compostela, y otros también lo han visto con sus propios ojos, como se sabe por la tradición de muchos autores. Después de haber visto esta Santa Reliquia, continuamos por aquellas montañas, pasando por algunas aldeítas de pastores. Llegamos al final de las montañas y comenzamos a descender durante mucho tiempo y al fin llegamos a una llanura donde se encuentra una tierra bastante grande, con buenos edificios que se llama Tria Castela, a seis leguas de distancia. Aquí le sobrevino la fiebre a uno de los alemanes que venían en nuestra compañía, y nos paramos a comer. Sus otros compañeros buscaron una cabalgadura, para conducirlo a la tierra vecina, para hacerlo medicar. Nosotros, nos despedimos, y seguimos nuestro viaje, tomando una gran subida y pasando muchas montañas, hasta que comenzamos a descender hacia una pequeña villa que se llama Vilanova, y que está a dos leguas. Pasada esta villa, siempre bajando, se llega a una hermosa llanura, feraz, con todo tipo de frutos y que tiene muchas casas, huertos y jardines. Hay que pasar un río con muchos molinos, luego se sube un poco y se llega

a Sarria, alejada dos leguas. Es una tierra muy bonita y rica, con bellos edificios. Hay allí un convento de frailes, que visten de blanco y dan la vianda al peregrino. Sobre ella destaca un hermoso y fuerte castillo, con murallas altísimas a su alrededor, en donde vive el señor de estas tierras, y aquí también dan la vianda en dinero a los peregrinos que van a Santiago de Galicia. Aquí se imparte Justicia, siendo este señor dueño absoluto. Saliendo de aquí tuvimos alguna que otra subida en ciertas montañas, que tienen por nombre los montes de Sarria. Pasados éstos, tomamos por una gran pendiente por la que llegamos a la tarde a Puerto Marín, que está a tres leguas. Es un bonito lugar, con un río que lo atraviesa por en medio, con peces en abundancia, especialmente anguilas, y unas bellísimas y hermosas truchas con las que nos procuramos una opípara cena. A la derecha del río se ven extensos viñedos y muchos huertos. Esta tierra está distribuída a un lado y otro del río, uniendo una y otra parte un bello y gran puente, que da también nombre a esta tierra y llaman Ponte del Min. A la mañana dijimos misa y habiendo desayunado comenzamos a caminar en dirección a Santiago el Nuevo, que es un pequeño burgo y está a cuatro leguas bien largas. Aquí paramos a comer, y, después de haber reposado un poco, continuamos el viaje cruzando por algunos pequeños lugares, sobre todo uno situado sobre la orilla de un río que lleva muchas truchas, de las que compramos, por estar a buen precio y luego nos dirigimos a Melide para albergarnos en una hosteria y comer las truchas, que estuvieron exquisitas. Luego de la cena paseamos un poco por el lugar. Es bonito y no muy grande. Tiene un buen convento de los Padres Descalzos y también algunas bonitas casas. Por la mañana, antes de salir, compramos carne, porque aquí

hay un buen mercado, y luego partimos hacia otra villa que se llama Santa Leonor, alejada dos leguas donde hicimos cocer la carne y desayunamos. Compramos fruta abundante y otras cosas y nos echamos a andar hacia Vilanova en un viaje de tres leguas, pero pasamos adelante llegando a otra villa que se llama Vilaroz, alejada también tres leguas, pero, como ésta era una villa pequeña y pobre, seguimos adelante hasta que encontramos una fuente donde poder refrescarnos, y nos arreglamos bien, cambiando los hábitos, porque sabíamos que estábamos cerca de Santiago. Al partir de aquella fuente caminamos por espacio de media legua llegando al alto de un montecillo que se llama Monte del Gozo desde donde contemplamos el tan suspirado y ansiado Santiago, que quedaba distante como a una legua. Descubierta así de pronto, caímos de hinojos, y fue tanta la alegría que saltaron las lágrimas de nuestros ojos y comenzamos a cantar el Te Deum, pero sólo dos o tres versos pues no pudimos seguir porque no éramos capaces de articular palabra, por la abundancia de llanto que brotaba de nuestros ojos y la emoción que apretaba nuestro corazón y los continuos sollozos, que nos hicieron detener el canto. Al fin, desahogados del llanto, que había cesado, volvimos a seguir el Te Deum y así cantando continuamos descendiendo hasta que llegamos a la ciudad que es hermosa y grande, donde se construye de continuo. Pasado el Burgo llegamos a la puerta.

COMPOSTELA



Entramos por una puerta hecha por entero de losas, con un hermoso puente delante igualmente de losas, pasando por debajo de él un pequeño arroyo, que corre detrás de las murallas de la ciudad, por el lado de oriente y tiene su curso hacia el mediodía. Antes de aquella puerta hay un hermoso convento de Santo Domingo y muchos hermosos edificios. Después que hubimos entrado, seguimos por una calle recta, hasta que nos encontramos con una esquina que giramos a mano izquierda y entramos hasta la plaza, la cual no es muy grande y es de forma triangular. Aquí hay abundancia de toda suerte de frutas y otras cosas pertinentes al sustento humano, que son baratas, y especialmente el pan y el vino, que son exquisitos. Salimos de dicha plaza por el ángulo hacia poniente y llegamos a la puerta lateral de la Iglesia de Santiago, delante de la cual hay una hermosa plaza, donde se entra por una hermosa escalinata toda de losas, de las cuales se compone todo el pavimento de dicha plaza. Habiendo entrado por la puerta en la Iglesia, que es hermosa toda hecha de mármol y bronce, nos fuimos delante del altar mayor de Santiago, y allí postrados de rodillas, con tanta alegría y contrición de corazón, que nunca experimentamos una parecida, rezamos nuestras oraciones,

pidiendo perdón a Dios lo mejor que sabíamos y podíamos, agradeciendo luego al Santo por habernos conducido sanos y salvos a la meta deseada, después de tan largo viaje, y después de tantas fatigas y padecimientos. Luego fuimos detrás del altar de dicho Santo, subiendo algunos peldaños para abrazar su imagen.

Esta es una estatua del tamaño de un hombre, la cual se abraza por devoción, y se gana gran indulgencia, porque no se puede tocar su santo cuerpo. A esta estatua los peregrinos le ponen sus capas y sus sombreros en la cabeza, y abrazando dicha estatua, se quedan detenidos algún tiempo.

Cumplida esta devoción, bajamos por el otro lado, y habiendo rezado otra vez delante del altar de Santiago, fuimos por la iglesia mirando atentamente todas las cosas. Esta iglesia tiene forma de cruz. En la parte superior, es decir, en el sitio del rótulo I.N.R.I., está el altar mayor debajo del cual descansa el cuerpo del Glorioso Apóstol Santiago. Por encima de dicho altar hay una hermosísima tribuna toda dorada, hecha en relieve, principiada el año 1666 y terminada el año 1673. Alrededor de dicho altar sigue un orden de hermosas columnas de marmol negro, después otro orden de capillas, que rodean dicho altar. Entre estas capillas hay una del Rey de Francia hermosísima, donde los peregrinos hacen las patentes, que se pagan.

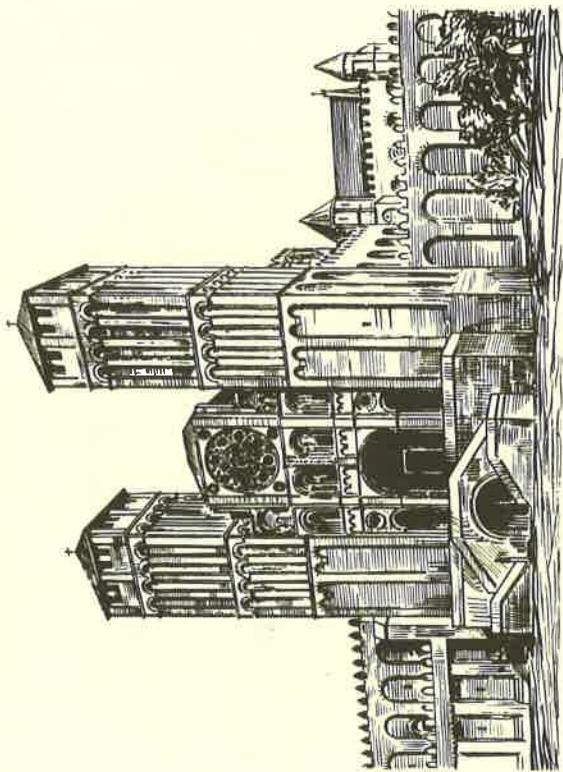
Esta capilla fue edificada, cuando San Luis, Rey de Francia, fue a Santiago, y está situada detrás del altar del Santo. A mano derecha de dicha capilla está la Puerta Santa, que abren cuando se celebra el Año Santo y ésto pasa cada vez que Santiago cae en domingo. Esto no se hace en ningún sitio del mundo, sino en Roma y aquí. Sigue dicho orden de columnas y capillas, alrededor de toda la Iglesia que tiene forma de cruz, como os dije. En

cada extremo de la cruz hay una puerta, así que vienen a ser cuatro puertas, o sea, en la cumbre de la cruz, como dije, está la Puerta Santa, en los dos brazos están las puertas laterales y en el pie, la puerta mayor, que está orientada al mediodía.

Estas puertas son hermosísimas, rematadas todas con trabajos de bronce y mármoles finísimos como también toda la iglesia. Hay cuatro campanarios, tres de los cuales todavía están en construcción, mientras que el primero ya estaba acabado y tendrán un alto de 90 brazas, con doce campanas, cosas maravillosas de ver. Dos de dichos campanarios están uno a cada lado de la fachada mayor de la iglesia, mientras que los otros dos, están situados a un lado y a otro de la cruz.

La fachada es hermosísima, mirando como dije al mediodía, toda ella de arquitectura compuesta; hay además enlaces al estilo de España, con muchas barandas, por las que se transita. Encima de la misma puerta está el Juicio Final, enteramente compuesto por figuras de medio relieve, cosa hermosísima de ver. Fuera de dicha puerta hay una escalinata hermosísima, pero de forma singular: duplicada por dos lados, parte de un soberbio balcón y desciende hacia una hermosa plaza, la cual esta adornada de hermosos y soberbios edificios, especialmente por el lado del Poniente donde hay un hermoso y soberbio hospital, capaz para mil enfermos. Las camas están dispuestas en forma de cruz y todos oyen la Misa que se dice en una sola capilla, situada en el medio, como una isla. Tiene tres claustros soberbios, todos de mármoles, y los tres de distintos estilos, porque uno es de estilo corintio, otro dórico y el tercero toscano, con un patio muy amplio en medio de todos ellos, con sendas fuentes verdaderamente hermosas, y distintas, con variadas formas dignas de verse,





Reconstrucción hipotética de Ch. Norberg-Schulz, baseada na de K. J. Conant, do acceso á catedral románica, feito polo mestre Mateo a fins do século XII.

no tanto por su antigüedad cuanto por su belleza. Este hospital tanto por fuera como en el interior parece un palacio real, y es obra del Rey don Alfonso, que lo mandó edificar. Después que hubimos salido de aquí, hallamos un albergue, donde residimos siempre, mientras estuvimos en Compostela. Por la mañana fuimos a la iglesia de Santiago para celebrar la Misa; luego fuimos a buscar al fabriquero mayor de Santiago, que es uno de los caballeros principales de la ciudad y canónigo con el título de Cardenal de la Iglesia de Santiago. Le dimos muchas curiosidades traídas de Italia, las cuales yo le había prometido la primera vez que vine a Compostela y que eran algunos buenos dibujos de excelentes pintores que agradeció mucho. Quiso que fuésemos a comer con él, ofreciéndonos un banquete suntuoso y nos regaló muchas cosas.

Este señor, como os dije, por ser fabriquero mayor de la Iglesia de Santiago, nos condujo por la fábrica y por toda la iglesia, donde vimos hermosas cosas, que no suelen ser vistas tan fácilmente por los peregrinos.

En primer lugar fuimos por la fábrica exterior, todo alrededor; luego encima del tejado que está todo cubierto de mármol blanco, como si fuera una escalinata, por la cual se sube por todo el techo de dicha iglesia. Alrededor del mismo tejado, por la parte de afuera hay una hermosísima balaustrada con varias estatuas y figuras, de modo que estando por encima del tejado de dicha iglesia os parece que estais en un hermoso jardín. Por encima de la cúpula del altar mayor, encima del mismo techo, hay una cruz de marmol, hecha en forma de lirio, toda perforada, en medio de la cual hay un gran orificio por el cual pasan los peregrinos, diciendo el vulgo que aquellos que están en pecado mortal no consiguen pasar; pero ésta es superstición de gente inculta, como nos dijo aquel señor canónigo.

Fuimos luego por los campanarios, que son muy fuertes, teniendo un gran macho de muralla al interior. Vimos en el campanario más antiguo, que está situado a Levante, la campana que tañió cuando sucedió el milagro del peregrino ahorcado injustamente en Santo Domingo de la Calzada, como ya os describí. Está también la que tocó por sí sola, cuando San Luis Rey de Francia, llegó a Santiago, a la cual campana le han cortado por un lado la mitad a fin de que ya no toque más en ninguna función. De esta campana muchos todavía, ignorantes, dicen disparates, en especial cuentan que el Rey de España, sabiendo que el Rey de Francia había ido a Santiago y que, al llegar a la iglesia, la campana mayor había tañido por sí sola, dijo para sí: Si ha tocado por sí sola esta campana por el Rey de Francia, que es forastero, si voy yo que soy el dueño, no sólo tocará ésta, sino todas las campanas del Reino de Galicia. Dicen que fue allí y que no sólo no tocaron las campanas de Galicia, sino que tampoco tocó la que había tañido por el Rey de Francia y que los españoles viendo esto, y el mismo Rey lo tuvieron como afrenta e hicieron cortar la campana rompiéndola para que no tocara ya más por nadie, diciendo que había tocado por los otros, forasteros, y que no había tocado por su señor y por ello la rompieron.

Estas son todo habladurías, como dije, de gente ignorante. Fuimos luego al campanario mayor, en donde dije que había doce campanas: es ciertamente digno de ser visto, pues parece en verdad un palacio: en el interior está el campanero que se empeñó en darnos de beber, no sólo a nosotros, sino también a los criados de aquel señor canónigo. Las campanas están puestas alrededor en las ventanas de la muralla, que es doble y tiene en el interior, como dije, los machos.

Bajamos a la iglesia, donde nos quedamos bastante tiempo, hasta que comenzó la Misa solemne. No creo en verdad que después de San Pedro de Roma se encuentre iglesia tan bien oficiada como ésta. Sale el Arzobispo, revestido de pontifical, con el mismo palio que lleva el Pontífice, palio que, excepto el Pontífice, no puede llevarlo nadie a no ser el Arzobispo de Compostela, dignidad que le fue concedida por Pascual II en el año 1114. Detrás del Arzobispo, revestido, como dije, de pontifical, con mitra de Obispo y todos ellos revestidos del mismo modo, en número de nueve canónigos. Éstos, después de la fiesta solemne, en la que el Arzobispo canta la Misa Mayor, se turnan en el canto de la Misa Mayor, uno cada día de la semana, también ellos bajo palio con aparato de Obispo, si bien en todo distintos del aparato del Arzobispo. Así continúan toda la semana, hasta que vuelven a turnarse desde el principio. En verdad no puede decirse la pulcritud que muestran en el oficiar esta iglesia. Delante del altar mayor hay un gran turíbulo²⁰, hecho a la manera de una gran lámpara, que con una maroma está atado a la bóveda de la tribuna mayor, y este incensario lo bajan al suelo cuando quieren poner dentro de él el fuego y el incienso, después lo suben hasta una altura a la cual nadie pueda llegar y le dan un impulso. El turíbulo, tomando velocidad, va desde una puerta a la otra, es decir, desde la puerta de Oriente a la de Occidente, que son las dichas puertas de los dos brazos de la cruz. Por su grandeza y velocidad produce gran viento y por el fuego, el incienso y otros perfumes que tiene dentro, despide un gran humo odorífero, que perfuma toda la iglesia. Sobre la puerta situada hacia Oriente hay un ventanuco, que debido al viento que como dije provoca este incensario yendo de una a otra puerta, se cierra

con gran estrépito y se abre igualmente cuando viene o se vá. Delante del altar mayor hay una gran verja que siempre está cerrada mientras se canta la Misa. A mano izquierda de esta verja hay un púlpito, al cual va el subdiácono a leer la Epístola al pueblo; de modo semejante a mano derecha, al otro púlpito, va el diácono a leer el Evangelio.

Terminada la función de la Misa Mayor, que, como os dije, era cantada, fuimos a comer, y después descansamos un rato, hasta que pasaron las horas del mediodía; pero en cuanto oímos tocar a vísperas volvimos a la iglesia de Santiago. Empezaba una procesión, que era en honor de Santa Isabel; la que describiré, por ser muy distinta de las nuestras.

Marchan delante muchos tamborileros, cada uno acompañado por un tocador de gaita o dulzaina, y por otro instrumento, hecho como un marco de ventana, cubierto por los dos lados con pergamino, y lo tocan como en Italia se hace con las panderetas, pero hace un gran ruido. Éstos, como dije van de dos en dos con un tamborilero y así para tocar un tambor están tres personas: dos lo llevan con una especie de angarillas, atado entre dos palos, y van a la par, y el que toca, que está detrás, tocando como se hace con los tímpanos. Después de este grupo de tocadores, siguen un grupo de jóvenes todos más o menos enmascarados que van siempre bailando delante de la procesión, turnándose de cuatro en cuatro cada vez y tocando castañuelas. Detrás de ellos sigue la estatua del Santo o Santa de que se hace la fiesta aquel día. Entónces era la estatua de la B. Virgen y de S. Isabel, pues era el día de la Visitación.

Esta estatua la llevan debajo de una gran palio, con muchísimas antorchas y ricamente adornada, con un

gran número de turíbulos para incensar y verdaderamente hacen todo esto con mucha gravedad, de tal modo que producen una gran devoción. Detrás del palio siguen los hombres y luego las mujeres. Acabada que fue la procesión pusieron la estatua de la B. Virgen y de Santa Isabel en el altar y haciendo un gran círculo, después de muchas oraciones e incensaciones, empezaron a tocar todos aquellos instrumentos y los jóvenes todos juntos a bailar, vestidos con aquellas máscaras, tocando las castañuelas. Las jóvenes reunidas en el otro lado, tocaban también las panderetas y las castañuelas y cantaban salmos y oraciones en voz alta que parecía en verdad que iba a hundirse la Iglesia por el gran ruido de tantos instrumentos y particularmente de aquellos tambores y gaitas, además de las campanas.

Acabada esta fiesta fuimos al albergue pues ya era tarde. Por la mañana volvimos a la iglesia de Santiago a celebrar la misa y aquí confesé y di la S. Comunión a mi compañero. Cumplidas nuestras devociones, fuimos un rato de paseo por la ciudad que no es muy grande: tiene cuatro puertas con dos burgos fuera, uno por la puerta de levante, como dije, y otro por la puerta de seteptrión.

Esta ciudad está puesta sobre una colina, que cae toda hacia mediodía y está rodeada de murallas de piedra viva. Fuera de la puerta de poniente hay un hermoso y antiguo convento de San Francisco, donde están los frailes franciscanos, construcción verdaderamente digna de verse, primero por ser antigua y después por haber sido fundada por el mismo San Francisco, como nos dijeron, y tiene muchas riquezas en la Iglesia.

La puerta que da al mediodía es hermosa, primero porque delante de ella hay una gran plaza enteramente

empedrada de losas, donde está enfrente la fachada mayor de la iglesia de Santiago, por un lado la fachada del Hospital y por el otro un edificio igualmente muy hermoso, todo esto hecho de piedra viva. No se ven aquí ladrillos según el uso de Italia. Saliendo de esta puerta se baja por dos escalinatas de piedra viva, situadas una enfrente de la otra, y son muy hermosas. Por esta puerta no puede pasar ninguna clase de animales, a causa de la bajada y de la subida de las escaleras. Fuera de esta puerta hay muchísimos jardines y huertas con fuentes, donde hay copiosísimos frutos, que duran poco, porque enseguida se pudren, a causa del aire y de la misma agua que es fétida, aunque sea hermosa a la vista y tan clara que invita a beber. Este agua, por donde pasa, vuelve negras las piedras y todo el cauce del mismo río.

La ciudad se llamaba antiguamente Flauto Brigantio, pero ahora se llama Compostela, porque cuando fue trasladado aquí el cuerpo de Santiago fue acompañado y guiado por una estrella y por eso le llaman Compostela, palabra compuesta de «Compos» y «Stella». En el interior de la misma ciudad, que tiene la misma estrella como escudo, con una esclavina y dos bordones cruzados por debajo, hay hermosos palacios, todos construídos con piedra viva y todas las plazas están enlosadas, cosa hermosa a la vista. En el interior de las puertas de estos palacios e igualmente en las escaleras, las taraceas²¹ están hechas de piedrecitas pequeñas, de distintos colores, entrelazadas con huesos de cerdo. Particularmente utilizan los nudos de las patas; haciendo con estos muchos trabajos y figuras en dichas taraceas, que son hermosas a la vista, y duran mucho tiempo.

Habiendo muchas curiosidades por la ciudad, que es rica, y completa en todo lo que se refiere al alimento

humano, volvimos a la iglesia de Santiago donde se cantaba la Misa Mayor y allí nos quedamos bastante tiempo para mirar con atención aquellas funciones y ceremonias y la muchedumbre que allí concurre de todas partes del mundo. Pensábamos para nosotros si allí podía encontrarse alguno de nuestra nación, pero habiendo mirado con atención no vimos a nadie, que en el traje, o en el aspecto pareciese un italiano. Mientras estábamos así entre nosotros hablando, se acercó uno que a la vista daba a entender ser un caballero, con barba larga y roja y los cabellos igualmente largos y del mismo color, vestido a la inglesa, con espada al cinto.

Este nos preguntó en lengua latina de que país éramos. Nosotros le contestamos que éramos italianos ¿de qué ciudad? —replicó él, y nosotros —de la ciudad de Bolonia— y él agregó que no lo creía, manifestando gran maravilla. Nosotros le enseñamos las patentes de nuestra ciudad; y él, habiéndolas leído y observado largamente, nos dijo —Queridos paisanos, tengo gran gusto de haberos encontrado. Al pronunciar tales palabras manifestaba alegría. Nosotros al principio desconfiamos, creyendo que éste, con tal ficción, nos quisiese sacar dineros, porque nos habían contado casos semejantes. Empezamos a preguntarle cómo y cuándo había salido de Bolonia y dónde estaba alojado y él nos contestó que quería fuésemos antes a comer con él y que luego nos contaría todo. Esto nos aumentó mayormente la sospecha, pero animándonos entre nosotros, por ser dos y él uno, secundamos su invitación para saber donde estaba su habitación, y nos fuimos fuera de la iglesia en su compañía, teniendo a mano nuestros bordones, con decidido ánimo de emplearlos si éste intentaba hacernos algo malo. Cuando llegamos fuera de la puerta, éste tal empezó a preguntarnos no-

vedades de Bolonia y que hacían tales caballeros y tales damas y nos preguntó ciertos detalles que nos hicieron concluir que este caballero era verdaderamente de Bolonia y por su hablar y por su manera noble de tratarnos alejamos toda la sospecha que teníamos sobre él y comenzamos a alegrarnos por haberle encontrado.

Sin embargo, seguimos teniendo un poco de temor por no saber quien era, puesto que en Bolonia le conocíamos sólo de vista, y todavía más por estar vestido tan raro, que no pudimos reconocerle totalmente, sobre todo por aquella barba tan larga que casi le cubría enteramente la cara.

Finalmente, conversando de este modo, llegamos al albergue, donde estaba alojado; entramos en su habitación, nos sentamos y mientras tanto, él se fue a llamar al hostelero para que nos preparase la comida, y nosotros mirando a una mesa donde había unas cartas, sin tener muy en cuenta la buena educación, para satisfacer nuestra curiosidad, nos fijamos en los sobres de las mismas que decían: Al Ilustrísimo señor Patrón respetabilísimo, el Señor Ercole Zani. Con lo cual habiéndolo reconocido quien era, cuando llegó a la habitación le pedimos perdón diciéndole que nos disculpase por no haberle reconocido al principio, sino que al contrario lo habíamos tenido por un embaucador. El, riendo, dijo que se había dado cuenta y que por eso no había querido decirlo enseguida, para tenernos así un poco suspensos. Mientras tanto llegó la comida y comimos alegremente, riendo del hecho, y dándole muchas noticias de Bolonia.

Después de la comida fuimos a la iglesia de Santiago todos contentos; él por habernos encontrado y nosotros por haberle encontrado a él. Estuvimos a las Vísperas y cuando acabaron fuimos a ver el Tesoro, que nos en-

señó el señor fabriquero mayor. Este Tesoro se compone de muchos adornos riquísimos, cálices de oro puro y de gran cantidad de objetos de plata, con piedras preciosas y gemas para el altar, especialmente una mitra de obispo enteramente cuajada de preciosas perlas y piedras de gran valor, con cantidad de joyas. Entre las otras riquezas se halla un doblón²², mejor se podría decir un medallón, que fue el primero acuñado en Perú, cuando fue descubierto y conquistado por los españoles, lleva el escudo del Rey de España por un lado y por el otro las armas del Perú. Pesa 27 libras de oro: cada libra de España son 16 onzas.

Aquí vimos muchas insignias, estandartes militares y pendones, y muchas otras cosas de guerra, como armas distintas y armaduras y muchos equipos de gran valor y mucha fama, todo ganado por don Juan de Austria, General en la gran batalla naval combatida contra el Turco en el año 1571 el 7 de octubre, bajo el pontificado de Pío V, ahora beatificado. Además de su estandarte de General, que le fue dado por este Beato Pontífice y que después de la dicha guerra donó a Santiago como Patrono y Protector de toda España, le donó también muchas cosas de gran valor tomadas a los turcos en la gran batalla. Entre los muchos estandartes de aquellos bajás y de aquellos grandes señores, está el del Gran Turco tomado a su General y muchos tapices y pabellones, y el farol de la misma galera del Gran Turco, cosa verdaderamente de gran precio, muy hermosa y respetable.

Este farol, el día de Santiago lo ponen fuera de la cámara del tesoro, con todas aquellas cosas ya dichas antes y lo encienden delante del Altar Mayor. Igualmente todos aquellos estandartes los cuelgan delante del Santo, cosa verdaderamente digna de verse.

En este tesoro hay un cuerno muy largo y grueso que es de aquellos toros bravos que condujeron al cuerpo de Santiago de Iria Flavia hasta Compostela, como más adelante veréis.

Después que vimos todo esto, fuimos al albergue del señor Ercole Zani y aquí nos quedamos alegremente, disponiendo la marcha para el día siguiente. Después, antes de acostarnos, nos contó de cuando se marchó desde Bolonia y el viaje que hizo yendo a París y de París a Inglaterra y como se había marchado de Londres, metrópoli de aquel reino, con el embajador que el Rey de Inglaterra mandaba a Tafieta; cómo habían bordeado toda España por el océano, de seteptrión a occidente y a mediodía, y cómo habían llegado a Tánger, ciudad del Reino de Marruecos, después del estrecho de Gibraltar y que el mismo Tafieta no había querido aceptar aquel embajador, objetándole que no era verdadero y buen embajador, dado que su Rey no era verdadero y buen Rey. Por lo cual, retrocediendo por el océano de occidente, habían desembarcado en Lisboa, metrópoli del Reino de Portugal, donde habiendo dejado a su compañero, el Señor Ercole había venido solo a Santiago de Galicia, para visitar el santo cuerpo y para ver si encontraba algún italiano, como de hecho encontró.

Por la mañana fuimos a la iglesia de Santiago a decir misa y después tomamos las patentes que se llaman Compostelas y cumplidas nuestras devociones, vimos el relicario mayor de Santiago, donde están muchos cuerpos santos y muchas señaladas reliquias. Está la cruz del mismo santo y el bordón que llevaba cuando iba por el mundo; éste se halla en el interior de una columna de bronce enfrente del Altar Mayor, sujeto a las rejas del coro, a mano derecha.

Después que vimos las santas reliquias que se enseñan a todos los peregrinos pedimos perdón en el altar mayor de Santiago, y nos fuimos a comer. Después de comer volvimos a la iglesia donde cantaban las Vísperas, acabadas las cuales fuimos un poco de paseo detrás de las murallas de la ciudad en compañía de un músico de los de la Catedral, que era romano. Éste nos contó de aquel Pontífice que vino a Santiago de incógnito y que, mientras estaba en el altar del Santo, celebrando misa, otro religioso estaba preparándose en la sacristía y buscaba en el misal qué misa decir, celebrándose en aquella mañana la misa de un Apóstol. Volviendo repetidas veces las páginas del misal, encontró que todas las misas empezaban en el Introito: Ecce Sacerdos Magnus. Por lo cual dedujo que quien estaba entonces celebrando la misa en el altar del santo era el Gran Sacerdote, es decir el Pontífice. Acabada la misa y vuelto a la sacristía, lo reconocieron por lo que era, besándole los pies, con aquella reverencia que se debía a tal personaje. El Pontífice concedió muchas gracias y títulos e indulgencias, que hoy día aún tienen los señores canónigos y la misma iglesia compostelana.

Habiendo vuelto al albergue donde dejamos al señor Ercole, nos fuimos a recoger nuestros hatillos a casa del señor Fabriquero mayor, y volvimos con el señor Ercole, que nos estaba esperando y estuvimos gozosos aquella tarde. Por la mañana, entregados nuestros fardos al señor Ercole, tuvimos el capricho de llegar a Santa María de Finisterre. Este viaje lo contaré brevemente para que si algún peregrino quisiera ir allá, sepa el camino.

Nos marchamos bien provistos de pan y vino y luego salimos por la puerta situada hacia mediodía, dirigién-

donos hacia poniente. Habiendo pasado unas colinas estériles, llegamos a un lugar llamado Puente Masseda, distante tres leguas; desde aquí se llega a otro pueblecito que se llama Cegua y luego a Allas Barreres, distante una legua y a Monghesu, dos leguas, siguiendo hasta Puente Arbarra y son dos leguas. Llegamos luego a otro pueblecito que se llama Villa di Cesa, dos leguas y desde aquí a Finisterre otras dos.

Santa María de Finisterre es una pequeña iglesita que tiene la Santa Imagen de la B. Virgen y también un milagroso Cristo de imaginería, del tamaño de un hombre. Se encuentra esta iglesia justo en el confín de la tierra, sobre un promontorio, o si se quiere pico de un monte, que se introduce bajando en el océano, hacia poniente. Casi en la base de este promontorio, cercana al mar, está colgada esta capillita con estas dos imágenes, de la B. Virgen y el Cristo. En la cima de este promontorio hay una torre o como se dice Fanal, que en su lengua es Farola y está hecha para encender fuego en lo alto de ella, pero este día en particular no era necesario encenderlo. Está aquí porque de todas las naciones que navegan por el Océano, vengan de seteptrión o de poniente, de levante o del mediodía, todos pasan a conocer este cabo o promontorio y muchas veces desembarcan a tierra, principalmente las naciones infieles que habitan en los reinos de seteptrión, y los de poniente o mediodía que son los de América, la más grande de las cuatro partes del mundo, todos los de Africa, puestos a mediodía, e igualmente los de las Indias Orientales y de Asia hacia el Oriente, y como os decía todos llegan hasta aquí y desembarcan provocando muchos daños a los habitantes de estas riberas. Pero esta Santa Imagen de María y de la de su dulcísimo Hijo se han tomado la defensa contra seme-

jante canalla, y han hecho muchos otros milagros como éste: desembarcando aquí un bajel de moros, corrieron rápidamente a esta iglesita y viendo aquel Cristo se le acercaron injuriándolo repetidamente. Uno de ellos, más temerario, desenvainando la cimitarra levantó su brazo para golpear al Cristo. Pero según lo levantó se quedó tieso, inmóvil en el sitio, como una estatua. Por lo que los camaradas viendo el milagro y reconociendo su error rogaron al Cristo que les perdonase, prometiéndole que se harían cristianos. Volvió la espada a su vaina y éste con sus camaradas se acercaron al pueblo cercano, que como os dije se llama Villa de Cesa y se bautizaron, continuando luego su viaje. Esta Villa la han construido y fortificado esplendidamente para poder defenderse de las correrías de estos bárbaros y a la que ha acudido mucha gente a vivir y para hacer guardia de modo que los peregrinos y los paisanos estén seguros en sus viajes, en caso de que desembarcaran los bajeles de los infieles o de otras naciones, encendiendo para eso el fuego en la torre que os dije, que se halla en lo alto del promontorio, con lo que hacen señales a las villas vecinas las cuales sucesivamente de unas a otras se pasan el aviso de peligro por lo que en una hora todo el Reino de Galicia está sobreaviso y acuden armados hacia aquel cabo para defenderlo. En esta iglesita se conservan recuerdos de muchas personas ilustres, que llegaron hasta aquí. Volviendo pues atrás, se puede pasar, como hicimos nosotros, por Iria Flavia, ciudad alejada media jornada de Compostela, la cual tiene un bonito puerto de mar, situada al mediodía en el océano, y que ahora se llama Padrón. Esta es la ciudad y puerto donde se desembarcó el cuerpo de Santiago Apóstol cuando fue traído desde Jerusalén a España. En este puerto hay una curiosidad muy intere-

sante, que consiste en una barca de extraordinario tamaño, toda en marmol blanco, la cual no pueden mover cien pares de bueyes, y menos todavía un hombre que como se dice ni la mueve, ni aún empujando con todas sus fuerzas y sus dos manos. Se dice que esta barca era en la que se trajo el cuerpo de Santiago de Jerusalén a Galicia y que tan pronto como los discípulos sacaron el cuerpo de la misma se convirtió en marmol, para que no pudiera usarla nadie más y para que no pudiese ser llevada de allí. Casi siempre está cubierta por el agua y se ve tan sólo cuando el mar baja por el flujo o reflujo. Esto es lo que nos han contado algunos españoles, que nos llevaron por la ciudad para ver las cosas más importantes de esta villa.

VIDA DE SANTIAGO EL MAYOR APOSTOL Y PATRON DE ESPAÑA

*Recogida de lo que está escrito en las Sagradas
Escrituras y en los grandes autores.*



1 Glorioso Apóstol Santiago era de la provincia de Galilea, hijo de Zebedeo y María Salomé, hermano de S. Juan Evangelista y primo carnal de Jesucristo, por lo que respecta a lo humano. Zebedeo, su padre, era pescador, oficio corriente en los puertos de mar. S. Jerónimo dice, que Zebedeo y su mujer eran de noble sangre pues, hablando de San Juan en la Pasión,

dice que Juan, por ser de noble sangre, tenía relación con los príncipes de los judíos. Sobre esto también Calixto afirma que Zebedeo era persona principal, dueño de una barca con la que practicaba las artes de pesca, en las que llevaba consigo a sus dos hijos. San Marcos, en el capítulo primero, dice expresamente que tenían a su servicio siervos y gente asalariada. Jesús los llamó, para que lo siguieran y, como dice San Marcos en el capítulo quinto, ellos inmediatamente, sin demora alguna, sin pensar ni prestar atención a cosa alguna de esta vida, dejaron la barca, las redes y a su padre, que estaba en ese momento con ellos, y siguieron a Jesucristo, no sólo con el cuerpo sino también con el espíritu. San Marcos, en el capítulo quinto, dice que cuando el Salvador los llamó les puso un nuevo nombre que fue Boanerges, que quiere decir hijos del trueno. Aunque este nombre parece como propio de San Juan cuando comenzó su evangelio con aquel fuerte trueno: In principio erat Verbum..., que aterrizaba las inteligencias humanas según iban penetrando en los secretos y los misterios profundos de la Divinidad.

Pero no se queda atrás Santiago Apóstol, pues siendo protector y defensor de los españoles en la guerra se mereció también este nombre pues, más fiero que un trueno o una saeta, espantaba, confundía y mandaba a la ruina a los ejércitos de los moros y otros enemigos del pueblo cristiano. Cuenta Nicéforo (que es un autor posterior a los Apóstoles) escribiendo a Evodio, que San Pedro bautizó a estos dos hermanos y ellos bautizaron a los otros apóstoles. Fueron, además, de los más queridos de entre los apóstoles, como queda patente en los misterios que el Señor les reveló. El los quería siempre en su compañía; los llevó consigo a convertir a la hija

del Principe de la Sinagoga; y a gozar con la demostración de su Divinidad y de su Gloria en la Transfiguración. Aparte del estrecho parentesco que había entre ellos y Jesucristo, estaba el que fuesen de sus favoritos a causa de que su madre le hubiese pedido para ellos un lugar digno en su Reino, pues ella creía que Cristo reinaría en la tierra. Estos dos hermanos, en este caso, mostraron su valeroso ánimo, pues diciéndoles Jesucristo si podrían beber el cáliz que le quedaba por beber, que fue como decir si estaban dispuestos a derramar su sangre, si podrían ofrecerle su muerte como él ofrecía la suya, le respondieron con valeroso ánimo a aquella pregunta; si, que podemos. Demostrando también su valor en el ímpetu que mostraron de haber de vengar la injuria hecha a Jesucristo por los samaritanos, que no quisieron aceptarlo en su tierra, Santiago y San Juan dijeron a Cristo: Señor, haz que descienda fuego del cielo y que abraza a toda esta gente. Podíamos además decir que Santiago resultó ser realmente un luchador, matando a los enemigos de Cristo, no en este momento, pero llegará un tiempo en que espada en mano hará la guerra por su Maestro matando innumerables moros, sus principales enemigos. Duró la fidelidad, que Santiago había prometido a su Maestro, hasta el fin de su vida. Estuvo en su compañía en la Oración del Huerto: en esta agonía y tristeza quiso la compañía de su amigo y pariente. Después de la resurrección del Señor, Santiago se encontró con los demás apóstoles, cuando se les apareció en ausencia de Tomás, y ocho días después estando éste presente. Acompañó al Señor al monte, cuando éste ascendió al cielo, y estaba cuando vino el Espíritu Santo, recibéndolo como los demás apóstoles. Salió luego a predicar el Evangelio por distintos lugares y, aunque algunos autores dicen que

sólo predicó en Judea y Samaria, lo cierto es que estuvo en España en donde predicó el Evangelio, aunque de esto no hubiese testimonio alguno, bastaría la tradición, tan antigua, que toda la iglesia española tiene de ello. Especialmente la Iglesia Colegiada de Zaragoza, llamada Virgen del Pilar, da bastantes datos de que el Apóstol estuvo en aquel lugar, así como del origen y milagroso comienzo de aquella Santa Iglesia. El caso es como sigue: habiéndolo llegado Santiago a Zaragoza y encaminándose, a la noche, con siete discípulos hasta el río llamado Ebro, para poder mejor instruirles y ocuparlos en la oración, se le apareció la Santísima Virgen María sobre una columna o pilar de jaspe, rodeada por gran número de ángeles que cantaban maitines con dulcísima armonía. El Apóstol se puso de rodillas para reverenciarla y ella le dijo: en este lugar deseo que se levante una iglesia a mi nombre, pues yo se que esta parte de España me ha de ser muy devota y desde ahora la tomo bajo mi protección. Dijo esto y la visión desapareció. El Apóstol puso toda su diligencia para que la capilla se levantara y dentro depositó el pilar de jaspe, que actualmente se tiene en gran devoción y que le da nombre a esta iglesia. Esto se ha mantenido en la memoria de los cristianos de aquella ciudad desde tiempos antiguos. El Doctor Antonio Beuter²³ dice en su Crónica haber encontrado escrito esto hace tiempo en el Convento de la Minerva de Roma. La iglesia de Praga celebra con gran solemnidad la fiesta de San Pedro Martir, su primer obispo, ordenado y enviado por Santiago, cuando estaba en España, y así se lee en la lectura de maitines, siguiéndola en ello la otra iglesia del reino de Portugal. Al igual que San Isidoro afirma la venida de Santiago a España, lo hacen San Antonio, arzobispo de Florencia, el historiógrafo Vicente, el

obispo Esquilino, y también el Papa León III que afirma lo mismo en una carta que escribe a los obispos de España. Y lo mismo dice el Breviario reformado del Beato Pio V. De que sea cierto que Santiago haya estado en España no hay datos concretos, a no ser lo que he dicho de Zaragoza y de algunos discípulos que hubo allí, que fueron siete, como nos escribe el obispo de Oviedo, Pelagio, que vivió y escribió en tiempos del Rey D. Alfonso, el que conquistó Toledo. Los nombres de los discípulos de Santiago fueron los siguientes: Calocero, Basilio, Pio, Crisógono, Teodosio, Atanasio y Martino. Desagradaba sobremanera al Apóstol el poco fruto que sacaba en España, a pesar de sus esfuerzos. Por lo que, después de haber estado cinco años, como afirman algunos, regresó a Jerusalén, con los discípulos que le habían acompañado a España, que fueron San Torcuato y compañeros, además de los que le iban acompañando más recientemente. Predicó el Apóstol en la misma ciudad de Jerusalén y por toda su región, con gran odio e ira de todos los judíos, los cuales movidos por la indignación buscaron a un tal mago Ermógenes y a su discípulo, llamado Fileto, y una vez que los encontraron le pidieron que con sus encantos convenciese en discurso al Apóstol, o que le maltratase por medio de los demonios con que contaba para ayudarle. Ermógenes mandó a su discípulo Fileto a discutir con Santiago, a fin de convencerle delante de los fariseos demostrando que su predicación era falsa. Pero el Apóstol, en presencia de todos, con vivas razones lo convenció a él, haciendo además muchos milagros en su presencia, de modo que volvió Fileto junto a Ermógenes, convencido, y alabando la doctrina del Apóstol Santiago, relatando sus milagros y diciendo que quería hacerse su discípulo, intentando persuadir, ro-

gando, a Ermógenes que se hiciese él también discípulo del Santo Apóstol. Indignado por esto Ermógenes, con sus artes mágicas lo dejó paralizado, de forma que no podía moverse de modo alguno, diciendo: Ahora veremos si tu Santísimo Apóstol te deja libre. Lo cual habiéndosele dicho a Santiago, éste mandó inmediatamente una nota diciendo: El Señor endereza y fortalece a los diablos, y al que le fueron soltados aquellos de sus cadenas inmoderadamente, si fuese tocado con este escrito se librá de ellas y de las artes de Ermógenes.

Fileto se alegró y se hizo cristiano de inmediato y discípulo de Santiago, por lo que Ermógenes indignado conjuró a los demonios, pidiéndoles que le condujesen a Santiago Apóstol y a Fileto, para poder vengarse, y que los otros discípulos no pudieran separarse de él. Llegáronse pues los demonios al Santo Apóstol, moviéndose por el aire y comenzaron a aullar diciendo: oh Santiago Apóstol, ten misericordia de nosotros, que nos estamos abrasando antes de que llegue nuestro momento. A lo cual respondió: ¿quién os ha hecho venir hasta mí? y contestaron, Ermógenes para que te tomes a tí y a Fileto y te llevemos hasta él, pero tan pronto como hemos venido fuimos atados con cadenas de fuego por los ángeles de Dios, que nos están atormentando. A lo que el Apóstol dijo: soltaos de los ángeles de Dios y volved a Ermógenes y traedlo atado hasta mí. Partieron los demonios y llegaron junto a Ermógenes, a quien le ataron las manos a la espalda, y le llevaron hasta el Apóstol Santiago diciéndole a Ermógenes: tu nos has mandado al Santo Apóstol para ser abrasados y seriamente atormentados; diciéndole luego a Santiago: danos potestad contra este hombre para poder vengar el que te haya injuriado y estemos abrasados, a lo que respondió Santiago: Aquí tenéis a

Fileto delante de vosotros ¿por qué no lo atásteis? y dijeron los demonios: nosotros no podíamos tocarlo con las manos en tu habitación. Se volvió Santiago a Fileto y le dijo: quiero que devolvamos bien por mal, siguiendo las enseñanzas de Nuestro Padre Jesucristo, y he aquí que las ataduras de Ermógenes se soltaron, por lo que Ermógenes, una vez que se vio libre quedó confundido, y le dijo Santiago: te dejaré ir libremente, adonde tu quieras, pues no es conveniente a nuestra doctrina que nadie se convierta a la fuerza. Y contestó Ermógenes: He visto a los demonios muy enojados contra mí, por lo que si tú no me das algo, que pueda llevar conmigo, para protegerme de ellos, me vencerán, y Santiago le dio su bastón. Este marchó, y le llevó al Santo Apóstol todos sus libros de magia para que los quemase, pero éste, para que el hedor del incendio no ofendiese a alguno, o le atormentase, los hizo arrojar al mar. Volvió luego, junto al Apóstol, Ermógenes, y se echó a sus pies besándoselos y diciendo: Liberador de almas, he aquí a Ermógenes penitente, recibe por tu discípulo a éste, que te envidió y fue detractor de tu persona. El Apóstol lo bautizó, y así convertido, fue siempre un perfecto discípulo, tanto que fue haciéndose cada vez más virtuoso, defendiéndose con el bastón de la furia de los demonios, que lo querían atormentar por haberse dejado hacer cristiano. Viendo los judíos que Ermógenes se había convertido, movidos por la envidia de los celos, llamaron al Apóstol y le reprendieron por predicar el Evangelio y a Jesús crucificado. Pero él les probaba, a través de las escrituras, y de forma evidente, la llegada y la pasión de Cristo. Se convirtieron muchos de los judíos, que creyeron en Cristo y se bautizaron. Cuando los escribas y fariseos vieron que no habían servido para nada los encantamientos ni las amenazas contra el

Apóstol, fueron a buscar a dos centuriones, que tenían bajo su mando a parte de los romanos que estaban en las guarniciones de aquella ciudad, y llegaron a un acuerdo con ellos, comprándolos con dinero abundante, para hacer prisionero al Apóstol cuando se encontrase predicando, para que el asunto así fuese mas llamativo, y ellos prometieron que provocarían tumulto y rumores en el pueblo. Llegó el día prefijado en el que Santiago predicaba al pueblo sobre la muerte de Cristo y su gloriosa Resurrección, haciéndolo con tal fervor de espíritu y con tantos argumentos de las Escrituras, que muchos de los que escuchaban, estaban ya para creer y convertirse. No podía ya aguantar más Abiazar, que era el Pontífice aquel año y dio aviso, sobre el acuerdo hecho, a uno de los escribas, llamado Losia, que marchó con firmeza contra el Apóstol al que le lanzó una cuerda al cuello. En este momento se unieron los centuriones a Losia y Teócrito, con su gente, y así el Apóstol fue llevado arrastro ante el Rey Herodes Agripa, hijo de Arquelao. El Rey viendo la gran ansiedad y la rabia con que los judíos buscaban la muerte del Apóstol, para complacerlos, les mandó algunos de su guardia para que cogiesen a los otros apóstoles y discípulos que había en Jerusalén, y mandó que a Santiago le fuese cortada la cabeza. Cuando el Santo Apóstol iba camino de la muerte, hizo, en el recorrido, el gran milagro de curar a un paralítico, que se encomendó a él pidiéndole la salud, a lo que Santiago respondió: en el nombre de Jesucristo, por cuya fe soy llevado a decapitar, levántate sano y bendice a tu Creador, e inmediatamente se levantó sano bendiciendo al Señor. Viendo Losia este milagro, pues era el primero en llevarlo con la soga al cuello, postrándose a los pies del Apóstol le pidió perdón, deseando bautizarse, pues confesaba a Jesu-

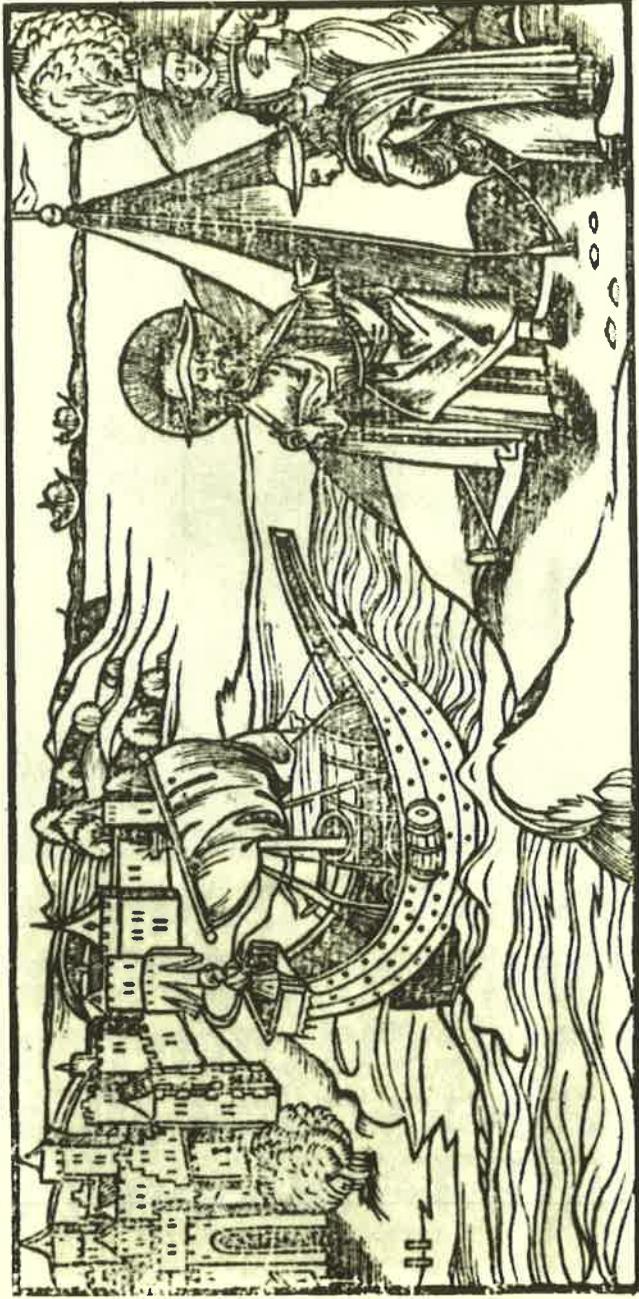
cristo por verdadero Dios. Esto desagradó a los hebreos, pues Losia era persona destacada entre ellos, por lo que Abiazar lo mandó prender y atar fuertemente diciéndole: si no maldices el nombre de Cristo serás decapitado con el Apóstol Santiago, a lo que Losia respondió: maldito seas tú y todos los tuyos, pero sea siempre bendito Nuestro Señor Jesucristo. Al instante mandó Abiazar que le fuese machacada la boca a puñetazos y dando informe de lo pasado a Herodes le pidió que fuese decapitado con el Apóstol. Y cuando fueron llevados a la muerte juntos, Losia pidió perdón al Santo Apóstol con gran humildad, si es como dice Clemente Alejandrino y cuenta Eusebio. El Apóstol se entretuvo un poco sin responderle, no por negarle el perdón, sino más bien para demostrarle que le perdonaba de todo corazón y así le perdonó con amorosísimas palabras y le besó en la cara. Algunos dicen que le pidió agua al verdugo y lo bautizó y que luego fueron ambos decapitados, de forma que, en muy poco tiempo, el que fuera persecutor pasó a mártir. La muerte de Santiago fue renombrada, por ser el primero de los apóstoles que murió por amor de Jesucristo. Eusebio dice que esto ocurrió el año 44 de nuestra era, y parece que lo saca de San Lucas, que habiendo terminado de hacer el recuento económico del dinero ordenado por San Pablo, manda a San Bernabé de Antioquía a Jerusalén, para paliar un poco las grandes necesidades que estaban pasando los discípulos, por la carestía que había en todas partes, (profetizada ya por Arabo, como dice el mismo San Lucas, que vivió en tiempos del Emperador Claudio, y según todos los escritores del año tercero de su Imperio) el cual contó inmediatamente la muerte de Santiago y la prisión de San Pedro, que fue al mismo tiempo, de forma que, si fuese el año tercero o cuarto

de Claudio, venía a ser el undécimo año después de la Ascensión de Cristo al cielo, que fue en el 44 de su nacimiento. Del mes y del día se acuerdan todos los autores, o sea que fue en el mes de marzo. Se ve claramente en el texto de San Lucas, que dice que habiendo sido decapitado Santiago, San Pedro fue hecho prisionero, a quien no hicieron morir al instante, para dejar pasar la Pascua del Cordero, que se celebraba en el mes de marzo, aunque la iglesia celebra la festividad de San Pedro, llamada «in Vincula»²⁴, el primer día de agosto, pero esto no contradice la verdad, puesto que esta fiesta fue ordenada para aquel día por haberse encontrado en esta fecha las cadenas del Apóstol, como contaré en su momento. Tampoco se contradice la celebración de Santiago el 25 de julio, puesto que la Iglesia tenía más predilección por celebrar la Asunción el 25 de marzo y trasladó la de Santiago al 25 de julio, que fue el día en que su sagrado cuerpo se trasladó a España, tal como dice el Breviario Romano, reformado por el B. Pio V; después de que el Santo Apóstol fue decapitado sus discípulos tomaron de noche su cuerpo, por temor a los hebreos y lo llevaron al puerto de Jope y metiéndolo en una barca, (que algunos opinan les fue dada milagrosamente), encomendándose a la Divina Providencia, subieron sobre ella, la cual sin timonel alguno, guiada por el ángel del Señor, volvió con él a España. Se tiene como cierto que los que condujeron el cuerpo a Galicia eran españoles, esto es Calógero y los demás anteriormente citados. San Torcuato y sus compañeros se volvieron a Jerusalén y estuvieron luego con San Pedro, cuando fue liberado de la prisión, y desde allí fueron enviados luego de Roma a España, como los demás, que habían estado otra vez allí y los consagró obispos, para que ayudasen a los discípulos de Santiago

a predicar la fe de Cristo, pues ese era su trabajo. Los anteriormente citados, conduciendo el cuerpo del glorioso Apóstol, aunque venían desde Siria, sin embargo entraron en España por la parte oriental de la costa, en donde Francia limita con Cataluña, aunque no se quedaron allí, ni en el recorrido hasta el estrecho de Gibraltar, doblando España en sus dos partes, o sea el levante y el mediodía para adentrarse luego en el océano, llegando casi al fin de la tierra, pues así se llama esta tierra del Reino de Galicia donde tomaron puerto. Los santos discípulos del Apóstol desembarcaron en la ciudad de Iria Flavia. Llegados pues a Galicia, al reino de Lupa, desembarcaron, como dije, en la ciudad de Iria Flavia, que ahora llaman Padrón, y sacando, los discípulos, el santo cuerpo de la barca lo pusieron sobre una gran roca, la cual de repente, como si fuese de cera, hizo cama a aquel santo cuerpo, reduciéndose en forma de sepulcro, como si fuese un ataúd. Fueron los discípulos junto a la reina Lupa, que estaba en Compostela, alejada de Padrón media jornada, (esta reina era llamada Lupa por nombre y por méritos de su vida) y tan pronto como llegaron a ella le dijeron: Jesucristo te envía el cuerpo de su discípulo Santiago, puesto que como no quisiste recibirlo cuando vivía, para que lo aceptes ahora que está muerto, y le contaron el milagro de como, sin que nadie gobernase la nave, habían llegado allí, le pidieron un lugar en donde darle convenientemente sepultura. Oído todo esto por la reina, con engaño los envió a un cruelísimo hombre, según algunos el rey de España, para que diera su aprobación sobre el asunto. Llegados los discípulos ante el rey éste los hizo prender al instante, y meter en prisión. Mientras estaban comiendo, el ángel de Dios les abrió la prisión y los liberó. Enterado de ello el rey,



verdadero hombre
abogada en todos
suno e del bien auer
e espejo de las españa
castilla e de leon e de



XIII. — La predicación de Santiago en Galicia. Grabado en madera del «Flos Sanctorum», de Fr. Pedro de la Vega. Alcañá de Henares, 1566.

ordenó a algunos caballeros que los persiguieran y cuando los alcanzasen procurasen reducirlos. Pero ocurrió que al pasar por cierto puente éste rompió, y cayendo todos al agua se ahogaron. Este caso llegó a oídos del rey, que comenzó a dudar, no sólo de sí mismo, sino de todo su estado, por lo que enterado de donde estaban los discípulos les mando pedir que volviesen sin temor alguno. Obedecieron, sin temor, al requerimiento del rey y regresaron. Y poco después, con sus predicaciones y exhortaciones, todo el pueblo, incluido el malvado rey, fueron convertidos. Mientras tanto la reina Lupa enterada de estos hechos agriamente se condolió al rey y le pidió que le fuesen enviados los discípulos, bajo el pretexto de concederles lo que habían pedido y reclamado. Llegados éstos ante la reina ésta les dijo que quería, con su beneplácito, que se diese honrosa sepultura al cuerpo de Santiago y que para ello se dirigiesen a cierto monte, que les mostró desde su balcón, y allí cogiesen dos de los toros que encontrarían y que los atasen a un carro y condujesen sobre él el santo cuerpo a la ciudad. Dijo esto con la certeza de que no podrían coger los toros, dada su indómita naturaleza, pues eran bravos, y que sería imposible sujetarlos al yugo, metiéndolos en un trabajo que iba contra su fiera naturaleza. Siendo contrario esto a lo que habría sido su vida, en el interés de cogerlos, los pondría en peligro de muerte, y más todavía, si lograban atarlos al carro éste iría tan sacudido adelante y atrás, a diestro y siniestro, que acabaría destrozado y roto y tirado a tierra el santo cuerpo y que si intentaban huir no podrían contenerlos. Pero cuan desilusionada quedó su mala intención, pues los discípulos sin pensarlo más se dirigieron adonde la reina les había señalado, o sea a aquel monte, alejado de Compostela me-

dia legua hacia levante. Al subir al monte se encontraron con un enorme dragón, que vomitaba fuego por la boca y las narices que se abalanzó sobre ellos. Éstos, llenos de santa fe en Dios, le hicieron la señal de la Santa Cruz y aquel al momento reventó y allí mismo se extinguió. Llegados pues al lugar en donde estaban los toros, los vieron venir al instante todos furiosos y rabiosos contra ellos, pero a este fatal encuentro como al del dragón le hicieron la señal de la Santa Cruz y éstos se volvieron totalmente mansos como si fuesen dos corderos y atándolos al carro, se dirigieron a Iria Flavia en donde habían dejado el cuerpo del gloriosísimo Apóstol. Puesto sobre el carro con la misma piedra en donde lo habían posado cuando lo sacaron de la barca se encaminaron a Compostela, caminando mansamente con aquellos toros que parecían amaestrados de viejo, y que no habían hecho nunca otro tipo de trabajo que aquel, llegando finalmente sin desviarse ni a derecha ni a izquierda hasta el palacio de la reina, la cual viendo que había sucedido todo lo contrario de lo que había pensado, lo tomó por un milagro, comparándolo con lo que ocurriera cuando el rey encarceló a los discípulos y cuando eran perseguidos luego por los caballeros y se hizo cristiana, concediendo a los discípulos, que sabían mandar con libertad y justicia, su propio palacio, del cual se hizo una iglesia dedicada al S. Apóstol de Dios y dotándola de grandes accesos. Llegó así al final de su vida, siempre en el ejercicio de las buenas obras. Lo que de verdad se puede decir es que los discípulos del Apóstol comenzaron a predicar el Evangelio, y Dios les ayudaba por la intercesión de Santiago, que ahora era su abogado en el cielo, o sea que Dios hacía fructífera su predicación, convirtiéndose la mayor parte de España a la fe de Cristo. Habiendo llegado San Torcuato

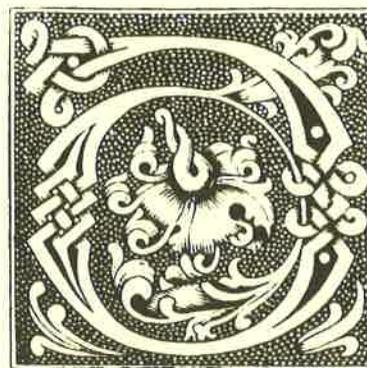
junto a ellos, con sus otros compañeros, mandado para esta función desde Roma por San Pedro Apóstol, la fe crecía cada vez más. Pero las persecuciones contra los cristianos, en todas partes, fueron causa de que en Galicia se perdiese la reverencia y el recuerdo del santo cuerpo del Apóstol, quedando totalmente en el olvido, puesto que los cristianos lo ocultaban piadosamente, temiendo que los infieles no sólo lo trataran irreverentemente, sino con desprecio. Estuvo el cuerpo del Apóstol escondido de esta forma más de 500 años, o poco más, después de la destrucción de España, hasta que en tiempos del Rey D. Alfonso llamado el Casto, se descubrió este precioso tesoro, tal como cuenta la Historia Compostelana de la siguiente manera. Había surgido y crecido con el tiempo un gran bosque, sobre el lugar donde el cuerpo del Apóstol estaba escondido, (que es el mismo en donde ahora se encuentra el sepulcro, bajo el altar mayor de su iglesia), y queriendo Dios nuestro Señor hacer esta gracia a su pueblo, quiso que algunas personas vieses una noche una gran luz sobre el lugar. Éstos, viéndola una o más veces, resolvieron dirigirse al obispo de Iria Flavia, llamado Teodomiro y le contaron lo que habían visto. El Santo Obispo caminó de noche a ver esta maravilla, y habiéndose convencido y anotado el lugar, hizo talar aquella parte de bosque estando él presente, y al cavar en la tierra se descubrió una pequeña abertura, hecha a mano, que parecía una capillita, en la cual estaba oculta la tan celebrada arca marmórea con el cuerpo de Santiago Apóstol. El obispo dio gracias a Dios por haberle hecho tan señalada gracia y mandó aviso al Rey D. Alfonso, el cual llegó con presteza para gozar de la vista de tan precioso tesoro. Lo visitó, lo veneró y le hizo levantar un templo digno, donándole multitud de cosas,

como puede leerse en el Privilegio que la misma iglesia tiene aún, en el cual se cuenta la invención de aquel Santo cuerpo. El cuerpo de Santiago fue encontrado en tiempos de Carlomagno que, después de tomar Tierra Santa en compañía del Emperador Constantino, vino a Santiago por designio de Dios y de Santiago, recuperando la tierra de España hasta Córdoba, que estaba ocupada por los sarracenos, constituyendo la iglesia de Santiago como metrópoli, sobre las demás iglesias de España y como sigue siendo aún en la actualidad.

Con respecto a la Orden de Caballería de Santiago, unos opinan que tiene su origen en tiempos del antedicho D. Alfonso, otros en tiempos de Rodomiro, Rey de Castilla el año 846, mientras guerreaba con los moros, y que se constituyó como sigue. Apareció Santiago sobre un caballo blanco, con bandera blanca y una cruz roja en ella, y obtuvo la victoria. Y desde aquel momento se comenzó a invocar el nombre de Dios y de Santiago en las batallas de los españoles diciendo: Dios ayuday e Santiago, y así el ejército quedó como vencedor, y toda España se obligó con un voto a dar, de todos los campos y viñedos, cada año a la iglesia de Compostela, donde está el Santo cuerpo, una fanega de trigo y un ánfora de vino. El Papa Pascual II en el año 1104 por el mes de octubre concedió el palio al Obispo de Compostela, que tan sólo usan los obispos de Compostela, y dándole además la metrópoli de Mérida en el año 1120. Por este tiempo se comenzó a caminar a Santiago, por voto, desde diferentes lugares de la cristianidad, que los Sumos Pontífices comenzaron a entender como lo de Jerusalén, lo cual no es poco mérito para esta Iglesia. El origen de caminar a Santiago comenzó en el tiempo en que fue encontrado el cuerpo del Santo Apóstol, como dije, cerca del año del Señor

816, en tiempos de León III como afirma la España Explorada, que describe la devoción de este santo en España y el caso que sucedió en tiempos de D. Fernando, primero con este nombre, en el año 1155, y que fue como sigue: este rey tenía cercada la ciudad de Coímbra para arrebatarla a los moros. Había llegado en aquel tiempo un peregrino desde Grecia para visitar el cuerpo de Santiago, (algunos autores dicen que era Obispo y tenía el nombre de Esteban). Este hombre había oído decir en Compostela, que Santiago se aparecía a los cristianos de España cuando estaban batallando contra los moros y que combatía armado a caballo a favor de los cristianos. El Obispo se burló de esto y riéndose dijo: Santiago fue pescador, pero no caballero, ni soldado. El Apóstol quiso sacar del error a éste su peregrino y aquella noche se le apareció, armado con hermosas armas, sobre un gran caballo, con dos llaves en la mano y le dijo: He aquí, para que no dudes que sea un hombre de guerra y que como tal he combatido contra los moros en ayuda de mis españoles, que he querido que me veas de esta forma. Y quiero también informarte de que mañana abriré las puertas de Coímbra al rey Fernando, con estas dos llaves. Al día siguiente el Obispo contó esta visión en Compostela y luego se enteró que había sucedido lo anunciado, confirmándose así la verdad de la visión y renovándose la devoción de los cristianos hacia el Santo Apóstol. Es necesario saber también que hacia el tiempo de D. Alfonso VI, que conquistó la ciudad de Toledo, el cuerpo del Apóstol quedó al descubierto en el arca de mármol, en que había sido hallado y puesto sobre el altar mayor, de modo que pudiese mostrarse al Rey y a otras personas que hubieran querido verlo. Pero el piadoso Arzobispo llamado Diego Gelmírez, hombre de gran prudencia, edificó la suntuosa iglesia que hoy se ve y

encerró de tal suerte el arca de mármol con el santo cuerpo, en una cripta bajo el altar mayor, de forma que no pueda verse, aunque si se sabe que allí está. Este Prelado hizo esto con una gran madurez de criterio, para que cada cual que quisiese verlo y disfrutarlo no lo hiciese sin el debido respeto y honra, que sin duda se pierden cuando los cuerpos santos y sus sepulcros pueden verse en cualquier momento y por cualquiera. La misma Historia Compostelana dice que en aquel tiempo fue traída la cabeza del Santo Apóstol desde Jerusalén a España por orden de Doña Urraca, hija del mismo Rey D. Alfonso, y que se tiene una revelación por la que se sabe que ésta era la cabeza verdadera de Santiago y el que tuvo la revelación fue el Arzobispo, el cual colocó la cabeza con el resto del cuerpo, con gran solemnidad. Grande fue la gracia que Dios otorgó a España enviándole su cuerpo de forma más milagrosa que humana y que habiéndose perdido la sepultura se descubriese de nuevo, además de la maravilla de que Santiago, habiendo sido pescador en vida, fuese después de muerto un valeroso caballero, para defender a España del ímpetu de los moros, siendo bien clara la predilección, en tantas cosas, por España a la que todas las demás naciones la tienen santa envidia, por poder gozar de semejante tesoro. Y desde los confines del mundo llegan para visitarlo y conocer los grandes favores que ha hecho a España tal Patrón. Esta alaba constantemente a su Dios, y ruega a los ángeles que la bendigan siempre, pero sobre todo por haberle dado la singular gracia de darle a su santo Apóstol, primero por maestro de la fe cristiana en la tierra, y luego como abogado y protector en el cielo, donde con todos, allí nos encontraremos por gracia de Dios.



espués de partir de Iria Flavia, regresamos a Compostela y fuimos a encontrarnos de nuevo con el señor Ercole Zani que se alegró en gran manera de nuestra feliz vuelta. Descansamos allí unas horas, luego dimos una vuelta por la ciudad para comprar algunas co-

sas y fuimos a comer. Posteriormente, tomando nuestros hatillos, nos encaminamos ante Santiago, rezando nuestra última oración y salimos de la iglesia por la puerta que da delante del arzobispado, que está al lado de la puerta de Santiago puesta cara a occidente, en donde viendo que salía mucha gente de forma ordenada como si fuese una procesión nos quedamos para ver. Todos eran sacerdotes, frailes y los mismos canónigos de Santiago, que de dos en dos se dirigían ante Santiago. Al final de todos iba uno vestido con un traje larguísimo, muy antiguo, y sin mangas, llevando un birrete en la cabeza, como un sacerdote, el cual tenía encima un enorme pompón, cuyos flecos, cayendo por igual para todos los lados, cubrían casi por entero el birrete: era de dos colores, blanco y azul. Éste iba acompañado por dos, vestidos de la misma manera, pero sin pompón. Preguntamos que pasaba y nos dijeron que era un señor que se había doctorado e iba a postrarse ante Santiago para darle gracias. Nos fuimos hasta casa y despidiéndonos del hostelero y de algunos amigos que iban en nuestra compañía, salimos de Compostela, en el nombre de Dios y de Santiago, e hicimos un largo recorrido, en compañía de unos co-

cheros que conducían algunas personas a Madrid, mientras que el señor Ercole Zani tomó una cabalgadura, alquilada en cinco piezas de a ocho, de Compostela a Madrid que está a ciento cinco leguas bien largas. Caminamos todos juntos hasta una villa muy pobre, en la que al ser tantos, tuvimos que comer lo que encontramos y lo pasamos mal. Por la mañana seguimos a Melide, que ya os he descrito, por el mismo camino a la vuelta que el que hicimos. Pero no voy a describir lugar por lugar, a no ser que quede fuera del camino. Cerca de Melide cenamos y al terminar nos acercamos hasta la cabaña de un pastor que nos dio un poco de paja para que durmiésemos lo mejor que pudiésemos todos juntos. Por la mañana llegamos a Puertomarín, donde comimos muy bien, pues la tarde anterior nos habíamos repartido la cena. Al salir de aquí nos dirigimos a Sarria adonde llegamos tarde y estuvimos mal a gusto por cuestión de la comida, pues era sábado y no había nadie. A la mañana siguiente celebré misa, pues era domingo y después de desayunar salimos de Sarria caminando un poco por una cuesta, a mitad de la cual encontramos una fuente en donde paramos un poco para descansar y refrescarnos. Dejamos la fuente y continuamos por la cuesta. Después de dos o tres leguas encontramos otra fuente, en donde volvimos a descansar y nos refrescamos de nuevo, siguiendo luego por la cuesta y después de una gran bajada llegamos por la tarde a Triacastela, en donde nos alojamos y estuvimos cómodos. Por la mañana hicimos otra gran cuesta llegando hasta Fonfría, lugar muy pequeño, en la cima de esta cuesta, en donde desayunamos y continuamos el viaje por lo alto de aquellos montes, envueltos en una espesa niebla y con viento molesto que le ocasionó a mi compañero un buen do-

lor de cabeza, hasta que llegamos al monte Cebreiro donde descansamos un rato pues aquellos forasteros querían ver el milagro de la Hostia, que ya he contado cuando pasé por aquí. Una vez que lo hubieron visto todo bajamos a Malafaba, en donde le sobrevino un poco de fiebre a mi compañero y necesitó tomarse un poco de descanso, siguiendo luego hasta Villafranca donde pasamos la tarde. Por la mañana salimos para Ponferrada, donde descansamos de nuevo porque a mi compañero le subía la fiebre, y por tanto pasamos la mañana y toda la tarde. Pero el Señor Ercole Zani y los demás señores, viendo esto, consideraron que debían continuar, como hicieron, diciéndonos que nos esperarían en Madrid. Nos quedamos solos en aquel lugar y por la mañana caminamos poquito a poco a Siete Molinos, donde pasamos la hora del mediodía, y luego comenzamos una gran ascensión en mitad de cuya subida hay una villita en donde pasamos la noche. De mañana seguimos hasta otra villa, pero como la fiebre seguía subiéndole a mi camarada fue necesario pasar aquí todo el día hasta la mañana siguiente, en que tomamos una cabalgadura para llegar a la ciudad de Astorga, donde permanecimos ocho días en el hospital debido a la fiebre surgida a mi compañero. Los médicos le hicieron una sangría dos veces, pero como la fiebre continuaba, se volvió pernicioso de manera que casi lo lleva a su última hora, de forma tal que los médicos lo dejaron por imposible, puesto que no se trataba de otra cosa que de la sepultura. Pero Dios que es fons misericordiarum (fuente de toda misericordia) y que no abandona a nadie en el extremo de sus penalidades, y por la intercesión del Glorioso Apóstol Santiago, por amor al que habíamos hecho tan largo viaje, se dignó darle consuelo, pues recomendando yo su alma, más

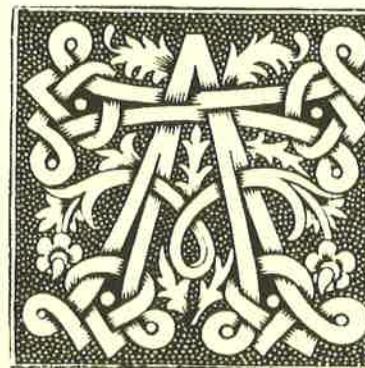
con el llanto que con la voz, puesto que estuvo dos horas totalmente inmóvil, con los ojos clavados y sin movimiento ni respiración, cara al cielo, pasadas las cuales salió de aquel letargo profundo gritando fuertemente y llamando a su padre y a su madre. Yo, que tenía el corazón atenazado con la pena y el miedo, no fui capaz de emitir una sola palabra al ver que estaba a punto de perder a mi querido amigo, que ya había llegado a su último suspiro. Lo mejor que pude lo tomé de las manos diciéndole, aquí tienes a tu padre y a tu madre, para darle a entender que yo tomaba el papel de su padre y de su madre a quienes el creía tener presentes, y a los que, al girar sus ojos en torno al lecho, intentaba acercar, con la ansiedad de verlos y llamándoles decía, padre mio y madre mia, aún no es el momento de mi muerte, aunque los médicos me hayan abandonado porque ha estado conmigo Santiago Apóstol, todo vestido de blanco, con un pequeño sombrero a la cabeza caído hacia un lado, cubierto con una esclavina, acompañado de muchos otros también vestidos de blanco y me ha llamado haciéndome señas con la mano y me ha dicho que volvería a verlo, que no dudase, que por ahora no moriría y regresaría sano, a pesar de estar desahuciado por los médicos. Y como señal de que ha estado conmigo me ha dejado la tacita, que olvidamos en la fuente de Sarria (alejada de Sarria hacia Astorga 36 leguas), y la ha puesto en mi hatillo, y me ha dicho que la llene de agua y la beba y quedará sano al instante, y luego desapareció. Por tanto dame rápido la tacita que Santiago dejó en mi hatillo, que quiero beber como me ha mandado. Yo, creyendo que deliraba pues sabía cierto que la taza quedara olvidada en aquella fuente, tomé un vaso y llenándolo de agua se lo llevé. Entonces él comenzó a gritarme que quería

la tacita que le había dado Santiago, que estaba dentro de su hatillo. Por lo que, viendo su terquedad, para desengañarlo, tomé su hatillo y poniéndolo sobre la cama lo abrí delante de él, para que viese que allí no estaba. Pero no hice más que abrirlo y ¡oh milagro de Dios y de Santiago!, me encuentro con la tacita. Al ver aquel milagro quedé tan fuera de mi, sorprendido con el alegrón, que se me llenaron los ojos de lágrimas y lloré abundantemente, estando por un momento sin poder hablar, de la manera en que estaba apretado mi corazón. Él, viendo la tacita, se incorporó de repente, para sentarse en el lecho, y la tomó con tanta alegría que parecía que no había pasado alguna enfermedad. Una vez que la hubo bebido llena de agua, como le dijera el Santo, la tuvo más de una hora en las manos besándola y volviéndola a besar, y levantándose luego del lecho con algo de trabajo, por las fuerzas perdidas la colocó con sus manos sobre la mesilla en donde había otras cosas para los enfermos, y comenzó a pasear por la habitación y por un jardincillo, contiguo a ésta, aunque apenas si podía tenerse en pie. Acudieron todos los del hospital, hombres y mujeres, corrida la voz de este milagro, y llegaron muchos religiosos y canónigos para verlo y saber como había pasado todo. Nosotros se lo contamos lo mejor que pudimos y sabíamos. Luego fuimos con la tacita a comunicarle todo el milagro al Obispo, que nos dijo que no nos pusiésemos en camino hasta que mi compañero pudiese andar mejor. Todos aquellos días venían a ver este milagro muchas personas y tan pronto mi compañero estuvo recuperado nos marchamos de improviso para no ver al Obispo, pues temíamos que quisiera que nos dejáramos allí la tacita, pero nosotros, primero porque la tacita era nuestra y porque el milagro nos había sucedido a no-

sotros mismos, decidimos llevarla a Bolonia como recuerdo y reliquia de este milagro acaecido en el viaje a Santiago de Galicia. Partimos pues, como dije, de improviso y caminamos a una tierra, fuera del camino público, llamada Palazano, donde pasamos la tarde. A la mañana temprano partimos para la Bañeza, a dos leguas de Astorga. Es una tierra fértil y rica en todo tipo de cosas, pero queda fuera de la ruta usada y más directa que usan los peregrinos para ir a Santiago de Galicia, que ya he descrito al ir a visitar aquel santo cuerpo, y por no estar describiendo lugar por lugar como hice al ir, no haré lo mismo al regreso. Pero he querido salirme del camino directo, para poder ver otros pueblos y por tanto sólo describiré ciertas cosas muy particulares que he visto antes de volver al camino directo. Antes de salir de la Bañeza tomamos dos cabalgaduras cerca de Río Seco, por causa de mi camarada aún débil de la pesada enfermedad. Salimos para Río Seco pasando por muchas tierras cuyos nombres no citaré, por ser de poca importancia, y por quedar como dije fuera del camino principal de los peregrinos. Finalmente llegamos a Río Seco, que dista once leguas de la Bañeza y es una ciudad muy rica y abundante, célebre por sus mercancías y buen mercado, aparte de sus ferias, de las que tienen dos ferias mayores, una que comienza pasados los tres días de Pascua de Resurrección y dura hasta pasado el Pentecostés o sea quince días, la otra comienza a finales de Agosto y dura todo Septiembre. Al salir de Río Seco tomamos otras dos cabalgaduras hasta Madrid, contratadas en tres piezas de a ocho, por ser el viaje más bien corto. Cabalgamos camino de Valladolid, pasando algunas aldehuelas, pues de Río Seco a Valladolid hay doce leguas y siempre se va por el llano que comienza ya en Astorga y sigue

siempre así hasta Valladolid y hay, como he demostrado lugar por lugar, de Astorga a Valladolid, veinticinco leguas.

VALLADOLID



Al llegar a Valladolid nos tomamos un día de descanso para ver lo más bonito de la ciudad que es tenida como de las más nobles de España, pues ha sido sede del Rey largo tiempo, teniendo además la más bella Universidad pública de las citadas sesenta y cuatro. Está situada

en un agradable y bonito llano, rodeada de bellísimos jardines y fuentes con variados juegos de agua. En el centro tiene una bella plaza, perfectamente cuadrada con soportales alrededor, adornada con cuatro palacios con verjas de hierro dorado que conforman la plaza como un hermoso teatro. Pasa por medio de ella un gran río que hace muy fértil y hermosa toda aquella tierra. Al salir de la plaza, hacia el mediodía, se baja por una espaciosa escalinata al final de la cual se llega bajo un gran arco todo dorado, adornado con figuras en bajorelieve y hermosas pinturas. Saliendo fuera de este arco, que sirve como puerta de la ciudad, se da a una enorme plaza rodeada de multitud de conventos e iglesias, que hay en tal cantidad que forman de por sí

otra ciudad. Visto todo esto nos fuimos al convento de los Padres Agustinos para celebrar misa, pues nos habían dicho que allí se conserva una bellísima reliquia, verdaderamente digna de admiración por todo el mundo. Llegados aquí junto a los Padres Agustinos, aunque la iglesia se llama de Jesús, preguntamos si podíamos ver aquella santa reliquia y celebrar misa a lo que cortesmente dijeron que sí y nos llevaron hasta la iglesia para enseñárnosla. La vimos para nuestro consuelo y ciertamente que no he visto otra tal en todo el tiempo en que anduve caminando por Italia, Francia y España. Como se encuentra y más os contaré como me contaron a mi aquellos Reverendos Padres que sucedió tal milagro, y tal como he visto en los grabados pintados sobre el altar de esta reliquia en un cuadro. El milagro sucedió de la siguiente manera. Había también en España más de un dogma de religión falsa, aparte de los reales y verdaderos de la Santa Iglesia cuando un día salió a las afueras de Valladolid cierto infiel para coger leña y llegando a un lugar en donde se veía un bosque todo de magníficos pinos, únicos y tan frondosos que daba envidia verlos, porque el sol caldeaba aquel terreno de forma que la fertilidad era la gratificación de la vida, extendiéndose como Briareo²⁵ cien o más brazos para retenerlo y recogerlo en la fuerza del mediodía. La amenidad de este lugar hacía de refugio de los que por huir del día en la hora más calurosa buscaban fresco descanso. Llegado aquí, como dije, el infiel y bajo la numerosa multitud de estos altos pinos, mirando, le viene a dar en la vista un tronco en el que estaba talada la copa y sus ramas figuraban una cruz; se quedó atónito y fijó sus ojos en el seco tronco, estando así un rato como si rumiase dentro de sí algo, y luego, como si saliese de un sueño, tomando con ambas ma-

nos la cortante hacha que había traído consigo y descargando un golpe para hacer leña dijo: Si esto es el símbolo adorado del Dios de los cristianos en el que tanto confían los bautizados, caiga ahora roto a tierra por mis manos para su escarnio y gloria mía, y así haré caer para deshonra de los cristianos todos los emblemas que adoran. Al decir esto y queriendo abatirlo a golpes, ¡oh sorpresa y maravilla del poder de Dios Omnipotente! He aquí que el tronco, sustrayéndose al golpe del airado infiel, toma forma humana y se le aparece a este pérfido en la verdadera cruz transformado con las manos, los pies y la cabeza como los tenía en la cruz. Mira, y mira con curiosidad, y ¡oh sorpresa mayor, oh gran portento!, ve como sale el vello en el rostro que poco a poco, creciendo, se convierte en una acabada barba, y como salen también en sus sobacos unos pocos pelos y como ahora está su cabeza cubierta de pelo. Cuando esto acabó estaba de tal forma conmovido por tal espectáculo que le bajó del cielo la luz de la inteligencia, clavado en tierra rogando de rodillas y con los ojos rebosantes de lágrimas, movido por un verdadero e interno arrepentimiento, confesó por verdadero a Dios, y habiéndose hecho público lo ocurrido y reconociendo los errores de una falsa ley que tacha de idolatría los lavó en la fuente del bautismo. En este lugar se erigió la iglesia que hoy día, magnífica, es llamada de Jesús y atendida por los Padres Agustinos y que debido a este milagro y a la veneración de este crucifijo es tremendamente estimada y frecuentada. Ciertamente es sorprendente ver un madero que conserva todavía en su corteza original la preciosa talla de un crucifijo y como del mentón de aquel rostro saca para afuera de la corteza la barba, al igual que en los sobacos, y que los ojos que lo ven, quedan secos y no hay hombre que no

sienta moverse su corazón al arrepentimiento y pedir el perdón a esta Santa Imagen. He de decir también que no faltándole al tronco más que la copa era todavía muy alto. Pero después de los golpes que le asestó el infiel perdió altura y quedó del alto poco más o menos, como puede verse, de un brazo. Habiendo visto pues, tan gran milagro, volví con los Padres a la sacristía, en donde me habían preparado todo para que celebrase en el altar de este Crucifijo. Acabada ésta les di múltiples gracias a los Padres y, volviendo a la plaza, nos retiramos a una hostería en la que tomamos un buen desayuno, y salimos de la ciudad. Fuera de aquel gran arco que antes cité y dejando a mano derecha los muchos conventos aludidos seguimos por un largo y recto camino que se prolonga por espacio de dos leguas, en el que se ve a mano izquierda un acueducto, construcción ciertamente soberbia, que lleva agua desde el burgo de Puente del Duero por lo alto de unas pequeñas colinas agradables y amenas, hasta Valladolid. De Puente del Duero continuamos a través de una gran llanura, toda cubierta de hermosos pinos que se extiende por espacio de cuatro leguas, al final de las cuales se halla una pequeña hostería conocida por la Ventosa. De aquí se sigue continuamente por la misma llanura llena de pinos, que escasean luego hacia Medina del Campo, alejada dos leguas. Es ésta una tierra fértil, aunque más bien se podría llamar ciudad, colocada en esta llanura por la que atraviesa un caudaloso río, el mismo que pasa por Valladolid que discurre siempre turbio, sobre el que se levantó un bello puente de mármol para unir esta tierra, pues al pasar por medio de ella la divide en dos partes, una, cara al mediodía, muy grata, con muchos jardines, conventos y palacios muy hermosos, y la otra, puesta hacia seteptrión, sobre una colina rodeada

de murallas, que hace de fortaleza para esta tierra. Celebran en este lugar dos ferias importantísimas y otros mercados, casi continuos, pues es tierra altamente mercantil. La primera feria comienza después de Pentecostés y dura todo el mes de Agosto, y la otra comienza el primero de noviembre y termina ocho días antes del Nacimiento de Nuestro Señor. Es lugar muy abundante en todo lo necesario para el alimento y la vida humana. De aquí se va a una villa llamada Tachinas, a cuatro leguas de distancia, siempre por esta llanura, pero por aquí se ven ya pocos árboles, pues es casi todo terreno arenoso y muy peligroso para los pasajeros, por el gran viento reinante. Antes de llegar a esta villa se pasa por un montecillo, rodeado de un espesísimo bosque, en cuya cima se encuentra una antigua iglesia toda derruida, no quedando más que la cúpula del altar mayor que cubre todo el altar sobre el que hay un crucifijo del tamaño de un hombre, muy bonito y hecho de estuco, que tiene de tal forma abierta la llaga del costado, que se ve el interior, en donde las abejas han hecho sus colmenas y hace muchos años que habitan dentro de este crucifijo, pues nunca jamás se las vio marchar, y es hermoso ver como entran y salen de esta llaga. Vive aquí una anciana mujer en hábito de ermitaño que hace penitencia en este lugar y cuida de este crucifijo, pidiendo limosna a los que pasan, para mantener siempre encendidas delante de él las lámparas. Visto esto seguimos viaje a la llamada Villa, donde pasamos la noche. Por la mañana fuimos hasta un pueblecito, llamado Arévalo, a tres leguas de distancia, y hecho el desayuno seguimos, siempre por esta meseta, a otro pueblo que se llama Pajares y al que habrá como tres leguas. Seguimos adelante hasta Villa Lavanos, que es bastante grande y a la que hay dos

leguas, y de allí a Villacastín, a tres leguas de distancia. Esta es una villa agradable y exquisita, abundante en todo, con algunas bonitas fuentes, principalmente la de la plaza, en la que descansamos un poco, pues hacía bastante calor. Comenzamos a entrar luego por ciertas montañas a lo largo de tres leguas, llegando a un burgo que llaman Crespinal, situado al fondo de una gran montaña. Desde aquí comenzamos ya a salir de aquel gran monte, que dura el tiempo de cuatro leguas. Al llegar a la cima de éste se ve Madrid a lo lejos, a una distancia de ocho leguas. Este monte se llama Valde-rrama y una vez pasado se accede al castillo del mismo nombre. Alejado una legua de éste, a mano derecha mirando a poniente está el gran convento de San Lorenzo, llamado El Escorial, que es una de las cinco maravillas de España. Dejamos este castillo y nos dirigimos a ver El Escorial.

EL ESCORIAL



legados a El Escorial, echamos una ojeada por fuera al monasterio de San Lorenzo, habitado por los Padres de la Orden de San Jerónimo. La fábrica es enorme, de forma cuadrada no exacta, bella y rica, y está considerada una de las cinco maravillas de España, que son las siguientes: San Lorenzo de El Escorial, el Monte de San Adrián de Viscaya, Montserrat en Cataluña, La Cisterna de Granada

y el Puente de Segovia, o realmente acueducto, muy antiguo y de admirable estructura y que tiene 177 arcos. Pero El Escorial es la principal de todas, por ser la más grande y rica. Ha habido otros que lo han visitado y han escrito sobre este lugar, y particularmente del convento de El Escorial, entre ellos el R.P.D. Marzio Marzolari²⁶ de Cremona, monje de la Orden de San Jerónimo, que ha escrito un volumen titulado La Real Grandeza de El Escorial de España. Por ello yo contaré brevemente algunas cosas de lo que he visto al pasar por él. Este enorme edificio tiene en las cuatro esquinas cuatro bellísimas torres, todas de la misma altura pero de diferente arquitectura, pues las que están a la derecha e izquierda de la fachada principal son más hermosas que las otras dos. La fachada principal está orientada a poniente y es la entrada obligatoria para todos. De una a otra esquina tendrá más de mil cien pies, y desde el suelo al tejado doscientos treinta (el pie en esta tierra es del largo de cuatro palmos) y en medio y medio se encuentra la puerta principal, que es suntuosa y lleva a la puerta mayor de la iglesia. En la arquitectura de esta puerta, por decirlo en una palabra, rivalizan todos los ordenes arquitectónicos para ornamentarla, como también ocurre en toda la fachada principal, que tiene otras dos puertas a derecha e izquierda de la principal, a una distancia proporcionada y bellas y de buen gusto. La puerta de la derecha da servicio al Seminario y a las estancias reales y la de la izquierda al Convento de los Religiosos y a los forasteros. En esta fachada habrá unas trescientas cuarenta ventanas, sin contar todas las demás que se ven por fuera en las cuatro fachadas, que sumarán unas mil ciento cuarenta, todas con sus troneras²⁷ y vidrieras, muy hermosas de ver. El largo de las cuatro fachadas

que forman el cuadrado es de dos millas y ochocientos pies en el exterior. Toda esta fachada tiene el tejado de plomo. Delante de la puerta principal hay una plaza, que tendrá un largo de mil doscientos pies y de ancho ciento cincuenta. Alrededor de las otras fachadas hay un pretil de unos miles de pies, con una anchura de doscientos setenta, en medio del cual hay un terraplén de cien pies, desde el muro al pretil, que está a una altura de veinte pies, con un ancho de mil novecientos cincuenta pies. Desde este terraplén se contemplan soberbios jardines con sus altivas fuentes de abundante agua, que ponerse a describirlos sería tedioso para el lector. Se ven en torno al monasterio, aunque algo lejos, muchas casas y construcciones, para servicio del monasterio y de la Casa Real. Entrando por la puerta principal, que se llama la puerta del pórtico se llega a un pasillo que va del monasterio al Colegio y tendrá de largo treinta pies y de ancho ochenta y cuatro, con una bóveda muy bien trabajada. Dejando este pasillo se entra en un gran patio de soberbia arquitectura, desde donde se contempla la preciosa e increíble fachada de la iglesia que el describir toda su arquitectura ahora, sería una gran pérdida de tiempo. Tiene dos torres, o campanarios muy bellos, en las esquinas, a la derecha e izquierda, que tendrán de alto doscientos sesenta pies, en la primera de las cuales hay un reloj, digno de admiración. Hay en estos campanarios cuarenta campanas, o sea veinte por cada uno, grandes, medianas y pequeñas, que puestas todas en concierto, con sus tañidos a modo de un órgano, suenan acordamente y producen la música que se podría tocar en cualquier otro instrumento, creación de un flamenco y un alemán. El patio, que se encuentra delante de esta fachada, tendrá el mismo largo que el pasillo que lleva a la escalinata de la

puerta de la iglesia, y un ancho de ciento treinta y seis. Entrando en ésta, no iglesia sino paraíso, comenzamos a caminar en torno para observar las maravillas de que está adornada. Su capacidad no es muy grande, teniendo de largo trescientos setenta pies y de ancho doscientos treinta, construída en pura piedra blanca, extraída toda de la misma cantera. No describiré su arquitectura y ornamentación pues sería largo, tan sólo diré que es toda de orden dórico y toda la fábrica se sostiene y alza sobre cuatro poderosas pilastras de forma cuadrada con una distancia de vano, de una a otra, de cincuenta y tres pies, formando de este modo cuatro grandes arcos, replicando a éstos, en los muros, otras tantas pilastras, pero sólo a distancia de treinta pies, formando entre todos esta nueva basilica de tres naves y por todas partes se admira su particular proporción y arte. La nave central tendrá cincuenta pies de largo y las otras dos treinta. El grueso de cada una de las cuatro pilastras es de veintinueve pies el cuadrado, y de la base al capitel hay setenta y cinco pies, saliendo de éste otra pilastra que sirve para el arco de la nave central que tendrá poco más o menos la misma altura, y desde el pavimento a la clave habrá ciento diez pies, mientras que las otras naves tienen sólo sesenta. El diámetro de la cúpula será de setenta y seis pies, y tendrá doscientos siete de circunferencia, conforme a las leyes de Arquímedes, que dice que la circunferencia tiene tres partes más que el diámetro. En esta cúpula hay ocho grandes ventanas y en la cupulilla o linterna, como aquí se llama y que está encima de la cúpula, hay otras ocho, de igual tamaño. Sobre la linterna hay una cupulita sobre la que se alza en el exterior una pirámide de pura piedra, que tendrá tres pies de alto, sobre la que se asienta una bola dorada, que tiene seis pies de

diámetro, en la que está clavado el último ornamento, que es la Cruz o sea que desde el pavimento de la iglesia hasta el centro de la bola, donde está la Cruz, hay trescientos pies de altura y de allí al remate de la cruz treinta. Esta iglesia esta empedrada en mármol blanco y gris, y tiene cincuenta altares, cuarenta en el cuerpo de la iglesia, dos en el Oratorio Real, dos en el bajo coro, y otros seis en los tránsitos de la misma. Sus pinturas son magníficas y de mucho valor, pues por aquí han pasado los mejores y más famosos pintores que se conozcan. Las hay de Federico Zúccaro, de Romolo Italiano, de Luca Cangiaso y de muchos pintores españoles. En todos estos cincuenta altares tienen, los días ordinarios, su cruz y candelabros, todos de plata, y otros adornos, como su dosel y frontal. Los días de festividad los ponen de bronce, dorado al fuego, y cambian todos de igual forma, excepto el altar mayor, y los dos de las Reliquias que se adornan más ricamente, como explicaré más adelante.

En cada una de las tres naves cuelgan tres lámparas de plata, tan grandes, que durante la noche iluminan de manera fantástica toda la iglesia. El altar mayor y los dos de las reliquias están iluminados por tal número de candeleros y hachones de cera blanca que es el no va más. A la mano derecha de la iglesia, al lado del Colegio, hay tan sólo cinco altares, porque en el lugar del sexto, que queda al otro lado, se ha instalado una preciosa fuente de mármol, que da servicio a los religiosos que vienen de esta parte del colegio a decir misa, bellísima y muy bien acabada. En medio de la capilla mayor de las laterales, hay dos candelabros de bronce de enorme tamaño que se utilizan, uno en los maitines de la Semana Santa, y el otro en las exequias del Rey. Tienen ambos los pedestales cuadrados, la

columna central redonda y con diversos adornos, medallas, ángeles y mascarones preciosos, desde donde se ramifica en muchos candeleros en los que se colocan velas, hachones y velones. Su artificiosidad y trabajo no los describo por no cansar. Hay también muchos otros candeleros, ángeles, imágenes, facistolos²⁸ y atriles, todos del mismo metal, distribuídos por la iglesia. Dentro de la puerta principal, unidos a sus cuatro pilastras, hay cuatro vasos o pilas de agua bendita que, a pesar de estar cercanas a una puerta tan grande, se percibe que, ni aunque haya una buena helada, se vuelve más fría, sino que siempre está del tiempo, y nos han dicho que esto ocurre por el tipo de piedra de la que están hechas, del que desconozco el verdadero nombre, pero que tiene la propiedad de mantener intacta el agua aunque se pusieran dentro del hielo. El coro es excepcional y tendrá de largo, desde el sitio del Prior hasta el parapeto de bronce donde está la verja, noventa y seis pies, con una anchura de cincuenta y seis, y una altura de ochenta y cuatro. En él hay muchas y hermosas ventanas, que le dan gran luminosidad, la cual se extiende a toda la iglesia. Este coro, como todos los demás, tiene dos hileras de asientos, altos y bajos, que son preciosos, de gran majestad y nobleza. Están hechos de varias, nobles y preciosas maderas llamadas caoba, cedro de Líbano, naranjo, arce y boj amarillo de suave brillo y de dureza semejante al marfil. Hay otras maderas, venidas igualmente de la India, que son también preciosas, como el terebinto y el nogal indio, pero entre todas destaca la madera de arce y la caoba, como ya dije. Hay maderas que tienen el color de la sangre, y otras destacan por su colorido, vetas y nudos naturales. Hay aún más variedad de maderas, que por brevedad omito. La arquitectura es del orden corintio y en el

marco del sitial del Prior hay un Cristo en la cruz, pintado en el respaldo, obra de Sebastiano Piombo, compañero de Buonaruota, que está tan al vivo, que no se puede ver sin que conmueva a llorar, aparte de su valor, que es inestimable. El total de los siales de este coro es de ciento catorce. El atril que está en medio del coro es verdaderamente soberbio y el más hermoso que haya visto; su pedestal es enteramente de jaspe, con cantoneras de mármol blanco, colocado sobre cuatro pilastras cuadradas, todas de bronce dorado al fuego, que compite en belleza con el propio oro. El cuerpo del atril es de arce y caoba, con espejos de metal dorado, y cada cara tiene diez pies de ancho, de forma que tiene cuarenta pies en redondo y otro tanto de alto. En él se colocan cuatro grandes libros, que no se tropiezan para nada el uno con el otro, sobre los que van soberbias guarniciones y una bella cupulita bajo la que está la imagen de la B. Virgen en medio del templo, y como remate de esta cupulita lleva un crucifijo de bronce dorado, por lo que este atril se muestra como una joya de auténtica belleza. El pavimento del coro es totalmente de mármol blanco, con otros colores que forman diversos dibujos, y sobre los siales ya citados van muchas preciosas pinturas de Luca Cangiasso y de Romolo Italiano. La vuelta del coro también está pintada con la Trinidad rodeada por todos los órdenes angélicos, e igualmente todos los tipos de santos del paraíso de manera que resulta enorme este cuadro y lo cubre todo. Hay en este coro cuatro bellos y grandes órganos, de un ancho cada uno de cincuenta pies, que para daros idea basta decir que tienen treinta y dos registros, con los que se pueden interpretar bellas composiciones, hechos con gran esmero por el mejor virtuoso de su tiempo llamado Magesillo Flamingo que tan pronto

acabó con este trabajo se murió, dejando además hechos, otros cuatro más pequeños, dos de los cuales están en el coro, uno en la capilla y otro en la sacristía, realizado todo en plata y de gran valor, que tan sólo se utiliza para la procesión del Santísimo o cuando vienen personas de la realeza. Todos los balcones de esta iglesia, tanto aquellos en los que se ponen los músicos para cantar, como los otros que están simplemente de adorno, son todos de bronce dorado. Los libros que se utilizan en el coro para el canto llano, como para los sagrados oficios son enormes, todos de pergamino, miniados y engarzados con bronce dorado, con sus broches y adornos del mismo metal, de los que tienen ciento dieciseis tomos, todos de igual grandeza. En el citado coro hay un altar con un crucifijo de mármol blanco, de tamaño natural y la imagen trabajada en una sola pieza y tan hermosa y original que no hay otra igual. La cruz es igualmente de una pieza de mármol, algo inestimable, regalada por el Gran Duque de Toscana al propio fundador, el escultor fue Benvenuto Zelini, florentino, muy famoso en Italia. La capilla mayor, como no hay otra, tiene el espacio central con el altar mayor y sus partes de sesenta pies de largo, y de ancho cincuenta y tres. Las primeras gradas que van desde la iglesia al primer plano del altar mayor son doce y todas de jaspe rojo y piezas muy grandes; luego sigue un plano, de quince pies, todo en finos mármoles y jaspes de diversos colores, blancos, verdes, encarnados, haciendo variados y bonitos dibujos; acabado este plano siguen otras cinco gradas, de auténtico jaspe de diversos colores, como las anteriores y sigue otro plano, también de quince pies, con la misma variedad de jaspes y dibujos con diferentes mármoles, al que siguen luego otras dos gradas, que van entorno al altar, y son

asimismo de jaspe y finos mármoles, enmarcados e historiados; y finalmente sigue el plano, donde se coloca el sacerdote de pie para celebrar en este altar, que es todo de los más finos mármoles que puedan encontrarse, así como los jaspes, de variados colores, entallados y mezclados para los diferentes dibujos, excepto la mesa donde se celebra, que es una piedra especial de jaspe de un sola pieza, consagrada, y que tendrá de larga doce pies y medio y de ancha cinco, contando con una grada o escalón en la que se colocan la cruz y los candelabros. Tiene dos credencias y aparadores, trabajados excelentemente en las mismas maderas que los sitiales del coro. Fuera de las credencias están los sitiales o banquillos, donde se sientan el sacerdote y los ministros cuando cantan la misa, y a continuación muchos balcones de bronce dorado que están para embellecimiento de esta capilla. El tabernáculo o custodia es de un trabajo admirable y de valor inestimable; todos sus materiales son jaspes finísimos, con metales y bronces dorados al fuego, algo realmente costoso y caro. Su forma está compuesta por todos los estilos de la buena arquitectura, excepto el toscano que aquí no venía a propósito para la categoría del jaspe, que dijimos que está en el altar para los candeleros y la cruz, sobre el que se alza un pedestal de jaspe rojo y granate con algunos trozos de jaspe verde. Tendrá de alto diez pies, sobre el que se levantan seis columnas de orden dórico, en medio de las que está la custodia, realizada con las más preciosas gemas que se puedan encontrar, de nueve pies de largo y diecisiete de alto. Las bases y los capiteles son de oro esmaltado y el resto de finísima esmeralda, con cornisas de plata dorada, y las bolas que van sobre estas cornisas son de oro esmaltado, con muchos ramajes y adornos de oro. Al final

tiene una enorme esmeralda redonda, en la que va engastado un topacio finísimo, con un exquisito trabajo en oro esmaltado, con otros adornos, bandas y compartimentos todos en oro esmaltado. Dentro de esta custodia, en lugar del copón, hay un preciosísimo vaso de ágata con las asas y el pie de oro esmaltado y la tapa de la misma materia, encima de la que va un finísimo zafiro del grueso de una nuez que sirve de remate. En el interior de este vaso va otro de oro macizo, tan soberbiamente trabajado, que es algo imposible de poder describir y dentro del cual está el Santísimo Sacramento. Con esto y con humilde reverencia acabamos su descripción y volvemos al resto del tabernáculo, que se yergue sobre las seis columnas ya citadas que tienen sus bases y capiteles de bronce dorado al fuego con hermosos trabajos. El grosor de estas columnas es de dos pies y medio de diámetro, y la altura total, contando con la base y el capitel, es de diecisiete pies y medio. Todas las columnas y hornacinas son de jaspe de diversos tipos, en cuyo interior van grandes estatuas de bronce dorado que representan a los cuatro Doctores de la Iglesia. Sobre el citado orden dórico sigue otro orden de columnas jónicas, de excelente acabado, con sus pedestales, bases y capiteles de jaspe y las intercolumnas y hornacinas son de jaspe verde y sangre en donde están los cuatro Evangelistas, del mismo material que los cuatro Doctores ya citados. Sigue luego el tercer orden, corintio, que es el más distraído de los ya mencionados. Aquí en lugar de columnas se levantan dos pirámides de jaspe verde que se corresponden con los ordenes de abajo, y encima de ellas van colocadas las imágenes de Santiago Patrón de España y San Andrés, de igual material que las otras, aunque más grandes que ellas. Sigue después, como último orden, el

compuesto, con dos bellísimas columnas, correspondiéndose con las pirámides de abajo, sobre las que descansa un ligero frontispicio, con medallones de bronce dorado muy agradables, rematando finalmente el tabernáculo en un rico florero, que lleva colocado un precioso topacio del tamaño del puño de un hombre, sobre el que lleva un crucifijo, también en bronce dorado, con la B. Virgen y San Juan Evangelista a los lados, figuritas abultadas y magníficas, con otras dos figuras, un poco más abajo, de San Pedro y San Pablo, de forma que en lo alto tiene cinco imágenes todas en bronce dorado de la altura de nueve pies y unas joyas verdaderamente preciosas, artísticas y de gran valor, obra del famoso Leone Leoni. Esta, en fin, es una de las más soberbias construcciones de tabernáculo que se puedan ver en la Iglesia de Dios. Desde el pie del altar hasta la cruz hay noventa y tres pies de altura, y cuarenta y nueve de ancho. A un lado y al otro del altar mayor hay dos magníficas puertas, de tres pies y medio de ancho cada una, hechas en variados jaspes de los mejores que se puedan encontrar, porque los hay de todos colores, entre los que van engastados muchos topacios, amatistas, ágatas, rubíes y esmeraldas. El reverso, o como se dice el forro interior, es de madera de caoba y la armazón de esta puerta con sus goznes es de bronce dorado. El muro en donde se encuentran estas puertas es igualmente de finísimos mármoles y preciosos jaspes que forman un bonito dibujo, con ilusorios compartimentos e imagerías, arquitectura de Juan de Herrera, y realización de la mano de aquel magnífico escultor y cantero, Giácomo da Trezzo, milanés, el cual para vencer la dureza de tantos y variados jaspes, piedras y mármoles inventó, con singular ingenio, tornos, ruedas, señales y cien mil instrumentos de hierro jamás

vistos, los cuales puestos en manos de toscos hombres les hace realizar maravillosas y extrañas cosas. Trabajó durante siete años en esta obra que, si fuese hecha por otro ingeniero distinto de este hombre, dicen que no se terminaría en veinte años. Todas las piedras preciosas, excepto la esmeralda, han sido encontradas y excavadas en España y constituyen verdaderamente un inestimable tesoro. Toda esta iglesia está pintada con escenas del viejo y del nuevo testamento, que dejan asombrado a quien las contempla. Pero, ya que nos encontramos en la iglesia mayor echemos una ojeada a los Oratorios reales, que están a ambos lados de esta capilla, adornados con las efigies de todas las personas de la realeza, que se encuentran sepultados en ellos. El pórtico está formado por tres arcos como los que vimos en la misma capilla mayor realizados en jaspe verde y rojo, y este pórtico sirve para oír misa y hacer oración, ver y disfrutar todo lo que se haga en el altar mayor. Están contruídos con finísimos mármoles, jaspes y bronces, con vidrieras de cristal de roca. En estos Oratorios, como dije, del lado del Evangelio hay cinco estátuas o figuras de las personas de la realeza, de mayor tamaño que el natural, en bronce dorado al fuego, singularmente trabajada la primera y principal de estas, que es la del siempre invicto Emperador Carlos V, tan piadoso como valeroso. Está armado con espada al cinto, la cabeza descubierta, manto imperial, con el águila de dos cabezas grabada y extendida por el mismo, toda en jaspe cuyo color es semejante al de esta ave real. Delante, (pues todas estas figuras están de rodillas) tiene un reclinatorio con un paño de brocado encima, tan natural, con sus arrugas y pliegues en materia tan dura, que es de alabar su arte, así como el manto, que parece que se puede coger, plegar y ponerlo en un arca. A su

lado está la Emperatriz D. Isabel, su esposa y detrás la Emperatriz D. María, su hija, con mantos maravillosamente trabajados, al igual que el del Emperador Carlos V. La siguen sus dos hermanas, una Reina de Francia, y la otra de Hungría. Sobre este grupo hay un hermoso y soberbio epitafio, esculpido en el negro mármol, en letras de bronce dorado y que es el siguiente:

*D.O.M.
Carolo V. Roman, Imper. Augusto Hor.
Regnorum Vtr. Sicil. et Hierus.
Regi, Archiduci Aust. Optimo Parenti
Filippus Filius. P.*

*Iacent simul Elisabetha Vxor, et
María Filia Imperatrices, et
Leonora, et María Sorores, Illa Franc.
Haec Ungariae Reginae.*

que en Italiano viene a decir: A Carlos V, Emperador de los Romanos, siempre Augusto Rey de España, de las dos Silicias y de Jerusalén, Archiduque de Austria. Felipe, su hijo, en memoria suya. Están también las dos Emperatrices madre e hija y también las dos hermanas arriba citadas, ambas reinas, una de Francia y la otra de Hungría. En un borde lleva esta otra inscripción:

*Hunc locum, si quis poster. Carol. V habitam Gloriam
rerum gestarum splendore superaveris, Ipse solus occupato,
caeteri reverenter abstimete.*

Esto quiere decir: si alguno de los descendientes de Carlos V consiguiera la gloria por sus hazañas heroicas ocupe este primer lugar, los demás abstenerse con

respeto. En el otro borde está igualmente esta otra inscripción:

*Caroli V. Romani Imperat. Stemmata gentilitia Paterna.
Quot locus caepit angustior, suis gradibus distincta et serie.*

Esto quiere decir. Estas son las divisas y armas del linaje y descendencia de la parte del padre de Carlos V, Emperador de los Romanos. No todos, sino tan sólo algunos, comprenderán este estrecho pero augusto lugar, diferente por su grandeza y dignidad. Siguen luego muchos otros epitafios ordenadamente, conforme a los descendientes, con todas sus armas y divisas, todas en jaspe de diversos colores, mármol y bronce dorado, algo digno de ver. La altura de este depósito tendrá la altura de cincuenta y tres pies y veintiocho de ancho, al igual que el que está enfrente que es en todo semejante a éste, tanto en la estructura, como en las imágenes. Los epitafios, que son todos del mismo material, aunque las figuras representan otros personajes, tienen diferentes temas, que por no cansar al lector resumiré brevemente. En este segundo depósito está la escultura del Rey Felipe II con armadura y manto real, que está extendido sobre los escudos y armas reales en azul, rojo, blanco y otros colores, que parecen naturales de la propia piedra, trabajados con gran delicadeza, riqueza y arte singular, que se pueden poner y sacar todos por piezas, pues siendo de bronce y de piedra son de una excelencia extraordinaria, obra de reyes y en particular de uno que fue tan grande. Detrás de Felipe II está la Reina D. Ana, su cuarta y última esposa, madre de Felipe III y abuela de Felipe IV, padre de Carlos II, ahora reinante. Detrás de ella está la Reina Isabel, su tercera mujer, madre de la infanta D. Isabel; después de ella

está la Reina D. María, Princesa de Portugal, su segunda mujer, madre del Príncipe D. Carlos y detrás de ella está este príncipe, puestos todos de hinojos, como los otros del otro depósito, con sus memorias, de las cuales sólo citaré la de Felipe, por ser él el fundador, que está encima y con el mismo orden del primero que mencioné y dice así:

D.O.M.

Filipus II, Omnium Hisp. Regnor.

Vtriusque Siciliae et Hier. Rex.

Catol. Archidux Austr. in

hac sacra Aede, quam

A fundam. extruxit

Sibi V.P.

Quiescunt simul Anna, Elisabetha, et

María uxores, cum Carolo Princ. Filio

Primogen.

Esta es tan semejante a la otra que no tiene importancia el traducirla. Detrás de esta continúa una segunda memoria que dice así:

Hic locus dignori inter posteros illo, qui ultro ab eo abstinuit, virtutis ergo asservator, alter immunis sto.

Que quiere decir: este lugar que aquí queda vacío, lo reservo como legado de rango para aquel que de entre los descendientes sea el mejor en virtud. Que ninguno otro lo ocupe. Luego siguen otras inscripciones que por brevedad omito, con todas las armas y divisas, obras soberbias y de valor inestimable. Pero para ir acabando la descripción de esta capilla mayor añadiré, de como bajo el altar mayor hay una capilla redonda, abovedada,

bajo tierra, que llaman el panteón que sirve para reposo de los ataúdes de las personas de la realeza. Se baja a ella por una escalera de finísimo mármol que lleva hasta el panteón, y como dije es redonda y realizada con los mejores mármoles y con bellísimos jaspes. Alrededor sobre ciertos nichos de madera preciosa e incorruptible se encuentran los ataúdes con los cuerpos dentro, cubiertos todos con paños de brocado negro, excepto el del pequeño Príncipe Infante que está cubierto con brocado blanco. En cada una de las cajas por orden del Rey Fundador va depositado un pergamino, envuelto en tafetán doble, en el que va escrito el nombre de la persona real a quien pertenezca el cuerpo, con el día, mes y año de su nacimiento y de su muerte, del enterramiento o del traslado. Por fuera tan sólo lleva el nombre de la persona real. Enfrente a la escalera por donde se accede a este lugar hay un altar de oro, plata y bronce dorado, con la cruz a juego con los candelabros, todos de diamantes, algo inestimable. Entorno a la capilla hay tantos nichos como féretros. El primero es el de Carlos V, comenzando por el lado del Evangelio, a mano derecha, siguiéndole detrás la Emperatriz consorte, después de ella la Emperatriz María, su hija, y detrás de ésta D. Leonora Reina de Francia, y a continuación de ésta D. María Reina de Hungría seguida del Príncipe Wenceslao, Prior de San Juan y se llega ya a la escalera. Volviendo al otro lado del altar, de la parte de la Epístola, a mano izquierda, enfrente a Carlos V, está la caja del Rey Felipe II su hijo, a quien sigue la Reina D. Ana, y al lado de ella sigue la caja de Felipe III, cercano a éste va el Cardenal Infante Fernando, su hijo, y a continuación la Reina Isabel, consorte de Felipe IV, padre del ahora reinante Carlos II, y la última es la del difunto Príncipe Serenísimo de España D. Carlos, que

todos estén en la gloria. Esta capilla está perfectamente iluminada por una ventana que tiene encima con una hermosa vidriera. Hay muchos nichos vacíos adonde trasladan a los Reyes de España que van muriendo, a no ser que el difunto dijese lo contrario en testamento, como han hecho ya algunos, como Felipe IV, de feliz memoria, que quiso ser sepultado en Madrid, haciéndose construir una iglesia a propósito para este acontecimiento, que aún hoy en día no está acabada. Saliendo del panteón, después de haber celebrado misa y de ganar las grandes indulgencias y privilegios concedidos por varios Pontífices, fuimos a ver los grandes relicarios de esta iglesia que contaré en dos palabras, porque si lo describiera todo al detalle necesitaría escribir un libro exclusivamente para ello. Estos relicarios están colocados en el testero de las dos naves secundarias, colaterales a la principal, en el hueco de dos grandes altares que están realizados totalmente en madera de caoba y acacia, maderas como dije preciosísimas.

Aquí dentro se encuentran las reliquias, que son innumerables, en el interior de cajas, estuches y vasos de fantástico artificio y gran valor, parte en oro esmaltado, otros de plata, piedras preciosas y delicados cristales, así como otros metales dorados. Primeramente están muchas reliquias de N.S., como cabellos de su cabeza y barba, muchos trozos de su Santísima Cruz, de notable cuantía. Habrá unas once espinas de su corona, tesoro que enriquecería once mundos; hay un trozo de sogá con la que ataron sus manos, parte de uno de los clavos que traspasaron sus manos y pies; parte de la esponja, y parte de su vestido, puesto en un rico y fantástico relicario, un trozo de lino ensangrentado con su preciosísima sangre y también algunos trocitos de la

columna en donde fue flagelado, así como trocitos del pesebre en donde nació, todos colocados en ricos vasos con muchos adornos. De las reliquias de su Santísima Madre tienen tres o cuatro partes de lo que fue su vestimenta colocados en un rico y fantástico relicario; un trozo de lino con el que enjugaba los ojos cuando estaba al pie de la cruz y también un cabello. Hay muchos cuerpos de santos, enteros, dentro de cajas de metal dorado con finos cristales y joyas de gran valor. El primero es el cuerpo de un niño de los Santos Inocentes de Belén. Está el de San Mauricio, valeroso capitán de la Legión Tebaida, el de San Teodorico y el de San Constante, mártir y senador de la ciudad de Tréveris, el de San Mauricio y el de San Guillermo, Duque de Aquitania. Después de estos cuerpos enteros están reliquias importantes como las cabezas, unas ciento tres completas, y bastantes calaveras, como sesenta, todas de valerosos santos. La de San Lorenzo, por ejemplo, que no está entera, colocada en una cabeza de plata con una diadema dorada, en la que se leen estas palabras grabadas: *Caput Sancti Laurentii*. Después de ella está la del glorioso y valeroso Rey San Ermenegildo, martirizado por su propio padre. Está a continuación la de San Dionisio Areopagita y la de aquel santo Pontífice y mártir S. Blas, la de San Julián del que se dice que fue uno de los sesenta y dos discípulos, siguiéndoles las dos cabezas de San Félix y San Adauto. Después está la de Santa Dorotea, virgen y mártir, la del mártir San Teófilo, pero para no entretenerme demasiado, sólo citaré la que puede que sea la principal y que es la cabeza del glorioso San Jerónimo, Doctor de la Santa Iglesia, traída y transportada aquí desde la ciudad de Colonia Agripina. Aquí es conveniente que advierta que todos los santos y sus reliquias están en el altar o relicario de

San Jerónimo y las otras, de las santas, están en el altar de la B. Virgen.

Aquí tienen también una mandíbula, con bastantes dientes, perteneciente a Santa María Magdalena, y otras cien reliquias que no relato por brevedad. De las reliquias que se llaman distinguidas, que son los brazos, habrá unas seiscientas o más, pero sólo mencionaré alguna por importante, como un brazo de San Lorenzo, mártir, mandado de Saboya a quien se lo había regalado San Gregorio Papa, y otro de San Bartolomé, apóstol, otro de la Magdalena, uno de los Santos Inocentes, otro de San Vicente mártir uno de la Santa Virgen Agueda, de noble sangre, otro de San Ambrosio Doctor de la Santa Iglesia. Está también el brazo de Santa Bárbara, el del Papa San Sixto e infinidad de otros más que no cito por brevedad, pero todos dignos de eterna reverencia. Aquí igualmente hay otras santas reliquias, como huesos de pecho, cuello, espalda, costillas y de otras partes. Pero, antes de llegar a las demás reliquias, diré solamente dos palabras sobre el hueso de la pierna de San Lorenzo mártir, que les fue enviada por el Papa Gregorio XIII y con el que el santo quiso, con un particular milagro, mostrar su favor a España, su patria. El milagro ocurrió de la siguiente manera: quería el Pontífice enviar al fundador una parte de este hueso para enriquecer con esta tan gran joya su monasterio. Mandó por tanto que se partiese un trozo de este hueso con una fina sierra. Pero intentándolo dos veces serrarlo no se lograba incarle los dientes de la sierra, pues se había vuelto más dura que el diamante. Lo comunicaron al Papa el cual mandó que se provase una tercera vez, que tampoco resultó. Finalmente, teniéndolo en las manos, desistiendo de partirlo con tal instrumento, éste se abrió por medio de si mismo. Viendo los ministros

este milagro se dijeron admirados: este santo quiere volver a España, su patria. Los testimonios y cartas de su Santidad las resumiré diciendo que concedió un Jubileo plenarísimo y perpetuo en este día, para esta iglesia, que es el trece de Abril. Hay otro del mismo santo mártir, compañero de éste, que es un hueso totalmente entero del muslo, con su piel sonrosada, y también otro hueso de la pierna, con la propia piel, del glorioso mártir San Sebastián e igualmente un hueso de San Pablo Apóstol y muchos otros huesos de los muslos, o sea de la rodilla para arriba, que no cito para abreviar, en número de cincuenta o más. Los otros huesos que hay de la rodilla para abajo pasarán de seiscientos, cuyos nombres no cito ya por brevedad, a no ser dos pies, uno de San Felipe Apóstol, con gran parte de la piel y que da a ver que era un hombre corpulento, y otro de San Lorenzo también con toda la piel, bajo la cual conserva un carbón de aquellos con los que lo quemaron en el martirio. Hay muchísimas otras reliquias que sumarán unas mil doscientas y todas importantes, de las que se podría celebrar la fiesta una por una. De las pequeñas hay tantas que es imposible contabilizarlas y para entenderlo lo diré en una palabra: no se tiene noticia de santo alguno del que aquí no haya reliquia excepto tres, de San José, esposo de la B. Virgen, de San Juan evangelista y de Santiago el mayor, que está totalmente entero en su propia iglesia de Compostela, como dije, como patrón y protector de España. Los otros dos están en lugares muy ocultos pero que no sabemos en donde. No los hay de los profetas de antes de la venida de Nuestro Señor al mundo, e igualmente de los apóstoles no hay muchos, a excepción de San Andrés apóstol del que hay un relicario lleno de trozos, de los evangelistas San Marcos,

San Lucas, y de los Santos mártires hay gran cantidad, pues pasan de tres mil quinientos. Hay otros santos relicarios llenos, de los Santos mártires y otros de los Confesores y Doctores, y de las Vírgenes hay gran número. En fin que todos ellos en conjunto forman un maravilloso e incomparable tesoro.

Ya conté que son hermosos y variados y de hechuras fantásticas los vasos en que están puestas y de materiales preciosos, como expliqué más arriba, siendo la mayor parte trabajados en oro, plata y piedras preciosas, cristales y otros metales dorados. Algunos de estos vasos tienen forma de tabernáculo, otros de barcos, otros de custodias y cúpulas, de navetas, de cubiletes, cajas, fortalezas, faros o pirámides. Otros tienen la forma de la cabeza o del brazo y otras mil variantes que es imposible el citarlas todas por lo cual lo dejo. Vistos los relicarios fuimos a ver la sacristía, de la que brevemente explicaré las principales cosas que contiene, para no cansar al lector. A la entrada de ésta sacristía hay una soberbia fuente de mármol en la que la pila del agua está sostenida por bellas ménsulas, toda de una pieza y tendrá de alto unos veinte pies, y de ancho cinco. Encima sigue una hermosa fachada de finos mármoles y jaspes variados, en la que hay cinco hornacinas en las que se ubican cinco ángeles de mármol blanco que expulsan el agua por sus bocas, provocando así cinco fuentes, que van a caer todas a la misma pila. Estas cinco fuentes sirven, la primera para los sacerdotes, la segunda para los diáconos, la tercera para los subdiáconos, la cuarta para los acólitos y la quinta para los exorcistas. La estancia en que se encuentra esta fuente es de perfecta forma cuadrada y tendrá en total veinticinco pies, toda llena de soberbias pinturas, a excepción de la fachada donde se encuentra la fuente. Tiene dos

puertas adornadas de raros y bellos mármoles, con el pavimento en mármoles blanco y gris bien trabajados. Entramos en la sacristía, que es como una enorme sala, que tendrá de alto ciento ocho pies y de largo treinta. Tendrá unas veinte ventanas todas colocadas hacia oriente, en dos niveles. Aquí tienen gran variedad de raras pinturas, pintadas al óleo, de grandes maestros y de todas las épocas, antiguas y modernas, pero todas de singular piedad y devoción. En el altar de esta sacristía hay un antiguo crucifijo con la B. Virgen y San Juan, al amparo del muro y de tamaño natural, tan bien realizado que se merece el lugar que ocupa. Por brevedad no describiré lo demás pues me alargaría demasiado. Toda la vuelta de la cornisa para arriba está pintada con alegres grutescos, trabajo hermoso y excelente. Los arquibancos²⁹ que están alrededor y los armarios, son de la misma madera que los asientos del coro, o sea de acacia, caoba, ébano, cedro, terebinto, boj y nogal. El fondo de ellos es de cedro, por su incorruptibilidad y limpieza, pues dentro de éstos se colocan los ornamentos de la iglesia. Omito las hechuras, cenefas, entretejidos y otros bellísimos adornos, que me hacen creer que ni en España, ni en Italia exista otra sacristía como esta, tan rica y fantástica. Los ornamentos, sin describir uno por uno su riqueza y artificiosidad, cada cual tiene cincuenta mudas y cada muda es completa, o sea que tiene todo lo necesario para officiar una misa solemne. Son de tejidos de oro, de plata, bordados, con volutas de raso o damasco y de todos los tipos que se puedan encontrar. Los bordados son excelentes, algunos recamados de piedras preciosas y rubíes, y otros con joyas, o con perlas y turquesas, otros de oro con finísimo esmalte o de plata, y otros trabajados en soberbias sedas, todos con entretejidos y figurados en

medio relieve. Primeramente están veinte mudas de color blanco, todas de gran riqueza y bellamente adornadas, y todas de los mismos materiales que he dicho, pero de tal forma que no puedo describir sus tonos pues cuando puedo lo hago, ni la seda que despiden brillos de oro, algo de extrema riqueza y habilidad. De color rojo hay trece mudas de soberbio acabado, particularmente la que mandó donar la República de Venecia, recubierta de rubíes, algo que no tiene precio; en fin, que son todas de valor incalculable y todas de los mismos materiales antes citados. De color verde sólo hay cinco mudas, todas de idénticos materiales y realización antes dichos. De color violeta tan sólo hay seis mudas trabajadas como las demás. De color negro hay ocho mudas soberbiamente hechas, al igual que las otras, y como ya dije todas recamadas de diversos materiales y entretejidos en las que aparecen si no me engaño unas setenta historias todas representando la vida del pacientísimo Job, de gran valor y estima. Estas negras se utilizan en los funerales por la muerte del Rey y los aniversarios de ésta. Todos estos colores sólo se utilizan para el altar mayor y los dos altares laterales y sumando todas estas prendas da un total de cincuenta y una mudas. Los otros altares que cité tienen cuarenta y con los que están cercanos tienen un total de cincuenta. Tienen todos los mismos colores y será un total de veinticuatro mudas y todas de gran riqueza. Cuando se cambia el altar mayor se cambian igualmente todos los demás. Finalmente para no cansar diré en una palabra que pasan de mil doscientas casullas, y las capas pluviales³⁰, de todos los colores, llegan a doscientas trece, con sus túnicas y accesorios para la misa solemne. No voy a describir la enorme cantidad de albas, sobrepellices³⁰, roquetes³⁰, manteles, paños, pañuelos,

corporales, purificadores, palias³⁰ de patena, y otros ornamentos en hilo de Holanda finísimo, lino de Egipto, llamado biso o linón³¹, de calicó³¹, de cambray³¹ y otros excelentísimos linos de muchos tipos, de los cuales ignoro la denominación, todos ricamente adornados y de gran valor. Hay allí cuarenta cálices todos de plata, soberbiamente labrados, aparte de uno de oro, maravilloso, y una custodia labrada y repleta de esmeraldas y otras piedras preciosas. Tienen también una cruz pectoral, toda de diamantes y gruesas perlas, entre las que destacan dos del tamaño de una nuez. Ya no digo las jofainas de plata, con aguamaniles de bronce de variada fantasía, y menos hablaré de los candelabros, ni de las lámparas que son numerosos como ya dije, ni de otros objetos tocantes al adorno del altar, para no entretener demasiado al lector. De aquí nos fuimos a ver la biblioteca, que está situada sobre la puerta principal del convento y como se que de esto me solazaría escribiendo procuraré ser breve al describirla. Será de larga como ciento noventa y cuatro pies y de alta treinta y seis hasta lo alto del arco. Hacia oriente tiene diez ventanales y a poniente siete, con preciosas vidrieras. El pavimento es de mármol blanco y gris como los del claustro y del cabildo. Entorno a la biblioteca se extiende una base de un raro jaspe rojo y granate sobre la que descansan los armarios ciertamente magníficos, como que están realizados en maderas preciosas de ébano, cedro, naranjo, terebinto y otras más difíciles de ver, venidas de la India, del color del palo de Brasil, u otra llamada ácana de color castaño oscuro y muy noble y tiene vetas como de sangre. La altura de estos magníficos armarios será como de quince pies y su arquitectura es de orden dórico con todos sus elementos. Es la más rica y hermosa Biblioteca que se pueda en-

contrar, dada la variedad de maderas preciosas, la diversidad de los mármoles y jaspes, y los metales dorados. Sobre estos armarios discurre una cornisa muy sobria, sobre la cual va una serie de pinturas, que serían muy largas de contar las historias que representan. Está pintada toda alrededor, a la manera de Pellegrino Pellegrini, discípulo de Buonarroti, algo de incomparable valor. En ella están representadas todas las virtudes y las artes liberales, así como los retratos de los hombres más sabios que haya habido, tanto que si me pusiera a describir todas las pinturas de esta biblioteca tendría material abundante para un buen volumen. Hay gran cantidad de libros en todas las lenguas, muchos de ellos unidos conjuntamente en un único volumen, y habrá como diez mil encuadernados en cuero rojo. El grabado de los títulos está todo en oro y están colocados todos de pie ofreciendo una agradable visión. Hay aquí estatuas de Pontífices y Doctores de la Santa Iglesia, así como hermosos instrumentos matemáticos, esferas, astrolabios³², globos, celestes y terrestres, cartas y mapamundis, todos en bien trabajados metales. Tiene multitud de manuscritos griegos, latinos, hebreos, árabes, italianos, castellanos, persas, de la China y Turquía, godos, longobardos o vándalos. Conservan también muchas monedas y antiguas medallas, figuras de metal de gran valor y gran número de antigüedades dignas de contemplar, que por brevedad no cito. Tan sólo diré que entre ellas se encuentra un ábaco de los antiguos romanos, con sus números y cómputos por los que se valían para contar. Tienen también un congio³³, medida antigua romana, que se usaba para el reparto del vino en la República y en los convites a los servidores de S. Santidad. Es la octava parte de un jarro como decimos nosotros o cántaro de cobre. Hay algunos

originales libros manuscritos de Santos, que se guardan como reliquias, en toda clase de lenguas y de gran antigüedad y valor. Entre ellas destaca el volumen de las Leyes, manuscrito con singular destreza, y que llaman sagrado, por no tener ni un sólo defecto. También tienen la Lucha de los auténticos hebreos, en el que se encuentran las lecciones, y otros asuntos de la Sagrada Escritura, que se leen en sus Sinagogas y que se refieren a lo que nosotros llamamos libros de recuerdos. Se puede contemplar además aquella antiquísima y célebre moneda que se llama siclo³⁴, tan nombrada en el Antiguo Testamento, de plata purísima y cuatro dracmas³⁵ de peso. Es muy pequeña y de un valor de no más de cuatro julios papales y tiene por nombre siclo santo o del Santuario. Por una parte figura el recipiente en que se guardó el maná por orden de Dios con algunas letras samaritanas, de las que se usaban en Israel antes de la división de las doce tribus, letras que puestas en el entorno dicen «siclus israel». En la otra parte tiene el ramo de almendro que floreció y dio fruto milagrosamente en testimonio de la elección que hacía Dios por Aarón para Sumo Sacerdote, con otras letras del mismo tipo en la otra cara y que dicen «Hierusalem sancta». Se encuentra aquí un libro muy antiguo, manuscrito por la propia mano de San Agustín que se titula Baptismo Parvulorum. Su letra es grande como nuestras mayúsculas y la forma es longobarda, como la que se utilizaba en Africa. Este libro está encerrado en un cofrecillo como una reliquia. Hay otro de los Evangelios, como el anterior, por estar escrito por el propio San Juan Crisóstomo, Doctor de la Iglesia. Tienen un Apocalipsis manuscrito de San Juan, con múltiples miniaturas antiguas. Hay también otro libro en el que están escritos los cuatro evangelios completos, con el prefacio y las cartas

de San Jerónimo y los cánones de Eusebio cesariense, todo él en letras de oro sobre pergamino, encuadernado en tabla cubierta con brocado miniado a la manera de este templo. La mandó escribir el Emperador Enrique III, comenzado ya bajo su padre el Emperador Conrado³⁶.

Este volumen tendrá tres cuartas de largo, con el ancho bien proporcionado y llama la atención no tanto por que sea raro, sino porque demuestra la devoción de este Emperador. Las letras están aún hoy día tan hermosas que parece que hace poco que fueron escritas, cuando ya hace seiscientos o más años que lo fueron. Éste fue llamado por los escritores el Códice Aureo, y cada vez que se muestra encienden las velas con solemnidad y con todo el ceremonial religioso debido a tan preciosa joya. Todas estas cosas las tienen cerradas, como dije más arriba. Hay también una Sagrada Biblia antiquísima, en lengua griega, escrita de mano del Emperador Cantacuceno, pero algo estropeada. Allí se encuentran también dos grandes volúmenes en griego, en los cuales se contienen los decretos del primer Concilio de Nicea y otros diecisiete o dieciocho hasta el undécimo Toledano, con una antigüedad de seiscientos años, así como muchas otras obras también de gran valor, pero que serían largas de enumerar. Hay otros tomos de Concilios de mayor antigüedad y algunos de Santos Doctores griegos como San Atanasio, Basilio, Gregorio Nacianceno, Juan Crisóstomo y otros Padres, así como otros originales antiquísimos, de hombres relevantes. Tienen también algunos manuscritos, no sólo de papiros de Egipto y de Alejandría y otros venidos de lugares de donde proceden los papiros, sino también en hojas y otros en corteza de árboles. Pero destaca uno entre ellos en hojas, no se si realmente de árbol o de

que cosa, largas como vainas de puñales y semejantes a las hojas de la caña, muy fuertes y bonitas, cortadas de la misma medida, en las que se escribían y grababan las letras, con mucha maestría, después de lo cual se extendía sobre ellas cierto polvo o tinta para que resaltasen más. Parece ser que es una historia completa, pero se desconocen los símbolos, aunque el título reza: Lengua Malabar. La encuadernación es caprichosa pues todas las hojas tienen un agujero por el que pasa una cuerdecilla que las ata de tal forma que parecen los abanicos de las señoras, por abrirse y cerrarse de la misma manera. Realmente es una antigüedad rarísima digna de ser vista entre todas las demás. Los libros de la China también tienen un papel bellissimo pero por el contrario los caracteres son burdos. Hay también otro libro digno de consideración que es la historia de todos los animales y plantas que pueden encontrarse en las Indias Occidentales con sus auténticos colores, o sea el auténtico color del árbol, de la hierba, de la raíz, tronco, ramas, hojas, flores, y frutos. Aquí se encuentran la lagartija, el dragón de mar, la culebra, la serpiente, los conejos y los perros, los peces con sus escamas, las raras y variadas plumas de tanta diversidad de pájaros, las patas, el pico y la propia forma y colores, las vestimentas de los nativos y sus adornos, que ellos llaman de gala, sus solemnidades y fiestas, las formas de sus coros y danzas sacrificiales, cosa que provoca verdadero deleite y obra del Doctor Fernández de Toledo. Hay quince libros encuadernados en cuero azul, grabados en oro, con hebillas y esquineras de plata muy gruesas y de excelente acabado. Aparte hay multitud de otras más que no cito por pasar a ver los patios y los claustros.

Diré sin embargo, antes de salir de esta Biblioteca que los libros que contienen, si se contaran, serían unos veintiocho mil, sin sumar los de otras pequeñas bibliotecas que se encuentran en las celdas de algunos religiosos. Al salir de aquí fuimos a ver los patios y los claustros, pasando por una bonita sala, grande, que se usa como recibidor o lugar de charla, de más de sesenta pies de largo, y treinta y cinco de ancho, con sus asientos de nogal de gran dignidad. Aquí tan sólo tienen un cuadro pintado pero de tamaño exagerado, soberbio y de gran valor, del pincel del Españolito. Se sale de aquí por una preciosa puerta para entrar en el claustro que denominan de la Portería y que tendrá cien pies de largo por cada lado y la porticada que va entorno trece pies y medio. No describiré su arquitectura al detalle porque sería fatigoso. Tiene tres órdenes de pórticos o de arcos, uno sobre otro todos del mismo ancho y el largo del primero es de siete arcos por fachada. La altura desde el suelo a lo alto es de cuarenta y cinco pies. Este Claustro tiene veintiocho ventanas con hermosos adornos y buenas proporciones. En los ángulos hay unas bellísimas escaleras para comunicar uno a otro hasta salir al medio del patio, donde tiene una preciosa fuente de mármol, raramente trabajada, pero el tiempo no me permite dar más detalles. Esta será de unos veinte pies de circunferencia. Los techos de este claustro están pintados todos ellos por excelentes maestros, que por no aburrir no cuento ni el nombre de ellos ni las historias que éstas representan. Hay otros seis claustros semejantes a éste primero que describí. Los intervalos o distancias del edificio que dividen estos claustros son de trescientos ocho pies y su altura por la parte exterior es de ochenta y cinco. Hay seis órdenes para cada una de las ventanas, muy raras y bellas, dispuestas de tres en

tres, y desde el suelo al techo hay ochenta con doce puertas en el primer orden del suelo. En medio del claustro mayor hay una fuente de jaspe rojo, que tendrá de circuito veinte pies, obra verdaderamente soberbia. De aquí pasamos al refectorio que es un extenso salón, enriquecido con hermosos trabajos, aunque no es demasiado grande para acoger la enorme cantidad de religiosos que viven aquí. De largo tiene tan sólo ciento veinte pies y de ancho treinta y cinco; es bastante bajo, pues no tendrá de altura hasta el arco más que veintiocho pies, dado que no pudo hacerse de otra forma por no estropear el orden de todo el resto. Por lo demás está muy bien iluminado por cinco grandes y bellos ventanales, colocados en una de las cabeceras, orientada al mediodía. En la cabecera principal está aquella obra tan digna de alabar, la pintura de la Cena, de Tiziano, algo realmente incomparable entre las demás obras magníficas de él. Después del refectorio se pasa a otro salón que llaman Vestidor donde los religiosos se visten y tienen todas sus ropas. Es bonito y de igual tamaño y arquitectura que el refectorio. Detrás de él quedan otros compartimentos, que dejo por brevedad, como la cocina, muy bonita, con todas las comodidades, con preciosas fuentes de agua caliente y fría, que son una maravilla. Después de la antedicha estancia se encuentra una capilla de ciento veinte pies de largo y treinta y cinco de ancho, muy alegre y empedrada en mármoles blanco y gris, dividida en tres capillas o altares. En el altar mayor se contempla el martirio de San Lorenzo, obra suntuosísima de Tiziano, en el segundo altar, al lado del evangelio está la adoración de los Reyes, del mismo Tiziano, e igualmente del lado de la epístola en el tercer altar se encuentra el Entierro de Nuestro Señor, también del mismo, obra realmente

maravillosa, principalmente esta última que conmueve a quien lo mira. A continuación visitamos muchos dormitorios, bastante largos y de mucho ancho y otros muchos espacios para servicios variados, necesarios a la vida monástica, construcciones suntuosísimas y reales todas ellas. Llegamos luego al claustro llamado Principal, pues es el mayor de todos y también el más hermoso. Es cuadrado, o casi cuadrado y las fachadas, que van de tramontana a mediodía, tienen ciento diez pies de largo, y las otras dos que van de oriente a poniente tienen ciento siete pies aproximadamente. El ancho del pórtico que lo recorre es de veinticuatro pies y la altura de los arcos es de veintiocho pies. El primer orden es dórico y el otro jónico. Tiene por todas las fachadas doce pilastras grandes con unas basas y capiteles soberbios. En la fachada exterior, desde el pavimento a la cornisa tiene treinta pies de altura. Sobre la cornisa se alzan los pedestales del segundo orden, jónico, con todos los elementos que requiere el mismo. En este orden las columnas con sus basas medirán veintidós pies y el resto hasta lo alto del techo tendrá cuatro pies en total. Es arquitectónicamente uno de los más hermosos claustros que se puedan ver en España e Italia, totalmente pintado al óleo, y al fresco, representando en todo su contorno cuarenta y seis historias del Nuevo Testamento, comenzando desde la Concepción de la B. Virgen hasta el juicio Final. Las pinturas al fresco son del milanés Pellegrino Pellegrini, hombre destacado en el arte, de la escuela de Miguel Angel Buonarroti. Los óleos están pintados por Luis de Carbajal, español, hermano de Juan Bautista Monegri, que hizo las estatuas de los reyes, como ya dije, y lo demás está pintado por el excelente italiano Romolo Pittore que estuvo mucho tiempo en España y dejó grandes obras de su

mano. También hay pinturas de Luca Cangiasso, hombre de singular destreza en este arte, y otras son del español Miguel Barozo de arte meticoloso. Tiene ocho preciosas puertas de dieciseis pies. Por una de ellas se sube por una escalera amplia y muy bonita, soberbiamente trabajada, que tendrá de largo cuarenta y cinco pies y de ancho cuarenta, cosa rara de ver. Tiene cincuenta y dos peldaños o escalones, todos de losas de una sola pieza, con cuatro descansos intermedios, con una bonita curva, toda seguida y toda de excelente arquitectura. Llegados a lo alto del claustro, del mismo orden del principal, vimos en todas las cabeceras ocho enormes cuadros, pintados a mano, de Juan Fernández Mudo, instruido por Tiziano, aunque en muchas cosas sigue a Corregio. A su lado hay algunos cuadros grandes como los anteriores, en los que están pintadas preciosas escenas de la B. Virgen con el Niño Jesús, San José y San Juan Evangelista, pinturas todas de gran valor y de hombres de renombre. Seguimos luego por los preciosos pasillos de mármol, del Mudo, obra digna de ser vista y admirada. Estos dos claustros están empedrados en mármol blanco y gris con una excelente distribución. En medio de este claustro hay un bello y raro jardín dividido en dieciseis cuadrados, todos cuajados de variadas flores. Cada uno de estos cuadrados tendrá treinta pies por cada lado y en circuito unos ciento veinte pies, los pasillos incluídos, con acabados de mármol. Tiene cuatro estanques, como viveros de peces, con agua para riego. En medio tiene una majestuosa fuente octogonal en forma de tabernáculo en distintos mármoles y jaspes, verdes, rojos, blancos y grises y de otros colores. Su arquitectura es de orden dórico, con bonitos adornos. Su perspectiva o frente tiene diez pies de largo y veintitrés de altura, con un

nicho en el centro con las imágenes de los cuatro evangelistas en mármol blanco, algo precioso de contemplar, obra de Juan Bautista Monegri. Los viales o pasillos por los que se pasea entre los jardines son de diez pies de largo. De aquí, entrando por una bella puerta, pasamos a ver las salas capitulares y la celda del Prior, para lo cual se atraviesa un salón de unos treinta pies de largo de forma cuadrada. En él hay múltiples cuadros al óleo, con representaciones de santos y tiene todo el contorno pintado con grutescos, a la manera de Rafael de Urbino y de Juan de Udine. Lo pasamos hacia las salas capitulares, que son preciosas, con un largo de treinta y cuatro pies y ochenta de ancho, las dos iguales, de manera que estos dos capítulos, con el salón que dije, y que se encuentra en medio, medirán en total doscientos pies de largo. Tienen en las cabeceras dos preciosos altares, el uno frente al otro y habrá de distancia entre ambos doscientos pies, con una altura hasta los arcos de venticinco. Tiene dos tipos de grandes ventanas, hermosas, que serán catorce por cada capítulo, con sus sitials alrededor, todos en precioso nogal y bien trabajados. Hay en ellos gran cantidad de cuadros de gran devoción, pintados al óleo, todos de los más señalados maestros que haya habido, italianos, españoles, alemanes y flamencos. Los cuadros que están en los dos altares, en su cabecera, son de Tiziano, obras dignas de su fama. No citaré muchos otros cuadros, de gran valor, por no alargarme. Todo alrededor está pintado con variados y bellos grutescos, obra de singular rareza, del hijo de Bergamasco. Sobre las puertas de los dos altares hay unas hornacinas, muy bien hechas, en las que se asientan cuatro imágenes de medio relieve en pórfido, preciosas, tanto por el material como por la realización, con inscripciones y adornos. En estas salas

capitulares debería pararme a describir muchas y variadas cosas, pero mi condición de peregrino no me lo permite. De aquí pasamos a una estancia muy amplia y bonita, de perfecta forma cuadrada, que tendrá con todas sus caras treinta y cuatro pies, que sirve de celda de verano al Prior y es una verdadera joya pues está cubierta de soberbias pinturas de gran valor muchas de las cuales son de Jerónimo de Bosco, hombre destacado como pintor entre los más excelsos de Alemania y Flamencos. Entre todas estas pinturas hay muchas imágenes de bulto entero y de medio relieve en diferentes tipos de metales, piedras y magníficos mármoles. Entre ellas destaca una, digna de contemplar, que es un San Jerónimo muy antiguo, obra en mosaico de teselas diminutas como granos de trigo, que produce asombro por su riqueza de colorido, tanto en el cuerpo como en los ropajes y de excelente acabado. Dejaré de citar ya muchas otras en marfil, ébano y metales, así como una serie de medallones entre los que se ven algunos de oro. La bóveda está pintada con gran maestría y el pavimento está empedrado en mármoles blanco y gris. De aquí pasamos a la celda que está encima mismo de la del Prior, que está adornada de la misma forma. En esta zona hay otras celdas que también son muy bonitas y tienen de largo treinta y cinco pies y de ancho veinticinco. Sobre éstas sigue otra serie de ellas de igual belleza y grandeza, en las que se conservan hermosas pinturas, librerías y adornos de la habitación, todos de nogal que por abreviar no cito. En otro claustro, tanto a lo alto, como en el pavimento, está empedrado de mármol blanco y gris. Las ventanas de este lugar son bellísimas, con rejas y bellas vidrieras de colores. Luego pasamos a la otra parte del convento, hacia tramontana, que tiene la misma distribución del ya descrito. En esta

parte de tramontana está el colegio de religiosos y el seminario de los novicios, separados el uno del otro, en donde se preparan con mucho esmero, sin que se separen de las cosas de los hombres. Aquí no hay que describir pues todo es igual, los claustros de la misma dignidad, materiales y forma, la arquitectura, los jardines y las fuentes con la misma distribución que los primeros que ya describí. En este seminario se imparten todas las artes liberales, como si fuese una Universidad, con todas sus aulas pintadas por famosos hombres. Daré tan sólo unos trazos sobre el Palacio Real con sus patios, salas, estancias, galerías, antecámara y cámara privada de S. Majestad. Entramos primero en el patio real que tiene de largo doscientos dieciocho pies. Está dividido en dos partes de treinta pies, y la segunda de éstas en otras dos, formando así tres patios dentro de uno, uno grande y dos pequeños. El mayor llamado el patio de palacio es un cuadrángulo prolongado que tendrá de largo de pilastra a pilastra, que está a cielo abierto, ciento setenta pies y de ancho tan sólo cien. Bajo el pórtico, por donde se pasea, hay dos frentes enteros, cada uno de los cuales tendrá un largo de doscientos dieciocho pies y veinte de ancho. La arquitectura es rara y recia. Sobre esta disposición sigue la segunda de idéntico largo y ancho, con una altura de treinta pies. Sobre los arcos va una gran cornisa, con una noble balaustrada y remates. Describir la magnificencia, maestría y majestuosidad sería tarea para otro momento y otra pluma distinta de la mía, por lo tanto pasaré por alto las estancias de los caballeros de cámara, mayordomos y embajadores, todas con soberbios ajuares y nobles acabados. De aquí se pasa a una grande y bonita sala de cincuenta pies de largo y treinta y cinco de ancho, con rejas en las ventanas y una cornisa que la rodea con sus comparti-

mentos toda de fino mármol. En el frontis tiene una chimenea de mármol gris, tan pulido que puede servir de espejo a los propios mármoles. Dejo de explicar al dedillo todas las estancias con sus adornos, riqueza y belleza, baste con señalar que es el palacio de un rey, y más aún, del Rey de España. Pasamos luego a la parte de levante en donde hay tres tipos de estancias o apartamentos para los príncipes infantes y personas de la realeza, con chimeneas en casi todas ellas, muy hermosas y raras. La galería está dividida en dos partes. La primera de ellas está totalmente adornada con excelentes cuadros de pinturas, parte de Bassano y parte del Bosco y otros buenos maestros. Tiene en las dos largas fachadas cuatro tipos de soberbias estancias. La otra parte de la galería, que tendrá de largo ciento noventa pies por veinte de ancho y veinticinco de altura, tiene totalmente pintadas las fachadas, las cabeceras y la bóveda. En ésta está representada la batalla que el Rey Juan II tuvo con los moros del Reino de Granada, algo digno de ver. Hay además otra pintura magnífica con la prisión de San Quintín, en donde quedó prisionero el conde Stabile de Francia del Duque Filiberto de Saboya el día de San Lorenzo. En las dos cabeceras están pintadas otras dos batallas que se hicieron en la isla Tercera, en las que se pueden apreciar diferentes maneras de combatir por ser marítimas y con todos los tipos de Bajeles y Galeras que puedan encontrarse, y de dimensiones extraordinarias. La bóveda está totalmente pintada con grutescos y mil y una figuras de cielo, tierra y agua, que se me queda corta la pluma para describirlas y la memoria para recordarlas. Al fin entramos en las habitaciones de S. Majestad que son tres cámaras normales seguidas de dos galerías, una encima de la otra, que tendrán de largo ciento quince pies por

veintiseis de ancho con ventanas de gran valor y muy bonitas. Aquí pueden contemplarse las más destacadas y preciosas pinturas que se puedan encontrar en toda Europa, representando escenas del Viejo y Nuevo testamento, y bajo ellas están repartidas alrededor de la galería todas las provincias que están habitadas por los hombres en este mundo, y que sepamos han sido dibujadas y diseñadas por cosmógrafos y geógrafos, siendo todas de perfecto acabado, con miniaturas y marcos dorados de hermosa guarnición. Además hay estatuas, relieves, medio relieves y otros mil inestimables tesoros que concurren para dar grandiosidad a la magnificencia real. De aquí pasamos a la primera estancia o antecámara del Rey, muy grande, como de sesenta pies de largo y veintiuno de ancho. Aquí si que realmente hay gran cantidad de cuadros a tener en consideración, que representan la mayoría de cosas de las Indias, grandes y pequeños animales, pájaros y muchas otras especies animales como serpientes, víboras, lagartos, caimanes, serpientes venenosas, sapos y mil tipos de animales infectos. En otros están pintados diseños respectivos a jardines, huertos, claustros y fuentes, y en otros gran variedad de plantas y hierbas con sus raíces, hojas, frutos y flores, coloreados como en el natural. Siguen luego infinidad de dibujos que no tienen par, ni por su valor, ni por su belleza. Las puertas de esta cámara son de marquetería de la mejor y más acabada que venga de Alemania. Por ellas se entra en las cámaras donde normalmente habita S. Majestad, que tiene sus muros pomposamente recubiertos de rica y noble tapicería. Tiene dos pequeñas mesas de una piedra preciosa jamás vista, encontrada en las Indias, cosa realmente rara y digna de un rey. Los cuadros que están repartidos por esta habitación son todos devotos,

siendo la mayor parte de ellos de Alberto Durero y otros magníficos pintores. La estancia en donde duerme está totalmente repleta de imágenes de santos, obras sin parangón. Las puertas y ventanas son del mismo material que la de la primera estancia. Al otro lado de la galería está la estancia de la Reina, con la misma distribución y adorno que la del Rey por lo que la pasaré por alto, sin entretenerme en ello, pues no es necesario. Descendiendo de aquí pasamos por la galería de abajo, ya citada, y que no tiene más adorno que seis grandes cuadros, de tal dimensión que cubren las paredes, representando la gran batalla naval de Lepanto en la que consiguió la victoria Don Juan de Austria, hijo de Carlos V, siendo Capitán General de la Armada. Venció, hundió y trajo cautiva la gruesa armada del Turco, como ya cité hablando de Compostela, en el año 1571, bajo el pontificado de San Pio V, de gloriosa memoria. Las pinturas de estos cuadros son de Luca Cangiaso, hombre de gran valía, que no describiré para abreviar tanta multitud de cuadros y otras pinturas, pues si inventarían todas las pinturas y esculturas que hay en esta casa y en los lugares ya citados, sería algo de valor y admiración inestimables, pero es algo difícil de hacer, por imposible, aunque aquí dicen que hubo quien intentó hacerlo y se lió y confundió de la misma forma que los que quisieron enumerar las puertas y ventanas que hay aquí dentro, y que para quedar con honor abandonaron tal empresa. Tan sólo citaré algo maravilloso de esta fábrica y es que se anda por toda ella sin tener que levantar un pie pues es toda llana y se puede caminar por ella todo un día, sin tener que bajar el mas pequeño escalón. Esta fábrica esta hueca por abajo, con grandísimas bodegas que la envuelven alrededor, con cisternas que recogen el agua, para servicio de la casa y

para regar los jardines. Son doce y tan grandes que bastarían para suministrar agua a una ciudad entera. La más pequeña de ellas dicen que contiene diez mil barriles de agua. Las fuentes, que derraman agua cotidianamente, contando las de arriba y abajo, son más de sesenta, todas hermosas y bien trabajadas. El agua viene toda a través de conductos desde la montaña cercana. Dejaré de describir una serie de locales comunes, todos de hermosa construcción y suntuosamente adornados, bastando decir que, (en lo que se refiere a los religiosos), se pueden ver los libros, cuentas, gastos, recibos y entradas para esta fábrica desde el primer dinero que se gastó el cuatro de abril de 1562 a manos de Pedro Ramos, que fue el pagador del Rey hasta finales del año 1589, después de lo cual pasó un espacio de treinta años, en los que se gastaron seis millones, setecientos ochenta y cuatro mil escudos de plata, como se puede deducir por las cédulas y recibos de pagaduría y contaduría. Realmente quien vea tan suntuosa máquina queda atónito de estupor, por ello se tiene como una de las mayores maravillas del mundo. Saliendo de éste, que yo llamaría paraíso terrestre, en el que nos entretuvimos día y medio, cruzamos la plaza ya descrita y descendimos por un camino grande y largo, lleno de olmos, colocados ordenadamente en dos filas, una a cada lado, que llega hasta la villa llamada de el Escorial, terminando en una plaza rodeada por los mismos olmos, en la que hay una preciosa fuente que la convierte en algo distinto. Saliendo de esta villa se comienza a pasar por los cotos privados del Rey. Finalmente, después de haber caminado entre ellos por espacio de cuatro leguas se llega a un lugar un tanto extraño, dedicado a la caza, que se llama Torrelodones situado en lo alto de una gran peña

redonda y delgada, construído para los guardabosques, en donde se encuentran los guardias del Rey para hacer respetar el coto de caza. Más abajo está la villa, no muy grande, pero bonita y abundante, en donde hay exquisitos melones e higos, así como uvas y otros frutos, pero particularmente los melones, que superan a lo demás, aunque esto lo digo como información, porque yo no lo experimenté. Hay aquí una fuente abundante, de exquisita agua. De aquí partimos por aquellos bosques, siguiendo cierto sendero y con gran temor a perdernos, porque además no era muy recomendable, a causa de los animales salvajes, hasta que llegamos con la ayuda de Dios a una villa llamada Rosas, alejada dos leguas. Es una rica villa situada en la llanura, fuera de los bosques y selvas. Todos sus campos son fértiles, con viñas y huertos de gran abundancia. Aquí cuecen a diario gran cantidad de pan, que llevan para Madrid todas las mañanas, así como gran cantidad de frutos, que aquí se dan en abundancia como dije. Nos alojamos para pasar la noche y a la mañana continuamos el viaje hacia Madrid, a través de campos y llanuras hasta que llegamos a lo alto de una pequeña colina desde donde se descubre Madrid ya muy cerca. Habrá de Rosas a Madrid dos leguas. Al bajar de esta colina se llega a una llanura, con múltiples jardines y huertos, por la que pasa un río que discurre lentamente, por ser terreno llano. Sobre él se levanta un noble puente, muy grande, como el que no he visto otro semejante en ningún lugar, realizado todo en piedra viva, labrado con variados adornos y soberbios trabajos. Tiene un largo nada común y de él se baja al río por un lado y otro por otros cuatro puentes adosados a éste que lo hacen realmente hermoso y raro. Aquí se apostan los guardias de S. Majestad Católica que interrogan al que pasa. Una

vez que lo hubimos cruzado, pues está cerrado por los dos lados con unos muros trabajados en pura piedra, con muchos pedestales sobre los que descansan algunas balas talladas en piedra viva que hacen de remate, cosa rara de ver, llegamos a la aduana, cerrada por un gran portón, colocado aquí por ser la embocadura del río, y que una vez pasado se entra en la ciudad real de Madrid. El portón realmente está colocado aquí mas bien como adorno, pues Madrid no tiene murallas, ni puertas, ni fosos, ni cualquier otro tipo de fortificación exterior. Este portón lleva el nombre de Puerta Segoviana porque está en dirección a Segovia.

MADRID



Entrando a Madrid, como dije, por este portón, salimos a una calle muy hermosa, flanqueada por palacios a uno y otro lado y con muchas fuentes, que sigue así hasta la plaza. Al llegar a ella, pagamos las cabalgaduras y fuimos a encontrarnos con el señor Ercole Zani, que nos esta-

ba esperando como nos prometió al dejarnos, cuando salió desde Ponferrada, en donde se había puesto mal mi compañero. El cochero nos enseñó el lugar donde debíamos alojarnos. Salimos de la plaza por la calle que se llama de la Nevería que quiere decir la calle en donde se vende hielo. Llegados allí le encontramos

rapidamente y se alegró mucho al vernos, al igual que nosotros a él, y le contamos todo como había sucedido y lo que nos había acontecido. Tomamos un alojamiento contiguo al del Señor Ercole Zani, para estar más comunicados, donde estuvimos muy agradablemente. A la mañana siguiente fuimos a encontrarnos con el señor Dionisio Mantovani, nuestro boloñés pintor al fresco, convertido en Caballero de San Juan Lateranense, por sus virtudes y por intervención de Vitaliano Visconti Boromeo, Nuncio Apostólico ante S. Majestad Católica de España. Éste nos ofreció una comida de verdadero caballero, llevándonos luego de paseo por Madrid, que es ciertamente una ciudad preciosa, bien ornamentada con soberbios palacios de gran riqueza y que por ser la sede de este gran monarca, está plagada de personajes ilustres que aquí llaman Grandes de España, Duques, Marqueses, Condes y muchos principes, y es tal el número de Embajadores que no hay siquiera en Roma tanta cantidad de ellos. El número, pues, de carrozas es imposible de contabilizar pues hay más que en la misma Roma. Fuimos primeramente a ver el Palacio del Rey que es de tales dimensiones que parece una ciudad. Está orientado a Poniente, a la orilla del río del que ya hablé cuando crucé el puente. La orilla que está entre el río y el Palacio Real está toda circundada de murallas, que se unen luego con el palacio. Dentro de él hay unos jardines preciosos, y otras cosas agradables, con cantidad de fuentes de abundante agua y un raro bosquecillo, siempre lleno de liebres y conejos, en donde el Rey practica deporte, disfrutando de los jardines y las comodidades propias de su palacio por estar todo unido. El palacio es muy alto, con cubiertas de piedra negra, con la fachada hacia levante, y desde él se domina toda

la ciudad, que se extiende delante. Ante él hay una bella y espaciosa plaza, en forma de cuadrado largo, con cuatro torres en las esquinas un poco más altas que el mismo palacio. En medio está la puerta mayor, donde se encuentra la guardia. Entrando por dicha puerta se accede a un gran patio con pórticos alrededor, lo que da sensación de un gran claustro, y siguiendo la distribución del porticado se establecen dos órdenes, uno sobre el otro, llegando hasta el techo. Después de éste hay otro similar y con igual distribución. Después de estos dos patios se encuentra la escalera principal que sube a lo alto de la logia sostenida por las arcadas. Este palacio tanto por dentro como por fuera está todo construido en piedra viva. Se entra luego en los apartamentos del Rey, pero sólo por favor o amistad, lo cual se consigue también fácilmente poniendo dinero por medio a los servidores de la corte. Fuimos introducidos por un Caballero amigo del Señor D. Dionisio, nuestro Caballero boloñés, y vimos todas las estancias del Rey que están repletas de pinturas, de lo mejor que se pueda encontrar, teniendo gran cantidad de Ticianos, de Basani, de Pedro Rubens, de Carazzi, de Guido Reni y de todos los más destacados pintores que existen. Estas estancias están todas decoradas con ricos tapetes y tapices, con los cielos rasos pintados soberbiamente y enseñoreados con oro por el señor Michele Columna y por Mitelli, nuestro boloñés, preciosos de ver, pues es un magnífico trabajo. Luego entramos en la gran sala, toda empedrada de finísimos mármoles y las mismas paredes con incrustaciones de piedras nobles y los cielos rasos pintados por los arriba citados, sostenidos por una gran cornisa toda dorada. La salida de esta sala está hecha igualmente con hermosas piedras, a la manera romana, de lo más majestuoso que pueda verse,

con sus morillos³⁷ de hogar, en los que hay dos estatuas de bronce magníficas. Vista esta sala, penetramos en otra mayor todavía, en el centro de la cual hay dos pedestales con dos estatuas encima, una de Flora y la otra de Diana de tan enorme tamaño que casi tocan el cielo raso con sus cabezas. Alrededor de esta sala hay también gran número de estatuas bellísimas de diversos tipos, de bronce, de mármol, de piedra y de diferentes metales representando a muchos hombres valerosos, así como muchas antigüedades de distintos países del mundo, en particular de Italia, y especialmente de Roma, pero describir una por una sería complicado y largo de contar, por eso diré de ello lo mínimo. Tienen allí la cubierta del sepulcro de César Augusto, en mármol, algo magnífico de contemplar, donada por el pueblo romano, y sobre la que tiene un águila de mármol bellísima, de gran valía, que aprieta bajo sus garras un cúmulo de trofeos, conquistados por el propio Augusto en sus empresas guerreras. Vista esta sala atravesamos por muchas estancias, todas grandiosamente adornadas, hasta que llegamos a un salón, en donde está el estudio del Rey, con infinidad de instrumentos particularmente de lucha, de fortificación y de disparar. Hay en medio de este salón una fortaleza hecha toda de madera, que se usa para dar explicaciones al Rey y enseñarle todos los términos de las fortificaciones, así como la forma de pelear. Es una fortaleza preciosa, hecha en toda regla, con sus fortificaciones exteriores medialunas o rebellines, fosos y contrafosos, camino encubierto, trepadero y otras muchas particularidades que dejo para abreviar. Tiene alrededor un ejército al asedio, bien pertrechado y con todo lo necesario para una armada que combate una ciudad u otra fortaleza, y todo hecho en madera, algo

digno de verse. Visto esto y muchas otras cosas, que no cito por brevedad, pues cualquiera puede imaginar que cosas puede tener un Palacio Real como éste.

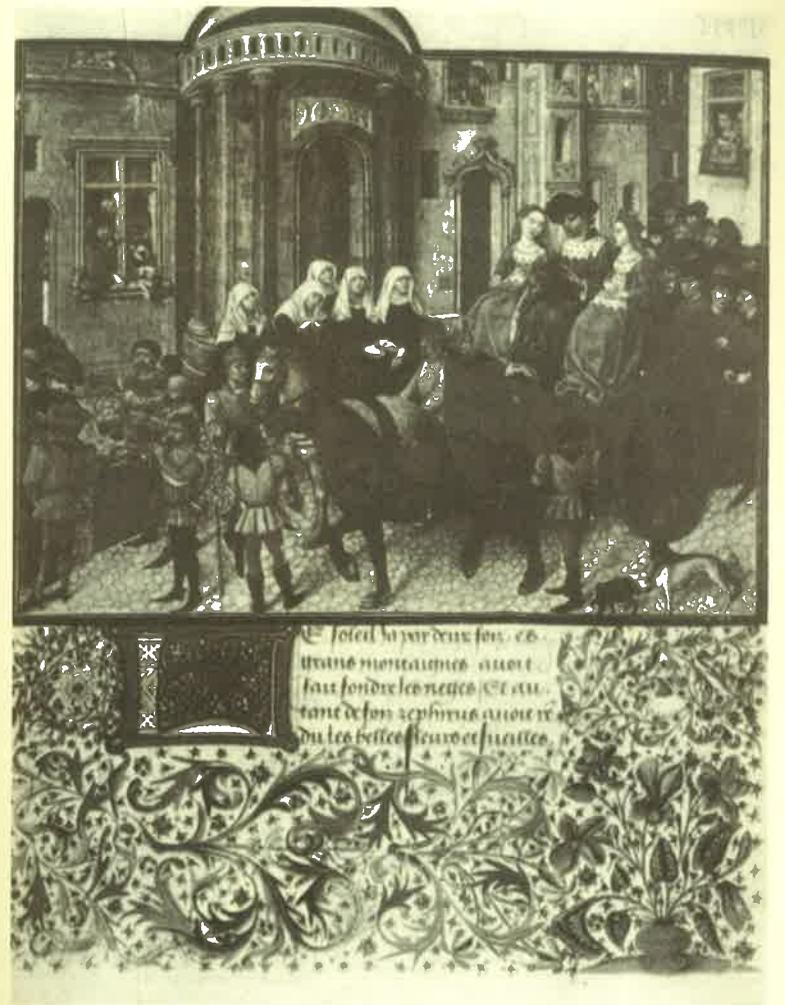
Al salir por la puerta del Palacio vimos una gran construcción que está colocada enfrente de la misma y que son los establos reales, y allí nos dirigimos para ver los caballos, que tienen en cantidad y son bellísimos. Pero lo más hermoso era ver su diversidad, no tanto en el color, como en el tamaño. Había uno bastante pequeño, enviado desde Perú, con otros pequeñísimos y de colores variados, diferentes de los de Europa, Asia y Africa, para los que no se usan bridas ni arreos pues se prenden con las piernas y brazos, pero el Rey no le da gran importancia a que no sirvan para cabalgar, pues más bien los tiene por su belleza. Sobre la edificación de los establos hay un gran salón, que contiene las cosas más interesantes del Monarca, parte adquirida y parte donada por distintas Coronas. Subiendo por una gran escalinata se llega al mismo salón, pero hay que pasar por la vigilancia del señor que está encargado de esta galería, por eso al salir se da la propina por su servicio, pues va mostrando, cosa por cosa, todo lo que se encuentra en su interior. Hay alrededor de este salón grandes armarios, repletos de importantes cosas, particularmente armas y armaduras. Éste fue abriéndonos uno por uno, primero el de armas y mazas de hierro, cogidas a Moros y Sarracenos, que son curiosísimas. El segundo contiene todas las armaduras que Carlos V llevó en sus guerras, entre las que está la que se mandó hacer cuando se coronó en Bolonia, y que es la más hermosa de todas, con entrelazados y arabescos de oro, plata y piedras preciosas, algo de inestimable valor. Fuera de este armario, a un lado, está la carroza que lo llevaba cuando se iba a la guerra, que es muy bonita y

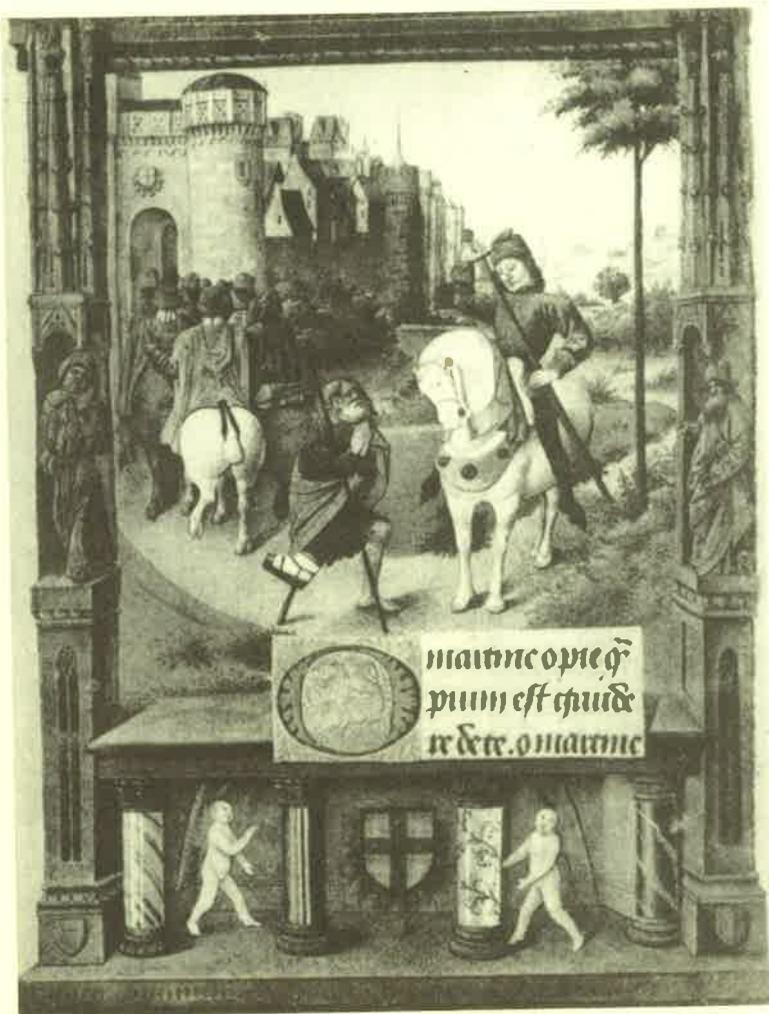
curiosa. Le servía como carroza cuando viajaba, pero además, cuando paraba en algún lugar, se convertía en una estancia con mesas y asientos para escribir y comer, y a la noche se transformaba en habitación, con lecho y silla, en donde dormía, así como otras cosas más que dejo por brevedad. En el tercer armario hay bellísimas armaduras cogidas al Rey de los Indios, extravagantes, algunas hechas con cortezas de peces, otras de piel de dragón, o de escamas de grandísimas serpientes y monstruos marinos, otras de plumas de diferentes pájaros, muy bellos y raros y de gran valor, con todos sus complementos, y máscaras de hierro de diversas formas. Pero entre todas éstas hay dos que destacan, una que fue expoliada al Rey de la China y la otra venida del Perú. Estas son distintas de todas las demás, como distintos son sus países, una hecha totalmente de escamas de serpiente, más brillante que el mismo oro, y tan hermosa y de variados colores que parece un iris, siendo además muy resistente, pues ni con hierro alguno puede marcarse ni cortarse, con su aparejo y casco, de una finísima piedra, transparente como el cristal, todo trabajado en forma de escamas, cosa rara de ver. La otra es totalmente negra, con sus remates, hecha de piel de serpiente, tan negra que uno se puede reflejar en ella y más fuerte que la primera, algo precioso y digno de admirar, con sus armas de formas diversas, como el recambio de dardos y saetas, para los que utilizan ciertas plumas largas y espinosas de distintos colores, agudas como las del puerco espín u otros animales que se dan en ese país, hechas de cañas, que son muy resistentes y otros materiales diferentes, todos asombrosos. En el cuarto armario hay toda suerte de armas que puedan darse en el mundo, una de cada, o sea de todas las naciones, interesante de ver. Pero, entre

éstas, la más noble y fuerte, es la espada de Orlando Paladín, llamada Durandaina. Es del tamaño normal de las espadas en su altura, y de cuatro dedos de anchura, pero reduciéndose hacia la punta de forma que acaba aguda comparada con las demás. Tiene dos filos y es gruesa como una espada de a caballo. Tiene una fisura de un palmo, cerca de la guardia, que le hizo cuando rompió la roca en Roncesvalles, como ya conté. Tiene una noble empuñadura de bronce trabajada con figuraciones, e incrustada con oro y plata. La guardia es simplemente un travesaño, como en los espadones de dos manos. Su funda está cubierta con cierta tela de seda, de color rosa seca, paño que tiene un pelillo como el del terciopelo, pero más corto. No se sabe que paño pueda ser, pues es antiquísimo. Tiene la puntera igualmente de bronce, trabajada del mismo modo que la empuñadura. El tahalí³⁸ está hecho con el mismo paño, todo adornado con chapas y láminas de oro y plata, con gran cantidad de diamantes y rubíes y toda suerte de piedras preciosas, joyas y perlas, de forma que casi no se distingue el paño, objeto realmente rico, con sólo cuatro dedos de ancho y todo igual, que se ciñe alrededor como un cinturón. Hay muchas otras cosas, que dejo por brevedad, y paso al quinto armario en el que hay varias armas antiguas, entre las que se encuentra un fusil que dispara doce veces seguidas sin cargarlo de nuevo, y fue enviado por el Rey de la India. Hay también una espada, cogida a los moros, combatiendo bajo Toledo, cuando fueron expulsados de él con furia por los españoles, cayendo la mitad de ellos en el río Tajo, que discurre cercano a las murallas hacia el mediodía. Entre los que huían, y que cayeron en el Tajo, había un capitán, con una hermosa armadura, fuera de lo común, la cual viéndola un capitán español,

procuró darle alcance para quitársela. El moro en la carrera se precipitó al río, dejando caída sobre la arena la espada. La recogió el español y queriendo quitarle la arena con que estaba cubierta, la introdujo en agua, pero no pudo quitar nada de dicha arena, porque según se desprendía, al instante se juntaba alrededor de la empuñadura, por estar hecha de cierta aleación que no se sabe de que material será, y tiene esta propiedad de que, bañada en arena o fango u otra materia similar, tan pronto la toca, inmediatamente se le pega formando parte de ella. Y lo he visto con mis propios ojos. Hay también otras bonitas cosas dignas de ser vistas, que por no cansar al lector paso por alto. En el sexto y último armario hay también bellas armaduras de gran interés, entre las cuales destaca una bota, que le fue cogida al Duque de Sajonia, en la guerra, por un capitán español mientras combatían, pues queriendo hacerlo prisionero lo agarró por una pierna para tirarlo del caballo, pero éste lo espoleó y se lanzó al galope, dejando la bota en las manos del citado español, que la llevó siempre consigo como un trofeo muy estimado por él. Esta bota es totalmente redonda y no muy larga, pues es casi tan larga del pie como de la caña, que es un tanto estrecha, teniendo tan sólo cuatro dedos lo más, y lleva fuera de la misma los dedos de los pies, siendo en el resto toda igual, de forma que parece una cuartilla³⁹ no distinguiéndose ni el calcañal, ni la planta, pues como dije es todo redondo, algo muy raro de ver. Dejaré otras curiosidades que se encuentran dentro de este armario. Fuera de ellos, en la citada sala, hay dos cañones tirados, los dos de una pieza, con la forma, ambos, de dos serpientes atacándose, abierta su gran boca, por la que salen las balas, arrojando el fuego por las ranuras de la cola y el cuerpo. Las colas son muy

largas y retorcidas en varios anillos, obra desde luego de un expertísimo maestro. Hay también muchas carrozas donadas por diferentes Coronas y grandes Señores, entre las que se encuentra la ya citada de Carlos V y que la servía para tan variadas cosas. Hay una de coral, venida de la India, no muy grande, pero de mucho valor y belleza, digna de admiración entre las demás cosas de la galería de un Monarca semejante, que, por no extenderme demasiado, dejo de explicar. Una vez que salimos de aquí fuimos a ver los preparativos de una corrida de toros que se iba hacer en la Plaza Mayor, que por ser la plaza más grande de Madrid era donde se celebraban las fiestas y corridas de toros. Esta se hacía, por ser la fiesta de San Lorenzo mártir. La plaza es cuadrada, con ochenta y cuatro pértigas⁴⁰ y sesenta y seis de ancho. Está rodeada de altos palacios, adornados con cinco órdenes y todos del mismo tipo, excepto en donde se instala su Majestad Católica para ver esta fiesta que es de arquitectura romana, hecho con gran imaginación, sostenido por gruesas columnas de orden dórico, sobre las que se asienta un gran arquitrabe⁴¹ adornado con los trofeos de la Casa de Austria, sobre el cual están los balcones, con tribunas de hierro dorado, que al ser iguales por toda la plaza ofrecen una hermosa perspectiva. Los palacios superponen cinco ordenes hasta la altura del tejado y tienen un total de cuatrocientos balcones, aunque el central es soberbio, pues es donde se coloca su Majestad Católica, a cuya derecha se instalan todas las Damas de la corte y a la izquierda todos los Caballeros, mientras que en los balcones siguientes, a ambos lados, están los Consejos de Estado de S.M., seguidos de los Embajadores. En verdad que esta plaza es algo digno de verse, principalmente un día como éste en que se celebra una co-





rrida de toros, pues se engalanan con ricos tapices de oro diseñados por Rafael de Urbino y Pedro Pablo Rubens. Se adornaba también con gran cantidad de sedas, igualmente recamadas de oro y plata, entre las que estaba la que donó el Rey de la China a Felipe IV, aunque son todas de gran riqueza, como dije, recamadas de oro y piedras preciosas, perlas y otras gemas. En esta fiesta la plaza está rodeada con fuertes estacas sobre las que se asientan unos tablados muy bien ordenados, que nosotros llamamos puentes, para comodidad del pueblo y sobre ellos siguen ya el conjunto de balcones citados que, como dije, están engalnanados con ricos tapices, principalmente el del Rey. Para la corrida se reúnen, la noche anterior, treinta y seis toros, normalmente a la vez, más o menos según lo que mande su Majestad y es algo grato el verlos conducir debido a los diversos accidentes que suelen ocurrir. Éstos son bravos y no ven a nadie más que a su guardián, por lo que resulta difícil el conducirlos a lo largo de las sesenta millas que están alejados de Madrid, por lo cual durante este trayecto colocan estacas con telas a ambos lados del camino y de esta forma encerrados por un lado y otro llegan a la ciudad. Pero no basta esto para conducirlos sino que es necesario que vayan en su compañía más de cien bueyes y vacas, con cencerros al cuello, pues de otra forma no conseguirían conducirlos. Cuando llegan a la Casa de Campo llamada así por encontrarse en medio de muchos campos, después del puente y cercana al río que ya cité y que pasa por detrás de la ciudad de Madrid, los pastores entregan los toros a los caballeros de la corrida, en una preciosa plaza rodeada de fuertes muros. Una vez entregados se vuelven con sus bueyes y vacas a casa. Luego, examinados por los señores de la corrida, se les conducirá a

los chiqueros que están en la Plaza Mayor y es casi mayor diversión que la propia fiesta porque la noche anterior a la corrida van encerrando los toros, uno por uno, con mucho estilo y práctica para que no se espanten. Una vez encerrados se preparan más de doscientos veinte hombres, armados con picas y a caballo, que se atrincheran a lo largo del camino que tienen que recorrer los toros, de forma que es necesario escaparse si uno no quiere acabar herido o muerto. Puestos en movimiento los toros y asustados por la cantidad de caballos y hombres armados y griterío de la muchedumbre, se echan a correr desde la Casa de Campo, pasando por el puente hasta dentro del cerrado, y así durante la noche se van encerrando uno a uno. Aunque nunca queda sin que suceda algún accidente, como aquel en que una vez que huyendo un toro de la Casa de Campo, al pasar por el puente viendo la hilera de tanta gente seguida aquí y allá y tantos caballos, aterrado dio en atravesarla y, rompiendo la hilera de gente, a cornadas, mató un caballo y luego saltando sobre el muro que hay a las dos partes del puente precipitadamente se tiró al río, llevando consigo al precipicio y a la muerte a seis personas. Hasta allí llega a veces la curiosidad de esta fiesta. Otro toro, también entrando en la Plaza, aterrorizado por la gente, se sale de su camino y se pasa a una tienda donde se trabajaban espadas y puñales. Dentro había un pobre viejo que no podía valerse de sus piernas más que con ayuda de bastón. Pero viendo el peligro que se le venía encima, rápido se refugió dentro de una caja sin tapa y allí se quedó quieto. Entretanto el toro no quería salir afuera por la gente que se apostaba a la puerta, para herirlo y salvar al encajonado viejo. Y como no había forma de hacerlo salir se decidió dispararle unos arcabuzazos, y con

cuatro de estos disparos al mismo tiempo lo hirieron, cayendo muerto al suelo. Mientras tanto el pobre viejo, al sentir silbar las balas por la tienda entre tantos hierros, le dio por morir de terror, pues cuando lo sacaron fuera de la caja era casi un cadáver para la tumba. Esto último es sobre como van los toros a la plaza, como se comportan y que se hace para conducirlos al chiquero. Ahora veamos el comportamiento de los caballeros. Primero es necesario que los caballeros que quieren torear o sea hacer la corrida, se dejen ver el día anterior por el Corregidor de la Villa y se hagan marcar sus caballos que son tres para cada uno. Éstos normalmente suelen ser doce. Cada uno tiene tres caballos y tres rejonos, con doce servidores vestidos de librea y pluma en el sombrero y todos es necesario que lleven la marca del Corregidor para que no pueda torear quien sea de fuera. Todo esto se hace la misma tarde anterior a la fiesta. Por la mañana van a provocarlos a la misma plaza, cada uno con un toro y hecho esto van de nuevo junto al Corregidor que les ofrece una comida. Después de comer, cuando está todo dispuesto en la Plaza y han llegado el Rey y la Reina, comparecen los citados caballeros con trajes soberbios, adornados de riquísimas joyas y sus caballos enjaezados con gran arte y valía, y los palafreneros, con hermosas libreas, van alrededor de su jefe. Y esto es lo que han de hacer los caballeros, no se han de dejar engañar por el toro, procurando castigarlo y cuidando que no se vaya al suelo su caballo, ni caerse de él, ni que le caiga el sombrero o que no se le enrede el rejón en la capa, ni que el toro les de alguna cornada, o al caballo o a él, y no pueden sacar la espada más que en la circunstancia de que se les rompa el rejón y se encuentren en peligro, procurando que sus servidores no den ninguna estocada antes que el jefe,

pues el jefe se vería comprometido y todas las veces que el toro le aseste alguna cornada, necesita que el caballero lo hiera, pues sino perdería toda su valentía, y no puede hacer la corrida si no le da licencia el Rey en la plaza, ante el público. Si el toro cayese por casualidad o por debilidad para la corrida, el caballero no lo puede atacar porque inmediatamente será expulsado de la corrida.

Esto en cuanto a las funciones del caballero de la corrida. Ahora contaré como fue la fiesta que se hizo el día 10 de Agosto celebración de San Lorenzo. Preparada la plaza, como dije, con hermosos adornos, llega la concurrencia del pueblo y todos los Consejeros de S. Majestad; los Embajadores en perfecto orden se fueron colocando en sus balcones, que son en total cuatrocientos y fueron obsequiados por el Rey con variados condimentos, confites y refrescos, al igual que los Embajadores y todos los Caballeros de la Corte y las Damas de la Reina, como es costumbre hacer en todas las fiestas y corridas que se celebran en Madrid en esta Plaza Mayor, lo que cuesta al Rey ciento cincuenta mil ducados que son en moneda italiana dieciocho mil setecientas cincuenta doblas,⁴² cuenta sacada de la nómina. Luego comienza la fiesta con la llegada de veinticuatro carros triunfales tirados por tritones. El primero lleva encima a Neptuno con un rociador que riega la plaza y casi a todos los demás. Refrescada ésta, salen y se exhiben doce Caballeros a caballo, con sus rejones en ristre, y colocados todos en hilera, con sus servidores delante y detrás. Ya al toque de trompeta hacen reverencia al Rey y a la Reina, apartándose luego a un lado y a otro, según el lugar que les designe el Corregidor⁴³, mientras que el Rey da orden de abrir la puerta al toro que está preparado de antemano. Esta orden la trans-

mite un alguacil⁴⁴, que es el propio alguacil mayor que se encuentra a caballo en medio de la plaza con los ojos puestos en el Rey, para llevarla a cabo. Dada la orden por el Rey, al galope se dirige a transmitirla a la guardia para que abra la puerta al toro, que, una vez abierta, saltó afuera todo enfurecido y corrió un buen rato detrás del alguacil, que se defendía bravamente en su huída, puesto que llevaba debajo un buen caballo. En esto que sale el primer caballero, desde su posición, corriendo a encontrarse con el toro, el cual viéndose acosado se vuelve contra él para embestirlo, de lo que el caballero se defiende con bravura dándole una lanzada en el cuello después de lo cual lo deja, puesto que, después de que el caballero hiere al toro sin sentir lastimada su persona, así como su caballo, no está obligado a arriesgarse más, por lo cual lo deja al personal que está toreando a pie, del que se ven bellísimas suertes. Dejado, por tanto, herido por el Caballero, se quejaba mucho dando grandes mugidos y saltando como una furia de forma tal que no lo podían parar. Finalmente uno le clavó una estocada en medio de la frente y el público gritó ¡viva!, con lo cual comenzó a desfallecer. Luego llegaron muchos otros que lo hirieron con la espada hasta que cayó muerto. Una vez muerto lo sacan de la plaza de la siguiente manera. Salen por la puerta, con los carniceros, cuatro mulas con una gualdrapa⁴⁵ roja sobre la espalda en la que van bordadas las armas de la Villa de Madrid con un oso en pie y un madroño en el que se apoya con las patas delanteras. Estas mulas son llevadas por dos carniceros, que van a transportar al toro muerto, sacándolo fuera de la plaza. Y así se va repitiendo hasta el final de la fiesta. Salió bien el encuentro del primer caballero, pero no resultaron todos igual, pues el decimosegundo toro, salién-

dose del cerrado con mucho ímpetu y furia, se dirigió directamente al encuentro del caballero y lo embistió con los cuernos, tan brutalmente, que lo tiró del caballo y se clavó en su propia lanza de un lado al otro, de suerte que murió a la tarde siguiente. Éste era un Caballero muy renombrado y de gran valor que se llamaba D. Diego Martínez, vecino de Córdoba y Caballero de la Cruz de Calatrava. El toro decimotercero que salió, aún no habían sacado afuera al citado Caballero, no fue atacado por nadie y fue necesario que lo dejaran a los perros, que eran en número de seis, y que lo hicieron en medio de la Plaza, con lo que fue muerto por los carniceros. El decimocuarto que salió se metió entre la guardia del Rey. El Rey tiene dos guardias, una española y otra alemana, que acompaña la persona del Rey, mientras la otra permanece bajo los balcones donde está éste. Entró pues el toro en dicha guardia y propinó un gran golpe a un soldado que le hizo escaparse al interior, mientras los demás de la guardia lo mataron. Sucedió muchas otras cosas que serían largas de contar si las explicara detalladamente. Acabada la corrida nos fuimos al albergue y al día siguiente salimos para ver el Retiro, lugar a las afueras de Madrid, pero cercano a la ciudad como a un tiro de piedra, fuera de la Puerta de Alcalá hacia Levante. Este Retiro no es otra cosa que un lugar cerrado por un gran recinto amurallado, dentro del cual hay muchos pasatiempos. A un lado tiene el Palacio Real, y está lleno de cosas raras y agradables. Aquí tienen el Teatro para hacer las comedias del Estado, y jardines con rarísimas fuentes, en particular uno en el que la distribución, o sea las cuernas en donde están plantadas las flores son de un diseño precioso, representando las armas o escudos de todos los Reyes de España, llevando en cada

cuadrícula uno, algo digno de ver. También hay en el centro, sobre un pedestal de mármol, de gran tamaño, la estatua del Rey Felipe IV, a caballo todo en bronce y soberbiamente realizado, obra del primer escultor importante de Europa y donado a Fernando IV por el gran Duque de Toscana y digno de admiración. No voy a describir los decorados, tapices y pinturas que tiene este palacio, pues uno bien puede imaginárselas, rarísimas y preciosas. La planta de este Palacio está hecha a manera de un convento con sus claustros, y la fábrica no es de gran altura. Dejado éste se va por un amplio camino, cubierto de árboles y se accede al centro del Retiro donde hay un gran vivero de peces, con extensos jardines alrededor y otras cosas agradables, al que llega el agua, a través de un canal, desde una fuente no muy lejana. En él se encuentran muchas especies de peces y animales acuáticos, como cisnes, ánades y ocas salvajes. En medio tiene dos galeras y dos buques preciosos, todos dorados, aunque pequeños, pues apenas pueden con dos o tres personas, hechos con mucho detalle, pues no les falta nada y están para servicio del Rey cuando quiere pasearse por el estanque. Tiene una capillita para decir misa, en la cabecera de este vivero, preciosa pero pequeña, sostenida en su frente por dos columnas de ágata de la altura de un hombre y pintada toda, dentro y fuera por el señor Michele Colonna y Mitelli.

Hay grandes senderos cubiertos con bóvedas de árboles, que forman las pérgolas, bajo las cuales se recorre el Retiro que será como de dos millas. Hay muchas otras curiosidades que dejo por abreviar. Al lado del Retiro, por la banda de mediodía, en las afueras de la ciudad, hay una bellísima iglesia, de gran riqueza y devoción dedicada a la B. Virgen que realizó allí mu-

chos milagros y a la que concurren, no sólo todo Madrid, sino también los forasteros, llamada Nuestra Señora de Atocha. Salimos finalmente del Retiro y llegamos a una soberbia calle, ancha fuera de lo normal, llamada la Calle de Alcalá porque lleva la dirección de la ciudad de Alcalá. Aquí hay una gran puerta, que sirve más bien de arco de Triunfo, pues alrededor de Madrid no hay ni muros, ni puertas, ni fosos, como dije, llamándose la Villa de Madrid. Esta puerta no es muy alta, pero es muy bonita, toda de piedra sobre la que está tallada esta inscripción:

«Mantua Carpetanorum, seu Matritum Urbs Regia»⁴⁶. Desde aquí se va a la ciudad de Alcalá de Henares, que es la comarca más grande y bonita que tiene Madrid, toda adornada por un lado y otro de numerosos palacios e iglesias que llegan hasta el Palacio Real que está al otro lado de la ciudad, hacia poniente. Dejada la puerta fuimos a ver los jardines del Almirante de Castilla, que son una soberbia maravilla, hechos a la moda romana, con preciosas fuentes de mármol, algunas de bronce y otras de diversos metales que en variadas formas figuradas hacen bellísimos juegos de agua, haciendo sonar diferentes instrumentos y cantar distintos pájaros. Hay una en particular, que con el manar del agua a la salida del sol, forma un maravilloso arco iris. El palacio es todo de fino mármol y el interior trabajado en piedras semipreciosas de gran valor, con gran cantidad de pinturas, todas realizadas en cuadros de gran tamaño con cristales, algo digno de verse. No me paro a contar sobre los magníficos lechos, trabajados en oro y plata macizos, incrustados de piedras preciosas, y el mobiliario todo de palacio, suntuosísimo (baste decir que es el palacio del Almirante de Castilla, segunda persona en importancia después del Rey). Saliendo de

aquí fuimos por la ciudad, para ver otros muchos edificios, conventos, iglesias y hospitales, en donde cada nación tiene el suyo por separado y alejado de los demás. Fuimos por curiosidad a visitar la carnicería, que es muy grande y de forma cuadrada, con porticadas dentro todo alrededor, como si fuese un gran claustro, donde se sacrifican todos los días gran cantidad de animales bovinos, pero particularmente carneros, que hay en abundancia y de gran calidad. Aquí dentro tan sólo hay mujeres, y son ellas las que sacrifican los animales y despiezan la carne y la venden, cosa que me sorprendió mucho, como también el verlas trabajar en casi todas las faenas laboriosamente, portándose en todo como los hombres cuando se pasean por la plaza con la espada al cinto. En esta ciudad permanecemos un mes, por lo que la recorrimos totalmente tres o cuatro veces, siendo ciertamente una muy noble ciudad por estar en ella la corte del Rey, así como también porque habitan en ella todos los Grandes de España, y muchos Duques y Príncipes y Embajadores, que es imposible enumerarlos. Tiene bellísimos y enormes palacios, hermosas casas, iglesias y conventos. No es muy grande, y como dije, no tiene murallas, ni fosos, ni algún otro tipo de fortificación, ni interior ni exterior como las demás ciudades, y se puede entrar y salir libremente de ella por lo que se llama Villa, que es en realidad la Villa Real. Está situada al borde de una pequeña colina, no muy elevada, a cuyo pie discurre un río hacia poniente, como comenté al entrar en Madrid, pero hay otro, que discurre hacia oriente, más pequeño, teniendo ambos su nacimiento en seteptrion, fluyendo hacia el mediodía. Dejada la ciudad llegan prontamente y juntos, de modo que Madrid queda en el extremo de una punta de tierra, circundada por estos dos ríos, como una península. Por la

ciudad hay gran cantidad de fuentes que manan agua abundante y que es de gran calidad para beber, de la que se administra hasta a los enfermos al natural, cosa que he provado, pues después de estar algunos días en Madrid me sobrevinieron unas fiebres que se volvieron malignas, dejándome al cabo de la vida, abandonado por los médicos pero no de Dios que no abandona a nadie. A él recurrí por mediación de su Santísima Madre, a la que no niega ningún favor, y se dignó librarme de la muerte el día de su gloriosa Asunción, en el que yo debía entregar mi alma al Creador. Me encomendé a esta Abogada de pecadores e inmediatamente cesó la fiebre y el día de la octava de su Santísima Asunción me levanté del lecho y celebré misa, con la especial ayuda de Dios y con el asombro de los que me rodeaban, pues veían como celebraba la misa en el momento justo en que creían me iban a enterrar, dando infinitas gracias a ésta mi abogada. En tres o cuatro días volví a tomar fuerzas y comencé a pasear por Madrid, poniendo en orden todas mis cosas para regresar a Italia. Me quedaban aún algunos compromisos que no podía despachar de inmediato por lo que decidí ir durante este tiempo hasta Toledo para ver aquella Real Ciudad, antigua sede de los monarcas de España. Partí pues una mañana temprano a las afueras de Madrid por una calle que se llama la calle de Toledo, pues es la que lleva allí, llegando a una villa llamada Axcituf, a la que sólo hay dos leguas, caminando siempre por una agradable llanura, llena de frutos y trabajada con cantidad de viñas, huertos y olivos, así como otros árboles frutales, llanura que lleva hasta Toledo. De esta villa pasé a otra que se llama Torre Tonicillas de la Calzada, alejada tres leguas. Son éstas realmente unas villitas muy agradables, abundantes en todo tipo de frutos, en particular el pan.

Se hace aquí todo el pan que se lleva a Madrid, porque en Madrid, como en todas las ciudades de España, el pan se hace fuera, en villas y castillos y se lleva luego a vender a la ciudad, al igual que los frutos. Pasé luego de esta villa a otra que se llama Villalonga, a la que sólo hay tres leguas y seguí hasta Oriol, distante otras tres leguas y desde aquí hice otras tres hasta que llegué a Toledo. Todas estas villas citadas son lugares preciosos, con abundancia de todo, muy ricos en trigo y vinos, teniendo multitud de viñas esparcidas por la llanura. Llegando a Toledo no me paré apenas, pues según llegué me fui a ver la Catedral, que es de lo más soberbio que he visto, y el antiguo y más rico arzobispado que hay en todo el mundo. En dos palabras diré algunas de las cosas que vi. Entre todas las riquezas de esta iglesia (ya que sería imposible contarlas todas) diré tan sólo que la custodia, en la que sacan en procesión al Santísimo, es una auténtica maravilla, por su artificio y riqueza. Está hecha a manera de un gran tabernáculo, toda de oro macizo, con soberbio y frágil arte, de forma que el trabajo supera en mucho a la materia, de la misma altura que un hombre y adornada con tan magníficos mosaicos, como no pueden verse otros. El órgano que tiene es una máquina fuera de medida de grande que es y armonioso en excelencia. La campana mayor, que está en el campanario de la catedral, dicen es la más grande que existe en el mundo y lo afirman muchos autores que han recorrido el mundo y la han visto y han confrontado sus medidas con las demás. La ciudad es de dimensiones normales, pero preciosa, rica y engrandecida por viejos y hermosos palacios, en especial el de los antiguos Reyes de Castilla que siempre tuvieron su residencia aquí, conteniendo además dentro y fuera de la ciudad muy agradables cosas, pues está

situada en una rara y amena colina, llena de palacios, jardines, huertos y otras cosas gratas. De la parte de mediodía de esta ciudad discurre el tan famoso río Tajo, celebrado por los poetas y que tiene su origen en los confines del reino de Aragón hacia Levante. Discurre por el reino de Castilla la Nueva, pasando por Portugal para desembocar en el Atlántico donde se encuentra la gran ciudad de Lisboa, sirviéndole como puerto de mar. Toledo ha sido siempre la metrópoli de los Monarcas de España y está bien fortificada, rodeada de murallas inmejorables, con buena guardia, y con una de las más famosas Universidades de entre las sesenta y cuatro nombradas. Vistas algunas de las principales cosas que hay, entre ellas el Trono de la B. Virgen que hay en la Catedral, fabricado totalmente de plata pura, de la altura de cuatro hombres y que vale una fortuna. Está muy bien hecho, realizado por un experimentado orfebre llamado Virgilio Fanelli, genovés y que tardó como unos seis años en acabar el mayor esfuerzo del arte. Partí para Madrid a fin de despachar todos mis asuntos y reposar algunos días. Un día de éstos yo y el señor Ercole Zani, que como dije estábamos alojados en el mismo sitio, fuimos a un convento que estaba en fiestas y al que acudía mucha gente, principalmente porque se esperaba a la fiesta al Rey y a la Reina. Por todos los lugares por los que tenían que pasar estaban las calles abarrotadas para poder verlos bien. Nos subimos a un trozo de columna situado al lado de la puerta grande de la iglesia y no tardó en comparecer la guardia que iba delante haciendo camino para el Rey. Llegados aquí ocuparon la puerta para mantener detrás a la gente. Luego vino la guardia de a caballo y después algunas carrozas de forma ordenada, todas acompañadas por guardias a pie. En la primera carroza venían el Rey y la

Reina que daba la mano a su hijito, que es muy gracioso, de piel blanca y cara sonrosada, mas bien alargada que redonda, los cabellos rubios y largos, pero no exageradamente. En este momento vestía correctamente a la española con un pequeño cinturón de diamantes al talle y los cordones del sombrero igualmente guarnecidos de diamantes, con una rosa de rubies en el mismo, así como muchas otras piedras preciosas, que entre la obscuridad de la carroza, toda cubierta de negro escocés, parecía un pequeño sol. La carroza iba tirada por seis caballos, y las demás tan sólo por cuatro mulas, puesto que en Madrid nadie puede usar caballos para la carroza, ni más de seis bestias, a no ser la persona del Rey. Todos van pues como pueden derrochando pompa y suntuosidad. La Reina, que vestía de negro llevaba bajo el velo negro de la cabeza otro blanco que le cubría totalmente ésta y el cuello por todos los lados de forma que no se le veía más que la cara únicamente, pareciendo en verdad una monja como las de la Orden de San Agustín, pues asimismo vestía sin una sola joya, ni ningún otro adorno femenino, cosa que le daba un aspecto extraño y majestuoso. Detrás de esta carroza venían las otras damas y grandes señores según la dignidad que tuviesen en la corte o el grado de nobleza o grandeza de cada uno. Otra vez lo había visto asomado a un balcón de su palacio, que da al primer patio, cuando se cambia la guardia a la tarde, que forma en escuadrón, pues casi todas las tardes quiere intervenir en ella, demostrando gran destreza en las armas. En Madrid mi compañero el pintor, llegó a un acuerdo en casa del Señor Dionisio Mantovani, nuestro pintor boloñés y quedó aquí con gran alegría de su parte y de la mía, por haber encontrado tan buena ocasión de practicar su arte, apoyado por este caballero, que

constantemente sirve a su Majestad con el suyo. Llegados pues a un acuerdo de las pretensiones de uno y otro, me tomé la licencia de partir en compañía del señor Ercole Zani, mi patrón, el 30 de Agosto de 1670. Saliendo de Madrid por la puerta de Alcalá, pasamos por una pequeña villa llamada Biberos, a la que hay tres leguas de distancia, en los que encontramos muchos carros con odres de vino camino de Madrid. Preguntamos por curiosidad a como lo vendían y cuanto pagaban por el transporte a la ciudad y la forma de venderlo, y nos contestaron que lo vendían bastante caro y que lo hacían a peso, pagando una pieza de a ocho por transportarlo a Madrid. Seguimos nuestro viaje hasta otro lugar que se llama Torre Loncillos, a una legua, y de aquí llegamos con tiempo a Alcalá de Henares, en donde pasamos la tarde. Esta es una noble ciudad, muy frecuentada, sobre todo en función de su Universidad. Está situada en una bella llanura, rodeada de fuertes muros con fosos alrededor. Tiene una hermosa plaza de perfecto cuadrado con soportales alrededor y gran abundancia de todo. Hay muchos conventos, tanto de frailes como de monjes, y tiene mucha población tanto de lugareños como de forasteros que, como dije, se acercan a su Universidad. A la mañana partimos de aquí, caminando siempre por llano, con campos y viñas por todas partes y por espacio de cuatro leguas que hay entre Alcalá y Guadalajara. Antes de entrar en esta ciudad se pasa por un gran puente, muy recio, que tiene en el centro una torre bastante alta con dos fuertes puertas aquí y allá, con una buena guardia. Pasado éste se sale, y a un tiro de mosquete, se llega a la puerta de la ciudad dentro de la que hay un gran convento de los Hermanos de la Merced, que ayudan generosamente a los peregrinos, con una gran plaza

delante del mismo que cruzada lleva por una calle recta a la plaza mayor, pasada la cual y siguiendo siempre recto se sale fuera de la ciudad por una puerta orientada a mediodía. A las afueras de la ciudad hay un gran convento de Franciscanos, a un tiro de mosquete de la misma. Toda la ciudad se encuentra en la pendiente de una colina puesta hacia seteptrión, hermosa y rica aunque pequeña de radio, ceñida por murallas y que tiene unos alrededores con preciosas colinas fecundísimas en viñedos y olivares y toda suerte de frutales. Abandonamos este lugar y caminamos a Torrigia, a tres leguas de distancia, a través de aquellas amenas colinas. Es este un lugar rodeado de altas y fuertes murallas en un sitio elevado. Fuimos luego a Canalejos, villa de la que se dista tres leguas largas siempre a través de una tierra yerma y poco fructífera, que pasamos de largo para llegar a Mandrones, en un viaje de otras tres leguas, donde no paramos siguiendo viaje a Torremocha, pequeña villita en donde pasamos la noche bastante mal pues fue necesario ayunar y sin ser vigilia. Pero de mañana temprano nos fuimos a Alberca, a tres leguas cortas de distancia, que pasada también nos llevó a Marazón, distante cuatro leguas. En este lugar hay gran abundancia de cebada y encajes, con muy buen mercado, vendiéndose a seis o siete cuartos el par, que son en nuestra moneda boloñesa cerca de tres o poco más. De aquí nos fuimos a Arivella, a dos leguas, siguiendo nuestro viaje y pasando por Tartadeno, del que caminando unas tres leguas llegamos a una pequeña villita, la última de Castilla en donde se paga el impuesto y se declara el dinero que se lleva con uno. Desde aquí, cruzando una montaña que está en la frontera entre Castilla y Aragón llegamos a Oseto, recorriendo bien tres leguas. Es la primera tierra de Aragón, y nos que-

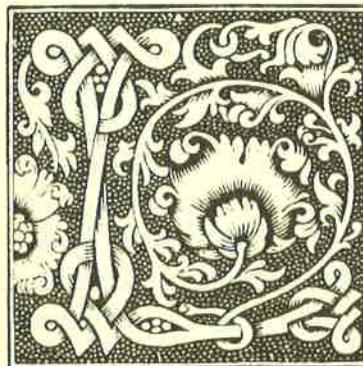
damos para comer y luego continuamos hasta la Ciudad de Roca, a tres leguas, siempre descendiendo de aquella montaña con muchos despeñaderos hasta llegar a un bonito valle encerrado entre montes en donde se encuentra la Ciudad de Roca. Es pequeña, pero rica y abundante de todo. No tiene más que una grande y bonita calle que cruza por medio de ella y sirve como plaza, mercado y para todo tipo de negocios. Fuera de la puerta de mediodía hay una buena calzada con muchos conventos y palacios a un lado y otro, con varios jardines, y huertos en cantidad, deliciosos de ver por ser de lo más hermoso y fértil que haya en España. Este valle tendrá un largo de dos millas a la redonda y de ancho no lo sé muy bien, pues por detrás discurre un río que la cruza por medio. Fuera de la puerta de seteptrión hay también otra bonita calzada, no muy larga, con gran cantidad de viñas a los dos lados, que seguimos hasta la cima de los ya citados montes, entre los que se halla encerrada la ciudad de forma que apenas se ve. Las murallas son altísimas, con recios torreones, y en la cima de las montañas hay una roca bastante alta que parece diez o doce veces mayor a quien la vea de lejos, semejando una corona real y es por lo que se la dio en llamar la Ciudad de Roca. En la catedral de esta ciudad, que está unida con el hospital hay una famosa y santa reliquia de unos corporales, que se muestran a todos los peregrinos que tengan deseo de verlos, pues es realmente un gran milagro que no dejaré de contar. En el año 1239, guerreando los bárbaros contra los cristianos, entre los límites de Aragón y Valencia, y estando los cristianos encerrados en un pequeño castillo, en el que no podían ni vencer ni huir sin quedar todos bajo la espada del enemigo, pues apenas llegaban al número de mil, mientras los bárbaros eran

un numerosísimo ejército, decidieron recurrir a Dios implorando su ayuda. Reunidos pues decidieron en consejo confesarse y comulgar todos, pero viendo que no podían hacerlo por no haber entre ellos sacerdotes suficientes en aquel momento, escogieron seis de los principales entre los oficiales los cuales se confesarían y comulgarían en nombre de todo el ejército y que serían además los primeros en enfrentarse con los bárbaros. Confesados pues estos seis valientes y preparándose ya para comulgar, pues acababa ya la consagración y elevación del Santísimo, los bárbaros asaltaron con firmeza el castillo por lo que reclamados por el fragor del combate dejaron al instante la comunión y corrieron diligentes a defender, combatiendo, el castillo. Quedó allí solo el sacerdote para terminar el sacrosanto sacrificio y tomando de inmediato las partículas las envolvió dentro del corporal y las escondió bajo una gran piedra para que no fuesen encontradas por los bárbaros, en caso de que ocupasen el fuerte. Los seis capitanes entretanto no sólo rechazaron al ejército de los bárbaros sino que lo derrotaron totalmente y reconociendo la mano del Dios Omnipotente en esta inesperada victoria volvieron a la iglesia pidiendo la Sagrada Comunión. Corre el sacerdote a buscar los corporales escondidos bajo la piedra y llevándolos al altar los despliega, encontrándose con aquellas seis partículas, ensangrentadas y pegadas a los corporales. Atónitos por tal milagro todos juntos dieron gracias a Dios y cuando estaban tratando de admirarlo, los bárbaros, reunidas de nuevo sus desbaratadas tropas atacaron en un más fiero y obstinado asalto, que el primero. Por lo que de nuevo los cristianos corrieron a la muralla con los corporales en donde estaban las seis hostias. Subió el sacerdote a un lugar preminente desde donde podía ser visto por

los suyos y por los bárbaros y los desplegó. A la vista de tal estandarte se crecieron los católicos y combatieron valientemente a los bárbaros, que asustados se dieron a la fuga, no sin gran derramamiento de sangre. Los cristianos habiendo conseguido tan señalada victoria determinaron llevar este sagrado paño a un lugar más seguro del castillo. Miraron por el fuerte los más seguros lugares y los que había alrededor, entre los cuales estaba De Roca, ciudad natal del sacerdote que celebró la misa y éste hizo ahuyentar toda posible disputa que pudiera sobrevenir: tres veces se echó a suertes y tres veces salió De Roca por milagro de Dios. Pero no contentos con esto tomaron una mula, la más mansa que encontraron entre todas las demás que habían cogido de botín a los Bárbaros y pusieron sobre ella este sagrado tesoro. Ella sin guía alguno se dirigió hacia De Roca, siguiéndola todo el ejército y a pesar de ser largo el viaje no quiso comer ni beber hasta que llegó a De Roca. Llevada, pues, a la iglesia del Hospital que ahora es la catedral se incó de rodillas. Tomó de su lomo, el sacerdote aquel sagrado paño y lo llevó sobre el altar, e instantaneamente murió la mula, permitiendo de este modo Dios que aquella que había servido para transportar tan gran tesoro no fuese usada vergonzosamente. Lo cual es algo maravilloso y más ver todavía hoy en día aquellas sagradas Hostias teñidas de sangre tan fresca, como si en ese mismo momento fuese extraída de una vena. Cualquiera que pase por esta ciudad puede verlo con sus propios ojos como he hecho yo las tres veces que he pasado por ella. Este milagro se puede leer además en todos los autores que han escrito sobre los milagros del Santísimo Sacramento. Salimos de De Roca por la puerta de seteptrión, que es tan bonita como la que da a mediodía y comenzamos a caminar

por aquella calzada, sin que nos viésemos fuera de aquella áspera montaña, por lo que fue necesario desmontar, por miedo a no caer en sus precipicios. Llegados a lo alto encontramos un lugar que llaman Retoscon, a una legua de distancia, que pasamos de largo hasta otro llamado Maina, al que sólo había dos leguas a través de una estéril llanura y desde aquí llegamos a Cariñena, que quedaba alejada tres leguas y luego seguimos hasta Longares, después de dos leguas, que es villita igual a Cariñena. Partiendo de aquí fuimos a Moluel, distanciado unas dos leguas que es una villa grande, muy cómoda y abundante. Luego fuimos a Almería, caminando tres leguas y a cada legua encontramos una hostería: la primera se llama Venta Metorica. Seguimos y llegamos a Santafé, alejada dos leguas, lugar bastante agradable y con abundancia en grano, aunque no muy grande. De aquí caminamos por detrás de un gran canal, en donde hay enormes olivos, en medio de los cuales hay un hermoso convento, muy rico y caritativo con los peregrinos, llegando finalmente a Zaragoza, alejada una legua.

ZARAGOZA



legados a Zaragoza fuimos a alojarnos a la hostería de la Posta, cercana a la iglesia de la Virgen del Pilar, en donde permanecemos tres días para ver a gusto esta ciudad. Bajamos del coche, delante de la citada iglesia, que es como la catedral de la ciudad, an-

tiquísima iglesia pues fue la primera levantada por los cristianos y que fue construída por Santiago Apóstol cuando fue a España a predicar el Evangelio, como se narra en su vida. Después que hubo llegado a la orilla del río Ebro, recitando al Oficio divino con sus discípulos, se la apareció la gloriosa Virgen sobre un pilar o columna de marmol y le acompañó con su presencia hasta que el Santo Apóstol acabó el Oficio, ordenándole luego que levantáse allí una iglesia con su nombre, porque aquella parte de España sería muy devota suya y Ella la tomaba bajo su protección. Y dicho esto desapareció. Este pilar dio luego nombre a la iglesia que allí se erigió, llamándose Nuestra Señora del Pilar que no quiere decir otra cosa que «pilastro» en nuestra lengua italiana. El pilar tiene la altura de un hombre y sirve de base a una imagen de la B. Virgen representada con el vestido y actitud en que la vio Santiago y sus discípulos. Allí se levantó una capilla, con un altar apoyado a esta columna, a la cual no podían entrar ni hombres ni mujeres, sino tan sólo religiosos que se ayudaban a la misa el uno al otro. Tenía delante una gruesa verja, a través de la cual el pueblo podía ver y oír la Santa Misa y también comulgar. Detrás del altar mismo, donde está el pilar, había una ventanita, abierta en el muro de esta capillita, por la que se podía tocar dicho pilar. Esta capilla esta colocada en el centro de la iglesia mayor, rica y con muchas indulgencias. Todo lo demás de la iglesia, que al ser tan antigua es algo oscura pues no recibe más luz que la de algunos ventanucos bastante estrechos, y de uno a otro lado apenas se ve una luz meridiana aunque esté resplandeciendo el sol, por lo que todo se hace con lámparas que tiene en gran cantidad y que siempre están encendidas, día y noche. Las lámparas son de descomunal

grandeza, todas de plata maciza y de gran valor. Hay siempre gran concurrencia, dada la enorme devoción que tienen a la B. Virgen y por tocar y besar el pilar por la citada ventanita. Además el pilar tiene una quiebra grande, de ocho dedos, por la que mana un líquido, como oloroso aceite, que recogen los señores Canónigos y se manda como remedio, contra todos los males, a distintas partes del mundo. Delante de esta iglesia, enfrente a su fachada principal, hay una gran plaza cuadrada en la que se hace siempre un buen mercado y está siempre repleta, tanto de personas como de mercancías necesarias para la vida humana y está tan apiñado que apenas se puede entrar en él.

Hay también otra plaza cuadrada algo alargada, que es la plaza de hierbas y frutos, en donde siempre hay gran muchedumbre de gente. Aquí se hace también justicia, siempre al pie de la horca. Paseamos por la ciudad, que es muy antigua, grande y noble, pues es la capital y metrópoli de Aragón y antigua sede de sus Reyes. Está situada en un gran llano a la orilla del Ebro, que se cruza por dos preciosos puentes, uno de piedra, el mayor verdaderamente digno de admiración, no tanto por su largura y ancho, sino más bien por su belleza, sobre el que se ponen a vender a veces los que llevan los carros cargados y los que van a caballo, por lo que se vieron obligados a levantar otro más abajo de madera para poder pasar en esas eventualidades, muy bonito y costoso. A este lado del río, hacia levante, hay algunos conventos, tanto de frailes como de monjes, algunos palacios con múltiples jardines y abundantes y bellos huertos. Hay una extensa y hermosa llanura, a un lado y otro del puente, en donde está situada la ciudad, llena de jardines, huertos y campos de frutales y todo tipo de plantas. La ciudad está rodeada de fuertes mu-

rallas y posee hermosos conventos e iglesias, tanto dentro como fuera, así como soberbios palacios, con bellas calles y casas altas y bonitas. Esta ciudad lleva el nombre ajustado al nombre latino, Caesaragusta, ahora Zaragoza y es uno de los mayores reinos de España, comprendiendo Aragón, Navarra, Cataluña y Valencia, llamándose la España Citerior. Vista la ciudad y sus principales cosas, pensamos en partir hacia Barcelona, pero D. Juan de Austria, que ejercitaba el cargo de Virrey y Vicario General de todo Aragón, queriendo salir a pasear fuera de la ciudad a un lugar agradable, distante siete u ocho millas en los alrededores, mandó un bando por toda la ciudad, de que todas las carrozas y carros lo tenían que acompañar, a la tarde, hasta las veintidós horas, al lugar destinado donde permanecería varios días, por lo que fue necesario que fuésemos con todos los que se encontraban en la hostería, tanto dueños como forasteros, para ayudar a transportar, tanto a hombres como bagajes y otros objetos de la corte. Finalmente, cuando regresó la nuestra, con la ayuda de Dios, partimos de Zaragoza siguiendo nuestra ruta hacia Barcelona. Hechas dos leguas, siempre por llano, encontramos un lugar bastante grande llamado la Puebla, desde el que continuamos hasta otro llamado Alfazari, alejado una legua que pasamos de largo, hasta llegar a Osera, a donde hay tres leguas bien cumplidas. Desde aquí seguimos por un arenal, todo desierto, en medio del que hallamos una hostería que nombran como la Venta de Santa Lucía y adonde hay también tres leguas largas. Dejada la venta y siempre por aquel arenal maldito llegamos a Burgiellos, distante tres larguísimas leguas. Éste es un lugar rodeado de murallas, pero muy pobre, en donde creimos morir de hambre. Es bastante grande con edificios bastante bo-

nitos, pero ¿por qué no exterminarán el hambre?. De aquí nos fuimos a Candanos que está a tres prolongadas leguas y siempre por arenales, donde hay matas de osmundia, salvia, lavanda y valeriana olorosa, hasta que llegamos hasta un río, con una bella llanura llena de campos, viñas y gran cantidad de huertos y con algunos conventos de frailes. Se cruza este río por un bonito y largo puente de madera que lleva adentro de la fortaleza de Castelo de Fraga, que está levantado sobre la orilla del río, a la parte de levante, en el costado de un monte, que domina de tal forma sobre el río, que incluso tapa las casas, diseminadas, aquí y allá, y en la subida de esta orilla es difícil andar de una a otra, sobre todo cuando llueve o nieva, pues es muy fácil precipitarse al río. En lo alto de esta montaña hay un fuerte, con tres baluartes y guardia constante, pues es el último lugar del Reino de Aragón. A partir de aquí se comienza a entrar en el Reino de Cataluña siempre por estériles llanuras, de tal forma que no se ven ni árboles ni hierbas de ningún tipo, hasta que se llega a Alcaraz. Es éste un lugar situado al pie de una pequeña montaña y totalmente arruinado por la guerra, en donde han nacido hasta los árboles dentro de las casas. Detrás del pie de esta montaña se encuentra un gran río, tras el que se camina por espacio de una legua hasta llegar a la antigua ciudad de Lérida, con una de las sesenta y cuatro Universidades, un poco deficiente de todo lo que puede ofrecer, debido a la gran guerra que se vino haciendo en este lugar entre españoles y franceses. Colocada en la base de una montaña no muy alta y que domina la ciudad a la parte de seteptrión, mientras por el mediodía discurre el ancho río, citado ya, que se cruza por un gran puente, en el que están los guardias con gran cantidad de cañones, no sólo para guardar el puente

sino también las otras puertas de poniente y levante así como la de mediodía en donde se encuentra el puente. Tienen una segura cárcel, bien guardada, en lo alto de esta montaña, que queda incluida dentro del círculo de las murallas. Allí está también la catedral, grande y antigua, pero medio arruinada, habiéndose derrumbado desde este monte, cubriendo casi la mitad de la ciudad. Hacia poniente hay un fuerte, con cuatro baluartes, que vigila todo aquel arenal, que ya cité, en el que están los confines de Aragón. Tienen aquí un buen mercado, muy abundante para los que llegan, pues aquí hay poca población. Pasado el puente, caminando por una fértil llanura, llegamos a Beglioch, a una legua de distancia, y de aquí a Molaransa otra, siguiendo adelante hasta Belpucci, alejada dos leguas. Es éste ciertamente un amplio y hermoso lugar, rodeado de murallas, situado en una colina entre otras dos más pequeñas muy agradables, con gran cantidad de huertos y viñas. A las afueras de este lugar hay un convento bellissimo de Franciscanos en el que tienen una sepultura de mármol blanco, grande y soberbia, que llega a lo alto de la iglesia y en la que yace con su mujer uno que fue señor del lugar. Éste una vez viniendo de Barcelona para visitar su castillo, llegó cerca de este convento, en donde había una fuente de agua muy clara y fresca, por lo que invitado por la pureza del agua bebió algunos sorbos y cayó subitamente muerto, por lo que su mujer decidió poner un guardia para que los que se acercasen a dicha fuente no corriesen el mismo peligro, como aun hoy en día se ve, que lo he visto con mis propios ojos, pues me gritó cuando ya me había puesto rodilla en tierra para beber de esta agua y me contó lo que he dicho, conduciéndome luego a ver la sepultura, y narrándome que ya Santiago Apóstol de Galicia había hecho un milagro

con este agua y que fue cuando resucitó a Constantino, que en compañía de Buenafé peregrinaban a Santiago de Galicia, historia ya conocida. Partiendo de Belpucci, llegamos a Tarragona, alejada una legua. Aquí todos los lugares son grandes y rodeados de murallas, de forma que parecen ciudades. De aquí en adelante comienzan a encontrarse hosterías, que dan de comer al modo italiano y francés. De aquí pasamos a Cervera, distante una legua y seguimos a los Mesoncillos, continuando luego por dos leguas a Momenen, a donde hay una legua, y de aquí a Porcarises otra, para llegar a Igualada. Todos son ricos lugares, abundantes en todo, en donde viven a la manera francesa. De aquí seguimos a un lugar llamado La Puebla, alejado una legua, y desde donde se deja el camino recto y se va a Piera y a la Masqueta, a tres leguas, y dos luego a Martorell. Dejada La Puebla nos volvimos al camino directo a través de la montaña de Montserrat, que es altísima y donde hay una devotísima Nuestra Señora, llamada de Montserrat, en un precioso monasterio, visitado por todos los peregrinos y todo tipo de gentes que pasan por este país. En lo alto de esta montaña hay trece eremitorios, en los que residen algunos eremitas para hacer santa vida. Esta montaña de Montserrat a mi juicio, es de lo más escarpado y abrupto que haya en toda la tierra. Desde el fondo, en el llano, hasta la cima tiene siete leguas de altura. Se va por un camino que va girando alrededor por el que comodamente pueden caminar las cabalgaduras, aunque yo quise hacerlo a pie y fue verdaderamente gratificante el ver desde allí tal cantidad de pueblos y gran parte de Mediterráneo, si bien pasé gran miedo al verme entre aquellos derrumbes, saliendo siempre de ellos de tal forma, que parecía que llegaba al cielo. Acabado este constante girar llegué finalmente

al Monasterio, donde moran los monjes de San Benito, en cuyo portón tienen una fuente de agua buenísima, lo cual es fantástico, que a semejante altura pueda encontrarse un manantial tan abundante. Al lado de la fuente hay una tablajería que aquí llaman carnicería, después de la cual está la hostería que llaman mesón, y luego el hospital para los peregrinos que llegan a visitar esta Santa Imagen. Pasado el hospital hay una bodega de mercería, en la que se venden rosarios, exvotos, medallas y cosas semejantes. Sigue a continuación el Monasterio, en el que se entra por una enorme y noble puerta que da a la botica, llegándose luego al claustro, rodeado por un precioso pórtico y sostenido por veinte columnas de mármol blanco y orden compuesto. Bajo este pórtico están amontonados muchos trofeos, armas y banderas, traídas aquí por las gracias recibidas de esta B. Virgen. Se entra luego en una logia, toda cubierta entorno de piedra viva, y que antiguamente era la iglesia. Delante del umbral de la puerta hay una piedra de ocho palmos de largo y cuatro de ancho que sirvió al B. Juan Guerrini para dar sepultura a la hija del Príncipe que había en aquel tiempo en Barcelona, el cual le seccionó la garganta, tirándola luego a un pozo, como puede saberse leyendo su vida. Este suceso está pintado en una antigua tabla, en un lado de la logia. Al otro lado, donde antes estaba el altar mayor de esta B. Virgen, está ahora el lugar en que el S. Patriarca Ignacio abandonó el mundo depositando sus armas y vistiendo el hábito. Está allí también la piedra sobre la que reposó su madre, cuando estaba para parirlo. Más adelante se entra en un patio, hecho con buena fábrica, en donde están los Grandes de España y de otros países. A la mano derecha hay dos columnas enhiestas, para colocar encima dos estatuas votivas del Duque de Cardona, por

haber cruzado el mar, con gran peligro para su armada y que con el favor de la B. Virgen se libró. Por esta gracia recibida donó los complementos para un altar, o sea la cruz y los candelabros, en cristal de roca, que dicen tienen un valor de cincuenta mil ducados de plata. La iglesia, que tiene forma exagonal tiene un largo de doscientos ocho pies y un ancho de cuarenta y cuatro. Tiene por cada lado siete capillas perfectamente cuadradas, siendo en total catorce. La nave central está apoyada en columnas o pilastras de veinticuatro pies de alto sobre las que descansa una bonita cornisa, de orden compuesto, sobre la que sigue otro orden de catorce pies y entre cuyas columnas se van intercalando balcones, adornados en puro orden compuesto y de gran acabado; y entre las columnas y los balcones van pilastras que apoyan en las columnas maestras. Sobre éstas está la bóveda, que cubre toda la iglesia. La capilla mayor es de forma redonda, sobre la que hay una tribuna, de una altura desde el suelo hasta la cupulilla de ciento cincuenta y seis pies. En el centro donde está el altar mayor hay un camerino o nicho en el que está colocada esta santa imagen que tiene al Niño Jesús sentado sobre sus rodillas, estando también sentada ella. Tiene en la mano izquierda un orbe y la otra con intención de bendecir al pueblo. Arrimados a este altar están el puñal y la espada de San Ignacio de Loyola, con una inscripción y traídos aquí del lugar antes citado. Siguen luego las dichas capillas, siete a cada lado, cerradas con fuertes verjas de precioso acabado, mezcladas en parte de bronce y hierro y todas doradas a fuego. Los pedestales que sostienen las columnas principales son de finos mármoles, de colores variados. Toda la iglesia esta blanqueada y sobre este blanco van incisos vegetaciones y arabescos en oro. Y nos han di-

cho que lo mandó dorar D. Juan de Austria, que corrió con el gasto, donando cuarenta y seis mil piezas de a ocho. Pero me cuesta creerlo, pues es un trabajo enorme y de mucha delicadeza. Partimos de Montserrat, y comenzamos a descender hacia la parte de oriente de este monte, llegando a una villita situada al pie del mismo y llamada Colobato, desde donde, por un camino algo mejor llegamos a Esparraguera, a la que hay dos leguas. Es un lugar situado en la pendiente de Montserrat y muy fértil en frutos y viñas. De aquí pasamos a Martorell, a la orilla de un río, a donde se entra por un gran puente de madera colocado sobre él. Es un lugar bastante grande y rico, rodeado de murallas en donde se vive en la abundancia. Está situado en el Camino Real, que habíamos dejado, cuando salimos de la Puebla para ir a Montserrat. Al entrar en él hay que pagar un tanto por persona, excepto los religiosos. Dejado Martorell fuimos a Molinos del Rey, distante dos leguas, por una bella y rara llanura, semejante a las de Italia, y muy fértil. De allí llegamos a un lugar muy agradable que se llama Hospitalet en donde hay cantidad de palacios de los Señores de Barcelona. Hay pequeños montecillos llenos unos de palmeras, otros de áloes, dignos de ver, así como muchos jardines y huertos, pues está cercana a la ciudad. De aquí nos desplazamos a Barcelona, a donde hay dos leguas, a través de una extraña llanura adornada con bellos palacios y jardines.

BARCELONA



legados a Barcelona entramos por la primera puerta, que tiene una fortísima guardia y girando bajamos a la aduana, pues el carruaje era de lujo, de los de la posta, y que se encuentra cercana a los muros, al lado del mar, hacia mediodía. Una vez que

desmontamos fuimos a

buscar una buena hostería cerca de la plaza, que está a poca distancia de la aduana. Allí nos albergamos ocho días a la espera de algún embarque para Italia, aunque no tuvimos esa fortuna y hubo que tomar unas caballerías para Narbona, muy caras, y por deferencia, pues de Barcelona a Narbona se interponen los Pirineos, que hay que cruzar por espacio de varias jornadas por caminos muy peligrosos. Llegados a Barcelona la recorrimos, pues es una hermosa, rica y bien fortificada ciudad, sobre todo en la zona portuaria, pues es uno de los principales puertos de España, donde hacen escala todas las galeras y bajeles que navegan por el Mediterráneo de Levante a Poniente, y para agrandarlo se está trabajando a diario. La puerta de la ciudad, por la que se accede al citado puerto es fortísima y con buena y redoblada guardia, reforzada con muchas piezas de cañón. Tiene puentes levadizos y cuatro recios rastrillos, cubierta con una medialuna y un fuerte y enorme baluarte, edificado sin orejones⁴⁷, que contiene veinte piezas de cañón. Tiene además otras fortificaciones in-

teriores y exteriores, que guardan la puerta y el muelle, en el que hay gran cantidad de cañones, con muchos guardias, y en el que está la linterna o, como aquí dicen, el faro. Todo el puerto está cerrado con las mismas murallas que la ciudad, y el baluarte citado se encuentra cercano a la puerta, hacia levante. Hacia poniente tiene igualmente otro baluarte, pero más pequeño, que está bien guarnecido como el primero. Está dominado por una gran montaña que vigila todo el puerto y el mar hacia el lado de poniente, sobre la que se ha edificado un fuerte con cuatro baluartes bien pertrechados con artillería pesada, que tienen en cantidad, y una buena guardia. En el centro de dicho fuerte hay una torre en solitario tan alta que sobrepasa en más de la mitad los muros del mismo. Sobre esta torre están clavados tres largos y gruesos mástiles, el del centro totalmente enhiesto, el segundo pendiente hacia poniente y el tercero hacia levante. El del centro lleva en lo alto el estandarte real, según la ocasión; el de poniente lleva una bandera con el color que convenga según las naciones, y que ponen cuando el centinela ve venir bajeles o galeras en el mástil que pende hacia levante. Así con estas banderas de diferentes colores dan señales a toda la ciudad que comprende así rápidamente si son bajeles o galeras, de que parte llegan y de que nación son y así inmediatamente se pueden armar o cerrar la muralla según sea la necesidad. La ciudad está muy fortificada y bien guardada, rodeada de altos y recios muros con cuatro puertas centrales con fuerte guardia y profundos fosos a la parte de tierra, con pasos cubiertos, y todas estas puertas tienen su medialuna. Entre puerta y puerta hay algunos baluartes, pero pequeños. En el interior hay antiguos y hermosos palacios y ello porque siempre ha sido, y sigue siendo actualmente, la metrópoli del Reino

de Cataluña. Tiene una magnífica Universidad, de las más frecuentadas de entre las sesenta y cuatro citadas. Es rica en demasía y muy poblada y abundante en todo lo necesario para la vida, más que cualquier otra ciudad de España pues está provista de buen mercado, tanto de tierra como de mar. Sus nobles linajes son de importancia, tanto en caballeros como en damas, así como los de los propios ciudadanos que son de gran cortesía y gracia. Se vive allí a lo grande y muy espléndidamente. Está adornada con hermosas iglesias y conventos, de todo tipo de religiosos. Y entre los que hay en la ciudad extranjeros forman casi otra ciudad, cercada también de muros fortificados, que se juntan con los de la ciudad. Tiene hermosas calles empedradas, por las cuales tan pronto como ha llovido ya se puede caminar, pues se secan rápidamente, dado que sirven como de atajeas, llevando el agua hasta el mar. La plaza de las hierbas es de forma cuadrada, aunque un poco alargada y siempre tan llena de la mañana a la tarde que apenas se puede uno mover por ella, no tanto por los artículos, como por la multitud de gente. Cercana a la plaza está la Catedral, que es una antigüedad de las mejores de España y precisamente por respeto a esa antigüedad no se preocupan de hacer renovaciones. No es muy grande, pero tiene unos buenos oficios, muy decorosos, hechos por los señores canónigos de esta catedral. Tiene además otra plaza como la antes citada en la que se venden los frutos. Aquí, cerca de la puerta del muelle está el Palacio Real, de perfecta forma cuadrada, aislado por todos los lados y colocado en medio de una gran plaza, que hace de plaza de armas, con sus escuadrones todas las tardes a las veintidós horas, cuando hay cambio de guardia. Este palacio es auténticamente soberbio y tiene dos puertas de entrada, adornado en su

exterior con muchos balcones y rejas de hierro dorado, realizadas de formas diversas. Por el palacio se puede, pues, pasear alrededor, en su exterior, llegando casi hasta los tejados, algo realmente digno de ver. Pero por dentro también es magnífico, pues está todo recubierto de estupendas colgaduras. En él vive el Virrey, que es ahora el Duque de Sisa, recién llegado, después de la marcha de D. Vicente Gonzaga. Al lado de él está la aduana, hermoso edificio aunque muy diferente del Palacio del Virrey y que también está aislada por completo y situada en el mismo plano y de la misma forma que el citado palacio. Entre estos dos edificios hay una bonita y espaciosa plaza, como dije antes, en donde se forman los escuadrones, pues están cerca los cuarteles de los soldados. De la plaza se sale sobre la muralla, por un bonito y recio terraplén, desde donde se divisa todo el puerto, que ofrece una maravillosa vista. Fuera de esta plaza, hacia levante, está la pescadería, que tiene un gran pórtico fabricado a propósito, teniendo todas las casetas distintas e indicando de que son. Aquí había mucho que contar, pero como estaba de paso, he escrito tan sólo lo que he podido y que al pasar he visto. Teniendo ya los pasaportes, y recogidas algunas letras de cambio, como hicimos en Madrid, salimos todos a caballo, el señor Ercole Zani, tres monjes de Montserrat que venían a Italia, para pasarse luego a Viena, y yo. De Barcelona salimos a través de una bella llanura, llena de huertos y viñas, con grandes palacios, conventos e iglesias pero arruinados por la guerra. Finalmente llegamos a un lugar llamado Moncada, donde tan sólo quedaban algunas casas medio derruidas, y una hostería, a la distancia de dos leguas, desde donde seguimos, siempre por la llanura citada y al lado de los que fueron bellos edificios, ahora desolados y que daban pena. Llegamos a una villa amplia llamada La Roca,

de la que también se distaba dos leguas, y que en su tiempo debió ser una hermosa fortaleza pero ahora estaba prácticamente en ruinas, situada sobre un montecillo que sobresale entre esta llanura. De aquí fuimos a otra villa, grande, llamada Sansilon, a la que hay cuatro leguas largas, caminando siempre entre montañas, aunque fructíferas, y llegamos a una hostería llamada La Rapita, alejada cuatro leguas, pero no tan prolongadas como la anterior. De aquí fuimos pasando a través de muchas montañas, todas llenas de árboles llamados alcornoques, y llegamos a otra hostería llamada Casa Blanca, a la que también hay unas cuatro leguas. Luego, caminando siempre por las citadas montañas sembradas de alcornoques, llegamos a la ciudad de Gerona, distante dos leguas. Esta es una ciudad normal situada en la base de un monte, que domina la ciudad hacia seteptrión. Por medio discurre un río, que va de poniente a levante, sobre el que descansa un fuerte puente de piedra, pero no muy bonito. Hay algunos conventos de religiosos y está rodeada de fuertes murallas con guardia. Tiene una hermosa plaza, bastante grande, pero con poca gente, y en la que escasean los artículos tanto de comer como de vestir, aunque para ser tan corriente no es fea. Escapamos de aquí lo más pronto que pudimos saliendo por la puerta hacia poniente siguiendo siempre el citado río, que es ancho y, distanciándonos un poco de la ciudad, lo cruzamos por un puente de un pequeño burgo medio arruinado. De aquí, restauradas un poco las fuerzas, seguimos a través de algunas montañas hasta Bascara, alejada cuatro leguas. Es esta una villa bastante grande, pero vacía de cosas de calidad por lo que, dejándola atrás, seguimos pasando una gran montaña, pero más pequeña que la anterior, durante cuatro leguas seguidas hasta que llegamos a una hostería, llamada Hostal-

nuevo, y de aquí a una villa grande, que se llama Bolon, a cuatro leguas. De aquí se pasa por una gran montaña, que se llama Malpertus, que es la linde entre Francia y España, en la que hay una fortaleza, con guardia francesa, y todavía en construcción. El lugar se llama Mataró, en donde comienza el Condado de Rosellón, y desde donde se comienza a descender hasta un río que hay que pasar en barca. Después se llega a un valle fructífero, con varias tierras y castillos, por el que se accede a la ciudad de Perpiñan, a cuatro leguas de Bolón. Entramos en Perpiñan por la puerta de poniente, encontrando una guardia reforzada de alemanes, que nos preguntaron adonde íbamos y de donde veníamos y, después de contestarles, nos condujeron ante el Gobernador, que nos hizo idéntico interrogatorio, dándonos luego el pasaporte para poder salir de la ciudad, pues de otra forma jamás hubiésemos salido. Está rodeada de fuertes muros y toda construída practicamente como una fortaleza, que es nada menos que la ciudadela, orientada al mediodía, y rodeada igualmente de murallas, como toda la ciudad, con fosos llenos de agua y bien provista de canónigos y mejor soldadesca. En la puerta de poniente están, como dije, los guardias alemanes, en donde tienen sus cuarteles. La de levante la guardan los italianos, y la de seteptrión los franceses al igual que el interior de la ciudadela. No nos entretuvimos demasiado por la ciudad, pues es un lugar en donde se levantan sospechas, en las que no queríamos caer. De aquí salimos por la puerta de seteptrión, caminando siempre por bellas y fructíferas campiñas hasta llegar a Sarsa, alejada cuatro leguas. Es un fuerte castillo, construído con forma de fortaleza, bien provisto de canónigos y con buena guardia, pues vigila una punta del mar Mediterráneo, que se extiende hasta aquí. No pasamos adentro, por quedar fuera del

camino principal como a un tiro de mosquete. Seguimos pues el camino principal que llaman el gran camino y los españoles camino real. Dejamos de lado Sarsa, siempre por aquella gran llanura, cercanos al mar, pasamos una pequeña montaña y llegamos a una villa llamada Fiton, a la que hay cuatro leguas bastante largas. Después de aquí se va siempre por una llanura estéril, en la que no se ve más que algún que otro pastor y gran cantidad de lobos, y que se prolonga por espacio de tres larguísimas leguas, hasta que se llega a Villafalsa, lugar poco recomendable, totalmente deshabitado. Dejada esta villa, que de lejos ofrece una bonita vista, pero que es poco amigable, seguimos siempre por aquella llanura desierta hasta que llegamos a lo alto de una colina no muy elevada, desde la que se oteaba la tan deseada ciudad de Narbona, y en donde, con la alegría, no pudimos retener las lágrimas viéndonos de regreso de nuestro verdadero viaje, que hicimos caminando a Galicia. Llegamos finalmente a Narbona, alejada cuatro leguas bastante largas, y nos dirigimos al acostumbrado albergue, donde ya había estado con mi compañero cuando pasamos por aquí. El hostelero se alegró grandemente al verme volver sano y salvo, gracias a Dios y a Santiago, y me preguntó donde había dejado a mi compañero. Yo le conté todo lo que nos había pasado y estuvimos así, con los demás, un rato muy agradable. Dejo el final del viaje pues quedó ya descrito cuando salí para Galicia. Partimos de Narbona siguiendo el camino de costumbre hacia Italia y llegamos por fin y gracias a Dios a la tan deseada patria, en donde vivo en paz y desde donde deseo para los lectores de esta narración el mayor provecho posible.

*Recorrido del viaje de
Domenico Laffi
Via Emiliana*

*(Por el valle del Reno,
desde el Po hasta los Apeninos)*

Bolonia

Castelfranco (Fuerte Urbano)
Módena
Robiera
Reggio
Parma
Zoilescio Borgo
Lodi
Marignano
Milán
Rosavilla
Vercelli
Il Bosco
San Germano
Bodia Castello
Civas
Turin
San Ambrogio
Bussulengo
Suía
San Giori

Delfinato

Sumun
Orso (Orco)
Sosana
Burgo de Ginebra
Berenson
San Martino
San Michele
San Crespín
Casteron
Embrúm
Corses
Selara
San Stéfano
Cenasa

Talardo
Sarsa
San Lázaro

Provenza

Upera
Sederón
Sauro

Condado de Aviñón

Mormorone
Carpentras
Monte
Triangue
Aviñón

Galia Narbonense

Villanova (Villeneuve)
San Estéfano
Sirignac
Besorza
Nimes
Vilosa
Occiao
Lionel (Lunel)
Colombier
Montpellier
Gigian
Ruvierun
Lupian
San Tuberi
Biziers (Beziers)
Campostagno (Capestang)
Narbona
Ville d'Agn
Lisignan (Lezignan)

Languedoc

Carcasona
 Castello Naudar (Castelnaudar)
 Villa Franca (Villefranche)
 Villenouvelle
 Vasseggia
 Monguiscardo
 Tolosa (Toulouse)
 Illa (L'Isle)
 Gimón (Gimont)
 Oviet

Aquitania

Aux (Auch)
 Brau
 Linet
 Montelquiu
 Marfiac
 Malborget (Maubourguet)
 Noia
 Moláns
 Burgo Arber
 Láscara
 Ortes

Cantabria

Salvatierra (Souvaterre)
 Zampelai
 San Gio. de Piedepuerto (Sant Jean
 Pied de Port)
 Roncesvalles (Ronceveaux)

Navarra

Borgueto
 Puente del Paraíso
 Risoña
 Pamplona
 Puente de la Reina
 Estella
 Orihuela

Arcos del Rey (Los Arcos)
 Viana

Castilla la Vieja

Logroño
 Nájera
 Sto Domingo de la Calzada
 Griñón (Grañón)
 Robecilla (Redecilla del Camino)
 Castel Guado (Castildelgado)
 Belorado
 Villafranca
 Villanueva
 Burgos
 Orivella
 Fontana
 Castel Geríz (Castrojeriz)
 Frómista
 Carión (Carrión de los Condes)
 Cascadegia
 San Juan
 Sahagún
 Brunello
 Mansilla

Reino de León

León
 San Miguel
 Puente de Orbigo
 Ravanella (Rabanal)
 Molina Seca
 Ponferrada
 Cacabelos
 Villafranca

Reino de Galicia

Salvaterra
 Cebreiro
 Malafaba
 Triacastela

Vilanova
 Sarria
 Portomarín
 Ponte do Min
 Santiago el Nuevo
 Melide
 Santa Leonor
 Vilanova
 Vilaróz (Arzúa)
 Monte do Gozo
 Santiago

De Santiago a Finisterre

Puente Maceda
 Cegua
 Allas Barreres
 Monghesú
 Puente Arbarra
 Villa de Cesa (Cée)
 Finisterre
 Padrón
 Santiago

Regreso desde Santiago a Bolonia

Santiago
 Melide
 Portomarín
 Sarria
 Triacastela
 Fonfría
 Cebreiro
 Malafaba
 Villafranca
 Ponferrada
 Molina Seca
 Astorga
 Palazano (Palacios de Valduerna)
 La Bañeira
 Rio Seco
 Valladolid

Medina del Campo
 Tachines (Ataquines)
 Villa
 Arévalo
 Pajares
 Villa Lavanos
 Villacastín
 Crespinal (El Espinal)
 Valderrama
 El Escorial
 Villa del Escorial
 Torrelozones
 Rosas (Las Rozas)
 Madrid
 El Retiro
 Alcalá de Henares
 Madrid
 Axcitatuf
 Torre Tonicillas de la Calzada
 Villalonga
 Oriol
 Toledo
 Madrid
 Villa Biberos
 Torre Loncillos (Torrejón)
 Alcalá de Henares
 Guadalajara
 Torigia (Torija)
 Canalejos
 Mandrones
 Torremocha
 Alberca
 Marazón
 Arivella
 Tartadeno

Reino de Aragón
 Oseto
 Ciudad de Roca
 Retoscón
 Maina

Cariñena
Longares
Moluel (Muel)
Almeria
(Venta Metorica)
Santafé
Zaragoza
Puebla
Alfazari (Alfajarín)
Osera
(Venta de Sta. Lucía)
Burgiello (Bujaraloz)
Candasnos
Castelo de Fraga

Cataluña

Alcaraz (Alcarrás)
Lerida
Beglloch (Bell-Iloch)
Molarausa (Mollerusa)
Belpucci (Bellpuig)
Tarragona (Tárrega)
Cervera
Mesoncillos
Momenen
Porcarises
Igualada
La Puebla
Montserrat
Colobato
Esparraguera
Martorell
Molinos del Rey (Molíns)
Hospitalet
Barcelona
Moncada
La Roca
Sansilon (San Celoni)
(Hostería La Rápita)
(Hostería Casa Blanca)

Gerona
Bascara
(Hostería HostalNuevo)
Bolon (Le Boulón)

Rosellón

Mataró
Perpiñán
Sarsa
Fitón
Villafalsa
Narbona

Citas

¹ Petronianos se llama a los boloñeses.

² «Bologna enseña, es la Madre de las Universidades». Los universitarios de Bologna se llamaban glosadores porque en los ss. XII y XIII se recopilaron en esta Universidad los textos de Justiniano en un Corpus Iuris Civilis al que se añadieron numerosos comentarios o glosas. A partir de la Gran Glosa de Accursio los comentaristas de Derecho Romano se llamaron postglosadores.

³ Torre inclinada de los Asinelli.

⁴ Cuarto: moneda de cuatro maravedís.

⁵ Medialuna: fortificación colocada delante de los baluartes sin cubrir enteramente sus caras.

⁶ Sueldo: unidad de cuenta equivalente a cierto número de dineros de plata.

⁷ «Y arrodillándose lo adoró».

⁸ Parma destacó por su escuela pictórica local (Correggio y el Parmigianino).

⁹ Estatuas ecuestres de los Farnesio.

¹⁰ Baluarte: fortificación de figura pentagonal que sobresale en el encuentro de dos lienzos de muralla.

Rastrillo: especie de reja o verja movable que cierra y defiende la entrada en una plaza fuerte.

Culebrina: pieza de artillería, larga y de pequeño calibre que arroja las balas a gran distancia.

Parapeto: terraplén, muro, barricada o pila de sacos terreros para protegerse en las trincheras de los tiros de los enemigos.

Tenazas: en la fortificación de baluartes, obra exterior con uno o dos ángulos retirados, sin flancos, que cubría la cortina entre los flancos de los baluartes contiguos.

Contraescarpa: de los taludes o pendientes que forman las dos paredes del foso, el que está del lado exterior. El interior es la escarpa.

Cortina: lienzo de muralla entre dos baluartes.

Rebellín: medialuna.

Casamata: elemento secundario de las fortificaciones permanentes destinadas a batir los fosos con juegos de flanco.

Mesidores: emblemas patrióticos.

¹¹ Dobra: moneda de oro española de la Baja Edad Media.

¹² Trabuco: arma de fuego de cañón ensanchado por la boca y de corto alcance. Se cargaba con postas.

¹³ Dimisoria: carta que dan los prelados a sus súbditos para recibir de un Obispo de otra Diócesis permiso para oficiar misa o dar órdenes sacerdotales.

¹⁴ El nuevo Canal del Midí se construyó en el s. XVIII.

¹⁵ Sobrepellíz: (o roquete), vestidura litúrgica de tela fina, blanca, con mangas largas, que llega hasta la rodilla, y se lleva sobre la sotana.

Muceta: capa corta o esclavina que usan, en señal de dignidad, prelados, canónigos y otros eclesiásticos, así como licenciados y doctores.

¹⁶ Truco: juego parecido a la brocha.

¹⁷ Paólo: (paul), moneda de plata de uso en los Estados Pontificios, desde Paulo III.

¹⁸ Debe ser error tipográfico pues D. Fernando murió en enero de 1516. Debe querer decir 1512.

¹⁹ Becerro: piel de ternero curtida y preparada para escribir. Libro que en las iglesias se usaba para copiar los privilegios y pertenencias.

²⁰ Turíbulo: incensario o pebetero. En este caso Botafumeiro.

²¹ Taracea: labor de incrustación hecha con madera, conchas, huesos, etc., formando un mosaico. Si es sólo de maderas se denomina marquetería.

²² Doblón: moneda de oro española acuñada en la península y en las Indias desde 1497 hasta 1868.

²³ Pedro Antonio Breuter: Teólogo español que nació en Valencia a finales del s. XV. Fue predicador del papa Paulo III, y además de varias obras teológicas escribió una Crónica General de España que la Academia ha incluido en el *Diccionario de Autoridades*.

²⁴ «Encadenado o encarcelado».

²⁵ Briareo: gigante con cien brazos y cincuenta cabezas que ayudó a Zeus contra los Titanes. Según otra tradición, por ser enemigo de los dioses fue fulminado y sepultado bajo el Etna.

²⁶ Mario Mazzolari de Cremona: *Le realé grandezze del Escuriale*. Bolonia, 1648.

²⁷ Troneras: ventanas pequeñas y angostas por las que escasamente pasa la luz.

²⁸ Facistol: gran atril de las iglesias en donde se colocan los libros para el canto. Suele tener cuatro caras.

²⁹ Arquibanco: banco largo, provisto de cajones tapados por el asiento.

³⁰ Capa pluvial: capa usada por los prelados y prestes en actos de culto. Lleva una cenefa ancha en los bordes delanteros y caprillo o escudo a la espalda.

Sobrepellíz: vestidura blanca de lienzo fino, con mangas perdidas y anchas, que llevan sobre la sotana los eclesiásticos, e incluso legos, en las funciones de la iglesia. Va desde los hombros a la cintura, más o menos.

Roquete: especie de sobrepellíz, con mangas cerradas.

Palia: lienzo que se pone sobre el caliz.

³¹ Linón: tela de hilo muy ligera, clara y fuertemente engomada.

Calicó: tela delgada de algodón, de Calicut en la India.

Cambray: especie de lienzo blanco, al que dio nombre Cambray, ciudad de Francia en donde se confeccionaba.

³² Astrolabio: instrumento que se utilizaba para observar la posición de los astros y determinar su altura sobre el horizonte.

³³ Congio: antigua medida para líquidos, octava parte del ánfora romana y equivalente a unos tres litros.

³⁴ Siclo: el siclo de Israel es una pieza de plata acuñada atribuida a Simón Macabeo (135 a.C.) pero emitida en realidad en el momento de la revuelta judía contra Roma (66-70 a.C.).

³⁵ Dracma: moneda griega de plata, de uso también entre los romanos, casi equivalente al denario, pues valía cuatro sestercios.

³⁶ Este Códice existente hoy en día en la misma Biblioteca escurialense fue donado por Felipe II de su biblioteca particular y se conservó en el Camarín de las reliquias como pieza ex-

cepcional. Se sitúa su ejecución entre el 1033 y 1039, bajo el mandato de Conrado II, deducido ésto de los versos de su dedicatoria.

- ³⁷ Morillo: caballete de hierro que se pone en el hogar para sustentar la leña.
- ³⁸ Tahalí: tira de cuero, ante o lienzo, que cruza desde el hombro derecho por el lado izquierdo hasta la cintura, donde se juntan los dos cabos y se pone la espada.
- ³⁹ Cuartilla: medida, cuarta parte de un moyo. También cuarta parte de lo que debía ser o tener algo.
- ⁴⁰ Pértiga: medida de longitud que consta de diez pasos o diez pies geométricos, equivalente a 2 mts. y 70 ctms.
- ⁴¹ Arquitrabe: parte inferior del entablamento, que descansa inmediatamente sobre el capitel de la columna.
- ⁴² Dobra: moneda de oro castellana, acuñada en la Edad Media, de ley, peso y valor variables.
- ⁴³ Corregidor: alcalde que nombraba el rey en poblaciones importantes para presidir el ayuntamiento y ejercer otras varias funciones gubernativas.
- ⁴⁴ Alguacil: oficial menor de justicia, que ejecutaba las órdenes del tribunal o cargo a quien sirve.
- ⁴⁵ Gualdrapa: cobertura larga de seda o lana, que cubre o adorna las ancas de la mula o caballo.
- ⁴⁶ «A la Mántua de los Carpetanos, o real ciudad de Madrid». Mántua, en la Lombardía, es la patria de Virgilio.
- ⁴⁷ Orejón: cuerpo que sale del flanco de un baluarte cuyo frente se ha prolongado.

Bibliografía

- ALMAZÁN, V.: «Viaje a Galicia del Caballero Arnaldo von Harff en 1498», en «Compostellanum», XXXIII (1988), pp. 363-384.
- «The Way Lend of England to Saint James in Galiz s. X.» (Anónimo inglés).
- APRAIZ, ANGEL DE.: *La cultura de las peregrinaciones. Su historia, su geografía y métodos para su investigación.* (Separata de la Revista Las Ciencias. año VII, nº 1, (1942).
- BONNECAZE.: «Autobiographie», en «Etudes historiques et religieuses du diocèse de Bayonne», t. V (1896).
- BOTTINEAU, YVES.: *Les chemins de Saint-Jacques*, Arthaud, 1964.
- CARRO GARCÍA, J.: *Estudios Jacobeos*, Santiago de Compostela, 1954.
- CAUMONT, NOPAR DE.: *Voiage à St. Jacques en Compostelle et a Notre Dame de Finibus Terrae en l'an mil CCCCXVII.* Edic. París, 1858.
- CAUCCI, P.: *Las peregrinaciones italianas a Santiago de Compostela*, Santiago de Compostela, Porto, 1971.
- CONAUT JOHN, KENNETH.: *The Early Architectural History of The Cathedral of Santiago de Compostela.* Cambridge-Mass, 1926
- DAMONTE, M.: «Da Firenze a Santiago di Compostela: itinerario di un anónimo pellegrino nell'anno 1487», *Studi Medievali*, XIII, 1972.
- DAUX, CAMILLE.: *La pelerinage à Compostelle*, París 1523. Edic. Henry Champión, 1898.
- DAVID, PIERRE.: «Études sur le livre de Saint Jacques attribué au Papa Calixte II», En *Bulletin de Études Portugaises*, 1945.
- FARINELLI, ARTURO.: *Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX. Nuevas y antiguas divagaciones bibliográficas.* Roma, 1942.
- FERNÁNDEZ DEL RIEGO, X.: *As peregrinacións xacobeas.* Vigo, Galaxia, 1984
- FONTANA, BARTOLOMEO.: *Itinerario o vero viaggio da Venetia... fino a Santo Jacobo di Galicia*, Venecia, 1550.
- GONZÁLEZ GONZÁLEZ, FRANCISCO.: *Doménico Laffi, peregrino observador e inquisitivo*, Ponferrada, Ayuntamiento, 1984.

- GUERRA CAMPOS, J.: «*Viaje de Lisboa a Santiago en 1594 por Juan Bautista Confalonieri*», Cuadernos de Estudios Gallegos, XIX, (1964).
- HUIDOBRO Y SERNA, LUCIANO.: *Las peregrinaciones jacobeanas*. Publicaciones del Inst. España. Madrid, 1950.
- KUNIG VON VACH, HERMANN.: *Sant Jacobs Strass*, Strassburg, 1899.
- LA COSTE MESSELIERE, R. DE.: «*Les Chemins de Saint Jacques*», En L'Oeil, (julio 1958).
«*Les Chemins de Saint Jacques et la renaissance du XI siècle*» En Bulletin du Centre International d'Études romanes, Enero 1962
(En colaboración con J. Vielliard). *Deux relations de inédites de pelerinage a Compostelle vers 1500: I) Jean de Tournai; II) Jean de Zielbeke*.
- LAMBERT, E.: *Études medievales*, Didier, 1968.
Le pelerinage de Compostelle. Didier, 1959.
«*Historia Rotholandi du Pseudo-Turpin et le pelerinage de Compostelle*» Revue Geographique des Pyrenees et de Sud-Ouest. (1943)
- LIBER SANCTI JACOBI (CÓDEX CALIXTINUS): Traducción de los Srs. Profs. A. Moral, C. Torres y J. Feo, Instituto Padre Sarmiento, Santiago, 1951.
- LÓPEZ FERREIRO, ANTONIO.: *Historia de la S.A.M. Iglesia de Santiago de C.*, 11 vols. 1898-1909.
- MALE, EMILE.: «*L'art du moyen age et les pelerinages*», Revue de Paris, (1920).
- MANIER DE BONNAULT D'HOUET.: «*Le pelerinage d'un paysan picard*», Montdidier, (1890).
- OTERO PEDRAYO, RAMÓN.: *Guía de Galicia*, Vigo, 1963.
- PARIS, GASTÓN.: *De pseudo-Turpino*, Paris, 1865.
Legendes de Moyen Âge, Paris, 1912.
- SÁEZ POMES, M.: «*Un rey de Oriente en Compostela: León V de Armenia, señor de Madrid*» Cuadernos de Estudios Gallegos, (1964), II-6.
- VÁSQUEZ DE PARGA, J.M. LACARRA, J. URÍA.: *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*. Madrid, CSIC, (1949).

- Viaje de Cosme de Médicis por España y Portugal (1668-1669). Edic. y notas por Angel Sánchez Rivero y Angela Marinetti de Sánchez Rivero, Madrid, 1933.
- VIEILLIARD, JEAUNE.: *Le guide du pelerin de Saint-Jacques de Compostelle*, Macon, 1938.
Voiatge a Saint-Jacques en Compostelle par le seigneur de Caumont l'an 1477. (Transcripción publicada a continuación de Le guide...).

*Indice de
ilustraciones*

SANTIAGO EL MAYOR.	
S. XV. Plata dorada. Catedral de Santiago de Compostela.	3
MISA DE S. MARTIN DE TOURS.	
Pintura sobre tabla firmada por Johannes Pintor.	
Hacia 1200. Museo de Arte de Cataluña. Barcelona	42
BOCCACCIO. EL DECAMERON EN FRANCES.	
Interior con escenas de costumbres.	
Artista flamenco, 1440 aproximadamente. París.	
Biblioteca del Arsenal.	43
DANTE. INFIERNO.	
La oscura selva	90
DANTE. INFIERNO.	
La ciudad de Dite.	91
SANTIAGO DE COMPOSTELA.	
Plano de la ciudad en 1595.	130
CATEDRAL DE SANTIAGO.	
Reconstrucción hipotética de Ch.Norberg-Schulz	
basada en la de K. J. Conant del acceso construido	
por el Maestro Mateo a fines del S. XII.	131
SANTIAGO PEREGRINO.	
Letra inicial «E». Carta ejecutoria de Felipe II. S. XVI.	
Miniaturas de la Catedral Compostelana.	154
LA PREDICACION DE SANTIAGO EN GALICIA	
Grabado en madera del «Flos Sanctorum» de	
Fr. de la Vega. Alcalá de Henares, 1566.	155
JUAN BOCCACCIO. LA TESEIDE.	
Entrada de Teseo en Atenas con la bellísima Emilia.	
Viena. Biblioteca Nacional	220
HEURES DE LOUIS DE LAVAL.	
Estilo de Jean Fouquet, 1480-1489.	
París, Biblioteca Nacional.	221

Indice

Prólogo	5
Bolonia	15
Milán	22
Turín	30
Delfinato	36
Aviñón	48
Narbona	52
Tolosa	69
Roncesvalles	83
Pamplona	93
Burgos	111
León	118
Compostela	128
Vida de Santiago el Mayor	144
Valladolid	167
El Escorial	172
Madrid	212
Zaragoza	239
Barcelona	249
Recorrido del viaje de Domenico Laffi Via Emiliana (por el valle del Reno, desde el Po hasta los Apeninos)	257
Citas	263
Bibliografía	269